Nguyễn Phan Quế Mai

Niños de la calle



AdN

Nguyễn Phan Quế Mai

Niños de la calle

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

AdN

Para los americoasiáticos y sus familiares que me narraron sus historias y cuyo valor me ha servido de inspiración. Para los millones de hombres, mujeres y niños que se vieron arrastrados al torbellino de la guerra de Vietnam. Para todos aquellos cuya vida se ha visto afectada por la violencia. Ojalá nuestro mundo alcance algún día mayores cotas de compasión y de paz.

Durante la guerra de Vietnam, nacieron decenas de miles de niños de la relación entre los soldados estadounidenses y las mujeres vietnamitas. Las trágicas circunstancias separaron a la mayoría de estos niños americoasiáticos de su padre y, más tarde, de su madre. Muchos de ellos no han vuelto a encontrarse.

Esta es una obra de ficción. Aunque los principales acontecimientos históricos son reales, los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Hijo del enemigo

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

«La vida es un barco», le dijo una vez a Phong la hermana Nhã, la monja católica que lo crio. «En cuanto abandonas tu primer punto de anclaje —el vientre de tu madre—, te arrastran corrientes inesperadas. Si eres capaz de llenar tu barca con suficiente esperanza, suficiente confianza en ti mismo, suficiente compasión y suficiente curiosidad, estarás preparado para capear todas las tormentas de la vida.»

Mientras Phong aguardaba sentado en el consulado estadounidense, sentía en las manos el peso de la esperanza: la solicitud de su visado y de los de su esposa Bình, su hijo Tài y su hija Diễm.

A su alrededor, muchos vietnamitas esperaban sentados o de pie a que les llegara el momento de hablar con uno de los funcionarios de visados instalados detrás de las mamparas de cristal de los mostradores. Algunos vietnamitas lanzaban miradas de curiosidad a Phong y él sentía que sus ojos lo quemaban. Imaginaba que murmuraban: «Mestizo». Durante toda su vida lo habían llamado «niño de la calle», «bastardo», «imperialista negro americano», «hijo del enemigo». Desde joven le habían puesto esas etiquetas con tanta ferocidad que estas habían calado muy hondo y ya no podía desprenderse de ellas. Cuando era un niño que vivía en la nueva zona económica de Lâm Đồng con la hermana Nhã, una vez llenó un gran cubo con agua y jabón, se metió dentro y se frotó la piel con una esponja para quitarse el color negro. Cuando lo encontró la hermana Nhã, estaba sangrando. Se preguntaba por qué había tenido que nacer americoasiático.

—No te preocupes, ten confianza en ti mismo y te irá bien, *anh* —susurró Bình, acercándose a él y rozándole el brazo con los callos de la palma de la mano. Phong asintió, sonrió nervioso y tomó entre las suyas la mano de su esposa. Aquella mano había cocinado para él, le había lavado la ropa y lo había ayudado a reparar los parches rotos de su vida. Aquella mano los había sostenido a él y a sus hijos, había bailado con ellos, había hecho que el campo de arroz produjera temporada tras temporada. Phong amaba aquella mano encallecida, igual que quería todo el resto de Bình. Tenía que cumplir la promesa de llevar a Bình a América. Lejos de los vertederos donde trabajaba

recogiendo plásticos, papeles y metales.

Tài y Diễm, sentados junto a Bình, le dirigieron un saludo con la mano. Con catorce y doce años, eran casi tan altos como su madre. Ambos habían heredado los grandes ojos de Bình y su sonrisa radiante. El color de la piel y el pelo rizado, en cambio, eran herencia de su padre.

—Recordad que sois hermosos —les dijo cuando se preparaban para el viaje de cinco horas en el autobús que iba a llevarlos hasta el consulado. Se lo decía a menudo, pues sabía que, con frecuencia, los vietnamitas, que solían preferir la piel clara, los miraban con desdén.

Su hijo Tài siguió leyendo un libro. Las gafas torcidas, de montura metálica, sujeta con trozos de cinta adhesiva, se le iban deslizando por la nariz. Phong pensó que tenía que hablar otra vez con sus vecinos y ofrecerles un precio más alto para arrendar su arrozal. Plantaría judías para el Año Nuevo y, con esa cosecha, podría comprar unas gafas nuevas para Tài y un vestido para Diễm. La niña llevaba la ropa vieja de Tài; los pantalones le quedaban cortos y enseñaba los tobillos.

En un mostrador situado delante de Phong, un funcionario estadounidense estaba dando una hoja de papel azul a una joven. Phong conocía bien ese color. Azul significaba «denegado». Cuando la mujer se alejó de la ventanilla, Phong sintió algo parecido al pánico.

Intentó recordar las entrevistas que había ensayado con su familia. Había grabado las respuestas correctas en su memoria como los carpinteros graban pájaros y flores en la madera, pero ahora tenía la mente en blanco.

—Número cuarenta y cinco, mostrador tres —dijo el altavoz.

—Nos toca —anunció Bình. Cuando Phong se dirigió al mostrador junto con su mujer y sus hijos, se dijo que tenía que estar tranquilo. Mientras pudiera contar con su familia, no se dejaría intimidar. Lucharía por dar a Bình, Tài y Diễm una vida mejor.

Phong saludó con la cabeza a la funcionaria de visados, que se parecía a las americanas de las películas que había visto: pelo rubio, piel blanca, nariz grande. La mujer no saludó y no apartó los ojos del ordenador. Phong contempló la máquina y se preguntó qué misterios encerraría. Cuando llegara a América, trabajaría mucho y compraría un ordenador para Tài y Diễm. Sus hijos lo habían llevado a la ciudad, a un cibercafé, para enseñarle cómo funcionaban los ordenadores. Le dijeron que tal vez un día podría enviar a través de internet un texto escrito a sus padres. Pero ¿tendría esa oportunidad? Ni siquiera sabía si sus padres estaban vivos o muertos.

La funcionaria de visados se volvió hacia él.

—«Gút mó-ninh» —dijo Phong con la esperanza de haber

pronunciado *good morning* correctamente. Años atrás, había aprendido algo de inglés básico, pero sus conocimientos del idioma habían desaparecido como las gotas de lluvia durante la sequía—. *Chào bà* —añadió, ya que no quería que la funcionaria pensara que dominaba su idioma.

—*Cho xem hộ chiếu* —contestó ella.

La mujer hablaba bien el vietnamita, pero el acento del norte le pareció inquietante. Le recordaba a los oficiales comunistas que lo habían golpeado en los campos de reeducación de las montañas treinta años atrás.

Con cuidado, sacó los pasaportes de una carpeta y los metió en el cajón situado bajo la ventanilla de cristal. Él y su mujer le habían dado todos sus ahorros a Quang, un agente de visados, para hacer los pasaportes y presentar las solicitudes. Quang los había convencido de que en los Estados Unidos no tendrían que preocuparse por el dinero, ya que recibirían una pensión mensual del Gobierno que los ayudaría a sobrevivir.

La mujer examinó los documentos sin dejar de teclear en el ordenador. Se dio la vuelta y llamó a alguien. Apareció una joven vietnamita que se dirigió a ella en inglés. Phong ladeó la cabeza, pero los sonidos eran como peces escurridizos y se alejaban tan deprisa que no fue capaz de atrapar ni uno solo.

—¿Qué está pasando? —susurró Bình. Phong le puso la mano en la espalda, sabiendo que así se calmaría. A Bình la ponía tan nerviosa la idea de llegar tarde a la entrevista que había insistido en tomar el autobús desde su ciudad natal, Bạc Liêu, el día anterior, y llevaban esperando delante del consulado desde las cuatro de la mañana.

La vietnamita lo miró.

—Tío Nguyễn Tấn Phong, ¿solicita usted un visado en virtud de la Amerasian Homecoming Act?

Era buena señal que se hubiera dirigido a él con respeto llamándolo «tío» y le daba esperanzas que mencionara el nombre del programa al que quería acogerse. *¡Homecoming!* Aquella palabra, que significaba «regreso a casa», para él era sagrada, y su sonido le agitaba el corazón. Tenía derecho a volver a casa, a la patria de su padre. Sintió calor en los ojos. Y le gustó que la mujer tradujera *Amerasian* como *trẻ lai.* Phong nunca se había sentido cómodo cuando la gente lo llamaba *con lai,* ya que *con* significa «niños», «pequeño» o «animal». Él no era ningún animal.

—Sí, señorita —contestó Phong.

—Lo entrevistará otro funcionario en aquella sala —dijo, señalando hacia su derecha—. El resto de la familia tendrá que sentarse a esperar

fuera.

Bình se inclinó hacia la ventanilla.

—Mi marido no sabe leer. ¿Puedo acompañarlo?

—Ya lo ayudaré yo —dijo la mujer mientras se alejaba.

La sala era amplia y estaba iluminada por fluorescentes. No tenía ventanas y Phong sintió lástima por quien tuviera que trabajar allí. Su casa no era lujosa, pero estaba llena de aire fresco. Aire que entraba por unas ventanas abiertas durante todo el año y traía consigo el aroma de las flores y el canto de los pájaros.

La persona por la que sentía lástima era un hombre blanco y regordete, sentado detrás de un escritorio cuadrado marrón, vestido con camisa azul y corbata del mismo tono.

La mujer se quedó de pie junto al escritorio y Phong se sentó en la silla que había delante. En la pared, a su derecha, había una gran foto del señor Obama. Un buen día, unos años antes, los hijos de Phong salieron corriendo de casa. Fueron a toda prisa a la de los vecinos, se pararon frente a la valla y atisbaron por la ventana abierta para ver en la televisión la noticia de que el señor Obama se convertía en el primer presidente negro de los Estados Unidos.

«Estados Unidos es la nación de los inmigrantes», decía Obama mientras la gente lo aclamaba.

Hacía ya años que Phong quería ir a los Estados Unidos, pero a partir de aquel momento se convirtió en la misión de su vida. Un país que votaba a un presidente negro tenía que ser mejor que Vietnam, donde a los negros a veces los llamaban *mọi,* que quería decir «incivilizados» o «salvajes». En una ocasión, la dueña de un puesto de comida se rio de él cuando le pidió trabajo como lavaplatos.

—Mírate la piel —se mofó—. Los clientes se irán porque pensarán que dejas los platos más sucios de lo que están.

Detrás de la mesa, el funcionario de visados levantó un pasaporte.

—Nguyen Tan Phong —llamó. Al omitir todos los tonos ascendentes y descendentes del nombre completo de Phong, lo convirtió en «ráfaga de viento disuelta», cuando debería haber significado «la fuerza de miles de ráfagas de viento», que era el nombre que había querido darle la hermana Nhã.

Phong se puso en pie. El hombre empezó a decirle algo. Phong intentó captar los sonidos, pero, una vez más, se le escaparon.

—Levante la mano y jure que es una persona mestiza descendiente de estadounidenses y que lo que declara es cierto —interpretó la vietnamita.

Quang, el agente, había preparado a Phong para ese momento. Levantó las manos.

—Juro que soy un *trẻ lai*. Juro que no miento y que todo lo que voy a decir es cierto.

—¿Cómo sabe con certeza que es usted americoasiático? —preguntó el hombre a través de la intérprete.

—Señor, mire el color de mi piel… Desde pequeño me llaman «negro americano».

—Pero también podría tener ascendencia jemer, ¿no?

—No, señor. Las madres jemeres no abandonaban a sus hijos. Y a mí… Yo crecí en un orfanato.

—Así pues, ¿tiene pruebas de que es hijo de un militar estadounidense?

—No sé quiénes son mis padres, señor. Soy americoasiático, señor. Además, los jemeres son bajos y yo mido un metro ochenta. Y esta barba… Los jemeres no tienen barbas como la mía.

Se tocó una barba espesa que iba desde las orejas hasta la barbilla y le cubría gran parte de las mejillas. Aunque el picor era a veces insoportable, Quang había insistido en que se dejara crecer la barba al menos dos semanas antes de la entrevista.

—¿Ha solicitado anteriormente un visado de inmigración en este consulado?

Phong parpadeó. Maldita sea. Quang le había dicho que no lo investigarían.

—¿Ha solicitado anteriormente un visado de inmigración a los Estados Unidos? —repitió el funcionario.

—Pues… No me acuerdo. —Phong agarró la carpeta de documentos. El sudor le humedecía las palmas de las manos.

—¿No se acuerda? —El hombre blanco negó con la cabeza—. Entonces deje que le refresque la memoria. Su formulario de visado dice que es la primera vez que lo solicita, pero tengo aquí una solicitud anterior —dijo, levantando un papel.

Una sensación de frío recorrió la espalda de Phong. El papel se había vuelto ya amarillo, pero reconoció al joven de la foto adjunta. Era él, cuando creía que podría encontrar una buena familia. Era él, con expresión ansiosa y llena de esperanza. Justo antes de que el señor Khuất le tomara la foto, se había enjugado una lágrima de felicidad.

—Esta solicitud de visado antigua es suya, ¿verdad? —preguntó el hombre blanco.

Phong se frotó las palmas sudorosas contra los pantalones.

—Sí, señor… Fue hace muchos años.

—Más de veinte años. Dígame, ¿por qué no se le concedió entonces el visado?

Phong examinó la superficie del escritorio. Suave y brillante como

un espejo. El carpintero había hecho un buen trabajo. Si pudiera ir a América, perfeccionaría su técnica como carpintero. Dedicaría su paga mensual a comprar la madera necesaria para construir todo tipo de muebles y así poder enviar a sus hijos a las mejores escuelas. Le encantaba el olor de la madera y la sensación de haber fabricado un objeto tangible. Había oído decir que en los Estados Unidos la gente podía hacer realidad sus sueños.

Si revelaba la verdad, nunca conseguiría ir al país de sus sueños.

—No sé por qué no conseguí un visado, señor. Supongo que no tenía todos los papeles.

El hombre negó con la cabeza.

—En aquella época no pedíamos muchos papeles. Los visados de inmigración se concedían por el aspecto físico, y sus rasgos faciales por sí solos podrían haberle conseguido un visado. Dígame la verdadera razón.

Phong tenía la garganta seca. Habría deseado arrebatarle el papel amarillento de las manos y romperlo. Romper lo que el ladrón de Khuất había escrito.

El hombre frunció el ceño.

—A lo mejor se cree que no lo sabemos, pero según nuestros archivos, en la anterior ocasión intentó llevarse a otras personas. Alegó que unos desconocidos eran familiares suyos.

Aquellas palabras dejaron a Phong clavado en el suelo, incapaz de moverse o de levantar la cabeza.

—Tío Phong, tiene usted que contestar, explíquese —dijo la intérprete vietnamita.

Phong apretó la carpeta de documentos contra el pecho. El dolor por su mujer y sus hijos palpitaba en su interior. Tenía que luchar por su derecho a llevarlos a América.

—Señor… Soy analfabeto. La familia Khuất preparó esos documentos. Prometieron ayudarme en América si los llevaba conmigo. Yo era joven y tonto, señor, pero en ese momento muchos americoasiáticos lo hacían.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Al tratar de llevarse consigo a personas no familiares, intentó aprovecharse de la buena voluntad de nuestro Gobierno y violó la ley —dijo el hombre, mirándolo a los ojos—. Para que reconsideremos su solicitud de visado, tiene que mostrarnos pruebas sólidas de su origen; los rasgos faciales ya no bastan.

—Pruebas… Señor, ¿qué tipo de pruebas?

—Pruebas de que usted es hijo de un militar de los Estados Unidos. Los registros militares de su padre estadounidense, por ejemplo, y

resultados de ADN coincidentes entre usted y él.

—¿ADN? —preguntó Phong. Aquella palabra no sonaba vietnamita. Tal vez la mujer no la había traducido correctamente.

—Hay un tipo de prueba que se llama «prueba de ADN» —aclaró la mujer—. Y así se sabe quiénes son los padres biológicos.

Phong había hablado con muchas personas sobre la búsqueda de sus padres, pero nadie había mencionado nunca una prueba de ADN. Estaba a punto de preguntar dónde podría hacérsela cuando el hombre añadió:

—Si su padre es estadounidense, tiene que encontrarlo y los dos tienen que enviar los resultados de la prueba de ADN para demostrar el parentesco.

—¿Dice que primero tengo que encontrar a mi padre, señor? Si me deja ir a América, a lo mejor puedo encontrarlo.

Sabía que los Estados Unidos era un país grande, pero también había oído decir que allí todo era posible.

El extranjero cogió una hoja de papel azul.

—Señor, mis hijos no tienen amigos en la escuela. Los niños de nuestro barrio no les hablan. Aquí no tienen ninguna oportunidad de salir adelante. Por favor… —Phong mostró al hombre una foto de sus hijos, tomada delante de su casa.

Tài y Diễm sonreían tímidamente, ladeando la cabeza el uno hacia el otro.

No era del todo cierto que no tuvieran amigos, pero Phong tenía que hacer su alegato más convincente.

El hombre hizo caso omiso de la foto. Firmó el papel azul y se lo dio a Phong. Este miró las numerosas palabras impresas, hizo una mueca de dolor y se marchó. La hermana Nhã había intentado enseñarle a leer, pero las palabras escritas solo le inspiraban temor. Cerró los ojos, negó con la cabeza y le dio el papel a la mujer.

—Por favor, ¿qué pone aquí?

La mujer carraspeó un poco.

—«El consulado de los Estados Unidos sito en la ciudad Ho Chi Minh lamenta informarle de que, tras una entrevista personal, su solicitud de admisión en el programa Amerasian no ha cumplido con los criterios establecidos en la Sección 584 de la Ley Pública 100-202, modificada por la Ley Pública 101-167, la Ley Pública 101-513 y la Ley Pública 101-649, la Amerasian Homecoming Act. Si en el futuro el interesado es capaz de presentar nuevas pruebas en apoyo de su reivindicación acerca de su condición de americoasiático, se revisará el caso. Para tener derecho a un visado como americoasiático, deberá demostrar ante la oficina consular que su padre fue un soldado

estadounidense. La ascendencia mixta por sí misma no lo hace apto de modo automático.»

La mujer devolvió el papel a Phong.

—El hecho de que falsificara en otros tiempos su solicitud podría ser un obstáculo para cualquier solicitud futura —insistió el hombre —. No estoy seguro de que tenga posibilidades, pero si tiene pruebas, envíenoslas. Adiós.

¿Adiós? No, todavía no. Phong dio un paso adelante.

—Señor, siento haber cometido un error, pero ahora soy una persona diferente…

El hombre levantó la mano.

—Cuando tenga pruebas, envíenoslas. Adiós.

El regreso al país del miedo

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

—Señoras y señores, comenzamos el descenso; por favor, asegúrense de que el cinturón de seguridad está bien abrochado y todo el equipaje de mano se encuentra debajo del asiento delantero o en los compartimentos superiores.

Dan respiró hondo y apretó la nariz contra la fría ventanilla, mirando hacia abajo.

—¿Ves algo? —preguntó Linda, inclinándose.

—Demasiado nublado. —Dan se echó hacia atrás para que su mujer pudiera ver mejor.

—En un instante habremos llegado —dijo Linda. Sonrió, apretándole la mano.

Dan asintió y besó el pelo de Linda. Su aroma a melocotón lo reconfortó. No podría haber viajado sin ella. Había jurado que nunca volvería a aquel lugar.

El avión retumbó a través de un denso lecho de nubes. Linda hojeó las páginas satinadas de la revista de Vietnam Airlines, *Heritage,* examinando las fotos de lujosas villas construidas en lo alto de exuberantes colinas, rodeadas de playas de arena blanca y océanos azules. Los dos se habían criado en pisos pequeños y con poco espacio, y Dan entendía su obsesión por las casas bonitas, inclinación que la había llevado a convertirse en agente inmobiliaria. Sin embargo, el dinero no era su única prioridad, y Linda trabajaba con frecuencia en proyectos para ayudar a los veteranos en los pagos iniciales de una casa nueva, o les buscaba alquileres asequibles. Veteranos de Vietnam. Veteranos de Afganistán. Veteranos de Irak. «Hay muchos sin hogar», le explicó. Y Dan la quería precisamente por eso.

En el exterior, las nubes seguían rodeando el avión, acercándose. Su oscuridad agitó algo profundo dentro de Dan. El viejo miedo. Su cuerpo se tensó. Buscó con la vista la salida de emergencia. Estaba a dos pasos, a uno solo si saltaba.

En el aeropuerto se había dirigido al supervisor de facturación:

—Por favor, necesito sentarme junto a la salida de emergencia.

—¿Disculpe, señor?

Mostró su tarjeta de veterano discapacitado. Aun así, el encargado

negó con la cabeza.

—Todos los asientos junto a las salidas de emergencia están ocupados.

Se acercó al tipo y le susurró entre dientes:

—Escuche, necesito estar cerca de la salida o no podré volar.

Se alegró de haber insistido y de tener la salida delante y no detrás.

Respiró hondo, diciéndose a sí mismo que debía calmarse. Después de inspirar y espirar, se dio cuenta de lo tonta que había sido la escena para sentarse cerca de la salida de emergencia. ¿Por qué siempre montaba el número del típico veterano trastornado? ¿Qué iba a hacer? ¿Abrir la puerta de una patada y saltar del avión en pleno vuelo?

Se estaba poniendo los auriculares para escuchar música relajante cuando el avión dio un bandazo. Los pasajeros murmuraron a su alrededor. El asiento pareció desaparecer. Dan echó la cabeza hacia atrás y se agarró a los reposabrazos. El Airbus estaba perdiendo altura. Demasiado rápido. Una ola de calor le recorrió el cuerpo. El avión hizo un ruido tremendo cuando empezó a agitarse por las turbulencias. La cabina se estremeció. El capitán habló por megafonía y aconsejó a los pasajeros que se abrocharan los cinturones.

El avión siguió moviéndose con violencia.

En el interior de Dan, el viejo miedo se retorcía como una serpiente que se enrosca y desenrosca.

Cerró los ojos y, de repente, volvió a verse en la cabina de un helicóptero de guerra y la selva vietnamita sustituyó a las nubes del exterior. La jungla se arremolinaba salvajemente alrededor del cristal delantero.

—¡A la derecha solo hay un pie y medio de distancia del rotor de cola! —gritaba Hardesty con los auriculares puestos. Se veían destellos de fuego de los AK-47 en el bosque. Rappa devolvió el fuego con su M-60; le temblaban los hombros. Las balas de AK-47 impactaban en el helicóptero. Justo encima de la cabeza de Dan apareció un agujero en el plexiglás.

—¡Recibiendo fuego intenso! ¡A las nueve en punto! ¡Fuego intenso! ¡A las nueve en punto! ¡En el perímetro norte! —gritó McNair por la radio. La voz del copiloto sonó aguda, presa del pánico, y luego más grave.

—¿Dan? —Una mano le acarició la mejilla—. ¿Te pasa algo?

Abrió los ojos. Algunos pasajeros reían aliviados. Las turbulencias habían pasado ya. Dan parpadeó, le ardía la cara de rabia y vergüenza.

Negó con la cabeza, intentando ahuyentar las imágenes de la

tripulación del helicóptero. Pero en su memoria estaban vivos: el artillero, Ed Rappa, haciendo la señal de la cruz y besando el suelo después de cada vuelo; el jefe de la tripulación, Neil Hardesty, mascando chicle con la boca abierta; el copiloto, Reggie McNair, buscando sus calcetines de la suerte, llenos de agujeros, que siempre llevaba cuando volaba. Dan habría deseado decirles que lo sentía.

¿Por qué habían muerto ellos y él había sobrevivido? Se había hecho esa pregunta incontables veces durante los últimos cuarenta y siete años.

—Dan… ¿necesitas las pastillas? —Las arrugas de la frente de Linda se hicieron más profundas. Él había añadido muchos más años a su aspecto durante sus cuarenta y cinco años de matrimonio. Los ataques de ira que rápidamente daban paso al llanto incontrolado. La pérdida de conocimiento. Las pesadillas. Los fantasmas de su guerra.

—Estoy bien, gracias —dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Rodeó a Linda con el brazo y la atrajo hacia sí. Linda era su roca.

—Aquí están tus pastillas, si las quieres —dijo Linda, señalando el bolso que estaba en el suelo, bajo el asiento delantero.

Él asintió y miró por la ventanilla, deseando vislumbrar la tierra. Lo único que quería era bajarse de aquel avión. Tiempo atrás, le encantaba volar, la sensación de inmensa libertad y de posibilidades ilimitadas.

A los diecinueve años, se alistó en el Ejército y solicitó ser piloto, aunque no creía que tuviera muchas posibilidades. Muchos de sus amigos habían sido reclutados ya o habían recibido las notificaciones, por lo que era solo cuestión de tiempo que lo llamaran. Y había pensado que entrar en el Ejército le permitiría viajar y luego le daría la oportunidad de ir a la universidad. Cuando le llegó una carta que decía que se preparara para ocho semanas de formación básica, un mes de entrenamiento avanzado en infantería y luego nueve meses de instrucción de vuelo, soltó tal grito de alegría que a su madre se le cayó el colador lleno con la pasta que estaba preparando para la cena. Le preguntó qué le pasaba y él le leyó la carta. Le contó que había hecho muchas pruebas de aptitud y que, para su sorpresa, las había superado. El oficial de reclutamiento había dicho que el Ejército necesitaba urgentemente pilotos de helicóptero en Vietnam, pero él había pensado que habría demasiadas solicitudes.

Cuando su madre le dijo que no quería que fuera, que podrían matarlo, Dan contestó que no se preocupara, que Dios lo tendría de su mano. Como tantos otros jóvenes de diecinueve años, se creía invencible. Le bastó pasar un mes en Vietnam para perder esa ilusión. Solo tenía veintitrés años cuando dejó el Ejército, pero se sentía como

si tuviera sesenta. Enfrentarse a la muerte le había robado la juventud.

Por el altavoz del avión se oyó un anuncio. La voz femenina hablaba vietnamita. Cerró los ojos, concentrándose en la melodía de la lengua, tan lírica que parecía una canción. Como las nanas que Kim le cantaba.

Algo le sonaba familiar. *Xin vui lòng.* ¿Significaba «por favor»?

Antes de aquel viaje, había tratado de volver a familiarizarse con el idioma, pero no parecía haber conseguido gran cosa.

Linda abrió la cremallera del bolso, sacó un tarro de crema y se puso un poco en la cara. Se pintó los labios de rosa, su color favorito. Iba a cumplir sesenta y seis años, pero cada vez que la miraba, Dan veía a la mujer de la que se había enamorado. Habían ido a la misma escuela secundaria y empezó a fijarse en ella en tercer curso. Aún la veía corriendo por la cancha de baloncesto, la cara enrojecida por la decisión, las piernas bronceadas volando mientras se lanzaba a por un balón. Siempre se había alegrado de que su hermana pequeña, Marianne, estuviera en el equipo. Cuando iba a los partidos de Marianne, tenía la oportunidad de ver a Linda.

—Basta, ya es suficiente. Más que suficiente —dijo Linda varios meses atrás, después de que él se echara a llorar al ver las noticias de la guerra de Irak y de Afganistán—. De hecho, hace ya años que hemos rebasado cualquier límite. —Linda le enseñó el cheque de la comisión por la venta de un piso—. Con este dinero quiero que nos ocupemos de tus problemas de una vez por todas.

«Hace ya años que hemos rebasado cualquier límite.» No hacía falta que Linda dijera que aquel viaje determinaría si su matrimonio iba a sobrevivir; se lo notó en la voz. Dan sabía que Linda merecía ser más feliz, pero también sabía que volver a Vietnam sería un infierno. Reviviría todos los malos recuerdos. Pero Linda se merecía que se enfrentara a sus fantasmas. Estaban ya comprometidos cuando se fue a Vietnam y estaba esperándolo cuando regresó. Se había quedado con él a pesar de todo. Pero ¿qué pasaría si sabía lo que había pasado en Vietnam? ¿Y si se enteraba de la existencia de Kim?

Dan cogió su pasaporte del bolso de Linda y pasó las páginas. Le temblaron las manos.

—¿Dónde demonios está?

—¿Qué buscas?

—El visado.

Linda le indicó la página con el brillante sello rojo.

—¿Lo ves? Sigue aquí y sigue siendo válido.

Dan negó con la cabeza. Vietnam lo inquietaba de una manera que no podía controlar.

—Ah, casi se me olvida. —Linda le guiñó un ojo mientras sacaba del bolso un billete de veinte dólares y lo deslizaba entre las páginas del pasaporte de Dan. Le explicó que sus amigos vietnamitas Duy y Như le habían dicho que lo hiciera. No habían regresado a Vietnam y decían que habían perdido su país en manos de los comunistas, pero al parecer sabían cómo funcionaban las cosas.

Duy y Như iban a la iglesia con Linda, la misma iglesia que recogía mantas, ropa, juguetes y alimentos para los refugiados vietnamitas cuando ellos llegaron como *boat people* a finales de los años setenta. Linda los veía todas las semanas en misa, pero Dan hacía años que no iba. Vietnam le había hecho creer que Dios tenía poco poder sobre un mundo tan enamorado de la guerra.

Aunque quería mucho a su mujer, Dan se preguntaba si no habría sido un error hacer aquel viaje con ella. El año anterior, Bill y Doug le habían propuesto que se sumara a su viaje de regreso a Vietnam, pero no se sintió con fuerzas. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que tal vez habría sido mejor volver con sus amigos. Ellos también eran veteranos y habrían entendido sus emociones y sus miedos. Ahora que estaba a punto de llegar, pensó que no se había preparado lo suficiente para el viaje. Había visitado la biblioteca pública de Seattle y la librería del barrio, y regresó a casa con montones de libros de escritores vietnamitas. A lo largo de los años, había leído libros de veteranos estadounidenses para tratar de entender sus experiencias, para saber que no estaba solo. Pero la literatura vietnamita le había abierto los ojos. El libro que le había afectado más era *El dolor de la guerra*[1], de Bảo Ninh, un soldado del bando enemigo. Leerlo fue como mirarse en un espejo y se sintió identificado con Kiên, el veterano de Vietnam del Norte de la novela. El título lo decía todo. Cuando se lo contó a otros veteranos amigos suyos, estos se sorprendieron de que eligiera libros escritos por personas que en otros tiempos intentaron matarlos, personas a las que ellos intentaron matar. Pero necesitaba entender a unos individuos que él mismo había deshumanizado durante la guerra. Al buscar su humanidad, intentaba recuperar la propia.

Tras su regreso, durante los primeros años Linda quiso preguntarle por la guerra, qué había sucedido y qué había visto. Pero Dan contestaba que no quería hablar de ello. Hasta que una noche de verano de 1983 soñó que el Vietcong lo atacaba. Varios soldados se abalanzaron sobre él. Estaba luchando con un hombre, estrangulándolo, cuando oyó que Linda tosía y se ahogaba. Se despertó y vio que le estaba apretando el cuello con las manos.

Si no hubiera telefoneado al día siguiente a un psiquiatra para

pedir cita, Linda lo habría abandonado. Hasta aquel incidente, se había negado a ir al médico porque no quería que le diagnosticaran ningún problema de salud mental que pudiera llevarlo a perder algún derecho o incluso a que le quitaran el carné de conducir. El doctor Barnes le comentó que no era el único veterano con problemas y le pidió que asistiera a las reuniones de lo que misteriosamente llamó «Grupo 031», un nombre destinado a proteger el anonimato de sus miembros. A Dan le gustó aquel nombre tan anodino; no quería que nadie supiera que asistía a una terapia de afectados por el trastorno de estrés postraumático. Allí conoció a Bill y a Doug. Después de mucha terapia y de muchas reuniones con el grupo, se encontró mejor, pero durante años Linda no quiso dormir con él en la misma cama.

Linda asistió a algunas sesiones conjuntas con el doctor Barnes y allí se enteró de cosas que habían sucedido durante la guerra, pero no de lo más importante. No sabía nada de Kim ni de los compañeros muertos. Ni tampoco sabía nada de los niños cuya sangre vio empapar la tierra. Cuando tenía un día bueno, Dan era incluso capaz de convencerse a sí mismo de que nada de eso había sucedido.

En los últimos tiempos, a través de un grupo de apoyo a cónyuges de veteranos, Linda se había hecho amiga de la doctora Edith Hoh, esposa de un veterano de Vietnam. Linda la llamaba «doctora E.», y antes de aquel viaje, insistió en que fueran los dos a verla. Durante la visita, la doctora Hoh les dio ánimos, les contó que ella también había ido a Vietnam con su marido y que el viaje había sido de ayuda. Les pidió que hablaran de sus sentimientos y de sus expectativas en relación con el viaje. Les aconsejó que, una vez allí, se tomaran un poco de tiempo para procesar las emociones y no corrieran de una actividad a otra. Escribió el número de teléfono de su casa en una tarjeta de visita. «Llamadme en caso de crisis —dijo—. Llamadme a cualquier hora del día o de la noche.»

El avión continuó descendiendo y, cuando se despejaron las nubes, Dan miró hacia abajo. Arrozales. Había transcurrido una vida entera, pero aquellos campos no habían perdido el color esmeralda. Cuando la luz del sol daba sobre los arrozales encharcados que formaban una cuadrícula de espejos, seguían brillando como si fueran cuchillos. Y los ríos que se deslizaban a través de todo aquel verdor también seguían pareciendo serpientes venenosas.

Linda echó un vistazo.

—¡Qué bonito!

Poco a poco empezaron a ver Saigón, llamada ahora «ciudad Ho Chi Minh». Un paisaje que, en otros tiempos, había llegado a serle tan familiar como la palma de la mano le resultaba ahora totalmente

desconocido, salpicado de edificios de cristal altos y brillantes y lleno de calles atestadas de tráfico.

—¡Mira todos esos rascacielos! —exclamó Linda, entusiasmada.

A Dan le habría gustado hablarle de las columnas de humo que llenaban el cielo, del siseo de los proyectiles al acercarse a la ciudad, de las llamaradas que se encendían en la noche, de los mendigos sin brazos ni piernas, pero temía evocar aquellos recuerdos.

Dan estiró el cuello para buscar con la vista el aeropuerto de Tân Sơn Nhứt, que ahora se llamaba «Tân Sơn Nhất», donde había estado destinado, en un primer momento solo para ocuparse del transporte de personalidades que querían hacer algo parecido a un recorrido turístico. «Muchos son los llamados pero pocos los elegidos, joven suboficial —le dijo el sargento primero—. Fuiste el primero de tu promoción y sales bien en las fotos, como a ellos les gusta. Puedes estar contento.» Incluso, en una ocasión, llevó a una conocida estrella de Hollywood a una base en el frente. El comandante de su helicóptero y los demás miembros de la tripulación se quedaron boquiabiertos y Dan tuvo la sensación de que la presencia del actor reforzaba la extraña impresión de que estaba en una película sobre la guerra y no en una guerra de verdad. Aunque por un lado se alegraba de no tener que entrar en combate, por otro se sentía culpable y tenía la necesidad de ponerse a prueba bajo el fuego. Al fin y al cabo, para eso había ido.

Al final, lo destinaron al puesto de piloto y comandante del helicóptero no armado del pelotón de la compañía. A los mandos de un Huey, un helicóptero Bell UH-1D/H, participó en asaltos de combate y misiones de reabastecimiento. Transportaba suministros, munición o soldados vivos, y también, algunas veces, soldados muertos o destrozados. No tenía ni la más remota idea de que aquellas misiones le cambiarían la vida para siempre.

El aeropuerto de Tân Sơn Nhất se extendía ante su vista. Le resultó muy poco familiar y sintió que se liberaba de un peso. Todo había cambiado, no debería preocuparse. Ahora era un simple turista. Un estadounidense gordito con una riñonera, acompañado por una mujer con un paloselfi. Nadie se daría cuenta de que era un veterano.

Mientras observaba a la azafata que tenía delante recostarse en el asiento y ajustarse el *áo dài* que llevaba, los recuerdos lo inundaron de nuevo. Kim se ponía con frecuencia vestidos como aquel, de cuello alto y tela suave que le llegaban hasta las rodillas. Un día, muchos años atrás, se quedó observándola, vestida con su *áo dài* blanco, preparándose para asistir a una ceremonia budista en una pagoda del barrio. Acababan de mudarse al apartamento que Dan había alquilado

para ella. Kim estaba de pie junto a la ventana y se pasaba el peine por un río de pelo. Dan estaba en la cama, asombrado ante la paradoja del país que lo acogía, capaz de mezclar la belleza con el horror.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Linda cuando el avión dejó de rodar. Dan se presionó la frente. Se había esforzado por borrar a Kim de su vida. Había quemado todas sus fotos. Había intentado convencerse de que era solo un sueño, un fantasma. Pero Kim había permanecido obstinadamente real en sus recuerdos, y ahora que regresaba a la ciudad donde se habían conocido, corría a su encuentro.

Volvió a ver su hermoso rostro de dieciocho años. Sus ojos castaños. Sus lágrimas.

---

[1] Novela histórica publicada en 1990 en vietnamita. Traducida al español por Diego Friera y María José Díez para Ediciones B en 2005 a partir de la versión en inglés, *The Sorrow of War (N. de la T.)*.

Una elección dramática

Aldea de Phú Mỹ, provincia de Kiên Giang, marzo de 1969

Trang alzó el mango de madera de la azada y la dejó caer con todas sus fuerzas. Cuando clavó la herramienta con un sonido seco en un terrón y lo partió en dos, sintió que un dolor agudo le atravesaba la mano derecha. Supuso que se habrían reventado las ampollas y apretó los dientes.

A pocos metros de distancia, su hermana de diecisiete años, Quỳnh, se agachaba para arrancar las malas hierbas con la cara oculta bajo el sombrero cónico típico, el *nón lá*. Quỳnh, que era un año menor que Trang, tampoco había conseguido aprobar el examen de *tú tài* y no había podido obtener el diploma de enseñanza secundaria. Trang siempre había creído que su hermana menor lo pasaría, pero todo el mundo sabía que solo un tercio de los estudiantes aprobaba cada año.

Le habría gustado que soplara un poco de brisa, pero el calor se le pegaba como una segunda piel. Le dolían los hombros. Tiempo atrás, hacía ya cuatro cosechas de arroz, cuando empezó a trabajar a tiempo completo en el campo de la familia, pensó que aquel dolor constante se debía a alguna enfermedad, probablemente un cáncer. Cuando se lo contó a Hiếu, el chico al que adoraba, este se echó a reír y le dijo que si tuvieran un búfalo para arar las tierras, su cuerpo no sufriría tanto. Hiếu lo sabía porque también había empezado a cultivar arroz.

Trang y su hermana menor trabajaban desde el amanecer, pero más de la mitad del campo todavía estaba lleno de las malas hierbas que tenían que arrancar y retirar. Luego deberían regar y arar la tierra una y otra vez hasta que quedara suelta y aireada, lista para la siembra.

Cuando la brevedad de su sombra le dijo que era casi mediodía, cogió una calabaza seca y bebió agua. Le dio un poco a Quỳnh.

—Todavía nos queda mucho trabajo.

—Lo terminaremos todo. —Quỳnh se secó el sudor del cuello largo y bronceado—. *Có công mài sắt có ngày nên kim.*

Trang asintió, ya que el proverbio que Quỳnh había citado encerraba mucha sabiduría: la persistencia convierte una barra de hierro en una aguja.

Quỳnh entornó los ojos para protegerse del sol.

—Ayer volví a soñar que nos atacaban los helicópteros. Aquí mismo —dijo, observando los campos que se extendían hasta el límite verde de la aldea. No había nadie, con la única excepción de unos pocos campesinos agachados. Se alzó una bandada de cigüeñas; sus alas blancas parecían diademas de luto.

—¿Te acuerdas de lo más importante? Si vienen los helicópteros, quédate quieta y no corras. —Trang observó a Quỳnh mientras bebía. Había estado pidiendo a Buda que las protegiera. Unos días atrás, los estadounidenses habían perseguido a unos sospechosos de ser soldados del Vietcong a través de los campos de un pueblo cercano. Según los rumores, las balas habían alcanzado a tres campesinos.

—¡Ja! Si pasa algo cerca de aquí, seguro que te asustas tanto que te orinarás en los pantalones, *chị Hai.* —Quỳnh terminó el agua y cogió de nuevo la azada. Llamaba a Trang «hermana segunda» a pesar de que Trang era la mayor. La gente de la región creía que los espíritus malignos acosaban a los primogénitos, de ahí la tradición de llamar «segundo» al primer hijo.

Trang no sabía cómo reaccionaría si las tropas la atacaran en el campo. Había conseguido sobrevivir a encuentros con helicópteros. Algunos volaban tan bajo que el viento que generaban amenazaba con lanzarla por los aires como si fuera una hoja. Pero no se había atrevido a agacharse. Se había quedado quieta, rodeada de remolinos de polvo, con los ojos bien cerrados y sus plegarias silenciadas por sus labios sellados. Sus padres le habían dado muchas lecciones de supervivencia, una de las cuales decía que los helicópteros disparaban y mataban a quien corría.

—Buda velará por nosotras. El cielo decide quién vive y quién muere —dijo Trang a Quỳnh, y después subió hasta el talud que rodeaba el campo. La hierba le hizo cosquillas en los pies y ahuyentó las preocupaciones que le nublaban el pensamiento. Un saltamontes dio un brinco y desapareció en un montón de mimosas púdicas. Las hojas se plegaron al instante y solo quedaron las flores de color morado que parecían delicadas bolas de algodón. Se preguntó si habría sido un campesino el primero en dar nombre a aquel arbusto: *cây mắc cỡ,* «la planta sensible».

Quỳnh se limpió los pies con unas hierbas. Tenía las mejillas sonrosadas, y los mechones de pelo que se habían soltado de la coleta enmarcaban su rostro ovalado. Trang sintió una punzada de celos. ¿Cómo se las arreglaba Quỳnh para estar siempre tan guapa? Tenía muchos admiradores.

—*Má* tiene que preparar más arroz. No puedo trabajar con tanta hambre —dijo Quỳnh, poniéndose la sandalia de plástico.

A Trang le rugía el estómago. La noche anterior, su madre comió menos de la mitad de lo habitual con el pretexto de que ya estaba llena. Quỳnh raspó una y otra vez la olla de arroz con una cuchara, pero no quedaba ni un grano. Más tarde, cuando Trang fue al pozo para lavar los platos, vio a su madre de pie en el patio delantero, completamente inmóvil, como si el cielo la hubiera plantado en la tierra, mirando hacia su antigua casa de ladrillo, la casa que habían perdido.

Trang y Quỳnh salieron del campo. A lo largo de la carretera que llevaba al pueblo, las casas con techo de paja permanecían en silencio bajo las sombras de los árboles. Algunos campesinos cargados con cestas aceleraban el paso bajo el calor del mediodía. Pasó a su lado un grupo de soldados del Ejército de la República de Vietnam del Sur, el ARVN, y a Trang le alegró ver sus rifles. A menos de veinte kilómetros de distancia, la guerrilla del Vietcong se había hecho con el control parcial de algunas aldeas.

En el colegio le habían enseñado que la agresión de Hồ Chí Minh y los comunistas era la causa de la guerra. Pero sabía que la semilla del conflicto se había sembrado muchos años antes, cuando Francia ocupó Vietnam. Hồ Chí Minh derrotó a los franceses y ahora su Gobierno controlaba el norte del país.

En el sur, donde vivían, el Gobierno de la República de Vietnam del Sur y su Ejército, el ARVN, estaban al mando, y las tropas estadounidenses también tenían que ayudar a protegerlos. Pero los del Vietcong —los comunistas del norte que se habían infiltrado en el sur y los sureños que apoyaban a Hồ Chí Minh— acechaban por todas partes. Podían ser hombres armados vestidos de negro o chicas de aspecto inocente con granadas de mano bajo la camisa.

No entendía por qué la gente tenía que luchar, pero la guerra parecía ir a peor. Los americanos, que apoyaban al Gobierno del Sur, habían estado bombardeando el Norte y su Ejército no tardaría en vengarse. Esa idea hizo que la azada le pesara más en el hombro.

Siguió a Quỳnh con los ojos fijos en el pelo largo de su hermana, el cabello que había trenzado tantas veces, sentadas a la sombra de los bananos, esperando el regreso de su padre.

**

Cuatro años antes, cuando lo reclutó el ARVN, su padre llevó a casa dos bananos para plantarlos en el jardín.

—Volveré el día que den fruto. —Cogió agua con un bol hecho con una cáscara de coco y los regó.

Trang se aferró al brazo fuerte y musculoso de su padre.

—Por favor, no te vayas, *Ba.*

—Sabes que tiene que irse —dijo Quỳnh, empujando a Trang—. No te atrevas a llorar. Las lágrimas le traerán mala suerte.

Su padre dejó caer el cuenco y abrazó a sus dos hijas.

—Me voy a luchar con los soldados mejor entrenados del mundo. Los han enviado desde América, ¡imaginad! Tienen armas modernas y no me pasará nada, no os preocupéis.

Durante los meses siguientes, Trang rogó a los bananos que crecieran rápido. Los alimentó con el abono de estiércol de búfalo que su madre había preparado para las plantas de arroz. Ella y Quỳnh dieron saltos de alegría y batieron palmas cuando floreció la primera planta. La segunda floreció poco después. Las flores se hicieron enormes y colgaban como los farolillos rojos que llenaban el pueblo durante el Festival del Medio Otoño. Los farolillos se abrían y, cuando se caían, dejaban a la vista hileras de bananas. Todos los días después de la escuela, Trang y Quỳnh se sentaban debajo de los bananos mirando hacia el portón del jardín y, para pasar el rato, se trenzaban el pelo.

Crecieron nuevos bananos que sustituyeron a los anteriores. Un día de lluvia, al volver a casa, Trang vio a su madre sentada junto a un desconocido. Tenía el rostro demacrado, medio cubierto por una barba áspera, y sus ojos mostraban una mirada cansada y distante. Cuando el hombre susurró su nombre, Trang dejó caer la cesta de bambú, y las *so đũa,* las flores blancas de sesbania que había recogido para preparar sopa amarga, se desparramaron por el suelo.

Su padre estaba físicamente entero, pero ya no reía y no quería hablar de lo que había visto o hecho. Más tarde, Trang descubrió que lo habían licenciado del Ejército por problemas mentales.

**

—¿Crees que va a llover? —preguntó Trang a Quỳnh, que caminaba delante de ella—. Hace mucho calor. —Quỳnh se cambió la azada de hombro y alzó la vista.

—¡Oh! ¿Esa es Hân?

Trang entornó los ojos. En dirección opuesta, un ciclista inclinado hacia delante pedaleaba con fuerza para tirar de un carro en el que iban sentadas Hân y su madre. Hân había sido la mejor amiga de Trang. Un año antes, se había ido del pueblo para vivir en Saigón y trabajar en una empresa estadounidense en un empleo que le había ayudado a encontrar un tío suyo. Enviaba tanto dinero a la familia que su madre se había construido una casa de ladrillo.

—Escóndete. —Trang tiró del brazo de su hermana y miró a su

alrededor en busca de un arbusto. Hân era rica y no tenía que verlas vestidas con harapos y cargando con una azada llena de barro.

Quỳnh se soltó.

—¡*Chị* Hân, *chị* Hân! —gritó mientras corría hacia el bicitaxi—. ¿Cuándo has vuelto?

La bicicleta chirrió hasta detenerse. Hân estaba muy elegante, vestida con una camisa de flores y sedosos pantalones negros.

—Oh, hola. ¿Venís de trabajar?

Trang asintió, deseando que se abriera una grieta en el suelo, junto a sus pies, y se la tragara.

—*Chào cô.* —Quỳnh saludó a la madre de Hân, que les sonrió.

—*Má,* vete a casa. —Hân saltó del bicitaxi.

—¡No olvides que tu abuela viene a comer! —gritó la madre de Hân mientras se alejaba.

—Tienes buen aspecto, Hân, estás más gordita —dijo Quỳnh, examinándola de arriba abajo.

—Oh, no es bueno ser gordita —contestó Hân, dándose palmaditas en la barriga.

—¿De verdad? —preguntó Quỳnh.

—En Saigón está de moda ser delgada. —Hân se rio.

Trang negó con la cabeza. ¿Cómo era posible? Estar gordita implicaba que eras rica; solo los pobres eran flacos.

Quỳnh, Hân y Trang se dirigieron hacia un *trứng cá* —un árbol llamado «capulín»— que se erguía en la carretera del pueblo y extendía las ramas como si fuera una gallina que quisiera proteger a sus polluelos. De la copa verde colgaban cientos de pequeños frutos, algunos rojos, maduros como estrellitas, llenos de una pulpa dulce y perfumada. Trang lo sabía y quiso arremangarse los pantalones, agarrar una rama y trepar hasta los frutos. Hân se puso de puntillas y saltó, pero solo pudo coger un fruto de color rosa, medio maduro. Se lo metió en la boca.

—¿Cómo os va? —preguntó.

Quỳnh y Trang dejaron caer las azadas al suelo. Quỳnh se agarró de un brinco a una rama baja y se quedó con los pies colgando.

—Tirando. —Trang se quitó el *nón lá* y lo utilizó para abanicarse y, de paso, refrescar también a su amiga. El sombrero cónico, tejido con hojas de palma y varillas de bambú, era un regalo de su madre. Trang había bordado su nombre con hilo rojo en el interior del sombrero, junto con el verso inicial de la obra de Nguyễn Du *La historia de Kiều:* «Cien años: durante el tiempo que pasamos en este mundo, ¡cuántas veces se enfrentan el talento y el destino!».

—Esta mañana me he encontrado con algunas amigas y me han

dicho que ayer había gente gritando en vuestra casa, ¿es verdad? —preguntó Hân.

Trang se mordió el labio. ¿Por qué chismorreaban así sus amigas?

—Eran unos prestamistas a los que mis padres deben dinero —explicó Quỳnh—. Que se vayan al infierno.

—Eso, que se vayan al puto infierno —dijo Trang, escupiendo las palabras. Le sentó bien soltar palabrotas. El año anterior, después de que un amigo de la infancia de sus padres huyera con el dinero que estos le habían dado para invertir, los prestamistas empezaron a ir a su casa. El hombre desapareció no solo con los ahorros de toda la vida de sus padres, sino con cientos de taeles de oro que habían pedido prestados para aprovechar las diferencias de los tipos de interés. Los prestamistas fueron amables al principio, pero con el tiempo habían perdido la paciencia. ¿No se daban cuenta de que sus padres eran víctimas de una estafa y no tenían medios para devolverles el dinero?

Hân suspiró.

—Mi madre me contó lo del estafador que engañó a vuestra familia. Al parecer, convenció a mucha gente para que invirtiera y se asociara con un banco. Espero que la Policía lo atrape.

—Hace más de un año que desapareció, no creo que la Policía lo siga buscando. Y los prestamistas amenazan con quitarnos el terreno y la casa, aunque no valgan gran cosa.

Quỳnh cogió una fruta y la lanzó con tanta fuerza que rebotó en la carretera.

Trang pensó en los largos viajes que su madre había hecho con las otras víctimas para buscar al estafador. La última vez, al regresar, su madre se golpeó la cabeza contra la jarra de arcilla —dura como una roca— en la que guardaban el agua y dijo que quería suicidarse por su error.

—Sé lo mucho que os habéis esforzado por encontrar trabajo —dijo Hân bajando la voz—. Pero ¿habéis mirado más allá de la provincia? —Hân esperó a que pasaran unos aldeanos antes de continuar—. Os lo digo porque sois amigas mías. Las dos podríais ganar dinero en Saigón.

—Pero allí tienes a tu tío, nosotras no conocemos a nadie. —Trang miró el pelo de Hân. ¿Por qué se lo había cortado tan corto? Y se había hecho algo en la piel, era tan clara que brillaba.

—No hace falta conocer a nadie. —Hân sonrió—. Solo hace falta tener… buen aspecto, ya me entendéis. Las dos sois bonitas, seguro que os va bien.

—¿Para hacer qué, exactamente? —preguntó Quỳnh.

—Beber té de Saigón —contestó Hân, y se echó a reír.

—¿Té? —Quỳnh se soltó de la rama con un salto.

—Sí… Te sientas en un bar, tomas té de Saigón y ganas dinero.

—¿Qué es un bar? —preguntó Trang.

—Oh, un lugar donde venden licores a los soldados americanos.

Trang se estremeció. ¿Cómo podía Hân sugerir que bebieran con aquellos hombres extranjeros? Algunos de ellos tenían las manos manchadas de sangre, y esa sangre a menudo perseguía a Trang en sueños.

Hân escrutó los alrededores. El camino de la aldea estaba vacío; sin embargo, habló en susurros.

—¿Me juráis no decírselo a nadie, ni siquiera a un fantasma?

Quỳnh y Trang asintieron.

—No trabajo en una empresa americana, sino en un bar. Voy allí, bebo té de Saigón y gano dinero.

Trang se llevó la mano a la boca.

—Pero yo creía que tu tío…

—Me había encontrado un buen trabajo, ¿verdad? ¡Pues no! Le hice unos cuantos regalos para que me guardara el secreto. Una prima lejana se dedicaba a esto y me lo propuso. —Hân les guiñó un ojo.

—¿El resto de tu familia lo sabe? —preguntó Quỳnh.

—Desde luego que no, solo os lo he contado a vosotras.

Trang miró fijamente a Hân. Si la gente del pueblo se enteraba, seguramente la llamarían *me Mỹ,* que era como denominaban a las prostitutas de los soldados estadounidenses. En Vietnam las mujeres no bebían nunca con los hombres, ni siquiera en las fiestas.

¿Y qué pensaría Hiếu si Trang bebiera con americanos? La noche anterior, a la luz de la luna, Hiếu la había cogido de la mano. El calor de su contacto hizo que Trang escapara corriendo.

—Mirad, no es tan malo como parece —añadió Hân—. No tengo que trabajar a pleno sol y gano unos quince mil dongs por semana.

—¡Qué barbaridad! Trang y yo apenas ganamos el doble de esa cantidad el año pasado, y por toda una estación de trabajo —dijo Quỳnh con voz entrecortada.

—Sí, ya lo sé —dijo Hân, asintiendo—. Y vosotras sois más bonitas que yo, seguro que ganáis más.

—No somos más guapas que tú. Y no creo que seamos capaces de trabajar en un sitio donde venden licores. —Trang negó con la cabeza. Su madre les había enseñado las cuatro virtudes de una buena vietnamita: tenía que ser trabajadora, guapa, hablar correctamente y tener una conducta irreprochable. Seguro que no les daba permiso para beber con hombres.

—¿No has oído lo que dice? —Quỳnh se volvió hacia Trang—.

Nuestra amiga gana quince mil dongs por semana. Imagínate, si ganáramos aunque solo fuera la mitad, podríamos ayudar a *Ba* y *Má* a pagar sus deudas.

Hân asintió.

—Con el dinero que estoy enviando a casa, mi *Má* puede atender mejor sus necesidades y las de mis hermanos.

Trang recordó que la madre de Hân se había desmayado durante el funeral de su marido, que se había ido como soldado y había regresado como cadáver. Pero ahora estaba muy bien. Trang deseaba hacer lo mismo por su madre. Y por Quỳnh.

—¿Ves? Solo hay que beber té de Saigón. —Quỳnh tiró del brazo de Trang y luego se volvió hacia Hân para preguntar—: Porque bebes té, ¿verdad?

—Casi siempre. Fiaos de mí, os irá bien.

—¿Qué quieres decir con eso de «casi siempre»?

—Quiero decir que solo es té. —Hân hizo un gesto con la mano para restar importancia al tema—. Mirad, si queréis ayudar a vuestros padres, pensad en lo que os he dicho. En el bar donde trabajo están buscando chicas nuevas.

Quỳnh pellizcó a Trang.

—Es una oportunidad de oro, *chị Hai.*

Trang negó con la cabeza.

—Nuestros padres no permitirían que trabajáramos en un sitio así.

—¿Crees que mi madre me daría permiso? —Hân sonrió con satisfacción—. Y nunca se enterará, os lo aseguro. Pero como la guerra va cada vez peor, tenemos que ahorrar algo de dinero para el futuro. —Alzó la muñeca y un reloj dorado deslumbró a Trang—. Tengo que irme. Mi abuela debe de estar esperando.

—*¡Xe lôi, xe lôi!* —gritó Hân hacia un bicitaxi que se acercaba, y se volvió hacia ellas susurrando—: Si queréis saber más cosas, venid a casa esta noche. Y recordad: ni una palabra a nadie.

—Muy bien, nos vemos esta noche —dijo Quỳnh, como si fuera la hermana mayor y pudiera tomar decisiones por las dos.

Hân subió al carrito del bicitaxi. El conductor tocó el timbre, se puso a pedalear y se la llevó lejos. Trang se quedó bajo la sombra del árbol contemplando las flores de la camisa de Hân arder como llamas en la carretera del pueblo. Había soñado con Saigón, la gran ciudad con prestigiosas universidades y empleos en oficinas. Pero eso era diferente. No podía imaginarse cómo podía ser un bar con soldados estadounidenses.

—Parece feliz y es rica. Podemos ser como ella. —Quỳnh se miró los pies agrietados y las uñas amarillentas debido al contacto continuo

con la tierra fangosa. Cogió la azada y siguió caminando hacia su casa.

**

—*¿Về rồi đó hả? ¡Nước chanh đó, uống đi con!* —dijo su madre, ofreciéndoles la limonada fresca que había preparado tan pronto como Trang y Quỳnh entraron en la casa. Se habían lavado en el pozo del huerto; Trang todavía tenía la cara, los brazos y las piernas cubiertos de gotas de agua y se recreaba en aquellos besos fríos.

Entornó los ojos y vio que su madre cocinaba en cuclillas en un rincón de la cabaña.

—¿Qué hay para comer, *Má?* —Quỳnh se bebió un vaso lleno de limonada.

—Anoche pediste esto. —Su madre le tendió un trozo de torta de arroz dorada. Quỳnh la cogió y la hizo crujir entre los dientes.

—¡Deliciosa!

A Trang se le hizo la boca agua. Le encantaba cómo su madre era capaz de hacer que la olla de barro sobre el fogón diera distintas texturas al arroz: arroz crujiente para saborearlo con chalotas fritas; arroz tierno para comer con pescado seco; arroz blando que se derretía en la boca con pequeñas gambas pescadas en arroyos y estanques, cocinadas con salsa de pescado y pimienta.

—Trang, no puedo dejar de mirarlo, tienes mucho talento —dijo su padre. Acostado en la cama de bambú, sostenía un cuaderno, y una amplia sonrisa iluminaba su rostro demacrado.

—¿Dónde lo has encontrado, *Ba?* —Trang extendió el brazo para coger sus dibujos del cuerpo humano. La biología era su asignatura favorita, siempre había querido ser médica.

—Tu madre estaba buscando papel usado para vender.

—Cuando tu padre ha visto el cuaderno, ha insistido en hacer marcos para tus dibujos y colgarlos.

La madre de Trang puso unos tazones humeantes con arroz y espinacas en una bandeja de bambú.

Trang miró las hojas secas de coco que formaban las paredes de su casa. Los dibujos habrían quedado mucho mejor en la casa de ladrillo que sus padres se habían visto obligados a vender para pagar algunas de sus deudas.

—Ha venido a vernos el señor Ánh y nos ha dado esto.

Le entregó a Trang un montón de papeles; eran ejercicios para los exámenes de *tú tài.* Trang asintió, agradecida con su antiguo profesor. Al igual que sus padres, creía que Trang y su hermana eran capaces de aprobar los exámenes y seguir estudiando en la universidad.

—Los haremos esta noche, *Ba.* —Trang hojeó los ejercicios.

La mayoría de los estudiantes contaban con la ayuda de profesores particulares. Ella y Quỳnh tenían que esforzarse más, pero cuando encendían las lamparillas de aceite de coco y se ponían a estudiar en la cama, estaban ya agotadas.

Examinó las vendas de las piernas de su padre. La guerra era muy cruel: le perdonó la vida mientras fue soldado, pero lo atacó más tarde en el mercado cuando compraba plantel para la siembra. Cerca de él estallaron unos morteros que mataron a docenas de personas. Todavía tenía trozos de metralla en las piernas y necesitaría más operaciones. Los tratamientos médicos para los veteranos eran gratuitos, pero como estaba postrado en la cama, los pocos meses de salario que había pagado el ARVN al licenciarlo del Ejército eran un grano de sal en el océano de sus deudas. No tenía ningún tipo de pensión.

**

De vuelta al campo, Quỳnh cavó con fuerza con la azada.

—Quiero ir a Saigón. Quiero ser como Hân.

Trang arrojó un manojo de hierbas junto al sembrado.

—No estoy segura de que sea buena idea.

Tenía la sensación de que su mejor amiga había cambiado; estaba envuelta en un halo de misterio.

—¿Quieres quedarte aquí y pudrirte en este arrozal?

Trang no supo qué responder y Quỳnh dejó caer la azada.

—Esos horribles prestamistas nos han amenazado con ponerse violentos, *chị Hai.* Además de eso, van a llevar a nuestros padres a los tribunales. He oído que es probable que los jueces les hagan pagar intereses por los préstamos, incluidos también los del año pasado. ¡Si no podemos pagar, nuestros padres irán a la cárcel!

A Trang se le llenaron los ojos de lágrimas. Unos meses atrás, les había propuesto a sus padres que hicieran las maletas y desaparecieran, tal como había hecho el estafador. Pero tanto *Ba* como *Má* negaron con la cabeza. Eran budistas y no querían engañar a nadie. Además, ¿adónde irían y cómo sobrevivirían?

—Entiendo lo que dices —dijo Trang a su hermana menor—, pero yo no quiero convertirme en una *me Mỹ.*

—Sí, tienes miedo de que te llamen «puta americana», pero eres tú quien se echa a llorar cuando los prestamistas gritan a nuestros padres… Me da igual lo que decidas: yo me voy.

Con los pies hundidos en la tierra y el sudor corriéndole por la cara, Trang contempló a su hermana.

—Yo soy la mayor —dijo con un suspiro—. Mi deber es ayudar a *Ba* y a *Má.* Me iré yo, quédate tú.

—Si una de las dos tiene que ir a la ciudad, esa soy yo —repuso Quỳnh dándole a la azada una patada bien fuerte—. Me muero de ganas de irme de aquí.

—No puedo dejar que te vayas sola. Saigón es una ciudad peligrosa, *em*.

—¿Y te parece que esto es seguro? —Quỳnh señaló hacia donde se oía el eco de los disparos—. Si nos vamos a Saigón, podremos sobrevivir a esta guerra, *chị Hai*. Allí hay tantos americanos que el Vietcong no se atreve a atacar. ¡Ven conmigo!

—Pero no podemos dejar a *Ba* y a *Má* solos —dijo Trang, enfrentada a una disyuntiva en la que ambas opciones eran malas.

—Son adultos y deberían ser capaces de cuidar de sí mismos. Y no te olvides de que fueron ellos quienes nos metieron en este lío. —Quỳnh recogió la azada y la clavó en el suelo con un gesto tan brusco que estuvo a punto de darse en el pie.

**

Aquella noche, en el jardín de Hân, Trang escuchó con ojos muy abiertos las historias de Saigón: los cines llenos de gente vestida a la moda, los anchos bulevares repletos de coches americanos, las villas de estilo francés mantenidas por empleados procedentes del campo, los americanos que estaban por todas partes.

—Los hombres que vuelven del frente están tan destrozados que se contentan con que los hagamos reír y nos llenan los bolsillos de dólares americanos —susurró Hân.

—Dólares americanos, eso es lo que necesitamos —comentó Quỳnh con una sonrisa, frotándose las manos.

—Lo bueno es que en el trabajo no utilizamos los nombres de verdad. Digo que me llamo Mai y soy de Cà Mau.

—¡Qué divertido! —exclamó Quỳnh aplaudiendo—. Un nombre falso, ¡eso me gusta!

—Un nombre fácil para los americanos, con un tono plano, como Lan, Mai, Hoa. Podríais elegir un nombre americano como Suzy o Tina…

—No suena nada mal —reconoció Trang—. Pero ¿te sientes segura en Saigón?

—¿Me estás tomando el pelo? Ahora mismo es el sitio más seguro. Yo vivo cerca de la base aérea de Tân Sơn Nhứt. Está tan bien protegida que uno del Vietcong se mearía en los pantalones si estuviera cerca.

—Danos más detalles sobre lo que es un bar…

—¡La cena está lista! —La madre de Hân asomó la cabeza por la

ventana abierta—. Trang, Quỳnh, quedaos a cenar con nosotros.

—Gracias, tía, pero tenemos que irnos a casa —respondió Trang con una sonrisa. Desde donde estaba, veía un hermoso sofá y una radio. ¿Cuándo podría comprar cosas así para sus padres?

—Espera. —Quỳnh agarró el brazo de Hân—. Me voy a Saigón contigo, ¿cuándo te vas?

—Pasado mañana a las cinco de la mañana. Salgo de la estación de autobuses. —Hân se volvió hacia Trang—: Ya sé que estás preocupada, pero allí hay miles de chicas como yo.

Trang se mordió el labio. En *La historia de Kiều,* cuyo verso inicial había bordado en el interior del sombrero, Kiều sacrificaba su felicidad para ayudar a sus padres y a sus hermanos pequeños. Los esfuerzos y el valor de Kiều eran tan notables que muchísima gente, incluida Trang, había aprendido de memoria los 3254 versos que contaban la vida de la muchacha. Se preguntaba si podría ser tan valiente como ella.

Saigón parecía emocionante. Trang quería ver las calles asfaltadas y los cines. Adoptaría otro nombre y nadie se enteraría.

—Y si no nos gusta el trabajo, ¿podremos marcharnos?

—Por supuesto —asintió Hân.

En el camino de regreso a casa, Trang acordó con Quỳnh que irían a Saigón a probar fortuna. Cuando pasaron por delante de la casa de Hiếu, se le aceleró el pulso. Asomó la cabeza por encima de la valla con la esperanza de verlo, pero también con cierto temor a encontrarlo.

—Vamos —dijo Quỳnh, tirando de ella.

—¿Se lo digo? —susurró Trang.

—No seas tonta. Te haría cambiar de opinión.

Trang recordó la cara cuadrada de Hiếu, la nariz alta y los labios carnosos. Se preguntaba cómo sería besarlo.

No sabía lo que Hiếu sentía por ella, así que unos meses atrás, cuando su madre y Quỳnh llevaron a su padre al hospital, Trang se vistió con sus mejores galas y rezó una oración solemne mientras sostenía *La historia de Kiều* sobre la cabeza. Abrió una página al azar y, cuando miró, el dedo señalaba un fragmento que empezaba en la línea 3095 y decía:

> La castidad no tiene precio ante la antorcha nupcial,
> ¿debo sonrojarme por lo que te ofrezco?
> Me castigó la fortuna y desde entonces
> me avergüenzo porque mi flor cayó ante las abejas y las mariposas.
> La luna se desvanece y la flor se marchita si la azota la lluvia y la

barre el viento.

Tras leer el pasaje, Trang se llevó las manos al pecho y soltó un grito. A diferencia de otros conocidos, ella no creía en la magia adivinatoria de ese poema épico; y si bien no sabía lo que significaba aquello como predicción, lo cierto era que parecía poco prometedor.

Sin embargo, no le cabía duda de que la virginidad era algo fundamental. En su pueblo, si una chica no sangraba en la noche de bodas, el marido tenía derecho a dar por terminado el matrimonio y a dejar a la chica y a sus padres avergonzados durante el resto de su vida.

No le gustaba la idea de estar cerca de los americanos, pero Hân parecía feliz. En Saigón, ella y Quỳnh solo beberían té, nada más. Y ningún hombre podría tocarlas.

Pasaron por delante de su antigua casa. Las paredes de ladrillo brillaban al sol. A Trang le gustaban todos los rincones de aquella casa: la sala de estar amplia y fresca donde jugaba a la rayuela con Quỳnh; el dormitorio donde su hamaca colgaba entre la cama y la ventana; la cocina llena del aroma de los guisos de su madre. Tenía que ayudar a sus padres a recuperar la casa.

**

Quỳnh habría querido comunicar de inmediato a sus padres su partida, pero Trang necesitaba un día más para pensar. Todavía tenía preguntas. Al día siguiente por la tarde, fueron de nuevo a casa de Hân.

Tras su regreso, un trueno rasgó el cielo y cayeron torrentes de lluvia sobre la cabaña de dos habitaciones donde vivían. Trang corrió hacia el armario de madera, su posesión más valiosa. Dentro estaban sus papeles para practicar el examen de *tú tài* y sus queridos libros: *La historia de Kiều, La historia de Lục Vân Tiên, La historia de Phạm Công y Cúc Hoa,* todas ellas novelas escritas en una forma poética llamada *lục bát* que iba alternando versos de seis y ocho sílabas.

Ya habían cubierto el armario con un impermeable, pero le puso encima otra capa de plástico. Después, le dio a Quỳnh cuencos y cubos, y los fueron colocando por toda la cabaña para recoger el agua que se filtraba a través del techo.

Trang miró a su padre, que estaba en la cama con los ojos clavados en el altar familiar. Tenía los puños apretados. Le dolía, pero no se quejaba. Sentada a su lado, su madre remendaba la camisa de Quỳnh, que se había roto mientras trepaba a un guayabo.

Trang pensó en los muchos años que su madre había dedicado a los

campos, al cuidado de sus hijas, a cocinar y limpiar. Era el pilar en el que se apoyaba su marido herido. Un proverbio dice que los mares agitados hacen buenos marineros, y Trang sabía que las guerras hacían más duras a las mujeres. A pesar de los problemas, su madre siempre había querido que sus dos hijas recibieran una buena educación.

—Igual que los bananos, necesitáis una buena tierra. Y la buena tierra es la educación.

Sus padres habían encerrado sus sueños y esperanzas en los nombres que habían dado a sus hijas: Quỳnh era una flor rara que florecía solo por la noche —el cereus de floración nocturna—, y sus pétalos blancos irradiaban un aroma hermoso y puro. Trang significaba «agraciada, gentil, virtuosa».

Trang y su hermana habían deseado llevar una vida virtuosa llena de conocimientos. Se sentaban debajo de la mosquitera cada noche para estudiar después de que se apagaran todas las lámparas de aceite del pueblo. Todas las mañanas se levantaban antes de que cualquier gallo lanzara su canto en la oscuridad. Era muy injusto que la guerra les hubiera arrebatado la oportunidad de recibir una educación mejor.

Quỳnh dio un codazo a Trang.

—Diles que nos vamos, tú eres la mayor.

—No, deberías contárselo tú, eres la más lista de las dos —contestó Trang.

Quỳnh negó con la cabeza, pero carraspeó un poco.

—*Ba, Má*… ¿Os acordáis de nuestra amiga Hân? ¿La que trabaja en Saigón? Bueno, pues nos ha ayudado a encontrar un trabajo. *Chị Hai* y yo nos vamos a la ciudad.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó su madre, levantando la vista.

—Como secretarias para una empresa americana —contestó Trang. Hân había sugerido que dijeran eso.

—Pero Saigón está demasiado lejos —replicó su madre, dejando la camisa.

—Solo está a 250 kilómetros, *Má* —contestó Quỳnh—. Podemos volver a casa en unas pocas horas de autobús. Vendremos tan a menudo como podamos. Y el sueldo es bueno.

Su madre miró a su padre, como rogándole que detuviera a las niñas.

Su padre se volvió hacia ellas. Tenía los ojos cansados y la piel pálida como el papel.

—Me acuerdo de cuando Hân venía por casa, pero hace mucho que no la veo. ¿Por qué iba a ayudaros a encontrar trabajo?

—Porque es mi mejor amiga —dijo Trang—. Viene a ver a su

madre con frecuencia y acabamos de estar con ella.

Las arrugas de la cara de su madre se hicieron más profundas.

—No quiero hablar mal de nadie, pero algunos vecinos han estado cuchicheando sobre Hân. Una joven como ella y que gana bastante dinero en Saigón…

—La gente es envidiosa —replicó Quỳnh echándose a reír—. Hân gana un buen sueldo porque es inteligente. Habla inglés tan rápido como el viento.

Se frotó las manos y buscó en el bolsillo.

—Mirad.

Quỳnh mostró a sus padres una foto de Hân vestida con pantalones largos y camisa de manga larga, sentada detrás de un escritorio en una habitación encalada. Detrás de ella había varios vietnamitas. Un estadounidense de cierta edad, con traje, sonreía por encima de ellos. La madre de Hân tenía esa misma foto en el salón recién pintado.

—¿Vais a trabajar aquí también? ¿Qué tipo de oficina es?

Su padre escudriñó la foto.

—Trabajaremos en otra oficina. Para una compañía naviera americana —dijo Quỳnh.

—No me gusta la idea de que estéis con hombres americanos —dijo su madre—. He visto lo que han hecho por aquí.

Su padre tosió.

—No todos los soldados americanos son malos. Algunos de mis antiguos camaradas eran realmente amables.

Trang recordó las ocasiones en que los soldados americanos habían repartido caramelos entre los niños del pueblo. Una vez vio a dos soldados enseñar a un niño a montar en bicicleta. Mientras corría cada uno a cada lado de la bici, animando al niño, se dio cuenta de que ellos también eran unos críos.

—En realidad, no vamos a estar cerca de hombres americanos —dijo Quỳnh—. La oficina la dirige una mujer y el resto del equipo es vietnamita.

—Mientras las chicas trabajen en una oficina, todo irá bien. Las empresas americanas son muy profesionales —dijo su padre.

—Por favor, no te preocupes —insistió Quỳnh, acariciando el hombro de su madre—. *Chị Hai* y yo no tendremos tiempo para meternos en líos, vamos a tener que aprender muchas cosas nuevas.

—Pero la guerra se está extendiendo —dijo su madre con un suspiro—. Y no quisiera perderos de vista.

—*Má,* si los comunistas llegan a Saigón, huiremos a casa —dijo Trang, aunque ella misma no estaba muy convencida.

—*Má,* por favor —arguyó Quỳnh—. No podemos quedarnos de

brazos cruzados y ver que los prestamistas vienen todos los días a amenazaros. Iremos con cuidado. —Volviéndose hacia su padre, añadió—: *Ba,* tú conoces Saigón, dile a *Má* que no nos pasará nada.

Su padre apartó la mirada.

—Ojalá pudiera ir a trabajar yo en vuestro lugar.

Su madre le cogió la mano.

—Tú ya has hecho lo que te tocaba. Si te vas, ¿quién me hará compañía?

—*Má* tiene razón —dijo Quỳnh—. Te necesitamos en casa, *Ba.* En cuanto a *chị Hai* y yo, somos capaces de abatir a un búfalo. —Flexionó el brazo para mostrar los músculos y se echó a reír—. No os preocupéis, por favor. ¿No nos habéis enseñado que los pájaros abandonan el nido cuando les crece un número suficiente de plumas? Tenemos que ver mundo y cuidaremos la una de la otra. Y viviremos con Hân y sus amigas.

El padre de Trang no dijo nada. Eso significaba que accedía.

Trang le dio a su madre un sobre abultado lleno de dinero.

—Se lo devolveremos a Hân en cuanto cobremos nuestro primer sueldo. Su autobús sale mañana por la mañana y nos iremos con ella.

Su madre dejó el sobre. Cogió la camisa pero no volvió a coser. Se quedó mirándola. Después de un largo rato, se levantó y se acercó al altar. Encendió tres varas de incienso, inclinó la cabeza y ofreció oraciones silenciosas a Buda y a sus antepasados. Trang se arrodilló con unas varas de incienso en las manos.

Cuando terminó de rezar, se reunió con su hermana junto a la cama de su padre.

—Vamos, *Ba* —rogó Quỳnh—. Ayúdanos a repasar el inglés. Lo necesitamos para nuestro trabajo.

Habían aprendido inglés en la escuela, pero hacía tiempo que Trang no practicaba y era una de las asignaturas que peor llevaba.

—A ver… ¿Qué dices cuando saludas a tu jefe americano por primera vez?

—«Hế lô» —contestó Quỳnh en inglés.

—«Hế lô» es demasiado informal. Di «hao đu du đu».

—«Hao đu du đu» —repitieron Quỳnh y Trang a coro.

—¿Y cómo se dice «Mis padres le envían su agradecimiento»?

—Eso no es necesario —dijo Quỳnh, rechazando la frase con un gesto—. Tenemos que practicar palabras útiles. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Palabras como «salario», «bono», «hambre», «sed»…

—«Sá-la-ri, bố-nợs, hấng-ri, thớt-sờ-ti…» —dijo su padre en inglés con fuerte acento vietnamita.

Quỳnh y Trang lo repitieron.

—Está bien, pero tenéis que pronunciar mejor la «th» de «thớt-sờ-ti». Sacad la lengua y soplad —dijo, haciendo una demostración.

Quỳnh y Trang hicieron lo que decía su padre. Y no tardaron en reír a carcajadas.

Un pájaro encuentra su nido

Lâm Đồng – ciudad Ho Chi Minh, 1984-1993

Phong estaba de rodillas, cavando en un trozo de terreno donde crecía hierba de elefante. A sus doce años, tenía los brazos tan delgados como dos palitos para encender el fuego. El sol lo castigaba con un calor abrasador, pero le daba lo mismo. Habría jurado que acababa de ver la cabeza brillante de un grillo grande y cavaba enérgicamente con una ramita. Los niños del barrio habían organizado una lucha de grillos para aquella noche y no lo dejarían participar, pero sí podrían luchar los grillos entre sí.

Detrás de él se encontraba la choza destartalada donde vivían él y la hermana Nhã. Unos años antes, cuando los echaron del orfanato y se instalaron en aquel pueblo de la provincia montañosa de Lâm Đồng, la hermana Nhã contrató a unos lugareños y trabajó con ellos cortando ramas de árboles, bambúes y hojas de ratán para construir la choza. Estaba lejos de las otras cabañas levantadas por hombres, mujeres y niños expulsados de sus hogares. Considerados «malos elementos de la sociedad» por el gobierno comunista, habían tenido que asentarse en la nueva zona económica para arar nuevas tierras y cultivar sus propios alimentos.

—Phong *ơi* —llamó la hermana Nhã desde el interior de la choza.

Phong hizo caso omiso. Llevaba unas semanas enferma, había dejado de ir a los campos y, en secreto, Phong se alegraba porque eso significaba que él tampoco tenía que trabajar.

—Phong *ơi,* entra, tenemos que hablar.

—¿Quieres que te prepare otra infusión de las hierbas que curan, *Dì?* —contestó. Llamaba «tía» a la monja católica, tal como le habían enseñado—. ¡Ya lo haré luego!

—Por favor… *Dì xin con* —suplicó la hermana Nhã. Phong negó con la cabeza, pero dejó caer la ramita y se limpió las manos en los pantalones.

La choza era fresca, oscura y despedía el olor agridulce de la medicina. La hermana Nhã parecía una tenue sombra sobre la cama de bambú. Tal como hacía con frecuencia en los últimos meses, se apretaba la barriga con las manos. Había perdido mucho peso. A Phong le inquietaba que, por la noche, en lugar de dormir, se dedicara

a rezar el rosario.

—Solo tengo un minuto —dijo Phong, y dejó en el suelo la caja de papel que enjaulaba a los grillos. Volvió a contar los insectos marrones: solo tenía tres y necesitaba unos cuantos más. Cuando se incorporó, sus ojos se adaptaron a la oscuridad. La hermana Nhã estaba tan pálida como un espíritu.

Le palpó la frente con el dorso de la mano. No tenía fiebre; estaba fría y sudorosa.

—¿Te duele la barriga, *Dì?* —preguntó Phong. Le miró la cara demacrada; estaba comiendo muy poco. Había hervido unas batatas esa mañana, pero se había quedado mirando cómo las devoraba él. Lo cogió del brazo.

—Has sido un buen chico, Phong. Eres para mí un hijo muy hermoso.

Nadie le había dicho nunca que era hermoso, excepto la hermana Nhã. Phong se dirigió hacia la parte trasera de la choza. Se arrodilló junto al hogar, que no era más que un agujero excavado en el suelo, levantó una olla ennegrecida por el hollín y vertió agua en una taza. Algunos días, él y la hermana Nhã jugaban a las cartas, y el que ganaba tenía derecho a pintar la cara del perdedor con hollín. Se reía mucho cuando le pintaba a la hermana Nhã todo tipo de bigotes. La hermana Nhã casi siempre le dejaba ganar. Las risas de la hermana Nhã, fuertes y libres, se alzaban y llenaban la choza, igual que el hollín le llenaba las arrugas del rostro.

Le habría gustado hacerla reír de nuevo. Durante meses, la hermana Nhã había estado bebiendo el líquido de la cocción de raíces y corteza de árbol que vendía un ciego en el mercado de la zona, pero no parecía ser de gran ayuda. Quizá si tuvieran dinero para ir al médico, mejoraría.

Phong bebió un trago de agua, volvió a llenar la taza y ayudó a la hermana Nhã a sentarse. Esta tomó unos sorbitos, negó con la cabeza y volvió a tumbarse. Phong estaba a punto de salir cuando ella le agarró la mano.

—Phong… Espero que hoy me dediques algo más que unos minutos. Voy a contarte una historia… Tienes que recordar los detalles para poder encontrar a tus padres.

¿Sus padres? Había preguntado con frecuencia, pero la hermana Nhã siempre le había dicho que no sabía nada de ellos. Tampoco hablaba de su propia vida, como si guardara terribles secretos. ¿Por qué querría contárselo todo en aquel momento?

Eligió el más sólido de los dos desvencijados taburetes de bambú y se sentó junto a la cama.

La hermana Nhã le sonrió.

—Te contaré la historia de cabo a rabo, a ver si luego puedes repetírmela entera.

Estaba ya a punto de decir que no. ¿Quería intentar enseñarle a leer palabras? Odiaba las palabras. Los niños que sabían leer y escribir eran monstruosos, le pegaban y lo llamaban de todo. Alguna tarde, la hermana Nhã le había dado un cuaderno y un bolígrafo, pero Phong había estrellado el bolígrafo contra la pared y el cuaderno contra el suelo. Le dolía el cuerpo después de trabajar durante todo el día en el campo y lo único que quería era dormir o jugar al aire libre. En una ocasión, frustrada, la hermana Nhã le gritó, y él contestó también con gritos y pateó el cuaderno. La bofetada aterrizó en su mejilla con tanta fuerza que durante unos instantes solo vio luciérnagas. Cuando rompió a llorar, ella lo abrazó fuerte, sollozando y disculpándose, diciendo que necesitaba un profesor de verdad. No sabía que la idea de ir a la escuela lo hacía temblar: ahí estarían los maltratadores, esperándolo.

La hermana Nhã le quitó una hoja seca del pelo enmarañado y la puso con cuidado junto a la almohada, como si no quisiera romper la hoja ya quebradiza.

Le agarró el brazo.

—Querido Phong, como no sabemos el nombre de tus padres ni tenemos fotos suyas, lo único que tienes es tu historia. Y tu historia empieza conmigo.

Phong asintió. Por fin iba a contarle algo sobre sí misma. Siempre había querido saber por qué lo quería pese a que otras personas lo despreciaran.

—Soy católica desde que nací —empezó la hermana Nhã—. Ya de joven quería servir a Dios. Así que, en lugar de casarme, me metí a monja y trabajé en el orfanato de Phú Long en Hóc Môn, a las afueras de Saigón —dijo. La hermana Nhã lo miró—: Dime, ¿cómo se llama el orfanato y dónde está?

—Orfanato Phú Long y está en Hóc Môn —contestó Phong.

—Muy bien, muy listo. Y en el orfanato, con otras dos monjas, cuidé de niños americoasiáticos como tú y de otros niños vietnamitas. Algunos eran huérfanos. Otros aún tenían padres, pero eran demasiado pobres para criarlos. Y otros habían quedado separados de sus padres durante los bombardeos.

Phong asintió. Esperaba que sus padres no hubieran muerto.

—En el orfanato había muchas cosas que hacer, pero era feliz. Mi vida tenía un propósito. Una noche de primavera, después de acostarme y dormir unas horas, oí llorar a un bebé. El sonido era débil y venía del exterior del orfanato. Me levanté de la cama y cogí una

linterna.

»Era una noche muy oscura. No había luna ni estrellas, solo el viento que aullaba en lo alto. Me estremecí con el aire frío y enfoqué la linterna hacia la puerta del jardín del orfanato, de donde venían los llantos. De vez en cuando, alguna madre abandonaba ahí a su bebé.

La hermana Nhã lo miró.

Phong repitió todo lo que acababa de decirle. Ella asintió y se apretó la barriga. Hizo una mueca de dolor, pero continuó.

—A medida que me acercaba al portón, los gritos se hacían más fuertes y desesperados. Descorrí el pestillo y la puerta metálica crujió al abrirse. Salí y miré a mi alrededor, pero no vi ni rastro de un bebé. Me detuve y escuché con más atención. El sonido provenía de algún lugar impreciso situado en el aire: gue, gue, gue.

A Phong se le erizó el vello de los brazos y la nuca.

—¿El bebé estaba en el aire?

—Sí. Delante del orfanato había un viejo árbol de Bodhi con cientos de raíces colgantes. Este árbol es un símbolo del budismo, e incluso la fundadora del orfanato, que era católica, insistía en que lo cuidáramos para demostrar que las personas de todas las religiones pueden convivir en armonía. Aquella noche vi una cesta colgada de una de las ramas del árbol de Bodhi. ¡Una cesta de juncia! El llanto venía de allí. Corrí hacia la cesta y la bajé. Metí las manos y noté que había un bebé. Estaba envuelto en una manta azul, era pequeño como un gato y temblaba.

Phong también temblaba mientras repetía los detalles, recordándose a sí mismo que tenía que retenerlos para encontrar a sus padres.

—Dentro del orfanato, desnudé al bebé —continuó la hermana Nhã—. ¡Era un niño precioso! Tenía una gran marca de nacimiento en el lado derecho del pecho. La madre no había dejado nada más en la cesta. Nada de ropa, ninguna dirección, nombre o certificado de nacimiento.

La hermana Nhã levantó la camisa de Phong. La marca de nacimiento, que mediría dos veces el tamaño de la palma de la mano, era oscura como la leña quemada. Phong había intentado quitársela frotando, pero era cada vez más negra.

—Recuerda, hijo mío, que esta marca de nacimiento te ayudará a encontrar a tu madre: ella la recordará. Cuando alguien diga que eres su hijo, deberás preguntarle… deberás preguntar si tienes alguna marca de nacimiento.

Phong asintió, emocionado al pensar que su madre tal vez lo buscara. Cuando encontrara a sus padres, los niños del pueblo dejarían

de burlarse de él. Ya no cantarían canciones inventadas sobre un bastardo llamado Phong, hijo de una prostituta.

La hermana Nhã le acarició la cara.

—Llegaste a la puerta del orfanato de Phú Long en febrero de 1972 y eras un recién nacido. Por favor, no lo olvides nunca.

Rebuscó en la almohada y le dio un sobre.

—Guárdalo bien. Tiene dos cartas. Una cuenta la historia de tu vida. La otra es para tu madre. Le he descrito lo maravilloso que eres y le he dado las gracias por haberme confiado tu custodia.

—¿No crees que podría estar muerta? —A Phong se le escaparon las palabras de la boca antes de que pudiera contenerlas.

—Tengo la intuición de que está viva. Lo sé.

—¿Pero por qué has escrito una carta, *Dì?* ¿No puedes decírselo tú misma cuando la encontremos?

—Phong… —La hermana Nhã se secó las gotas de sudor del labio superior con una mano temblorosa.

—No te va a pasar nada, ¿verdad? —Phong la miró fijamente. La mitad del cabello había encanecido y le sobresalían los pómulos. Esperaba que no la metieran en un ataúd. Había visto ataúdes llevados por hombres y seguidos por mujeres y niños con pañuelos blancos en la cabeza, llorando.

—Phong… —La hermana Nhã se incorporó—. El señor Thông, el curandero, ha dicho que tengo un bulto grande en la barriga y que está creciendo.

—¿Quiere decir que vas a tener un bebé?

—No, no es eso. —La hermana Nhã se rio y le alborotó el pelo—. Me encanta tu inocencia, cuánto me gustas.

Phong sonrió ante su risa.

—No lo olvidaré, *Dì*… Orfanato Phú Long. Una cesta de juncia. La rama de un árbol de Bodhi. Me encontraste en febrero de 1972 y me diste el nombre de Phong. —Tras decir esto, hizo una pausa—. *Dì,* ¿alguien vino alguna vez a buscarme?

El rostro de la hermana Nhã se llenó de tristeza, pero esta desapareció tan deprisa que Phong casi ni se dio cuenta.

—Lo siento, hijo. Pero dondequiera que estén tus padres, seguro que piensan en ti.

—No me quieren. ¡Me tiraron, *Dì!*

—Por favor… no pienses así. El hecho de que te pusieran dentro de una cesta y te colgaran del árbol es señal de que la persona que te trajo hasta mí se preocupaba por ti. Y, además, la guerra… era terrible.

—¿Y crees que mi padre es americano? Todo el mundo me llama

Mỹ đen, es horrible.

—Tu padre tiene que ser un hombre guapo. Tienes su piel, su pelo —dijo la hermana Nhã desenredándole los rizos—. Cuando vendía postales en Saigón para recaudar dinero para nuestro orfanato, algunos soldados negros me las compraban y me decían que me quedara con el cambio. A lo mejor tu padre era uno de ellos, Phong.

—¿Eran amables? ¿Cómo eran?

—La mayoría eran muy jóvenes. Algunos tenían el mismo color de piel que tú, otros eran mucho más oscuros. Algunos eran buenos conmigo, pero otros sospechaban que yo era una comunista camuflada y que podría estar escondiendo una granada de mano bajo la ropa. Me apuntaban con sus armas o me decían que me fuera. Eran solo chicos… Chicos que tenían tanto miedo de la guerra como yo.

Phong intentó imaginarse a su padre, pero las imágenes que consiguió evocar eran borrosas, como si quedaran ocultas por capas de niebla. Antes tenía la esperanza de que su padre fuera un buen hombre, pero ahora le entraban dudas.

La hermana Nhã abrió otro sobre y le dio dos fotos. Una mostraba un gran árbol de Bodhi y el portón del orfanato Phú Long. En la segunda foto aparecían tres mujeres y un grupo de niños, sonriendo a la cámara.

—Este eres tú —dijo la hermana Nhã señalando a un niño pequeño. Phong examinó la foto con atención. Qué feliz parecía. La hermana Nhã también. Tocada con un pañuelo en la cabeza y vestida con una larga túnica, parecía joven y llena de vida. Le habría gustado volver al orfanato y convivir como una familia.

Vio a Miềng en la foto y se preguntó si volvería algún día. La hermana Nhã también se la había llevado consigo al salir del orfanato. Pero a los quince años, Miềng huyó con un hombre casado y se llevó todos los ahorros que la hermana Nhã había escondido debajo de la cama.

—¿Sabes dónde están todos ahora? —Phong señaló la foto, entornando los ojos mientras intentaba recordar una cara o un nombre, pero nada. Apenas era un crío de tres años cuando lo arrancaron del refugio del orfanato.

—Algunos de los niños estarán con sus familiares —dijo la hermana Nhã—. Antes de que Saigón cayera, no nos quedaba dinero, así que escribí a las madres que nos habían dejado a sus hijos. También pusimos carteles para conseguir adopciones.

A pesar de su juventud, Phong comprendió que la hermana Nhã no tenía forma de contactar con sus parientes, y las familias vietnamitas no querían adoptar niños negros. Él y Miềng eran los dos niños negros

del orfanato.

—Las otras monjas volvieron con sus familiares, pero yo vine aquí para que los tres pudiéramos seguir juntos —dijo la hermana Nhã con una mirada ausente—. No tenía ni idea de cómo cultivar la tierra, así que tuve mucho que aprender.

—Siento que tuvieras que quedarte conmigo, *Dì*.

—Ni se te ocurra decir eso —le regañó la hermana Nhã con tono severo—. Para mí has sido un regalo de Dios, lo mejor de mi vida.

Phong se secó una lágrima. La bondad de la hermana Nhã parecía demostrar la existencia de Dios.

Phong volvió a llenar la taza e insistió en que la hermana Nhã se la terminara. Se dijo que tenía que cuidarla mejor.

—*Dì*… —dijo Phong después de carraspear un poco—. No entiendo una cosa. Veo que todo el mundo lo está pasando mal, pero ¿por qué nos odia tanta gente?

—Oh, hijo, no nos odian. —La hermana Nhã miró de nuevo las fotos y los ojos se le llenaron de nostalgia. Después volvió a meterlas en el sobre con cuidado—. Las autoridades nos asocian con el enemigo, así que los que no son cristianos prefieren no tener trato con nosotros para evitar problemas. Si nuestros vecinos se enfadan con nosotros es porque necesitan desahogarse con alguien. Algunos de ellos disfrutaban de una vida privilegiada, vivían en villas, tenían coches. De repente les quitaron todo lo que poseían, los tacharon de capitalistas y tuvieron que abandonar su casa.

La hermana Nhã le explicó que, aunque la guerra había terminado nueve años atrás, las dificultades no habían cesado: el Gobierno había enviado a la gente a campos de reeducación y a nuevas zonas económicas para convertir a los antiguos seguidores del régimen anterior en buenos ciudadanos. El terrible embargo impuesto por los Estados Unidos hacía la vida más difícil, y a la gente, más resentida.

Phong no entendía todo lo que decía su tutora, pero recordaba los gritos de sus vecinas más cercanas —una madre y sus dos hijas— cuando se encontraron sanguijuelas en las pantorrillas al volver del campo. Nunca olvidaría las caras hoscas de esas mujeres aquella noche cuando se acuclillaron en el suelo en la sala común junto a la hermana Nhã y todos los demás para cantar canciones de alabanza al nuevo Gobierno. Durante esas reuniones, mientras les picaban los mosquitos, los funcionarios del Gobierno predicaban con pasión sobre la responsabilidad de todos para reconstruir el país con su trabajo, sobre cómo tenían que luchar contra la escasez de alimentos en Vietnam cultivando tierras baldías o sobre lo malvados que eran los imperialistas estadounidenses. Esos discursos, junto con las emisiones

de radio diarias que contaban las agresiones estadounidenses, inculcaron en Phong un sentimiento de culpa, un recordatorio constante de que había nacido de un acto ilícito. Estaba seguro de que esos discursos y esas emisiones aumentaban el rechazo de los vecinos.

La hermana Nhã suspiró.

—Verás, siempre debemos mirar más allá de los actos de los demás e intentar comprender sus razones. Tus padres tendrían sus motivos para separarse de ti. Espero que sus circunstancias ahora hayan cambiado y puedan cuidarte.

—¿Pero cómo los encontraré, *Dì?*

—Dios te mostrará el camino.

La monja se quitó el rosario por la cabeza y se lo puso a Phong alrededor del cuello.

—Confía en el amor de Dios.

Phong tocó las cuentas de madera brillante, la pertenencia más preciada de su tutora. Pero si se lo dejaba puesto, podría perderlo o romperlo al trepar a los árboles.

—No puedo, *Dì*…

—A partir de ahora, lo llevarás tú. Dios te protegerá. No te olvides de rezar todos los días, hijo mío.

**

Phong siempre había pensado que la hermana Nhã lo quería demasiado para dejarlo solo en el mundo, así que cuando murió, se aferró a ella con tanta fuerza que los vecinos tuvieron que separarlos y tirar de él.

—*¡Dì!* —gritaba mientras metían el cadáver de la monja, envuelto en una estera de paja, en un hoyo rectangular recién excavado. Intentó irse con ella y los vecinos lo retuvieron. No quería dejar que la tierra se tragara a su *Dì* y se la llevara. Tendría demasiado frío bajo la tierra oscura; no habían podido pagar un ataúd.

Después del entierro de la hermana Nhã, llovió mucho y durante mucho rato. Phong aullaba y los truenos retumbaban a lo lejos. Mientras golpeaba con los puños la cama que él y su tutora habían compartido, los relámpagos brillaban, rasgando el cielo oscuro en millones de pedazos.

Cuando las lágrimas de Phong se secaron y todo quedó en silencio, conoció el peso y la profundidad del dolor. Comprendió el verdadero significado de la soledad que lo carcomía por dentro, igual que las termitas trituraban sus escasos muebles.

Preparó un altar para la hermana Nhã, encendió una velita y pidió a Dios que se llevara su alma al cielo y que lo mantuviera a él a salvo

en la tierra. Preguntó si debía intentar escapar; no le quedaba nada, su única esperanza era encontrar a sus padres. Los vecinos le habían dado algo de comida, pero él sabía que pronto volverían a dedicarse exclusivamente a sus propios problemas. Varios días después, la hermana Nhã se le apareció en sueños.

—Vuelve al orfanato —dijo—. Quizá tu madre haya regresado para buscarte.

Pensó que no conseguiría irse, pero se las apañó. Tal vez los vigilantes se apiadaron de él y miraron para otro lado cuando lo vieron escabullirse. Sin embargo, no vio compasión en los rostros de la gente en el bullicioso mercado en el que se aventuró después de un día de caminata. Algunos le tocaron el pelo rizado y le tiraron de la oreja. Otros se rieron de él y cantaron: *Mỹ lai, Mỹ lai, mười hai lỗ đít,* llamándolo «americoasiático con doce culos». Un hombre le dio una patada sin motivo y le dijo:

—Eh, tú, negro americano. Perdiste la guerra, ¿por qué coño no te vas a tu país?

No era la primera vez que le decían algo así, pero la hermana Nhã siempre había estado ahí para protegerlo de aquellas palabras venenosas. Sin ella, esos insultos eran como cuchillos que lo abrían en canal. En su interior empezó a crecer una ira profunda, como una llama ardiente, y su calor le quitó el miedo. Empezó a robar: unos cacahuetes, una manzana, una naranja, un huevo que se comió crudo. Esa noche, mientras acostaba su cuerpo cansado en un montón de paja de arroz seca que le había dejado un vendedor, recordó que la hermana Nhã le hacía animalitos de paja para que jugara, incluso le había tejido un sombrero de paja; y se acordó de las muchas comidas que había cocinado con paja. Sus lágrimas se mezclaban con el tenue aroma de la cosecha de arroz, y prometió a la hermana Nhã que sobreviviría, tanto por él como por ella. Se llevó el rosario y las cartas a la cara, aspiró su amor y repitió mentalmente la historia que ella le había contado.

Al día siguiente, consiguió robar una cartera. Sostuvo el dinero en la palma de la mano y huyó del mercado, perseguido por su víctima, el hombre que le había dado la patada. A Phong se le habían roto las sandalias y estaba descalzo. Cuando los guijarros se le clavaron en la piel, el dolor lo hizo más decidido. Corrió más deprisa.

Al cabo de un rato, aminoró la marcha. No había ni un alma a la vista. Solo árboles y pájaros que cantaban para reconfortarlo. Dejó que sus cantos lo guiaran. Encontró una carretera y un camionero lo llevó a Hóc Môn. Enfrente del orfanato Phú Long, contempló el árbol de Bodhi, sus numerosas ramas y raíces colgantes. Imaginó a su madre

alzando los brazos y atando una cesta de juncia a una rama. Oyó su propio llanto mientras su madre se alejaba sin mirar atrás.

El Ejército había ocupado el orfanato y la visión de los soldados lo hizo encogerse como un caracol en su concha. Pero se armó de valor y se quedó merodeando con la esperanza de encontrarse con su madre. Tardó casi una semana en darse cuenta de lo ridículo que era: ni siquiera sabía qué aspecto tenía su madre.

Deambuló hasta Saigón y se convirtió en un *bụi đời,* un «niño de la calle». Odiaba aquel nombre porque se utilizaba para todas las personas sin hogar, como si quisieran borrar su identidad. Conoció a muchos *bụi đời* americoasiáticos. Como ellos, Phong dormía en la calle, buscaba algo para comer y robaba. Se unió a una pandilla. Después de varios años viviendo así, robó una bicicleta en una casa. Lo detuvieron y lo enviaron a un campo de reeducación en lo alto de las montañas de Lâm Đồng.

El primer día que pasó en el campamento, le dijeron que era un *cặn bã xã hội,* la «hez de la sociedad», y tenían que reeducarlo mediante trabajos forzados. En el campamento había varios americoasiáticos como él, y otros eran delincuentes o antiguos soldados que habían luchado contra los comunistas. Las reglas eran duras y de obligado cumplimiento. Y si alguien intentaba escapar, se le pegaba un tiro.

A sus quince años, ya no parecía un niño. Su piel se había vuelto aún más oscura por el sol, tenía los brazos musculosos y el pelo grueso y rizado. Se esperaba de él que trabajara tanto como un adulto. Junto con los demás, talaba árboles, cavaba y araba para convertir las zonas secas y rocosas en campos de cultivo capaces de producir mandioca y maíz. El tazón de arroz con algo de verdura que recibía en cada comida era poco, y siempre tenía hambre. A su alrededor, la gente caía y moría de las distintas enfermedades que azotaban los campos de reeducación. Contrajo malaria varias veces y tuvo la suerte de sobrevivir.

Trabajar la tierra hacía que echara de menos a la hermana Nhã todavía más. Sentía que le había fallado por vivir al margen de la ley: ya no rezaba y había perdido el rosario, las cartas y las fotos que le había dado, todas las referencias que podrían conducirlo hasta sus padres. Se juró que, si se le daba otra oportunidad, llevaría una vida buena, una vida digna del amor y de la fe que su tutora había depositado en él; se esforzaría por integrarse en la sociedad vietnamita y se mantendría alejado de las bandas y de los alborotadores.

Salió del campo de reeducación a los diecisiete años, se dirigió a la ciudad más cercana, Đà Lạt, y eligió sus calles para vivir. El clima fresco, los lagos solitarios y las colinas onduladas cubiertas de pinos le

gustaban. Ahí se sentía más cerca de su padre, ya que Đà Lạt era un lugar de vacaciones de franceses y americanos. Honró la promesa que había hecho en memoria de la hermana Nhã ganándose la comida en lugar de robarla. Lustraba los zapatos de la gente, recogía basura reciclable, vendía cigarrillos y refrescos y trabajaba como portero y obrero. Durante un año, durmió en parques y aceras hasta que un conductor de autobuses de larga distancia lo contrató como ayudante. Por fin empezó a ganar lo suficiente para mudarse a una pequeña habitación que compartía con otros cuatro hombres.

Pasó los dos años siguientes llamando a clientes potenciales desde el autobús y subiéndolos a bordo. Dos años luchando contra los ladrones que se mezclaban con los viajeros. Dos años ayudando al conductor y a sus clientes a hacer contrabando de mercancías escondiéndolas encima, debajo y dentro del autobús. Dos años cargando sacos de arroz, maíz, mandioca y boniatos más pesados que su propio cuerpo. No le importaba el trabajo duro, pero cuando veía a una familia de viaje, se le desgarraba el corazón. Al verlos tan unidos, se veía a sí mismo como un pájaro solitario sin plumas ni nido, incapaz de volar y sin ningún lugar al que regresar. Observaba a las madres preguntándose qué podría llevarlas a abandonar a su propio hijo. Miraba a las mujeres que tenían edad suficiente para ser su madre y se preguntaba en silencio si él habría formado parte de su vida.

Los autobuses hacían viajes frecuentes al delta del Mekong y, de vez en cuando, también a otras ciudades. Cuando tenía veinte años, una mañana, cuando salía, agotado, de la estación de autobuses de la ciudad Ho Chi Minh en dirección a su café favorito, oyó una voz:

—Phong *ơi,* Phong. —Phong se dio la vuelta de inmediato, sobresaltado al oír su nombre. Se había acostumbrado a no tener nombre. Ya no era un *bụi đời,* un niño de la calle, porque no vivía en la calle y podía alquilar una habitación, pero su jefe y sus compañeros de piso lo llamaban *Mỹ đen,* «negro americano». Los únicos que lo llamaban por su nombre eran otros americoasiáticos, pero hacía mucho tiempo que no veía a ninguno. Algunos seguían siendo miembros de bandas y se había mantenido alejado de ellos para evitar problemas y concentrarse en su plan: había decidido que, cuando tuviera suficiente dinero, compraría un terreno y cultivaría su propia comida. Durante los años que había vivido con la hermana Nhã, se había dado cuenta de que las plantas y la naturaleza siempre le ofrecían consuelo y eran, de hecho, más amables que la mayoría de la gente.

—¡Phong *ơi!* —El sonido de su nombre le llegó de nuevo a través

del tintineo de los timbres de las bicicletas y el estruendo de los autobuses que se dirigían a la estación. Parpadeó y se protegió los ojos de la luz del sol con la mano. La persona que lo había llamado era una mujer de mediana edad. Esquivó una bicicleta y corrió hacia él.

—Phong… —repitió con voz entrecortada, como si le faltara el aliento.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Se quedó mirándola mientras se acercaba. Tenía la piel clara, el pelo rizado con una permanente y de las orejas le colgaba un par de pendientes de oro. Parecía demasiado elegante para estar en una estación de autobuses.

La mujer lo agarró del brazo.

—Hijo mío… —Lo atrajo hacia sí y enterró la cara en su pecho—. *Má xin lỗi con,* Phong *ơi* —dijo con voz temblorosa. Se había llamado a sí misma «madre» y le había ofrecido sus disculpas. Cuando levantó la vista hacia él, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te… Te entregué cuando eras un bebé. Lo siento muchísimo.

Sus palabras sonaban como si hubieran viajado desde un mundo tan lejano que, al llegar a él, habían perdido su significado.

—*¿Cô… cô vừa nói gì?* —Phong le preguntó qué acababa de decir y se dirigió a ella con respeto, llamándola «tía». Dio un paso atrás y la miró de pies a cabeza. Tendría unos cuarenta años, edad suficiente para ser su madre.

—Aquí hay demasiada gente —dijo la mujer, secándose los ojos con un pañuelo y señalando hacia quienes los miraban desde la acera y las casas de comidas—. Ven y te enseñaré algo. Entonces me creerás. —La mujer se dio media vuelta y llamó a un bicitaxi.

—¿Acaba de decir que es usted mi madre? —preguntó Phong. Le habría gustado agitarla hasta que le dijera la verdad.

—Sí. Así es, hijo. —La mujer le tiró del brazo y subió al carrito arrastrado por la bicicleta. Phong subió tras ella.

La mujer dio una dirección al ciclista, el cual se puso a pedalear con esfuerzo.

—Si es usted mi madre, ¿dónde me abandonó? ¿Enfrente de qué orfanato? —preguntó Phong sin aliento. Si respondía Phú Long, le preguntaría sobre su marca de nacimiento. Se preguntó cómo conocía la mujer el horario de su autobús. ¿Lo habría esperado en la estación mucho tiempo para poder hablar con él?

—¡Shhh! —La mujer volvió a echarse a llorar y se sonó con un pañuelo—. Espera a que te enseñe lo que quiero que veas, entonces lo entenderás.

Phong estaba impaciente, pero la mujer enterró la cara en las manos. Los hombros le temblaban. El llanto contenido agitó algo muy

dentro de Phong. Los altos muros que había erigido para protegerse empezaron a desmoronarse y se quedó expuesto. La mujer le cogió la mano y su calor le impregnó los dedos; el calor con el que había soñado durante las innumerables noches de los últimos ocho años en las que el viento frío era su única compañía. Los temblores del cuerpo de la mujer viajaron hasta el suyo y Phong se estremeció. Algo se quebró en su interior y estallaron las lágrimas que había retenido durante años. Le rodaron por la cara, escociéndole los ojos y nublándole la vista. Pensaba que nunca perdonaría a su madre, pero en aquel momento decidió que si la mujer podía demostrar que era su *Má,* la ayudaría a superar los fantasmas del pasado y construirían un futuro juntos.

El bicitaxi chirrió hasta detenerse. Habían llegado frente a una casa de dos pisos. Un hombre de mediana edad abrió la puerta de la verja, radiante, y los invitó a entrar. Mientras se sentaba en un sofá de madera, el hombre susurró algo a la mujer y le dio un sobre grueso. Phong se levantó cuando ella se dio la vuelta y salió corriendo a la calle.

—*Má*… —Sin pensarlo, la palabra «madre» le vino a la boca.

La mujer desapareció tras la puerta del jardín.

El hombre le sonrió.

—Siéntate, Phong. Sé cuál es tu bebida favorita y te la he preparado.

Agitó un vaso y el olor a café mezclado con leche condensada azucarada llenó a Phong de una sed intensa.

Phong se echó atrás.

—¿Quién es esa mujer y quién demonios es usted?

—Tranquilo, hijo. Me llamo Khuất. Bienvenido a nuestra casa.

El hombre señaló las altas paredes decoradas con grandes pinturas, los muebles sólidos de madera maciza, la moto. Los ojos de Phong se detuvieron en un gran altar con una figura de Jesucristo.

El hombre se sirvió té en una taza con forma de huevo.

—Olvídate de esa mujer, no tiene nada que ver contigo. Lo que ha dicho solo era para convencerte de que vinieras. ¿Quieres oír la verdad? Yo tampoco soy pariente tuyo. Pero mi esposa y yo queremos que seas nuestro hijo. Nosotros le pedimos a esa mujer que te encontrara y te trajera hasta aquí.

Los músculos del estómago de Phong se contrajeron. Qué tonto había sido al dejar que la mujer lo engañara con unas lágrimas de cocodrilo, lágrimas *cá sấu.* Oh, le habría gustado ir tras ella, sacudirla y gritarle. Seguramente, lo había espiado cuando iba a la cafetería cerca de la estación de autobuses. Qué cruel por su parte haber jugado

con su profundo anhelo del amor de una madre.

Phong se dirigió hacia la puerta. Si se daba prisa, podría volver antes de que su autobús regresara a Đà Lạt.

Durante los años siguientes, Phong reflexionaría a menudo sobre aquel momento y desearía haberse marchado, ya que lo que sucedió a continuación le cambió la vida.

—¿No puedes quedarte quieto y escuchar primero lo que tengo que decirte? —El hombre se acercó a Phong y le dio una fotografía descolorida—. Mi amigo… Se llamaba Phi-lịp, pero yo lo llamaba Thằng Khờ porque era muy ingenuo en relación con la guerra.

Phong se quedó mirando al hombre extranjero de la foto. Un soldado negro junto a un campo de arroz, un casco de metal en la cabeza, un arma en la mano.

—Fue muy bueno conmigo —prosiguió el señor Khuất con voz temblorosa—. Me salvó la vida, pero la maldita guerra lo mató… Por ese motivo tengo que honrarlo ayudando a una persona negra. Sé que la gente como tú ha tenido que enfrentarse a la discriminación y me parece horrible. —El señor Khuất bajó la voz—: Phong… He preguntado a mucha gente por ti. Has pasado por muchas cosas y trabajas mucho. Eso me gusta. Verás… Estoy buscando a un joven para adoptarlo. Mi esposa y yo… lo intentamos durante años, pero ella solo ha podido darnos dos hijas. Y ya sabes lo que dice nuestro viejo proverbio: *Nhất nam viết hữu, thập nữ viết vô,* «tener un varón es tener un hijo, tener diez hijas es no tener nada». En cuanto se casen, nuestras hijas pertenecerán a la familia del marido.

—¿Quiere usted adoptarme? —Era la cosa más absurda que Phong había oído en toda su vida y se echó a reír—. Para empezar, ¿cómo sabe cómo me llamo?

—¿No has oído el dicho *Có tiền mua tiên cũng được?* «Con dinero se puede comprar cualquier cosa, incluso a las hadas». —El señor Khuất le guiñó un ojo—. Tengo ojos y oídos en la estación de autobuses y por toda la ciudad. He buscado a muchos chicos como tú y sé que encajarás bien en nuestra familia. Tú decides, pero si sales por esa puerta, no querré volver a verte nunca más. Tengo a más chicos en la lista y cualquiera de ellos moriría por tener la oportunidad de vivir con nosotros. El elegido tendrá una habitación propia en el piso de arriba. Un dormitorio propio, imagínate. Comerás con nosotros. No tendrás que trabajar.

—Pero *có đi có lại,* ¿qué tendría que hacer yo a cambio? ¿Limpiar la casa, ser su sirviente?

—No, nada de eso. —El señor Khuất rio entre dientes—. Solo hacerme compañía, eso es todo lo que pido. En cuanto a la cocina y la

limpieza, no tendrás que mover ni el dedo meñique. Mi mujer se ocupa de todo a la perfección. Así pues, ¿qué dices? ¿No quieres intentarlo? Quédate un par de días, disfruta de nuestra casa y de nuestra hospitalidad. Si no te gusta, podrás irte.

Phong quiso marcharse en ese mismo momento. No se creía la historia del señor Khuất acerca de su amigo negro, pero no estaba seguro de que eso tuviera gran importancia. La idea de una cama y una habitación propia era demasiado tentadora. No podía dejar de comparar aquella casa espaciosa con la sofocante habitación que compartía, tan pequeña que, durante el día, él y sus compañeros tenían que enrollar las colchonetas de paja para poder moverse. El retrete era un agujero excavado en el pequeño patio trasero. Cuando se acostaba, le llegaba el hedor de la mierda y oía el zumbido de las moscas.

Miró el café helado que el señor Khuất había colocado sobre la mesa delante de él y su sed le rogó que tomara un sorbo. Cuando aún estaba pensando qué hacer, una mujer de mediana edad bajó la escalera con una amplia sonrisa. Mientras le decía lo contenta que estaba de conocerlo, se dio cuenta de que llevaba un rosario al cuello. Como la hermana Nhã.

El rosario y el altar le decidieron a quedarse. Pensó que había llegado a la casa de Dios y él lo protegería.

Aquella noche, la señora Khuất obsequió a Phong con una suntuosa cena de bienvenida. Sus dos hijas, una mayor que Phong y otra más joven, apenas abrieron la boca, a pesar de que el señor Khuất no dejaba de instarlas a hablar. Le dieron una habitación en el segundo piso, amueblada con una cama de madera tres veces más ancha que su estera de paja. Era la primera vez que dormía en un colchón. Sin embargo, no estaba acostumbrado a dormir en algo tan blando, así que durante la noche cogió una almohada y se tumbó en el suelo, donde las frías baldosas contra la espalda desnuda le resultaron más familiares. Por la mañana, sonrió de oreja a oreja mientras se esforzaba en dirigir la orina al brillante interior del inodoro blanco occidental. Más tarde, se metió en la ducha con los ojos cerrados mientras las cálidas gotas caían sobre él. Por primera vez en su vida, no tuvo que lavarse con el agua de un cubo.

Phong pensó que se quedaría solo uno o dos días hasta averiguar algo más sobre los Khuất y sus verdaderas razones para acogerlo, pero la comodidad de su hogar le parecía como el abrazo de la madre que siempre había querido. El modo en que la señora Khuất lo cuidaba le recordaba a la hermana Nhã. Cocinaba para él todos los días y le compró ropa nueva. Le lavaba y planchaba los pantalones y las

camisas. Al mirarse al espejo y ver a un hombre joven y bien vestido, se sintió agradecido. Intentó ayudar en las tareas domésticas, pero la señora Khuất le dijo que solo tenía que limpiar su habitación.

Durante el día, el señor Khuất salía a trabajar y sus hijas iban a clase, y Phong se sentía como si la casa le perteneciera. Había un vídeo en su habitación, junto con más de veinte películas. Gracias a estas, viajó a los Estados Unidos, un país de paisajes magníficos, ciudades modernas, vaqueros a lomos de caballos y chicas tan guapas que luego lo visitaban mientras dormía. Ansiaba pisar los Estados Unidos aunque solo fuera una sola vez en su vida.

La quinta noche de su estancia, cuando Phong se planteaba volver a la estación de autobuses para enviar un mensaje a su jefe, el señor Khuất entró en su habitación agitando unas hojas de papel.

—Phong, ¿adivinas qué ha pasado? Por pura casualidad, ¡acabo de descubrir tu suerte! Los americoasiáticos como tú podéis entrar en los Estados Unidos como inmigrantes.

Phong se sentó en la cama. La noche anterior, había soñado que besaba a una chica americana. Su cuello olía a rosas y no a sudor, como las chicas con las que había estado.

—Es complicado y caro reunir los papeles, pero te ayudaré.

El señor Khuất le explicó que, para ello, Phong tenía que solicitar primero un pasaporte y un permiso de salida de las autoridades vietnamitas y, después, un visado de entrada en los Estados Unidos. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—La vida en los Estados Unidos es buena, pero no será fácil al principio. Necesitarás una familia que cuide de ti. Necesitarás a alguien que domine el inglés, como yo, para que te ayude. —Sonrió a Phong—. Si quieres, podemos ir todos, en familia. Los americanos son amables, ¿sabes? Simpatizan con la gente como tú. Su Gobierno aprobó una ley llamada Amerasian Homecoming Act que permite que los americoasiáticos se lleven a su familia.

—Pero nosotros no somos familia.

Phong se alejó de la cama. Le había deslumbrado la oportunidad de emigrar a los Estados Unidos, pero ahora tenía las ideas claras como el cielo después de una fuerte lluvia: aquella familia lo había acogido con el fin de utilizarlo como billete para ir a los Estados Unidos. Le habían dejado ver películas americanas para tentarlo. Conocía a mucha gente que estaba desesperada por irse; algunos habían huido en barcos pesqueros y habían arriesgado la vida entre las olas de los grandes océanos. En alguna ocasión había pensado en unirse a ellos, pero no tenía oro para pagar semejante viaje.

—No te preocupes —dijo Khuất—. La verdad es que algunas

familias vietnamitas adoptaron a americoasiáticos hace años y han podido ir a los Estados Unidos en virtud de la Amerasian Homecoming Act. Y conozco a gente que ha acogido a un *con lai* como tú y se han ido juntos. No seremos los primeros.

Phong no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía estar de acuerdo con mentiras de tal envergadura? Ya había tenido suficientes problemas con las autoridades. Además, le había prometido a la hermana Nhã que llevaría una vida honesta.

Khuất puso una bolsita de seda en la mano de Phong.

—Tres anillos. ¡Eso es un tael y medio de oro! Para que te compres lo que necesites para preparar nuestro viaje a América. Cuando lleguemos, te daré más.

Phong miró dentro de la bolsa y vio los anillos de oro. La hermana Nhã había ahorrado toda su vida y todo lo que tenía valía menos que dos de aquellos anillos.

—¿Ves lo bien que te cuido? —dijo Khuất con una amplia sonrisa —. Como he dicho, el papeleo no será fácil, pero tengo buenos contactos. Me pueden ayudar a registrarte en nuestro libro de familia para que conste que te adoptamos hace muchos años.

Phong negó con la cabeza. Tendría que mentir a las autoridades, podrían golpearlo y encarcelarlo. Abrió la boca.

—Pero…

—No hay ningún «pero», Phong. Recuerda que tienes derecho a llevarte a tu familia. Eres hijo de América y los americanos quieren que vayas a su país.

Khuất hizo un gesto señalando la habitación.

—Mira esta hermosa casa. Me la he ganado con mi inteligencia. Ahora soy profesor particular de inglés, pero durante la guerra me hice rico suministrando sacos de arena al Ejército americano. Sé cómo piensan. «Camino con sandalias de madera por encima de su barriga», como dice nuestro proverbio. Los conozco al dedillo. He estudiado sus leyes. No te propondría que fuéramos a América si no fuera factible.

Puso las manos en los hombros de Phong y presionó.

—¿No te emociona que todos tengamos un nuevo comienzo en América? ¿Que podamos ser oficialmente una familia? ¿Que pueda ayudarte allí con mi inglés?

—Pero si usted aquí tiene de todo, ¿por qué quiere irse?

—No puedo ni contarte lo que nos han hecho los comunistas desde la caída de Saigón. —Khuất frunció el ceño—. Nos quitaron los ahorros guardados en el banco. Nacionalizaron nuestra fábrica y nos robaron las otras casas que teníamos. Las cosas van a empeorar, y no puedo dejar que mis hijas vivan bajo semejante opresión. Lo único que

queremos es vivir en libertad. ¿Nos ayudarás, hijo?

Khuất pasó a llamar a Phong «hijo» como si fuera lo más natural del mundo.

Cuando Phong no respondió, el hombre suspiró.

—Quédate con el oro mientras lo piensas. Y no olvides que en América te ayudaremos a encontrar a tu padre. Seguiremos siendo tu familia, no volverás a estar solo.

Aquella noche, en vez de dormir, Phong se quedó junto a la ventana, mirando al cielo negro con el oro en la palma de la mano. Si hubiera tenido tal fortuna antes, podría haber salvado a la hermana Nhã.

No podía creer que de niño de la calle hubiera pasado a ser un hombre con oro en las manos.

«Eres hijo de América y los americanos quieren que vayas a su país.» Las palabras del señor Khuất resonaban en sus oídos. Aunque el hombre mintiera, Phong quería creer que estas palabras sí eran ciertas.

A la mañana siguiente, Phong se dirigió al Parque de la Reunificación del 30 de Abril, donde se reunían muchos americoasiáticos. Hacía años que no iba por ahí, y el parque estaba más vacío de lo que recordaba. Tardó un rato en encontrar a varios *trẻ lai*. Le dijeron que era cierto: los *trẻ lai* ya podían ir a los Estados Unidos alegando unos rasgos físicos no vietnamitas. Como muchas madres de *trẻ lai* los habían abandonado o habían destruido los papeles por miedo al castigo de los comunistas, los *trẻ lai* podían reclamar a cualquiera como su familia y llevarla consigo. Varias familias ricas ya se habían puesto en contacto con dos amigos de Phong, mayores que él, con intención de que se casaran con sus hijas y luego toda la familia se fuera a los Estados Unidos. Los de su edad o menores habían recibido ofertas de adopción. Le advirtieron a Phong que, aunque era posible conseguirlo, el papeleo podía llevar años. Los trámites eran complicados, las tasas eran caras, había que pagar sobornos y se estaban presentando demasiadas solicitudes. Para un analfabeto sin dinero como Phong, sería casi imposible a menos que encontrara ayuda.

Sus amigos le dijeron que el señor Khuất le había ofrecido poco oro y que debía pedir más o buscar otra familia. El precio de mercado era de cinco taeles de oro por adelantado.

Cuando caminaba de regreso a la casa de los Khuất, Phong vio a gente durmiendo en las calles, mendigos mostrando la palma de la mano, suplicando a los transeúntes. Chicos de su edad inclinados bajo el sol, lustrando zapatos de hombres ricos. No quería volver a vivir en

la calle, aquella era su oportunidad para conseguir un futuro mejor y tenía que aprovecharla. No podía hacerlo por su cuenta, y el señor Khuất parecía saber cómo llevarlo a los Estados Unidos.

Esa noche, Phong dijo al señor Khuất que sus amigos estaban recibiendo cinco taeles de oro.

—Te daré otro anillo, así tendrás dos taeles por adelantado —accedió el hombre—, y tres taeles más cuando lleguemos.

Phong asintió. Durante los meses siguientes, el señor Khuất trabajó con denuedo en la preparación de Phong y de su familia para las entrevistas del permiso de salida y del visado de entrada. Montó distintos escenarios para hacer fotos de toda la familia y luego las llevó al mercado de Chợ Lớn, en el barrio chino. Una semana después, mostró a Phong las fotos, ahora descoloridas, como si las hubieran tomado años atrás.

Khuất también escribió muchas preguntas y respuestas posibles sobre la familia y exigió a todos que se las aprendieran de memoria. Dirigió sesiones prácticas con Phong. El hombre estaba decidido a triunfar, y su confianza calmaba la ansiedad de Phong.

Una vez presentadas las solicitudes de permiso de salida, Phong se mantuvo ocupado con nuevas rutinas de ejercicio. Subía y bajaba las escaleras, hacía flexiones y levantaba peso, usando ladrillos. Y encontró trabajo fabricando persianas de bambú para una cooperativa. En cuclillas en el suelo de su habitación, perforaba con un fino alambre los trozos de bambú cortados y los unía. Imaginaba los hogares a los que llegarían las persianas. Hogares llenos de risas y buenas conversaciones. Estaba decidido a construir un hogar así. Había empezado a llamar «madre» y «padre» a los Khuất para disimular mejor en las entrevistas, pero no se sentía cómodo. Por mucho que anhelara tener padres, la paternidad no se podía comprar con dinero. Había que ganársela y demostrarla con el tiempo y, desde luego, no podía basarse en mentiras.

Pero mintió y pasó la entrevista para obtener el permiso de salida.

El día de las entrevistas para el visado estadounidense, primero llamaron a Phong, luego al señor Khuất y, por último, a la señora Khuất. El funcionario del visado fue amable con Phong y este pensó que lo había hecho muy bien.

Esa noche, unos ruidos fuertes despertaron a Phong. Bajó las escaleras de puntillas hacia la habitación de los Khuất. Estaban discutiendo. Escuchando a escondidas, se enteró de que cuando el funcionario de visados había cuestionado algunas respuestas de la señora Khuất, esta se había asustado y lo había contado todo.

—¡Eres una tonta! —gritaba el señor Khuất.

—Sus preguntas me hicieron sentir como una criminal —gimió la señora Khuất.

—Por tu culpa nos pudriremos en este infierno. ¡Maldita seas!

—¿Cómo puedes mentir de esta manera siendo católico? ¿No crees que Dios te juzgará?

—Dios sabe que tengo que sacaros de este agujero de mierda. ¡Él no me juzgará!

Los gritos se hicieron más fuertes. Phong se tapó los oídos. De vuelta en la cama, se quedó despierto hasta la mañana siguiente con la esperanza de que dejaran de pelearse. Lo sentía por la señora Khuất.

Además, creía que la señora Khuất se preocupaba sinceramente por él, pero en cuanto se les notificó que no habían aceptado las solicitudes de visado, la mujer le pidió que devolviera los anillos de oro, recogiera sus cosas y se marchara. Sus ojos eran tan fríos como los de los pescados que traía a casa y preparaba para cenar.

—No es culpa mía, lo hice lo mejor que pude —dijo Phong a Khuất, que estaba sentado a la mesa leyendo un periódico.

El hombre pasó la página y siguió leyendo.

Phong temblaba de rabia. Su sueño de ir a los Estados Unidos se había hecho añicos. Subió a recoger su ropa. De pie junto a la ventana, miró dentro de la bolsa de seda: los cuatro anillos de oro brillaban como promesas bajo la luz del sol. Los había llevado a una joyería para verificar que eran auténticos, ya que sabía que los Khuất eran unos tramposos.

—Es oro puro de veinticuatro quilates —declaró el joyero, que acto seguido le preguntó—: ¿Dónde los has robado? ¿Quieres vendérmelos? Te daré el mejor precio de la ciudad.

Phong dejó caer la bolsita de seda en el bolsillo del pecho de su camiseta. Los Khuất le habían pagado para que mintiera en su nombre y lo había hecho tan bien como había sabido. Había cumplido con su parte del trato.

Bajó y se dirigió a la puerta de salida, pero la encontró bloqueada. Ahí estaba el señor Khuất con un gran palo de madera en las manos.

—Devuélvenos el oro —dijo el hombre, amenazándolo con el palo —. Tu tarea era convencer a los americanos y no has cumplido.

—¿Arruinan mis posibilidades de tener una vida mejor y luego me echan la culpa a mí?

Phong se colgó la correa de la mochila al hombro y se remangó las mangas de la camiseta para mostrar sus musculosos brazos.

—Me dijo que se había informado sobre mí, ¿verdad? Así pues, sabrá que me gusta dar lecciones a las personas que odio.

El calor de Saigón

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

Dan cogió la maleta de Linda y salió del aeropuerto detrás de su mujer. Estaba sorprendido porque todo había transcurrido sin contratiempos. El funcionario de inmigración no había cogido el dinero que Linda había deslizado en su pasaporte y nadie había inspeccionado sus pertenencias.

A pocos metros de la salida, se detuvo. Había demasiada gente. Una vez soñó que caminaba por el delta del Mekong y que un hombre se le acercaba por detrás corriendo y le clavaba un cuchillo en la espalda mientras gritaba: «¡Devuélveme a mi mujer y a mis hijos!». El hombre tenía la cara de un granjero al que había visto arrodillado y aullando ante una casa en llamas.

Linda se volvió. Sonrió y le tendió la mano. Lo había visto dar vueltas y vueltas por las noches en el salón, antes de su partida. Dan la alcanzó, le dio la mano y entrelazaron los dedos.

En el exterior del aeropuerto, todo el mundo, con bebés y ramos de flores en los brazos, buscaba con la vista a otros pasajeros. Diversos guardias deambulaban vestidos con uniformes verde oscuro. Ninguno llevaba armas. Sintió que se le quitaba un peso de encima.

—¿Dónde está nuestro guía? —Linda se puso de puntillas para ver mejor y luego tiró de Dan hacia delante. Saludó a un hombre que había surgido de la multitud con un cartel en el que ponía: «Sr. Daniel Ashland y Sra. Linda Ashland».

El hombre sonrió, bajó el cartel y se acercó a ellos. Era delgado, parecía estar en forma y era difícil adivinar qué edad tenía. Una gran cicatriz le recorría la mejilla izquierda.

—Podéis confiar en él —le había dicho Duy a Linda—. Es un viejo amigo, un antiguo camarada. Y un guía turístico con experiencia.

El hombre les tendió la mano.

—Me llamo Thiên, bienvenidos a Saigón.

—Gracias por recogernos, señor Thiên —dijo Linda con una sonrisa. Siguió el consejo de sus amigos y se dirigió a Thiên con respeto.

Había anochecido y soplaba un viento fuerte que traía olor a lluvia. Thiên agitó la mano para pedir un taxi. En el coche les dio una tarjeta de visita a cada uno.

—Aquí está mi número de móvil. Si se pierden, llámenme. Pueden telefonear cuando me necesiten.

Dan se guardó la tarjeta en el bolsillo del pecho y pensó que no iba a perder a Linda de vista en aquel lugar.

Thiên le dio a Linda una copia del itinerario y le explicó el programa de visita de dos días por la ciudad antes de partir hacia el delta del Mekong.

Cuando planeaban el viaje, Linda propuso que visitaran un Vietnam que no tuviera nada que ver con la guerra: nada de visitas a museos de la guerra ni a los famosos túneles de Củ Chi, donde los turistas se hacían una idea de cómo vivían los soldados comunistas en la clandestinidad durante la guerra. Dan estuvo completamente de acuerdo.

Linda había leído el itinerario tantas veces que se lo sabía casi de memoria. Sin embargo, encendió la luz y estudió las páginas como si fuera la primera vez que las veía.

—Tiene buena pinta —anunció contenta antes de guardarlas en el bolso.

Thiên le dio a Linda un frasquito.

—Repelente de mosquitos. Lo ha hecho mi mujer con citronela. Tiene una pequeña tienda. Póngaselo en los brazos y las piernas todos los días antes de salir; estamos en la estación de las lluvias y hay dengue.

—Muchas gracias —contestó Linda, radiante—. Por cierto, Duy y Như nos han dado algunos medicamentos para su madre. Están en mi maleta.

—Ah, qué amables. Ojalá les hubiera hecho caso y hubiera intentado ir a los Estados Unidos. Aquí hay demasiada corrupción y poca libertad de expresión.

—¿Es muy grave la corrupción, señor Thiên?

Mientras Thiên y Linda charlaban sobre política local, Dan escuchaba la lluvia que martilleaba sobre el coche. Se acordaba de aquella manera de llover. A él lo asustaba, pero Kim decía que para ella la lluvia era música. Se quedaba en la cama con él, canturreando, mientras las gotas de lluvia golpeaban las ventanas de su apartamento; su cuerpo desnudo, de un hermoso tono tostado, contrastaba con la piel blanca de Dan.

La calle estaba casi vacía. A través de la densa cortina de lluvia vio dos figuras en movimiento. Una mujer tiraba de la mano de un niño. Corrían.

La última vez que vio a Kim lo agarró por la muñeca con fuerza, le dijo que estaba embarazada y que no mentía.

Se hundió más en el asiento, aplastado por el peso de la culpa. Esperaba que Kim y la criatura hubieran sobrevivido a la guerra.

Y esperaba también que Linda lo perdonara, si alguna vez tenía el valor de decírselo. Después de su regreso, durante el primer año, con frecuencia pensó en confesarle su infidelidad, pero temió que ella lo abandonara.

Linda conseguía que estuviera más centrado. El mismo día de su regreso a Seattle, después de pasar un año en Vietnam, se dio cuenta de lo leal que le había sido. No recordaba el momento en que bajó del avión, pero se acordaba de cuando se encontró en la sala de llegadas con un grupo de soldados, todos ellos, como él, con aire desconcertado, vestidos con uniformes caqui de clase A decorados con hileras de cintas, y alas plateadas de piloto o de tripulación de aeronaves o insignias de infantería de combate en el pecho. Entre la gente que aguardaba en el exterior estaban Linda y su madre. Linda corría hacia él cuando alguien gritó: «¡Mirad a esos cabrones!». Un hombre y una mujer escupieron hacia él. «¡Asesinos de bebés! ¿A cuántos niños habéis matado? ¿Y a cuántas mujeres?», gritó alguien. Mientras su madre se echaba a llorar, él se quedó pasmado, atónito. La gente que le gritaba no llevaba pancartas ni carteles, estaban esperando a sus seres queridos. Eran sus compatriotas.

—Lo siento, cariño —lo consoló Linda más tarde mientras conducía el coche que los llevaba a casa. Agarraba el volante con fuerza y tenía los nudillos blancos—. Esos tipos son unos ignorantes. Un puñado de mocosos ricos y malcriados que no se verán nunca obligados a poner en peligro su vida. Al margen de lo que yo piense de la guerra, mis reproches no se dirigirán nunca a quienes habéis tenido que luchar en ella. Hiciste lo que creías que debías hacer y arriesgaste tu propia vida. Eres un hombre de honor, Dan, no permitas que nadie diga lo contrario.

Un hombre de honor. Se aferró a sus palabras como si el hecho de que ella lo hubiera dicho lo convirtiera en una verdad incuestionable.

—Linda tiene razón —dijo su madre, inclinándose hacia el asiento delantero para cogerle el brazo, con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy orgullosa de ti, hijo. Estoy contenta, muy contenta de que hayas vuelto a casa.

Tuvo un mes de permiso antes de incorporarse a sus nuevas tareas en Fort Wolters, Texas. En las semanas posteriores a su regreso, mientras las manifestaciones contra la guerra se extendían por toda la ciudad, Linda permaneció a su lado, defendiéndolo ferozmente cuando alguien menospreciaba a los veteranos. Eran chicos de clase trabajadora que no habían tenido otra opción, decía.

—Si Dan no hubiera ido, otro habría ido en su lugar —explicaba Linda a sus amigos.

Tardó tres semanas en confesarle a Dan, como si admitiera una aventura amorosa, que había participado en varias manifestaciones contra la guerra. En cierto modo, sentía que su protesta era una traición. Él le dijo que estaba orgulloso de que hubiera ido y la acompañaría si decidía manifestarse en el futuro, pero, tras su regreso, Linda no asistió a más manifestaciones. Quizá, en el fondo, le costaba reconciliarse con la idea de que Dan hubiera ido a la guerra. Contó a sus amigos y conocidos que solo había participado en misiones de búsqueda y rescate y que había arriesgado su vida para salvar a otros. Ella creía de verdad que no había matado a ningún civil.

Dan nunca le dijo que estaba en un error. Al permitir que lo definiera, Linda le daba un modelo para estar a la altura.

Su matrimonio había sobrevivido porque ella lo consideraba un hombre honorable.

—Señor Thiên —dijo Linda con voz alegre mientras se inclinaba hacia delante en el taxi—, mañana, cuando terminemos con la visita a la ciudad, ¿podría llevarme a esa peluquería a la que fue mi amiga Jenna? Estuvo allí hace unos meses y me dijo que el servicio era excelente y tenía muy buen precio.

—Aquí todo es barato para los americanos —contestó Thiên—. ¿Quiere también algún traje? Conozco buenos sastres.

—Sí, pero me gustaría ir al sastre que me recomendó Jenna. Me pareció muy bueno.

Jenna era miembro del grupo de esposas de los veteranos, creado para prestarles apoyo. Había visitado Vietnam con su marido y les había contado que el viaje había sido mejor que cualquier médico, mejor que cualquier medicina.

En la calle, a medida que el taxi se acercaba al centro de la ciudad, grupos de personas se agolpaban en las aceras, apretándose en los estrechos espacios bajo los aleros de las casas y edificios. Algunos pasaban como flechas montados en motos, protegidos con ponchos de lluvia. Dan intentó mirarles la cara, pero todo estaba borroso. ¿Reconocería a Kim si la viera? Probablemente no. Habían pasado años y habría cambiado mucho. O tal vez habría muerto.

Sonó un teléfono móvil. Thiên lo cogió y se puso a hablar muy deprisa. Terminada la conversación, se dio la vuelta.

—Era mi nieta. Ha sacado un nueve sobre diez en el examen de matemáticas.

—¡Qué niña más lista! —exclamó Linda—. ¿Qué edad tiene?

—Ocho, señora. Tengo un hijo y una nieta. ¿Y ustedes?

El silencio llenó el taxi.

—No tenemos hijos —dijo Linda finalmente.

—Oh, lo siento, señora. Siento haber preguntado.

Dan cogió la mano de Linda y entrelazó los dedos con los suyos con ánimo de reconfortarla. Era una pena que nunca hubieran podido tener hijos. Cuando se plantearon la adopción, Linda dijo que era ya demasiado vieja para ocuparse de un niño pequeño. Debería haber intentado que cambiara de opinión, asegurarle que sería una madre estupenda y que él la ayudaría mucho. Linda no tenía hermanos; él solo tenía una hermana que vivía en Australia y que había cortado todo contacto con él, de modo que algunas veces deseaba contar con una familia más extensa.

Tal vez Linda nunca le perdonaría que hubiera tenido un hijo con Kim. Tal vez le parecería una broma cruel ante su fracaso para tener hijos.

El tamborileo de la lluvia amainó y luego se extinguió. Junto al taxi pasó una moto con dos adultos y dos niños apretujados entre ambos. En otra moto, una joven abrazaba a su enamorado y reía con él. Linda y él eran así antes de la guerra, inseparables; la risa brotaba de ellos con la misma naturalidad que el aire que respiraban. La guerra les había robado su juventud, su alegría pura.

Linda bajó la ventanilla. El viento entró con fuerza, arrastrando el olor fresco a lluvia.

Un chico que iba sentado detrás de una moto la saludó.

—Hola, ¿qué tal? —dijo, mirando hacia el taxi.

—¡Hola! —Linda le devolvió el saludo sonriendo—. Bien, gracias. ¿Y usted? —El chico sonrió mientras el taxi se alejaba de la moto.

—La gente es muy amable —comentó Linda después de responder al saludo de otro niño.

—Porque usted es amable. Con la gente antipática, podemos ser desagradables —explicó Thiên, riéndose—. Tenemos un dicho, a ver si lo sé traducir: «Si estamos con Buda, vestimos túnicas budistas, pero cuando vemos fantasmas, llevamos ropa de papel».

—Suena bien, pero ¿qué significa? —preguntó Linda.

—Cuando estamos con Buda, llevamos túnicas budistas; en compañía de fantasmas, llevamos ropa de fantasma, ¿no? —explicó Dan.

—¡Formamos un equipo perfecto! —Thiên aplaudió.

El taxi giró hacia un gran bulevar arbolado e iluminado por farolas. Dan se asombró al ver tantas tiendas de lujo y al reconocer marcas internacionales. Incluso bajo el gobierno comunista, Saigón parecía una ciudad rica. Apenas había indigentes durmiendo en la acera, a

diferencia de en Seattle. Era increíble cómo le habían lavado el cerebro sobre el comunismo y el peligro que suponía para la humanidad. Durante la formación militar, le habían hablado de la teoría del efecto dominó según la cual si un país caía en manos comunistas, otros lo seguirían y el comunismo se apoderaría del mundo entero.

Qué ingenuo había sido en relación con la guerra. De hecho, no sabía nada de Vietnam cuando se alistó. Se había imaginado el país como un lugar exótico. Aunque estaban en 1968 y el movimiento contra la guerra ya había comenzado, se había distraído con los problemas de su país y no había prestado atención. Y soñaba en secreto con ser un héroe. Los héroes nacían en las guerras, y allí estaba él, orgulloso de unirse a uno de los ejércitos más poderosos del mundo para rescatar a los pobres vietnamitas de los salvajes comunistas. Pero sus lecturas posteriores sobre Vietnam le enseñaron que los vietnamitas no necesitaban piedad. Habían luchado con valor por la independencia contra los chinos, los mongoles, los franceses y los japoneses.

Le costó años de lecturas comprender que lo enviaron a Vietnam para salvar al país de los propios vietnamitas, y eso implicó matarlos a millones. Al comprenderlo, se sintió furioso y se dio a la bebida, pero entendió también las verdades que contenían sus lecturas. Un libro en concreto hizo que gritara de rabia y lo tirara contra la pared: el de Robert MacNamara. Aún recordaba las once razones que daba el exsecretario de Defensa para explicar el fracaso de los Estados Unidos en Vietnam, entre las cuales destacaba «nuestra profunda ignorancia de la historia, la cultura y la política de aquel pueblo».

No solo habían sido ignorantes, sino también arrogantes y racistas. El general Westmoreland, excomandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, declaró: «El oriental no valora la vida igual que el occidental. En Oriente la vida es abundante. La vida tiene escaso valor». Dan negó con la cabeza. Si Westmoreland hubiera conocido a Kim, ¿qué diría del amor de Kim por la vida o de las muchas cosas que había hecho por su familia? ¿Sería capaz de mirar a Kim a los ojos y decirle que la vida para los vietnamitas tenía escaso valor?

—Aquí estamos. Hotel Majestic —anunció Thiên cuando el taxi se detuvo.

Dan vaciló al ver a la gente y las motos en el exterior. Respiró hondo, se echó la mochila al hombro y salió.

El Hotel Majestic parecía tan magnífico como siempre, con sus ventanas abovedadas y una puerta llena de adornos en la que montaba

guardia un vigilante. Pintado de un amarillo pálido, una bandera comunista de color rojo brillante ondeaba por encima de su nombre. Contempló la azotea y recordó que desde ahí se divisaba una de las mejores vistas de la ciudad. Tenía que llevar a Linda, contarle historias de los corresponsales extranjeros que pasaban el rato en el bar de la azotea durante la guerra.

A la derecha, Tự Do, la calle de la Libertad, ahora llamada «Đồng Khởi», calle de la Sublevación, se extendía ante sus ojos, iluminada por luces de colores. ¿Seguiría allí alguno de los bares? Durante el último mes que pasó en Vietnam fue un cliente habitual. Las chicas eran más jóvenes que Kim, poco exigentes y no estaban embarazadas.

—Este hotel fue construido en 1925 por un empresario chinovietnamita. Su nombre chino era Hui Bon Hoa, pero lo llamaban «tío Hỏa». Fue el hombre más rico de Saigón. Su familia construyó miles de edificios, entre ellos el actual Museo de Bellas Artes —explicó Thiên, señalando hacia el Majestic.

—Es increíble —exclamó Linda—. Y qué interesante resulta que este hotel se parezca a algunos de los edificios que vi en París. —Linda inclinó la cabeza para mirar las ventanas iluminadas de los pisos superiores.

Cuando Linda mencionó la arquitectura francesa, Dan pensó en las cosas terribles que los franceses habían hecho a los vietnamitas. Colonizaron el país durante décadas, dividieron a la población y provocaron la Primera Guerra de Indochina, que mató a cientos de miles de personas. Entonces se dio cuenta de que las inocentes palabras de Linda le habían hecho pensar en el colonialismo francés. Eso era lo bueno de estar allí: en los Estados Unidos podía fingir que la historia del mundo no tenía nada que ver con su vida, pero en cuanto lo había envuelto de nuevo el aire caliente de Vietnam, se había dado cuenta de que no era cierto.

Un joven botones vestido de blanco se apresuró a llevarles las maletas. Dan y Linda caminaron hasta la entrada, donde un vigilante se inclinó ante ellos y les abrió la puerta. Dan le contestó con una inclinación. No le gustaba cómo otros huéspedes occidentales hacían caso omiso del portero y se comportaban como si tampoco ellos, como la arquitectura del edificio, hubieran cambiado desde los tiempos de los colonizadores franceses.

En el interior del hotel el aire era fresco y olía a perfume de rosas. Linda se quedó boquiabierta ante el impresionante vestíbulo. En el largo mostrador de la izquierda había dos bellas recepcionistas vestidas con *áo dàis*. Dan las miró atentamente: eran lo bastante jóvenes para ser sus nietas, pero no tenían rasgos caucásicos.

Mientras Linda y Thiên formalizaban el registro de entrada, Dan se aproximó a una ventana de cristal, contempló la calle y examinó el rostro de los viandantes.

Linda se le acercó.

—Nuestra habitación está en la planta más alta, ¡tenemos vistas al río! —exclamó. Le dio una de las dos tarjetas destinadas a abrir la puerta.

—Nos vemos dentro de media hora para cenar —anunció Thiên.

Arriba, el botones abrió la puerta de una espaciosa habitación con aire acondicionado. La cama parecía lujosa, cubierta por un edredón blanco sobre el que habían esparcido pétalos de rosa. Dan sintió una punzada de culpabilidad. En su país no podrían permitirse un hotel semejante.

Sobre el tocador había un jarrón de laca con rosas rojas. Kim acostumbraba a adornar su apartamento con flores frescas. Siempre decía que eran muy baratas: los campesinos las cortaban por la noche y las llevaban luego a la ciudad. Kim hablaba con afecto de la gente del campo y Dan sabía que ella habría preferido estar trabajando en su arrozal en lugar de encontrarse en el bar Hollywood.

Linda se quitó los zapatos y cruzó la habitación en dirección a un gran ventanal.

—¡Mira qué vistas!

El río Saigón era una serpiente oscura salpicada de barcos iluminados. Entre el río y el hotel había una gran avenida llena de motos que circulaban en todas direcciones.

En la puerta, Dan dio una propina de cinco dólares al botones, cuya cara se iluminó como si acabara de ganar cien pavos. Dan cerró la puerta y la aseguró con la cadena de metal. Cerró también la ventana que daba al río, así como la puerta de cristal que conducía a un balconcito.

En casa, siempre era el último en irse a la cama. No podía dormir sin comprobar dos veces todas las puertas y ventanas. Cuando compraron la casa, más de diez años atrás, lo primero que hizo fue instalar un sistema de alarma automático. Pero en sus pesadillas, el Vietcong siempre lo desactivaba.

Sentada en la cama, Linda se examinó las rodillas, rojas e hinchadas.

—No he conseguido dormir en los aviones, ¿y tú?

Dan negó con la cabeza y buscó en el bolso de Linda el tubo de Bengay. Le subió el vestido y sintió una punzada de deseo. Hacía meses que no hacían el amor. Los nervios de Dan antes del viaje no habían sido de gran ayuda.

Dan le puso crema en las rodillas y le dio un masaje.

—No te olvides de beber suficiente agua, no vayas a ponerte enferma.

Mientras Linda sacaba el móvil y tomaba una foto tras otra de las vistas, Dan apoyó la cabeza en una almohada. Quería cerrar los ojos, pero en la pared opuesta a la cama había un óleo con unos niños en un campo de flores. Los niños corrían hacia él, riendo. Le vino a la mente la imagen de Kim embarazada. El hijo que había tenido con Kim ¿habría sido niño o niña? ¿Se habría visto obligado a huir para salvarse de la venganza de los comunistas? Su hijo. Era la primera vez que se permitía usar esas palabras. Su hija.

Mucho tiempo atrás, cuando su hermana Marianne se marchó de casa y se limitó a dejar una nota diciendo que no intentaran buscarla ni ponerse en contacto con ella nunca más, Dan le juró a su madre que sería un buen padre. Marianne los había culpado a ambos de permitir los malos tratos que había sufrido por parte de su padre, un borracho que a menudo pegaba a su mujer y a sus dos hijos. Pero, al menos, su padre estuvo a su lado durante toda su infancia, llevó comida a casa, puso un techo sobre la cabeza de sus hijos y los envió a la escuela.

Temía ser peor que su padre. ¿Qué clase de persona era alguien que abandonaba a su propio hijo, a su novia embarazada?

Su presencia en Saigón lo estaba empujando al punto que había imaginado en el momento mismo en que aceptó hacer aquel viaje: tenía que buscar a Kim. Debería intentar averiguar qué le había pasado a su hijo. Si había sobrevivido, él o ella tendría cuarenta y seis años en aquel momento. Quizá tuviera ya nietos. Tal vez incluso bisnietos. Y podrían estar por ahí cerca, a su alcance.

Tenía que encontrarlos.

El té de Saigón

Saigón, 1969

Trang bajó del traqueteante autobús en la estación de Xa Cảng Miền Tây. A su alrededor, los pasajeros, con los hombros caídos como hojas marchitas, salían en tropel de los distintos vehículos. Pero, a diferencia de los demás viajeros, Trang no estaba cansada y observaba con los ojos muy abiertos, igual que Quỳnh.

La estación estaba a las afueras de Saigón, rodeada de arrozales, y, para adentrarse en la ciudad, tomaron otros dos autobuses y luego un carrito tirado por una bicicleta. El asiento del bicitaxi era demasiado pequeño para las tres, así que Quỳnh se sentó en las rodillas de Trang y sostuvo la bolsa de ropa y varios de sus libros.

—Vamos a la calle Trương Minh Ký —anunció Hân al ciclista, que se inclinó hacia delante para hacer fuerza y tirar mejor del carro. Tenía los brazos delgados pero musculosos, como habían sido los del padre de Trang. Brazos que la habían llevado a la escuela, que habían recogido para ella frutas de lo alto de los árboles, habían cavado, regado y cosechado. Tenía que esforzarse en su trabajo para enviar dinero a casa, liberar a sus padres de las deudas y permitir que su padre recibiera el tratamiento necesario para que pudiera caminar de nuevo y sus brazos volvieran a ser el sustento de la familia.

Se aferró al armazón de acero del vehículo mientras los coches, las motos y los *xe lam,* minibuses de tres ruedas, pasaban a su lado a toda velocidad. Se preguntaba quién viviría en las casas de ladrillo que bordeaban la calle. Admiró los elegantes vestidos *áo dài* de las mujeres que caminaban por las aceras y ahogó una exclamación al ver a algunas con minifalda. Se le hizo la boca agua al contemplar los coloridos puestos callejeros que vendían todo tipo de comida, desde sopa de fideos hasta postres.

Buscó con la vista al estafador. Tal vez ahí, en Saigón, ella y Quỳnh pudieran encontrarlo. Habían acordado que, si lo veían, Trang lo seguiría y Quỳnh correría en busca de la Policía.

Se acercó un camión lleno de soldados extranjeros. Parecían jóvenes y relajados, muy diferentes de los hombres que había visto patrullando por su pueblo. Sonreían a las mujeres, hablaban a voces y reían.

Hân les gritó algo y los hombres se rieron a carcajadas y aplaudieron.

—Dicen que somos unas chicas muy guapas. —Hân soltó una risita mientras el camión se alejaba.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Quỳnh.

—Que eran muy guapos.

—¡No me digas! —Quỳnh le dio un golpe a Hân en el hombro—. Si no vas con cuidado, nos secuestrarán y se nos llevarán a los Estados Unidos.

—Oh, ojalá —replicó Hân, riendo todavía más.

Trang señaló hacia un grupo de policías militares vietnamitas con uniformes de color verde y cascos de acero.

—¿Esos también van a tu bar?

Hân negó con la cabeza.

—Van a los suyos. Nuestro bar es solo para hombres blancos. De vez en cuando los negros también vienen, pero pocas veces.

—¿Así que cada grupo de soldados tiene su propio territorio? —preguntó Quỳnh.

—Eres muy lista. —Hân dio unos golpecitos a Quỳnh en la cabeza.

Pasaron por delante de una escuela. Un grupo de chicas vestidas con *áo dài* y pantalones blancos se perseguían alrededor de un árbol *phượng* cuyas flores brillaban como llamas rojas contra el cielo azul. Trang cerró los ojos y deseó volver a su vida de estudiante inocente. Se prometió que la retomaría en cuanto hubiera ganado suficiente dinero.

El bicitaxi tocó el timbre al entrar en un callejón. Los vendedores ambulantes se abrían paso por las callejuelas laterales, voceando con un soniquete su mercancía para convencer a los potenciales clientes de que compraran arroz, mangos o mandioca cocida al vapor.

Hân vivía en el segundo piso de un edificio de hormigón. Cuando se quitaron los zapatos, de repente, Trang se dio cuenta de que sus pies marrones con las uñas amarillentas destacaban sobre el suelo de cemento. Cerca de la entrada había un pequeño altar de madera con una estatua del Buda sonriente con un jarrón de caléndulas y un plato con pitaya roja. El persistente perfume del incienso animó el espíritu de Trang.

Una ventana iluminaba la habitación. Había dos camas de madera en esquinas opuestas y entre ellas colgaban ropas tan hermosas que Trang no podía apartar los ojos. Había tres chicas acostadas en una cama, cantando una canción popular *vọng cổ*.

—Mis compañeras de piso —anunció Hân—. También trabajan en el bar.

Trang asintió y escuchó la *vọng cổ* alzarse y extinguirse. Las chicas cantaban bien y con voz clara, marcada por el acento del delta del Mekong. Trang conocía la letra. Era *Lan và Điệp,* una canción de amor trágico que había cantado a menudo mientras se mecía en la hamaca. Trang se preguntaba por qué las historias de amor, sobre todo las más bellas, tenían que ser tristes.

¿Tendría el mismo destino su amor por Hiếu, que empezaba a florecer?

Las chicas terminaron de cantar y saltaron de la cama. Una era alta, otra llevaba el pelo corto y la tercera tenía un hoyuelo en la mejilla derecha que se abría como una florecilla.

—Estas son Trang y Quỳnh, amigas de mi pueblo —dijo Hân a sus compañeras de habitación—. Vendrán con nosotras al Hollywood.

—¿Es vuestro primer día en Saigón? —preguntó la chica del hoyuelo, mirando a Quỳnh de arriba abajo.

—Sí, hermana —contestó Quỳnh con una sonrisa.

—Ya encontrarán dónde alojarse, pero primero tienen que ganar algo de dinero —dijo Hân—. ¿Os importa que se queden aquí por el momento?

—¿Aquí? —La chica de pelo corto alzó las cejas.

—A mí me parece bien. —La chica alta se encogió de hombros—. Cuando nosotras llegamos, también nos ayudaron.

—Pero tendréis que dormir en el suelo, no cabéis en las camas —anunció la chica de pelo corto.

—¿En este estupendo suelo? Estaremos encantadas —contestó Quỳnh con una gran sonrisa—. A cambio de vuestra ayuda, ¿os parecerá bien que cocinemos y limpiemos?

Trang envidió la rapidez y el aplomo de su hermana menor.

—A eso no me puedo negar —contestó la chica del hoyuelo, aplaudiendo.

La chica de pelo corto resopló.

—A lo mejor tengo algo raro en la nariz… pero huelo a comida —dijo, mirando la cesta de juncia que había junto a los pies de Hân.

—No se te escapa nada, ¿verdad? —Hân se rio—. Mi madre ha querido mimarnos, una vez más.

Se sentaron en el suelo, en círculo. Mientras el pescado estofado *cá lóc* y el arroz glutinoso se derretían en la boca de Trang, pensó en su madre, que estaría ahora sola en la cocina.

La chica de pelo corto cogió un trozo de pescado con los palillos.

—¿Sabes qué es lo mejor que puedes hacer mientras estés en Saigón? —dijo, volviéndose hacia Trang—: Búscate un novio americano.

Trang miró a Quỳnh. Había muchas cosas de las que no estaba segura, pero si algo tenía claro era que no quería tener por novio a un soldado. Había presenciado actos violentos por parte de algunos soldados, y convertirse en uno de ellos le había amargado la vida a su padre.

—Deja que te diga una cosa: los americanos pueden ser generosos… —dijo la chica alta, guiñando un ojo—. Pero ten cuidado, algunos son muy grandes y podrían romperte —completó la frase bajando la voz, y las otras se echaron a reír.

La chica del hoyuelo se sirvió arroz glutinoso en el cuenco.

—No hace falta que el novio sea americano, también hay algunos australianos. Todos sirven.

Trang se quedó con la boca abierta. En el pueblo, Hân solo había hablado del té de Saigón y ahora resultaba que había que tener un novio extranjero. Estaba segura de que era capaz de tomar té, pero, si se echaba novio, ese solo podría ser Hiếu.

—No vayas tan deprisa, las estás mareando —dijo Hân, echándose a reír—. Lo primero es lo primero: ahora toca prepararlas un poco. —Se volvió hacia Trang y Quỳnh—. Escuchad atentamente: cuando un soldado entra en nuestro bar, quiere charlar con una chica guapa como vosotras. Para ello, tiene que pagar una copa para él y pedir té de Saigón para vosotras.

—Te pagan según las copas que él pide, de modo que, si a la media hora no pide más, le dices que tenéis que tomar algo. Y si no quiere, te vas con otro —explicó la chica alta.

—¿De verdad? —Trang dejó de masticar.

—Desde luego —contestó la chica de pelo corto—. Y podéis coquetear con todos los soldados que queráis, pero no podéis hacerlo cuando están ya con otra chica.

Trang no quería coquetear con ningún hombre. Hablaría con ellos y tomaría té, pero nada más.

—Entendido —Quỳnh parecía entusiasmada—. En primer lugar, hacemos que los chicos pidan bebidas. Y en segundo lugar, no nos robamos los clientes entre nosotras.

La chica alta asintió.

—En el bar, bebemos en estos vasos —dijo, levantando un vasito—. No tenemos sueldo, pero por cada té al que te invite un hombre recibes una parte, y, si le gustas, te dará una propina.

—Fantástico. —Quỳnh batió palmas.

—Pero… El té de Saigón es solo té, ¿verdad? —Trang recordó la vacilación en la voz de Hân cuando les habló del té.

—Bueno… se supone que es té mezclado con whisky, por eso lo

cobran caro —explicó Hân con una risita—. Los soldados que vienen a nuestro bar son americanos, y es fácil engañar a los americanos, ¿sabes? De manera que en nuestro vaso solo hay té. Así no nos emborrachamos, podemos coquetear con muchos hombres y conseguir que nos paguen muchas copas. El bar gana dinero y nosotras también. Todo el mundo gana.

—Espera —dijo Quỳnh—, y los hombres ¿no se enteran?

—Qué va, ellos beben tanto que ni se dan cuenta —explicó Hân, negando con la cabeza—. Y también hay que coquetear, captar toda su atención para que no se queden mirando tu vaso. Oye, no te preocupes. El whisky y el té tienen el mismo color marrón. De todos modos, algunos americanos saben que los engañamos, pero no les importa. Solo quieren hablar con chicas guapas. Así que cuanto más guapa seas, mejor.

Trang abrió mucho los ojos. La idea de engañar a los americanos parecía peligrosa. Al fin y al cabo, eran hombres grandes que tenían armas.

La chica de pelo corto llenó el vasito de agua.

—En realidad, solo tienes que actuar… Tranquilízate y todo irá bien. Solo tienes que fingir que estás bebiendo whisky en vez de té.

Cogió el vaso, echó la cabeza hacia atrás, se llenó la boca de agua, tragó, hizo una mueca y depositó el vaso en el suelo con fuerza.

Las chicas aplaudieron. La chica de pelo corto se limpió la boca y llenó el vaso. Le tocó el turno a Quỳnh. Se echó el agua en la boca, torció el gesto y soltó una exclamación. Al verla, Trang se acordó de los hombres de su pueblo cuando bebían licor de arroz.

Todas aplaudieron. El vaso volvía a estar lleno. Trang pensó en levantarse, arrastrar a Quỳnh fuera de la habitación y decirle que tenían que irse a casa. Pero le pasaron por la cabeza las imágenes de los prestamistas. Pocos días antes, habían empujado a su madre, que no paraba de llorar, y se habían llevado los lechones que criaba la familia.

Trang se sonrojó. Se echó el agua en la garganta y golpeó el vaso vacío contra el suelo.

—Sé más convincente. —La chica del hoyuelo llenó el vaso, lo levantó, bebió un sorbo, se estremeció y lo dejó en el suelo. Volvió a cogerlo, tomó otro sorbo y chasqueó la lengua.

—Este whisky americano es muy bueno —farfulló arrastrando la voz, y las otras chicas aplaudieron.

—Terminad de comer —ordenó la chica alta—.Tenemos que prepararnos para ir a trabajar. ¿Tenéis algo que poneros mejor que eso? —preguntó, examinando a Quỳnh y a Trang de pies a cabeza.

Quỳnh miró Trang.

—Llevamos puesto lo mejor que tenemos.

—*Ôi trời ơi.* ¡Parecéis abuelas! —exclamó la chica alta, mirando la camisa blanca y los pantalones negros de Trang.

—No podéis ir a trabajar vestidas así —declaró Hân, y se volvió hacia las otras chicas—. Pero vamos a ayudarlas, ¿verdad, hermanas?

Asintieron y se echaron a reír.

Mientras Quỳnh y Trang lavaban la vajilla, Hân miró qué talla de zapatos y de ropa tenían. Cuando estuvo todo limpio, sobre las camas había unas faldas cortas, zapatos de tacón alto y blusas.

—¿De dónde habéis sacado esto? —Quỳnh tocó un vestido rosa.

El tejido parecía tan elegante que Trang no se atrevió a tocarlo.

—Me lo compró mi exnovio, que era de Australia. Fue allí para el periodo de descanso, el R y R —dijo Hân con aire satisfecho.

—¿Qué es el R y R? ¿Fuiste a Australia con tu novio? —preguntó Quỳnh.

—R y R significa recuperación y reposo —explicó la chica de pelo corto.

—Los soldados americanos tienen la oportunidad de irse de vacaciones una vez al año. Pueden elegir entre muchos lugares agradables: Hawái, Bangkok, Hong Kong, Tokio. No puedes ir con ellos, pero pueden traerte regalos.

Trang negó con la cabeza, incrédula. ¿Los soldados americanos podían tomarse vacaciones de la guerra? Su padre había luchado junto a soldados americanos, pero no había oído decir nunca que pudiera ir a ningún sitio bonito.

—Entonces, ¿tenías novio? ¿De dónde era? —interrogó a Hân. Se preguntó qué más cosas desconocía de su mejor amiga.

—Oh, Hân ya se ha olvidado de él. —La chica del hoyuelo movió la mano restándole importancia—. Cambiamos de novio como de camisa. Los novios americanos son muy convenientes, pero no te los tomes en serio. Diviértete con ellos y deja que te compren cosas —dijo, guiñándole un ojo.

—Pruébate esto. —Como si tratara de cambiar de tema, Hân le dio a Trang una blusa del color de las hojas tiernas del banano—. Me la hicieron a medida en el mercado de Chợ Lớn, a lo mejor te queda bien.

Quỳnh ya se había quitado la ropa y se estaba poniendo el vestido rosa. Trang se dio la vuelta. Nunca había visto a su hermana desnuda: no era correcto mostrar el cuerpo descubierto.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —apremió Hân, dándole a Trang una falda y un par de zapatos.

Trang se puso de cara a la pared mientras se desabrochaba la camisa. Esperaba que nadie estuviera mirándola. La blusa le quedaba bien, pero era tan escotada que se tapó el pecho con la mano.

Las chicas animaron y aplaudieron mientras las enseñaban a caminar con tacones altos.

—A los americanos les gustarán. Flores del campo, listas para que las cojan —dijo una de las chicas, y el grupo volvió a estallar en carcajadas.

Trang miró la blusa y la falda que Hân había elegido para ella y deseó que ambas prendas fueran más largas y más anchas.

—Quítate la ropa y llévatela al bar —indicó Hân—. Por la calle vamos vestidas con ropa decente —dijo, guiñándole un ojo.

Siguiendo a su amiga, Trang se arrodilló ante el altar. Rezó para que Buda le trajera buenos clientes. Pero ¿Buda se ocupaba de las peticiones de las chicas que trabajaban en los bares?

Cuando bajaban las escaleras, Trang sonrió a su hermana pequeña y se dio cuenta de que Quỳnh estaba nerviosa. Por la frente le rodaba una gota de sudor.

—Tendremos cuidado y no nos pasará nada malo —dijo Trang, y estrechó la mano a Quỳnh.

Se prometió velar por su hermana pequeña.

Mientras cruzaban dos largas calles, Trang no se atrevió a levantar la vista. Sostenía la bolsa de ropa delante de la cara, como si se protegiera del sol, temiendo que alguien de su pueblo la reconociera.

Por fin llegaron ante una puerta con un gran cartel rojo en el que ponía «Bar Hollywood». Trang conocía la palabra Hollywood por las películas y se preguntó qué significado tendría. En vietnamita, los nombres casi siempre querían decir algo. El nombre de su pueblo, Phú Mỹ, significaba «rico y hermoso», lo que fue cierto mucho tiempo atrás, antes de la guerra.

En el interior, el aire era oscuro e inquietante, lleno de olor a humo y a licores.

—Esperad aquí —ordenó Hân antes de desaparecer detrás de una puerta de madera.

A la izquierda de Trang había unas mesas con unas quince chicas y diez mujeres de mediana edad sentadas y bostezando. Llevaban la cara maquillada y ropa ceñida e insinuante. Detrás de la barra había dos chicos lavando un montón de vasos. A sus espaldas se alineaban botellas de distintos tamaños y colores.

La puerta de madera se abrió y Hân salió con una mujer mayor muy maquillada. Atravesó a Trang con una mirada penetrante. Emanaba un aire de poder y seguridad y Trang se dio cuenta de que

era la dueña.

—Buenas tardes, señora. —Quỳnh se inclinó—. Le rogamos que nos dé trabajo. Mi hermana mayor Trang y yo…

—Venid.

La mujer agarró la mano de Trang y tiró de ella hacia la puerta. Trang miró hacia atrás para asegurarse de que Quỳnh las seguía. Entraron en una habitación amueblada con un gran espejo, una mesa baja y varios sillones. De la pared colgaba una cabeza de tigre disecada. Cuando Trang miró los ojos turbios y desesperados del animal, un escalofrío le recorrió la espina dorsal: aquellos ojos le recordaron los de un sospechoso del Vietcong retenido por los soldados en una carretera de su pueblo.

La señora encendió un cigarrillo.

—¿Habláis algo de inglés? —preguntó, formando aros con el humo del cigarrillo.

—Aprendimos en la escuela. Solo necesitamos tiempo para practicarlo, señora —contestó Quỳnh mientras Trang intentaba reprimir un ataque de tos.

—Hay que hablarlo con fluidez. Tenéis que aprender rápido, este no es un sitio para tontas.

La señora sacó de un cajón de la mesilla un librito con frases en inglés y se lo dio a Quỳnh.

—Te lo presto unos días. Repásalo con tu hermana. Apréndete las frases de memoria.

—Sí, señora.

—¿Bebéis cualquier licor?

Quỳnh y Trang se miraron. Negaron con la cabeza.

—Pues intentad beberlo cuando sea necesario. Y escuchad: vuestro trabajo es liar a los hombres para que pidan bebidas sin darse cuenta de lo que hay en vuestro vaso. —La señora dio otra calada al cigarrillo—. Solo contratamos a chicas listas y tenemos un periodo de prueba de una semana. Para superarlo, tenéis que completar un mínimo de seis tés de Saigón por noche.

Trang sintió que el sudor le corría por la frente. Hân había dicho que conseguía que los clientes la invitaran a unos diez tés cada noche.

—¿Habéis elegido ya un nombre?

—Sí, señora. Yo seré Lan, y mi hermana, Oanh —dijo Quỳnh.

—¿Oanh? Eso es demasiado difícil para los americanos. Se llamará Kim.

—Señora, me gusta el nombre de Kim, pero creo que hay otra en el bar —objetó Trang.

—Los americanos no se cansan de las Kim —replicó la mujer con

una risita—. La otra Kim es alta, así que tú serás la Kim bajita. ¿De acuerdo?

—*Dạ* —Trang asintió. Qué más daba. En cuanto saliera del bar, olvidaría ese nombre.

La señora agitó el dedo y la ceniza del cigarrillo se esparció por el suelo. Se dejó caer en un sillón.

—Nuestro bar no es un bar cualquiera, es especial —explicó. Dio una calada al cigarrillo y Trang se preguntó qué querría decir con «especial»—. Lo llamé Hollywood por la famosa ciudad de los Estados Unidos donde hacen cine. Y aquí solo pueden trabajar chicas guapas y seductoras.

Mientras la señora seguía hablando, el tigre observaba fijamente a Trang con ojos suplicantes. La visión de Trang se nubló y vio al sospechoso del Vietcong mirándola desde el camino de su pueblo. Los soldados estadounidenses lo arrastraban mientras pataleaba y gritaba: «¡Soy inocente! No soy del Vietcong, por favor…». «¡Vietcong, Vietcong!», rugió un soldado americano mientras apuntaba con el arma al pecho del hombre. «¡No, no, no! —gritaba este—. No sé nada de la emboscada, no tengo ni idea de quién mató a vuestros camaradas, soy…»

La culata de un rifle le reventó la cara.

Una mano abofeteó la mejilla de Trang.

—Espabila. No se te permite soñar despierta con tu novio, ¿me oyes? —La señora chasqueó la lengua—. Y recuerda esto: si un americano quiere acostarse contigo, tendrá que comprar un vale en el mostrador del bar, y el precio dependerá del número de horas. El cuarenta por ciento de lo que pague es para ti.

—No… no vamos a acostarnos con nadie —contestó Quỳnh.

La señora se echó a reír y enseñó los dientes, blancos como los del tigre.

—Todas las chicas dicen lo mismo al llegar, pero créeme: no podrás contenerte. —Dio otra calada al cigarrillo y entornó los ojos para protegerse del humo—. Poneos la ropa de trabajo e id a seducir a los hombres. Que os paguen un mínimo de seis tés de Saigón si no queréis iros después de esta noche.

En un vestuario mal ventilado, Trang se sentó en una silla mientras Hân la maquillaba. Por lo que había oído decir a la *madame* tigresa, le daba la impresión de que el Hollywood era a la vez un bar y un burdel. Quería marcharse. Pero ¿qué haría con su hermana en aquella gran ciudad? ¿Cómo ayudaría a sus padres a pagar sus deudas?

—Abre la boca un poquito —ordenó Hân—. Te presto mi pintalabios, pero más adelante tendrás que comprarte el tuyo. Y crema

y polvos para la cara.

Trang parpadeó, tenía el cuerpo entumecido. Ahí fuera, en el bar, sería una *một món hàng,* los hombres la examinarían, la elegirían o la rechazarían. La cara de Hiếu se le apareció en el pensamiento. «¿Por qué haces esto?», le preguntó.

—¡Lista! —Hân le acercó un espejo. Al otro lado, una chica la miraba fijamente. Tenía los ojos grandes y los labios gruesos y rojos. Su piel resplandecía bajo una gruesa capa de polvos. Trang nunca se había maquillado antes y no se reconoció.

Sus pensamientos fluyeron hacia Hiếu. La última noche, después de la fuerte lluvia, fue a buscarla, pero Quỳnh le dijo que no estaba en casa. Incapaz de enfrentarse a él, Trang le escribió una carta y la rompió en pedazos. Le pidió a su madre que le dijera a Hiếu que se había ido a Saigón para trabajar en una oficina y volvería pronto. Aunque no se enterara de la verdad, ¿tendría el valor de mentirle y mirarlo a los ojos?

Trang suspiró y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está el retrete? —Le daba mucha rabia, pero siempre que se ponía nerviosa tenía que ir al baño.

—Fuera, a la derecha.

Hân pintó de color rojo los labios de Quỳnh. Esta guardaba silencio. La reunión con la *madame* tigresa había sido como un jarro de agua fría para su carácter animoso.

La habitación contigua al vestuario era diminuta y olía a pis. Trang estaba segura de que era el retrete, pero no vio ningún agujero en el suelo. En su lugar había una gran taza de cerámica. Se quedó pensativa y luego se quitó los zapatos, la falda y la ropa interior. Se subió a la taza. Con los pies firmemente colocados en el borde superior, se puso en cuclillas. Pero antes de que pudiera hacer sus necesidades, perdió el equilibrio y aterrizó en el suelo de un salto.

Se quedó mirando la taza. Tal vez sirviera para lavarse la cara. Menos mal que no había orinado dentro.

—¿Por qué has tardado tanto? —protestó Hân cuando regresó—. Estoy haciendo todo lo posible por ayudaros, pero si no ponéis de vuestra parte, la señora nos echará a las tres.

Trang no respondió. Miró a Quỳnh, que parecía una desconocida con tanta pintura. Quỳnh era muy bonita, no necesitaba maquillaje. No debería andar con soldados americanos, solo debería estar en compañía de chicos respetuosos como Hiếu.

Trang acarició el hombro de Quỳnh.

—Ten cuidado, por favor, *em.*

Quỳnh asintió y ajustó la falda de Trang.

—Ve tú también con cuidado, *chị Hai.*

Se tomaron del brazo, queriendo que el momento durara, conscientes de que su vida cambiaría para siempre en cuanto pusieran un pie en el bar.

Cuando salían del vestuario, Trang dio unos golpecitos en el codo de Hân.

—¿El retrete es eso? —A través de la puerta entreabierta, la taza de cerámica blanca brillaba.

—No me digas que te has subido encima para ponerte en cuclillas como en nuestros retretes —dijo Hân.

Trang sintió que se sonrojaba.

—¿No se hace así? Si no, ¿cómo voy a orinar?

Hân se echó a reír. Tiró de Quỳnh y de Trang hacia el cuartito y cerró la puerta.

—Esto es un inodoro americano. Para utilizarlo, tienes que sentarte como en una silla. No te subas o te romperás el cuello.

—Pues eso mismo es lo que acabo de hacer. —Trang soltó una risita—. Vaya, me parece que se nota que soy de campo.

—Y es fácil echar agua. —Hân pulsó un botón redondo de metal y envió agua al recipiente.

Trang se quedó con la boca abierta. En su pueblo, cada vez que iba al retrete, tenía que acarrear un cubo de agua desde el pozo. No pudo contener la risa.

—Id al bar, tengo que ver por mí misma cómo funciona esta maravilla americana…

Al final, a lo mejor no todo era tan malo en aquel lugar.

**

Cuando Trang volvió a entrar en el bar, las luces estaban encendidas e iluminaban la sala con un resplandor rojizo y brumoso. Sonaba una música extraña. Excepto por la batería y la guitarra, no reconoció los instrumentos. Habían aparecido varios hombres extranjeros, que estaban sentados alrededor de una mesa, bebiendo y fumando. Algunas mujeres, entre ellas Hân, rodeaban a los hombres. Un par de ellos, abrazados a unas chicas, se mecían al ritmo de la música.

Quỳnh estaba sola en una mesa, cerca de la entrada. Trang se acercó.

—Vamos a beber con soldados americanos y nos darán propinas, pero ¿me prometes que no nos acostaremos con ellos? —preguntó Quỳnh—. ¿Me lo prometes?

Trang apretó la mano de Quỳnh y asintió. Debería haberse esforzado más en convencer a su hermana de que se quedaran en casa.

Debería haber cargado ella sola con la responsabilidad de ayudar a sus padres.

Trang necesitaba saber si los extranjeros llevaban armas. Los miró de arriba abajo, pero no vio ninguna pistola ni granada de mano. Aunque a lo mejor las escondían debajo de la ropa.

Ladeó la cabeza e intentó escuchar las conversaciones de la otra mesa. Los sonidos eran desconocidos y no tenían sentido. Hân había dicho que el inglés que había aprendido en la escuela no le había servido de nada al principio y que tardó varias semanas en enterarse de algo.

Trang estudió a las mujeres que la rodeaban, preguntándose por sus motivos para trabajar aquí, si eran felices y qué planes tendrían para el futuro. Quería conocer a todas y cada una de ellas, del mismo modo que necesitaba volver a conocer a Hân.

Estaba mirando hacia la entrada, esperando ver aparecer a nuevos clientes, cuando oyó una voz.

—¿Así que sois las nuevas?

Trang se dio la vuelta y vio a una chica de su edad con los brazos en jarras. El pelo teñido de rubio, los ojos pintados en forma de rombo, los labios carnosos y la nariz respingona hacían que se pareciera a una famosa actriz llamada Thẩm Thúy Hằng. Tenía el pecho tan grande que le desbordaba del escote del vestido, blanco y brillante.

—¡Oh, hola! —Trang se levantó para saludar—. Soy Kim y esta es mi hermana Lan.

Los nombres que se habían puesto para el bar sonaban tan extraños en sus labios que estaba segura de que nunca se acostumbraría a ellos.

La chica alzó la barbilla.

—Me estabas mirando fijamente. ¿No te han enseñado modales tus padres?

Antes de que Trang pudiera responder, Quỳnh intervino.

—No te atrevas a mencionar a nuestros padres.

—¡Eh, eh! —Hân corrió hacia ellas y se inclinó ante la chica—. Hermana mayor, disculpa que se me haya olvidado presentarte a mis buenas amigas. Ha sido culpa mía, lo siento mucho.

Mientras la joven miraba a Quỳnh, la campanilla de la puerta tintineó. Trang se volvió y vio entrar en el bar a un hombre calvo. Al instante, la chica rubia estaba junto a él y le rodeaba el cuello con los brazos.

—¿Quién es? —preguntó Trang al ver que la pareja se besaba apasionadamente.

—En el bar se llama Tina —dijo Hân, encogiéndose de hombros—.

Es la que más éxito tiene con los hombres y es la favorita de la propietaria. Creo que quería echaros un vistazo y asegurarse de que no sois rivales para ella.

—¿Cómo iba a ocurrírsenos competir con ella? —preguntó Trang.

—No os interpongáis en su camino, ¿de acuerdo? —Hân bajó la voz —. Tina se peleó con otra chica hace varias semanas. Al día siguiente, la chica recibió una paliza de unos gánsteres del puente de Ông Lãnh. Sigue ingresada en el Hospital Đồn Đất.

—¿Y qué dijo la Policía? —Quỳnh frunció el ceño.

—¿Crees que a la Policía le importan nuestros problemas? —Hân se alejó.

El bar se estaba llenando. Cada vez que aparecía un hombre, una bandada de chicas corría hacia él y se le echaba encima. El hombre elegía a una y el resto se dispersaba y se volvía a sentar. Tina estaba rodeada por varios hombres que la miraban como si quisieran tragársela viva.

—¿Cuántos novios tiene y cómo sabemos si alguien ya es suyo? —murmuró Trang.

—Tenemos que conseguir que los hombres vengan a nosotras. —Quỳnh tiró de Trang para que se levantara.

Se quedaron apoyadas en la barra, frente a la entrada. Al lado de Trang, una chica estaba jugando a las cartas con un soldado que le acariciaba el muslo.

Un rato después, dos hombres entraron por la puerta. Apartaron a las chicas que se dirigieron hacia ellos y se encaminaron a la barra.

—Allá vamos. Sonríe —dijo Quỳnh, y Trang mostró su mejor sonrisa en un rostro tembloroso.

Los hombres pidieron bebidas y miraron a las hermanas. Trang sonrió tanto que sintió que se le partía la cara.

El de más edad se inclinó hacia Trang.

—«¿Oát-xì do nêm?» —gritó en inglés por encima de la música. Tenía un bigote como el de un tigre. A Trang las palabras le sonaron vagamente familiares, pero el terror inundó sus pensamientos como una marea—. «Du a bíu-ti-phun» —dijo el hombre.

Trang se encogió, agarrándose a la silla que tenía detrás.

—Tranquila. Le gustas —dijo la chica que estaba junto a Trang, y le dio un codazo.

—¿Podrías ayudarme a traducir lo que me acaba de decir? —preguntó Trang.

—Ha dicho: «¿Cómo te llamas?» y «Eres guapa». —La chica se volvió y le dijo algo al hombre. Los dos se rieron.

La chica le guiñó un ojo a Trang.

—Le he pedido que te invite a algo —explicó. La purpurina centelleaba en su pecho semidesnudo.

Junto a Trang, Quỳnh estaba practicando inglés con el más joven. Tenía poca voz y esta se fundía rápidamente con el torbellino de ruido.

El hombre con bigote le dijo algo a Trang, haciendo un gesto de beber.

Trang asintió.

—Té de Saigón —murmuró.

El hombre esbozó una amplia sonrisa. Gritó algo a la barra. El camarero asintió, se alejó a toda prisa y volvió. Le dio a Trang un vaso pequeño, lleno de un líquido marrón oscuro, y puso ante el hombre uno grande de un color más claro. Los latidos del corazón de Trang se aceleraron. No tenía ni idea de lo que contenía su bebida. Esperaba que solo fuera té. Si el americano se daba cuenta del engaño, pensaba echarle la culpa al barman.

El hombre miró a Trang a los ojos mientras chocaba su vaso contra el suyo. Los labios de Trang temblaron cuando se llevó el líquido a la boca. Olía a rancio. Tomó un sorbo y sintió un sabor amargo que le refrescó la garganta. Hizo una mueca y fingió estremecerse. Unos pasos más allá, la *madame* tigresa coqueteaba con un soldado. Se reía tanto que le temblaba todo el cuerpo.

El hombre acercó una silla e hizo que Trang se sentara a su lado. Le puso una mano sobre los hombros y con la otra sostuvo el vaso, que se llevaba a los labios una y otra vez mientras murmuraba para sí. En un momento, le pareció que sollozaba, pero cuando se atrevió a echarle un vistazo vio que tenía los ojos secos.

Trang pidió otro té de Saigón con la idea de que debía intentar aprovecharse de su primer cliente. Buscó a Quỳnh con la vista. Allí estaba su hermana menor, bailando, moviendo el cuerpo, balanceando las caderas, tambaleándose sobre los tacones altos, al igual que las chicas a su alrededor. ¿Dónde había aprendido Quỳnh a bailar así? No debería dejar que aquel hombre la abrazara tan fuerte.

Tina se acercó a Trang.

—Tu hermana es tan fea como un jabalí —dijo con una risita. Del brazo de un hombre musculoso, se dirigió a la entrada del bar y desapareció en la noche.

El miedo, frío como el hielo, recorrió la espina dorsal de Trang. Tina las había elegido, a Quỳnh y a ella, como enemigas. Pero ¿por qué?

El hombre bigotudo seguía bebiendo y el camarero le rellenaba el vaso cada vez que estaba vacío. Después de que Trang se tomara tres

tés de Saigón, el hombre se levantó, la atrajo hacia su pecho macizo y le dijo algo que sonó tan tierno que le habría gustado poder entenderlo. Luego le puso un billete en la palma de la mano.

Un billete rojo de un dólar. No era un dólar americano de verdad, sino un certificado de pago militar. El padre de Trang le había enseñado uno y le había dicho que los soldados americanos cobraban en certificados de pago militar y los usaban como moneda. Trang tendría que encontrar la manera de cambiar el billete por dongs vietnamitas antes de que caducara. Sonrió al hombre.

—*Cám ơn ông* —dijo Trang, dándole las gracias y llamándolo «señor». Dada su diferencia de edad, lo correcto era que lo llamara «tío» y dijera de sí misma que era su «sobrina», pero quizá las cosas no funcionaban de aquella manera si intentaba coquetear con él.

Mientras observaba al hombre tambalearse hacia la puerta, el camarero le tocó el hombro.

—Guarda esto —dijo. Le dio una copia de la factura que el hombre había pagado—. Dásela a la *madame* al final de la noche.

Trang la examinó.

—¿Pero por qué pone cuatro tés de Saigón si solo he tomado tres?

—¡Shhh…! —El camarero le guiñó un ojo y se apresuró a atender a otro cliente.

Una sonrisa floreció en los labios de Trang. Le encantaba que sus compatriotas encontraran diferentes maneras de sacar dinero a los americanos. Estos eran tan ricos que no les haría daño que los engañaran un poco.

Una mano le acarició el cuello. Un hombre alto y blanco se inclinó hacia ella con los ojos inyectados en sangre.

—*Chào em. ¿Em vui không?* —preguntó en un vietnamita bastante bueno.

—*Chào anh.* —Trang le devolvió el saludo, pero no respondió a su pregunta. ¿Cómo iba a ser feliz en aquel lugar? Si pudiera elegir, preferiría estar en su campo, cuidando las plantas de arroz, extendiendo una alfombra verde sobre el suelo estéril y, al cabo de unos meses, cosechando las semillas doradas repletas de las dulces bendiciones de la madre tierra. Como agricultora, era una creadora, una artista.

Pero no tenía elección. Se metió el billete de un dólar en el fondo del bolsillo de la falda para guardarlo. Lo enviaría a casa.

El hombre se acercó más.

—*Em đệp qua* —dijo el hombre con algún error de acentuación. Cuando estaba a punto de responderle que no era guapa, el hombre se inclinó más. El aliento le olía a tabaco y a licor.

—¿Eres *cherry girl?* —preguntó el hombre.

—¿Qué? —Trang se apartó de él.

—¿Quieres un poco de intimidad, solos tú y yo? —preguntó el hombre, y le guiñó un ojo.

Trang se alejó, buscando a Quỳnh.

—¿No deberías estar entreteniéndolo? —preguntó la *madame* tigresa, bloqueándole el paso y frunciendo el ceño.

Trang señaló al hombre con la barbilla.

—Me está asustando, señora.

—No tienes por qué tenerme miedo, querida —dijo el hombre, tendiéndole la mano, pero ella dio un paso atrás.

—No seas tonta. —La *madame* tigresa regañó con el dedo a Trang —. Este agradable joven solo quiere hablar contigo.

—¿Hablar? Pero me ha sugerido que pasemos un rato en privado.

—¿Y qué hay de malo en ello? No hace falta llegar muy lejos. —La mujer sonrió, pero su mirada era fría—. Tenemos habitaciones privadas en la parte trasera del bar.

Un destello de esperanza

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

Al salir del consulado estadounidense, Phong sintió la luz del sol como un fuego ardiente. Se dirigió hacia la sombra de un árbol, pero, al ver a dos policías de guardia en la acera, aceleró el paso.

Bình, Tài y Diễm iban detrás de él. Sus sollozos eran tan silenciosos como la lluvia suave, pero a Phong le parecieron tan devastadores como una tormenta.

—*Đồ vô dụng* —dijo Phong, despreciándose por haber decepcionado a su familia.

Se dirigieron a la estación de autobuses. Tenían que coger varios para volver a casa y, si tenían suerte, llegarían antes de medianoche. En el ancho bulevar de Lê Duẩn, los coches y las motos pasaban a toda velocidad, tocando la bocina. Cruzaron la calle en dirección a unos edificios imponentes, tan altos que Phong se sintió pequeño como una hormiga.

—Esa mujer tan arrogante del consulado ha terminado con nuestras posibilidades —dijo Bình—. Si me hubiera dejado entrar a la entrevista…

—¿Entonces tú habrías conseguido el visado para todos? ¿Quieres decir que lo habrías hecho mejor que yo? —Phong advirtió en la voz de su mujer que le estaba echando la culpa y se sintió fatal. Le habría gustado que lo consolara, que le dijera que, al final, todo iría bien. Bình conocía las dificultades que había tenido con las solicitudes de visado y debería entender lo difícil que todo aquello era para él.

—Ya te dije lo importante que era esta gestión, pero no te has preparado lo suficiente…

—Hola. ¿Cómo ha ido? —gritó Quang, el agente de visados, desde el otro lado de la calle. Cruzó sorteando el tráfico con un cigarrillo entre los labios—. ¿Has conseguido el visado?

Phong dejó caer la carpeta de documentos y agarró a Quang por el cuello de la camisa.

—Me dijiste que no tendría ningún problema y me has cobrado doce millones de dongs, que son casi seiscientos dólares americanos.

—¡Para! —Bình lo apartó de Quang.

—Cálmate de una vez. —Quang escupió el cigarrillo—. ¿Quieres

que te vean empezar una pelea? —preguntó, señalando a los policías.

Phong apretó los puños.

—Quiero que me devuelvas el dinero. Al menos, la mitad.

—¿Eres tonto o qué? ¿No sabes lo difícil que me resultó conseguirte la entrevista? No te habrían recibido sin mi ayuda. No hay reembolso. Ahora vete a casa. Cuando hayas ahorrado suficiente dinero, llámame. Podemos preparar otra solicitud. Lo intentaremos de nuevo.

—Rata asquerosa, les contaré a los americanos cómo me engañaste.

—Adelante, díselo —masculló Quang entre dientes—. Y te prometo que, si tengo problemas por tu culpa, nunca pondrás un pie en tierra americana.

—No te atrevas a amenazarnos.

Tài se interpuso entre los hombres y miró a Quang.

—¡Haz lo que ha dicho mi padre, devuélvenos la mitad del dinero!

—¡No devolveré una mierda! —Quang escupió sus palabras y se alejó.

Bình y Diễm se acuclillaron para recoger los papeles. A Phong le temblaban las manos de furia. Quang se había quedado con todo su dinero. Y lo que era peor, había sembrado en su cabeza la idea de que podría aspirar a una vida mejor para él y su familia.

—¿Estás bien, *Ba?* —Tài puso una mano en el hombro de su padre —. Le habría dado una buena patada en el culo si no hubiera sido por ellos —añadió su hijo, mirando de refilón a los policías.

—No debería haber perdido la calma —reconoció Phong, negando con la cabeza. Sabía por experiencia que las peleas callejeras casi siempre empeoraban las cosas—. No deberías ser como yo, hijo.

—Estoy orgulloso de que te hayas enfrentado a ese estafador, *Ba.* A la gente como él hay que pararle los pies.

Tài le recordó a Phong que había demasiada gente mala en este mundo. Justo la semana anterior, en el mercado, Phong había visto a una vietnamita con tacones altos y vestido de seda patear las cestas de una vendedora callejera jemer y hacer que la verdura rodara por el barro. Mientras Phong increpaba a la mujer y ella le gritaba, la vendedora agachó la cabeza y recogió muy deprisa las espinacas de agua, los pepinos y los tomates. La mujer no reaccionó ante la protesta de la vietnamita porque, supuestamente, le impedía el paso. En su pueblo menospreciaban a los jemeres por tener la piel oscura. En la sociedad vietnamita, tener la piel clara elevaba la posición social, pues solía implicar más educación y más dinero: los ricos y educados no tenían que trabajar al sol. Phong comprendía la frustración de sus amigos jemeres; estos le habían contado muchas cosas sobre el Imperio jemer, que en otro tiempo fue próspero y abarcó gran parte

del delta del Mekong, y que ocuparon los vietnamitas varios siglos atrás.

Se alejaron andando. Phong contempló el largo camino que les aguardaba con los pies pesados, la garganta seca y la cabeza dolorida.

—*¡Nghỉ uống nước chú ơi!* —gritó una mujer desde la acera, junto a un carrito de acero que exhibía cocos frescos y diferentes tipos de bebidas.

—¿Tiene usted té helado, tía? —preguntó Bình a la vendedora.

—Sí, son solo dos mil dongs por vaso.

—Vamos a tomarnos un descanso, *anh* —propuso Bình a Phong.

Phong se sentó en una silla baja de plástico junto a su mujer y sus hijos.

—Dos vasos, por favor, señora tía —pidió Bình—. Son cuatro mil dongs, ¿verdad?

—Sí, tan barato como los helechos de agua.

Bình sacó la cartera y pagó el té. Ella era la que ahorraba hasta el último céntimo que ganaban. Phong no recordaba la última vez que su esposa se había comprado ropa nueva o maquillaje. Si conseguía ir a los Estados Unidos, gastaría su primer sueldo en comprar una buena crema facial para Bình, una crema que le aliviara las quemaduras del sol en las mejillas.

La vendedora sacó un bloque de hielo de una nevera de poliestireno y lo rompió con una lámina de metal. Bajo el sombrero cónico, su sonrisa torcida dejaba ver que le faltaban varios dientes. Las pecas salpicaban las mejillas arrugadas. Tendría unos sesenta y cinco años, edad suficiente para ser la madre de Phong. ¿Habría regresado su madre alguna vez al orfanato para tratar de encontrarlo? ¿Podría ser su madre aquella mujer?

—No son de aquí, ¿verdad? —preguntó la mujer mientras dejaba caer trozos de hielo en dos vasos grandes. Phong habría deseado ver una luz de reconocimiento en su mirada, pero la mujer ni siquiera lo miró dos veces.

—Somos de Bạc Liêu. —Bình se abanicó con el sombrero que acababa de sacar de la mochila.

—Ah, me acuerdo de la leyenda del príncipe de Bạc Liêu. Era tan rico que cuando a una novia se le caía una moneda, quemaba diez billetes para iluminar la oscuridad y buscarla, ¿verdad? —La mujer se rio y sirvió té en los vasos.

—Sí, hizo muchas tonterías como esa —contestó Tài.

—Gastaba sin ton ni son y ahora su familia no tiene casi nada. —Diễm miró de reojo el paquete de caramelos de cacahuete que la vendedora había colocado en la mesita, delante de ellos—. Su mansión

es ahora del Gobierno. Y uno de sus hijos trabaja llevando un carro con la bicicleta para ganarse la vida.

—Qué cosa. En fin, así es la vida. *Đời là lên voi xuống chó.*

Phong asintió ante la sabiduría que contenía aquel proverbio: la vida es como cabalgar primero sobre un elefante y luego sobre un perro.

Bình y Diễm cogieron los vasos rebosantes y bebieron.

La mujer se secó la cara con la manga de la camisa.

—¿El hombre con el que discutía le había prometido que lo ayudaría a llegar a América? —preguntó a Phong.

—¿Lo conoce usted, tía?

—Por aquí todo el mundo lo conoce —dijo la mujer, negando con la cabeza—. No puede fiarse de él, gana dinero con los mestizos como usted, sobre todo con los del campo.

—¡Nos cobró doce millones de dongs! —exclamó Bình con un suspiro—. Y los americanos acaban de rechazar nuestra solicitud de visado.

—*¡Trời đất ơi!* Deberían haberlo solicitado sin intermediarios. Pero la verdad es que ahora se ha puesto muy difícil ir a América sin ayuda de alguien de fuera.

—¿De fuera? —Phong supuso que la mujer se refería a otro tipo de agente, personas que cobraban mucho más que Quang.

—Bueno… Están viniendo muchos americanos a buscar a sus hijos. Quizá podrían echarles una mano.

Phong dejó el té.

—¿Se refiere a los hombres que estuvieron aquí durante la guerra?

—Sí, eran jóvenes entonces. Ahora son viejos.

—¿Y vuelven? —preguntaron Tài y Diễm a coro.

—Algunos, muy pocos. —La mujer encendió un cigarrillo y dio una calada.

Phong la examinó a través de las volutas de humo. No era frecuente que una mujer fumara.

Bình cogió a Phong de la mano.

—*Anh* Phong, puede que tu padre haya vuelto y te esté buscando.

Phong tragó saliva. A medida que se hacía mayor, el deseo de conocer a su padre se intensificaba en lugar de atenuarse. Contempló el vaso de té que tenía en la mano. Su identidad era tan turbia como la bebida. Ni siquiera sabía si su madre había registrado su nacimiento y qué nombre le había puesto. Si la encontraba, ¿le contaría la verdad sobre su padre? ¿Le explicaría las verdaderas razones por las que lo había abandonado? Cuando Bình decidió casarse con él, su padre le dijo:

—Lo más seguro es que la madre de Phong fuera una prostituta, y su padre, un asesino; ¿por qué quieres casarte con él? Ya se sabe que de tal palo, tal astilla.

Tenía que encontrar a sus padres y demostrar que su suegro estaba equivocado; así volverían a aceptar a Bình en su familia.

La vendedora de bebidas se abanicó con el sombrero cónico.

—Bueno, bueno… No pretendía darle esperanzas. Como he dicho, pocos veteranos americanos regresan para buscar a sus familiares perdidos. Es algo reciente. Creo que los veteranos se están haciendo viejos, tienen remordimientos y quieren arreglar errores del pasado.

—¿Pero usted los ha visto, tía? —preguntó Bình.

—¿No lee los periódicos? —Con el cigarrillo en la boca, la mujer rebuscó en una pila de papeles que había en la parte baja del carrito, sacó una página de un periódico y se la dio a Bình—. Mírelo usted misma.

Phong se inclinó y, en lugar de fijarse en las palabras escritas, miró la foto: estaba tan descolorida que seguro que era muy antigua. Un hombre blanco con uniforme militar y una mujer vietnamita vestida con un *áo dài* le sonreían. Parecían tan jóvenes y elegantes como si fueran estrellas de cine.

—Este hombre busca a su amiga —dijo Bình—. Es un anuncio.

—Sí. Los veteranos americanos, si de verdad quieren encontrar a sus antiguas novias o a los hijos que tuvieron con ellas, ponen anuncios en periódicos y televisiones —explicó la vendedora de bebidas, echando humo por la nariz.

Phong se dio una palmada en la frente. No podía permitirse comprar periódicos con regularidad y no tenía televisor, pero debería haberlo pensado. Tal vez su padre había vuelto en busca de su madre y de él.

—¿Qué dice el anuncio? —preguntó a su mujer.

Bình sonrió un poco avergonzada y le dio el periódico a su hijo.

—Tài, léelo tú. No tengo ni idea de cómo se pronuncian esas palabras extranjeras.

—Claro. —Tài se incorporó y se aclaró la garganta—: «Tôm Sờ-Mít» busca a su amiga Lan Lan, que trabajaba en la calle Nguyễn Văn Thoại. «Tôm Sờ-Mít» conoció a Lan Lan en 1972, cuando era mecánico en la base aérea de Tân Sơn Nhứt. Se ruega que quien pueda aportar información sobre Lan Lan llame al señor Thiên. —Tài leyó un número de móvil.

Phong miró a Tài, esperando oír más, pero Tài había dejado ya el periódico.

—¿Eso es todo? —preguntó Phong.

—Sí, *Ba.*

—Es caro colocar un anuncio como ese, por eso son breves —explicó la vendedora de bebidas—. *Trà đá, thuốc lá, chú ơi* —dijo, dirigiéndose a un hombre que se había detenido para comprarle un par de cigarrillos sueltos.

Phong estudió la foto. Vio alegría y amor en los ojos de la pareja y deseó que se reunieran pronto. Se volvió hacia su hijo.

—Tài, repíteme el número de contacto del anuncio.

La vendedora de bebidas había dicho que los estadounidenses podían ayudar. Phong tenía que hablar con Tom Smith, cuyo nombre Tài había pronunciado como «Tôm Sờ-Mít», y eso era fácil de recordar porque en vietnamita significaba «una gamba toca a una yaca».

—Te lo leo yo —se apresuró a decir Diễm. La niña cogió el periódico y leyó en voz alta el número del señor Thiên.

Thiên significaba «cielo», y tal vez el cielo estuviera enviando a Phong algo de luz. Phong repitió el número de teléfono para memorizarlo. Su familia elogiaba a menudo a Phong por lo bueno que era con los números. Memorizaba y calculaba mentalmente con tanta facilidad como algunos gusanos fabrican hilo de seda.

—Esta vendedora de bebidas sabe muchas cosas —susurró Bình—. Quedémonos para charlar con ella un rato.

Phong asintió y rodeó con el brazo los hombros de Bình. Le gustaba lo decidida que era. Sabía cómo animar a toda la familia cuando se sentían abatidos. Phong estrechó a sus hijos con el otro brazo. Cuando el suelo parecía fallarle bajo los pies, Tài y Diễm le recordaban que ellos eran su fuerza.

Phong pagó tres caramelos de cacahuete y se los dio a su mujer y a sus hijos. Señaló el periódico:

—¿Por qué cree usted que el americano está buscando a su amiga, tía?

La vendedora de bebidas apagó el cigarrillo.

—Supongo que tuvieron un hijo. Seguro que Lan Lan era una chica de bar. Nguyễn Văn Thoại es el nombre que tenía antes la calle que ahora se llama Lý Thường Kiệt. Allí había muchos bares para los soldados americanos durante la guerra.

Phong miró atentamente a la mujer de la foto. Quizá se había equivocado al juzgarla, pero tenía un rostro puro e inocente.

—¿Qué probabilidades tiene de encontrarla?

—Mmm, han pasado más de cuarenta años. La mujer podría haber muerto. O ahora tiene una familia y no quiere que la encuentren. Y, además, ¿conoce a alguien que se llame Lan Lan?

Phong negó con la cabeza.

—Exacto, Lan Lan suena raro. A lo mejor se llamaba Mai Lan o Thanh Lan, pero ha pasado tanto tiempo que el americano ni se acuerda.

**

Cuando se terminaron el té, Phong caminó un rato con su mujer y sus hijos y luego les dijo que se fueran a casa. Tenía que hacerse una prueba de ADN. La vendedora de refrescos le había dado la tarjeta de visita de un tal señor Lương y le había dicho que aquel hombre hacía pruebas gratuitas gracias a la ayuda que recibía de los americoasiáticos de los Estados Unidos.

—¡Quiero quedarme! —exclamó Diễm sin dejar de mirar una tienda de ropa que estaba al otro lado de la calle.

—Quiero saber cómo te hacen esta prueba. Es muy emocionante —insistió Tài.

—No podéis perder ni un día más de clase —declaró Bình, negando con la cabeza.

—Vuestra madre tiene razón —dijo Phong—. Se acercan los exámenes. Sois muy listos, pero tenéis que estudiar más.

Phong miró a Diễm, cuyos ojos brillaban con curiosidad, y a Tài, cuyo rostro estaba lleno de determinación, y sintió que le recorría el cuerpo un ramalazo de orgullo. Aunque él no había conseguido terminar el primer curso, Tài estaba en octavo, y Diễm, en sexto. Phong estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que terminaran la escuela secundaria y, tal vez incluso, fueran a la universidad.

Bình alejó a Phong de los niños para hablar en privado.

—¿De verdad quieres quedarte un par de días, *anh?* —preguntó.

—La vendedora de refrescos ha dicho que necesitamos la ayuda de forasteros. Tengo que encontrarlos.

Phong no se lo dijo a Bình, pero tenía intención de volver al consulado después de la prueba de ADN y recuperar algo del dinero que le había dado a Quang, el agente de visados. No estaba dispuesto a que aquel delincuente se saliera con la suya. Y le gustaría volver a hablar con la vendedora de bebidas. Después de que le dijera lo de la prueba de ADN, había llegado un grupo de jóvenes que habían pedido coco fresco y charlaban haciendo mucho ruido.

—Pero no tienes suficiente dinero para quedarte —insistió Bình.

—Me las apañaré. Tú ya me conoces, no te preocupes.

—No hagas nada ilegal, *anh* Phong, y ten cuidado con la cartera. No nos queda nada para ayudarte a salir de la cárcel.

—¡Deja de comportarte como si fueras mi madre! —espetó Phong. Había vivido en Saigón lo suficiente como para saber lo peligrosa que

podía ser la ciudad. Sin embargo, le habría gustado volver antes a Saigón. Habría oído hablar de las pruebas de ADN y del regreso de los veteranos estadounidenses. Vivía a trescientos kilómetros, medio día en autobús, pero le parecía que pertenecía a otro mundo. Allí, las únicas noticias que oía eran las de una radio pública colgada de un árbol del barrio. Cada mañana, una emisión lo despertaba exactamente a las cinco. La mayoría de las noticias estaban relacionadas con algún miembro del Gobierno que visitaba una ciudad, alguna provincia u otro país.

Tài se interpuso entre Phong y Bình.

—Por favor, no os peleéis —dijo, negando con la cabeza—. Estoy harto de todo esto. De esperar, de suplicar que nos den una oportunidad. —El adolescente tenía los hombros hundidos como si fuera un anciano—. He estado pensando que tal vez ya es hora de que dejemos de soñar con inmigrar a América. Los americanos han creado la ilusión de que pueden rescatarnos a todos, pero tienen sus propios problemas. Y allí la vida de los negros tampoco es fácil. No estoy seguro de que nos acepten.

—*¿Ha, trứng mà đòi khôn hơn vịt hả?* ¿Cómo van a ser los huevos más listos que los patos? —regañó Phong—. No has visto nada de la vida, hijo. Y no me irás a decir que toda esa gente del consulado que intentaba sacar un visado es tonta.

—A lo mejor solicitan visados de negocios o de turista.

—¿No recuerdas a aquellos parientes de nuestros vecinos que volvieron de América? Eran ricos, tenían estudios. Solo quiero daros a ti y a tu hermana la oportunidad de serlo —insistió Phong. Durante toda su vida había creído en el sueño americano y no estaba dispuesto a dejar que su propio hijo lo echara por tierra.

—Sí, lo sé y te lo agradezco, *Ba* —dijo Tài con un suspiro—. Pero no soporto ver cómo te afecta todo este esfuerzo.

—Tài, eres el huevo que quiere ser más inteligente que sus padres, los patos —dijo Diễm riendo—. El huevo no puede ser más inteligente que los patos, lalalá —cantó, y echó a correr mientras Tài intentaba atraparla.

**

Phong se detuvo delante de la oficina de correos de Saigón. Acababa de llamar al señor Lương desde un teléfono público y este le había dicho que fuera a hacerse la prueba de ADN a la mañana siguiente.

Por teléfono, Phong había confirmado que la prueba era de veras gratuita. Ya habían intentado engañarlo demasiadas personas, y demasiadas personas le habían hecho promesas vacías. Tenía que

tener cuidado, como debería haberlo tenido con Quang. Nada más pensar en el agente de visados, se quedaba sin respiración.

Llevaba consigo trescientos cincuenta mil dongs. Bình, Tài y Diễm necesitaban el resto para regresar a casa. Se caló el sombrero. Tenía previsto volver a casa justo después de la entrevista y no había cogido ningún equipaje. Le habría gustado cubrirse los brazos con una camisa de manga larga y tener una maquinilla para afeitarse aquella estúpida barba. Necesitaba un lugar donde tumbarse y dormir, pero el hambre le clavaba unas garras afiladas en el estómago y el sol le abrasaba la cabeza. Tenía dinero para pagar una buena comida y un viaje de autobús de regreso a casa, pero no para una habitación en una pensión barata. ¿Dónde podría dormir por la noche?

La catedral de Saigón estaba delante de él, con los muros de ladrillo rojo y las altas cúpulas alzándose tan majestuosas como siempre. Se vio allí mismo con doce años, arrodillado, temblando bajo unas manos misericordiosas. Un niño que vagaba por las calles de Saigón buscando algo para llenar la barriga.

Cerca de la catedral había un café abarrotado de clientes que se desparramaban por la acera, sentados unos junto a otros, sorbiendo bebidas. Un hombre trabajaba afanosamente descargando cajas de refrescos de un camión aparcado.

Phong se acercó al hombre.

—Hermano, ¿puedo ayudarle? ¿Las llevo a la tienda?

Esperaba ganarse una propina o una botella de bebida.

Antes de que el hombre pudiera responder, una mujer salió corriendo de la cafetería.

—Mis clientes están mirando, no dejes que toque nada. Parece sucio. Y, quién sabe, podría ser un drogadicto o un ladrón.

—Vete —dijo el hombre. Se echó una caja a los hombros y entró tambaleándose en el café.

Las miradas de la gente de la acera eran como fuego que abrasaba a Phong y hacía que se sintiera todavía más oscuro. Se alejó apretando los puños y clavándose las uñas en las manos. Si pegaba a alguien, seguiría siendo un hombre. Pero Bình tenía razón, no merecía la pena. No tendrían el dinero necesario para sacarlo de la cárcel.

Debería haberse preparado mejor para aquel viaje. Cuando llegó la carta del consulado diciéndoles que fueran a una entrevista para el visado, se emocionó tanto que se olvidó de cómo era aquella ciudad. Bình había sugerido que vaciaran el estanque, vendieran los peces y cogieran ese dinero. Pero él insistió en que solo faltaban unos meses para que les dieran mucho más, lo suficiente para cambiar las chapas del tejado de la casa, que tenía goteras.

Se dirigió hacia la catedral, donde el sonido de las voces se elevaba como pájaros hacia el cielo. Se paseó junto al alto muro deslizando las manos por los ladrillos rojos y rugosos. Había rezado a Dios, así como a sus antepasados vietnamitas y estadounidenses. Si habían oído sus ruegos, no habían respondido. Aun así, rezó un avemaría y pensó en la bondad de la hermana Nhã.

Frente a la entrada de la iglesia había una mujer sentada con un bebé en brazos y una pequeña caja. El rostro de la mujer estaba demacrado, pero no tenía arrugas. Era demasiado joven para ser su madre, pero aun así la miró fijamente y sus ojos se detuvieron en el bebé de aspecto enfermizo. Podría haber sufrido como aquel bebé si su madre no lo hubiera abandonado; habría pasado sus primeros años de vida en la calle, en lugar de vivir con los cuidados y el calor de la hermana Nhã.

—*Má,* ¿dónde estás? ¿Alguna vez piensas en mí? —Las palabras se le escaparon desde lo más profundo de su ser, suaves como un susurro, amargas como lágrimas.

Afrontar las consecuencias

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

Cuando caminaba con Thiên y Linda hacia un restaurante local para cenar, Dan se fijó en una mendiga vestida con ropas andrajosas y con un niño pequeño en los brazos. La mujer extendió hacia él un brazo delgado como un palo. La luz de la calle le iluminaba el rostro y en sus ojos vio la desesperación de Kim. Le habría gustado darle algo de dinero, pero no le quedaban monedas. Miró para otro lado.

¿Por qué se sentía mal? Había tratado bien a Kim, ¿no?

No. Era demasiado viejo para seguir mintiéndose y afirmar que era el hombre de honor que Linda quería ver cuando lo miraba.

El restaurante Bánh Mì Như Lan era similar a aquellos a los que Kim lo llevaba, solo que más grande y más concurrido. Situado en una esquina de un cruce muy transitado, el ruido era atronador y estaba atestado de clientes. En lugar de puertas, tenía mostradores donde vendían todo tipo de alimentos crudos y cocidos. Los clientes se acercaban a los mostradores sin parar siquiera el motor de las motocicletas. En el interior había mesas de formica y sillas de plástico. Linda arrugó la nariz al ver la basura acumulada en el suelo.

Thiên les aseguró que en aquel sitio vendían comida de verdad. Pidió él los platos y el camarero no tardó en ponérselos delante: *baguettes* crujientes llenas de filetes finísimos de cerdo asado, paté, verduras encurtidas, cebolletas y cilantro; platos de rollitos de primavera frescos y fritos y cuencos de fideos humeantes.

Dan intentó coger una *baguette,* pero Linda lo detuvo. Sacó el móvil de la mochila: le encantaba hacer fotos e iba con el teléfono a todas partes. Dan se alegraba de haber dejado su móvil, que utilizaba principalmente para el trabajo, en casa, en Seattle. Siempre se había resistido a la intromisión de la tecnología en su vida privada.

Linda hizo una foto tras otra de la comida. No tardaría mucho en subirlas a la web.

—¡Listo! —declaró Linda—. Buen provecho.

Dan cogió un *bánh mì,* cerró los ojos e inspiró.

—Mmm. ¡Esto está bueno! —exclamó Linda después de morder el suyo.

—Cuando Francia invadió Vietnam, nos trajeron el pan. —Thiên

echó unas gotas de limón en su tazón de sopa de fideos—. Aprendimos y ahora lo hacemos mejor que ellos.

Dan masticó despacio, saboreando cada bocado. El *bánh mì* tenía exactamente el mismo sabor que cuando lo comía en el apartamento que compartía con Kim. Tal vez podría visitar su antiguo edificio para ver cómo había cambiado. Pero por más que lo intentaba, no lograba recordar el nombre de la calle ni el nombre de la avenida cercana donde estaban sus bares favoritos.

La comida era tan sabrosa que se la acabaron toda. Dan pensaba que estaba demasiado lleno, pero terminó compartiendo con Linda un coco fresco y un postre de siete colores hecho con gelatina, judías y leche de coco. Thiên devoró otro tazón de fideos mientras hablaba entusiasmado con Linda sobre el sector inmobiliario, los precios bajísimos de los terrenos, los apartamentos y las casas. Los comunistas habían cambiado el nombre de la ciudad, que ahora era Ho Chi Minh, pero Thiên seguía llamándola «Saigón».

—La forma más rápida de ganar dinero aquí es hacerse amigo de funcionarios importantes del Gobierno —declaró Thiên, sonándose la nariz con un pañuelo de papel—. O sobornarlos. Ellos te dicen dónde comprar tierras.

—¿Así que es usted dueño de tierras, señor Thiên? —preguntó Linda.

—Tengo pocas, señora. Ninguno de mis amigos es un funcionario importante, y odio la corrupción.

—Yo también. —Linda brindó con Thiên—. Por cierto, por favor, deberíamos tutearnos. Cualquier amigo de Duy es amigo nuestro.

—Ah, gracias, pero estoy acostumbrado a tratar de usted a los clientes. Es mi trabajo. —Thiên hizo un gesto con la mano.

Cuando llegó la cuenta, Linda convirtió la cantidad a dólares.

—¿Catorce dólares por los tres? ¡Podemos cenar aquí todas las noches! —exclamó, y luego tomó más fotos de los concurridos mostradores—. La verdad es que tenemos que cambiar dinero. ¿Lo cambiamos en el hotel?

—Mañana los llevaré a un local de cambio que tiene mejor precio.

—¿Me puede cambiar esto? —Linda dio a Thiên un billete de diez dólares.

—Por supuesto.

Thiên le dio algo de dinero y, de vuelta al hotel, Linda se lo entregó todo a la mendiga.

—Cómprele algo bueno a su hijo, por favor… y lléveselo a casa —le dijo a la mujer mientras examinaba la cara del niño dormido, que parecía delgado y tal vez enfermo.

Mientras Thiên traducía, la mujer se inclinó ante Linda con el niño apretado contra el pecho. Era demasiado joven para ser Kim, pensó Dan.

En Seattle, Linda trabajaba como voluntaria dos veces al mes en un refugio para personas sin hogar. Cocinaba y servía comida, organizaba colectas de donativos, hablaba con las mujeres y las ayudaba en todo lo que podía. Dan recogía los objetos donados y se ocupaba de las reparaciones eléctricas del centro de acogida, pero no se involucraba en la vida de las mujeres. Sus vicisitudes —violencia doméstica, problemas de salud mental, abusos sexuales y drogodependencias— superaban lo que él podía soportar. Admiraba la fuerza y la compasión de Linda.

Quizá cuando encontrara a Kim y a su hijo, Linda los ayudaría.

O cortaría con él y no volvería jamás.

Regresaron al hotel por otro camino y pasaron por delante de varios bares al aire libre que atronaban con música a todo volumen. La emoción bullía en el pecho de Dan, como si volviera a ser joven. Estaba a punto de sugerir que pararan a tomar algo cuando Linda bostezó.

—¡Uf, estoy agotada! —exclamó Linda—. No veo la hora de pillar esa cama tan blanda.

Dan miró a su alrededor y contempló la agitada actividad de la ciudad. A pesar del *jet lag,* estaba lleno de energía. Tenía que sacar el máximo provecho de los dos días que iba a pasar allí.

Su reloj marcaba las 20:45 cuando llegaron a la entrada del Majestic. Tenía muchas ganas de ver la calle donde estaba el bar de Kim.

Dudó y luego tiró del brazo de Linda.

—Cariño, ¿por qué no subes y duermes? Descansa las rodillas. Mañana tendremos un día largo. A mí me duele la cabeza y necesito un poco de aire fresco. Iré a dar un paseo con el señor Thiên junto al río.

Se preparó para responder a sus preguntas, pero ella asintió.

—No tardes mucho. Jenna dijo que el *jet lag* es terrible. Será mejor que nos vayamos pronto a dormir.

—Por supuesto —dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Vio a Linda entrar en el hotel. Por un momento, pensó en ir tras ella. Pensó en su promesa de no perderla de vista. Pero el hotel parecía seguro y bien atendido. Además, Linda no iría a ninguna parte sin él.

—Señor, ¿le duele mucho la cabeza? ¿Necesita alguna medicina? —preguntó Thiên.

—Gracias, amigo mío. —Le dio una palmada en el hombro a Thiên —. Lo que necesito es que me ayude para ir a visitar la calle donde estaban mis bares favoritos. Pero, por favor, no se lo diga a Linda, no tiene por qué saberlo.

—Ah… por supuesto. —Thiên le guiñó un ojo—. Puedo acompañarlo a bares excelentes con chicas guapas. —Se acercó más y susurró—: Pueden bailar para usted en privado. Baile sexi, desnudas. Lo que quiera.

—No, no es eso lo que tengo en mente. —Dan se rio, pero enseguida se sintió culpable. Carraspeó—: ¡Ejem! Cuando estuve aquí, salía con mis amigos por una calle que cae cerca del aeropuerto. Me gustaría ir allí para recordar aquellos tiempos.

—Una calle cerca del aeropuerto con algunos bares durante la guerra… —Thiên se dio con el dedo en la frente—. Quizá sea la calle Trương Minh Ký, que ahora se llama «Lê Văn Sỹ». Un veterano que reside en Tân Sơn Nhứt me dijo que iba por allá. Creo que está a unos quince minutos en bicitaxi.

—Exacto, es esa.

Los viajes en bicitaxi duraban unos quince o veinte minutos y costaban alrededor de cien piastras o veinticinco centavos. Los taxis eran más rápidos, pero mucho más caros.

—¿Recuerda el nombre de algún bar? —preguntó Dan con la esperanza de que Thiên mencionara el Hollywood.

—Yo no vivía en Saigón en esos tiempos. Pero oí hablar de dos calles con los mejores bares para los soldados: Nguyễn Văn Thoại y Tự Do, que estaban por ahí. El Hotel Rex y el Continental también eran populares.

—Me gustaría visitar la calle cercana al aeropuerto. ¿Quiere venir conmigo? Podemos coger un taxi…

—Tengo una idea mejor —propuso Thiên—. Lo llevo en mi moto y me paga lo mismo que a un taxi. Ida y vuelta, quince dólares, ¿vale?

A Dan le gustó que Thiên tuviera tanta iniciativa.

—Le pagaré mañana, cuando tenga cambio.

Miró hacia arriba, repentinamente inquieto. La mayoría de las habitaciones del piso más alto tenían las luces encendidas. Linda no iría a ninguna parte sin él, no le pasaría nada.

Thiên había aparcado la moto a poca distancia. Dan examinó la vieja Honda. Era la mitad del tamaño de la Harley que tenía en Seattle y le faltaba un retrovisor. No estaba seguro de que pudiera cargar con su peso, pero Thiên condujo con seguridad, maniobrando entre el denso tráfico, tarareando una canción.

Dan terminó por relajarse: era agradable ir en moto. El calor, del

que no había conseguido desprenderse en todo el día, iba ahora desapareciendo gracias a la brisa. La gente que lo rodeaba en otras motos no le prestaba atención.

Las tiendas situadas a ambos lados de la calle vendían todo tipo de artículos, desde ropa para niños hasta productos metálicos, pasando por artículos de papelería. Los restaurantes estaban llenos de gente. Era tarde, pero los negocios seguían abiertos. Una tienda parecía vender suministros electrónicos. Quizá pudiera ver después si podía conseguir material barato para su equipo de radioaficionado.

A sus antiguos camaradas, los pocos con los que seguía en contacto, les había sorprendido que se hubiera hecho electricista. Le dijeron que se ganaría mejor la vida trabajando como piloto privado de helicóptero o instructor de vuelo, pero él no quiso. Cuando regresó de Vietnam casi dos años después de su alistamiento, lo destinaron como instructor de vuelo a Fort Wolters, Texas. Pero estuvo a punto de estrellar un helicóptero cuando vio la cara de uno de sus alumnos transformarse súbitamente en la de Reggie McNair, su copiloto muerto, y tiró de los mandos. El Ejército lo castigó, le prescribió una serie de pastillas y, para su alivio, cambió el perfil de su ficha médica para que no pudiera volver a combatir. Los últimos meses en el Ejército los pasó supervisando papeleo, aturdido por las pastillas y el alcohol con el que se automedicaba. Cuando lo licenciaron del Ejército, decidió seguir estudiando. Gracias a una ley llamada GI Bill, le correspondía una ayuda de 130 dólares al mes para la universidad. Estudió dos años en una universidad pública que le ofrecía la formación que necesitaba, así como algunos cursos de lengua donde disfrutó de su afición a la lectura. Después trabajó como aprendiz, se afilió a un sindicato y obtuvo un título para trabajar como electricista. Quería trabajar con las manos, resolver problemas. Ser electricista requería buenas habilidades y una mente que pudiera visualizar el flujo de electricidad, interruptores, líneas de entrada y salida de energía. Con su trabajo, no necesitaba hablar demasiado con la gente y podía elegir su propio horario.

—Aquí estamos. Esta es la antigua calle Trương Minh Ký, ahora Lê Văn Sỹ —dijo Thiên cuando enfilaban una calle grande y concurrida.

Dan miró a su alrededor. No había bares, solo escaparates de tiendas de cosméticos, ropa y flores.

—¿Seguro que es aquí?

—Sí… Ya he traído a bastantes veteranos. Es una calle muy larga.

Pasaron junto a una iglesia que parecía nueva, una pagoda y una gasolinera. Aquellos edificios no estaban antes. Más floristerías, tiendas de ropa, restaurantes, casas de té y hoteles. Lo único que

parecía un bar era una cervecería moderna.

Cuando pasaron junto a una vía férrea que atravesaba la calle, Dan le tocó el hombro a Thiên.

—Me acuerdo de esto. Mi bar favorito no estaba muy lejos de aquí. Se llamaba Hollywood.

Thiên se detuvo junto a la carretera.

—Voy a preguntar por ahí. Quédese con la moto.

Mientras Thiên entraba en una tienda, Dan sintió algo inquietante, como si alguien estuviera de pie detrás de él, levantando las manos, listo para agarrarlo por el cuello. Se dio la vuelta. El tráfico pasaba a toda velocidad, ignorándolo. Subió la moto a la acera, hacia la estrecha pared de una tienda, y se quedó mirando a la calle.

Saludó con la mano a Thiên cuando regresó.

—¿Ha habido suerte?

—Nadie conoce el bar Hollywood.

Recorrieron la calle de punta a punta. Thiên iba preguntando pacientemente a la gente, pero todos negaban con la cabeza. Dan no vio nada que le resultara familiar. Cuando tenía una pesadilla con Vietnam, nada había cambiado. Qué absurdo había sido por su parte no tener en cuenta que el viejo Saigón había desaparecido. Los vietnamitas habían construido una ciudad nueva que ya no dependía de los Estados Unidos.

Dan miró a su alrededor. Tal vez podría tratar de localizar el apartamento en lugar del bar.

—Señor Thiên, un amigo mío llamado Larry tenía por aquí un apartamento alquilado para su novia vietnamita. Me pidió que buscara el edificio y le hiciera fotos.

Habría sido mejor contarle a Thiên la verdad, puesto que necesitaba su ayuda para encontrar a Kim, pero tenía que ir con cuidado porque Linda no sabía nada y debía proteger a su mujer.

Thiên le lanzó una mirada penetrante.

—¿Tiene la dirección?

—Larry dijo que estaba en un callejón no muy lejos del ferrocarril.

Se subieron de nuevo a la moto y Thiên giró por una calle que se adentraba en Trương Minh Ký.

Dan contempló las casas altas y estrechas que se alineaban a ambos lados. La calle donde había alquilado el apartamento tenía tamarindos, y Kim había recogido sus frutos alguna vez para cocinarlos en una deliciosa sopa con camarones agrios. No veía ningún árbol. Solo cemento, gente, tiendas y motos.

—¿Cómo se llamaba la novia de su amigo Larry? —preguntó Thiên.

—Kim. Trabajaba en un bar.

—Kim era un nombre muy común entre las chicas que trabajaban en los bares. Probablemente ese no era su nombre verdadero.

—¿En serio? —Qué tonto había sido al no haberse dado cuenta. Kim había utilizado siempre un nombre falso. ¿En qué más cosas le habría mentido?

Después de pasar por muchas callejuelas, Thiên volvió a la calle principal.

—Voy a seguir preguntando por el bar Hollywood.

Dan asintió y se dijo que le daría a Thiên una propina generosa.

Thiên se acercó a un hombre parado junto a una moto en una esquina, al lado de un cruce. El hombre pareció sobresaltarse al ver a Dan. Luego dedicó una mirada intensa a Thiên, como si estuviera a punto de llorar. Thiên y el hombre conversaron un rato.

—Qué pena me da ese hombre —dijo Thiên mientras se alejaba con Dan—. Trabaja como taxista con la moto. Como yo, fue soldado del Ejército de la República de Vietnam del Sur y lo encerraron en un campo de reeducación. Cuando estaba en el campo, su mujer se marchó en un barco con sus hijos. Está esperándolos desde entonces y han pasado treinta y ocho años, ¿se lo puede imaginar? Cuando nos ha visto, ha pensado que su mujer nos había enviado para buscarlo. Por un momento ha creído que su familia consiguió llegar a América y que usted era un amigo suyo —concluyó Thiên con un nudo en la garganta.

Dan volvió a mirar al hombre. Treinta y ocho años de espera. Más de trece mil días añorando a su mujer y a sus hijos, sin saber si estaban vivos o muertos.

Pensó en Kim, en su vientre abultado, tendiendo las manos hacia él y diciéndole que la criatura era suya. ¿Seguiría esperándolo?

Frente a la cervecería donde se detuvieron había un anciano mendigando. Thiên le dio algo de dinero. Dentro, Thiên pidió un plato de cerdo a la parrilla, un vaso de cerveza fresca para él y un refresco de limón para Dan.

—¿No bebe cerveza? —preguntó Thiên.

—Ya no —Dan llevaba cinco años y medio sin probar el alcohol. Se lo había dicho a su hermana, pero no se lo había creído. Era una pena que no pudiera comprobarlo por sí misma.

Consiguió dar con Marianne unos años después de la muerte de su madre, pero su hermana no quiso volver a Seattle porque los recuerdos eran demasiado dolorosos. Hablaron por teléfono un par de veces y Dan condujo cuatro días para ir a verla a Vermont. Al principio, las cosas fueron bien, pero luego él se emborrachó y ella lo echó de su casa diciendo que era igual que su padre. Después se fue a

Australia, todavía más lejos de él.

La mayoría de las mesas de la cervecería estaban llenas, rodeadas de hombres con rostros enrojecidos por la bebida. Algunos contaban en voz alta «uno, dos, tres», al unísono antes de entrechocar los vasos y beberse el contenido de un trago.

Thiên levantó el vaso.

—*Trăm phần trăm.* ¡De un trago!

Chocaron los vasos. Dan bebió un sorbo de su refresco. Thiên se bebió la cerveza de un tirón. Una camarera, con un vestido rojo tan corto que casi se le veía la ropa interior, volvió a llenar el vaso de Thiên. En la mesa de al lado un hombre cogió una guitarra; la música ascendió de sus dedos y se elevó en el aire, ahogando todos los demás sonidos. Dan deseó que Linda estuviera allí, le habría gustado ver cómo los vietnamitas disfrutaban de la noche.

Cuando la voz del hombre se alzó, descendió y volvió a ascender, Dan se estremeció. La letra le sonaba familiar, como si saliera de la médula de su memoria.

Thiên cantó con él y sonrió.

—Me encanta esta canción; la escribió Trịnh Công Sơn. Lo llamamos «el Bob Dylan de Vietnam».

—Oh, me acuerdo ahora. Kim cantaba sus canciones.

—Así que se llevaba usted bien con la novia de Larry, ¿no? —Thiên sumergió un trozo de carne envuelto en algunos vegetales en un recipiente de salsa de pescado donde el chile y el ajo picados acentuaban el color ámbar.

—En realidad, no llegué a conocerla. —Dan se esforzó por soltar una carcajada—. Larry dijo que su novia adoraba a un cantautor al que consideraban el Bob Dylan de Vietnam.

No podía decírselo a Thiên, pero Kim tenía por costumbre recitar largos fragmentos de un poema épico que contenía miles de versos. Durante las noches que pasaron juntos, con frecuencia Kim lo arrullaba con esos versos, con una nana o con una canción del Bob Dylan de Vietnam.

Sin darse mucha cuenta, se puso a comparar a Kim con Linda. A Linda, por ejemplo, no le gustaba leer. Le había regalado algún libro escrito por veteranos en los que se veía reflejado con tanta claridad como si fuera un espejo. Esperaba que ayudaran a Linda a comprenderlo mejor, pero ella los guardó en la estantería sin leerlos. No le interesaba la poesía. En una ocasión dijo que no entendía la poesía ni por qué la gente escribía poemas. En cambio, para él, la poesía era la lengua del alma. Los escritores podían esconder sus sentimientos detrás de la ficción, pero con la poesía tenían que

desnudar el alma.

Kim habría entendido lo que quería decir. Si hubiera encontrado a Kim en un mundo sin guerra, ¿habrían llegado a ser pareja? No estaba seguro, pero le habría gustado tener una compañera con la que compartir su amor por la lectura. Para él, hablar de libros era la conversación más íntima y revelaba los valores de una persona, sus creencias, miedos y esperanzas. Compartir lecturas unía, era como viajar con otra persona. Dan lo había descubierto en el club de lectura en el que había participado junto con sus compañeros veteranos. ¿Seguiría leyendo Kim? ¿Estaría felizmente casada? Ojalá. Y de nuevo lo atenazó la esperanza de que su hijo hubiera sobrevivido.

Muchos años atrás, un día que volvía a casa en tren desde el trabajo, encontró un ejemplar del *New York Times* en un asiento cercano. Desde una de las páginas lo contemplaba un chico, hijo de un soldado blanco y una vietnamita, abandonado durante la guerra. Después de leer el titular y el primer párrafo, dobló el periódico y lo devolvió al asiento. Se dijo que, si Kim hubiera llegado a dar a luz, se habría hecho cargo de la criatura. Una budista convencida como ella no habría abandonado a su propio hijo, habría sabido manejar la situación y superar los obstáculos. Y su hermana podría haberla ayudado.

Al recordar el artículo, se le hizo un nudo en la garganta. Apartó la vista y miró hacia la carretera. Kim o su hijo podrían estar pasando junto a él ahora mismo, en una de las muchas motos y escúteres, y ni siquiera los reconocería.

Cuando el cantante se calló, Dan miró hacia la mesa.

—Señor Thiên… Leí una vez un artículo sobre los hijos de los soldados estadounidenses en Vietnam. Decía que lo habían pasado muy mal, ¿es verdad?

—Sí. Muchos de los hijos de los soldados han vivido en la calle. Los llamábamos *bụi đời,* que significa «niños de la calle». Algunos tuvieron la suerte de llegar a los Estados Unidos, pero no todos.

—¿Conoce a algún hijo de un soldado que siga viviendo aquí? ¿Cómo les va ahora?

—La mayoría son pobres. Muchos no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela, por lo que les cuesta encontrar trabajo. —Thiên sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa—. ¿Fuma? ¿No? —Encendió uno, dio una calada y expulsó el humo por la nariz.

Dan se inclinó sobre la mesa.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas. Pero, por favor, no le cuente nada de esto a Linda ni se lo mencione a nuestros amigos, ni a Duy ni a su mujer. Le agradecería que lo considerara confidencial.

Era un poco arriesgado pedirle a Thiên que le ocultara cosas a Linda, pero no tenía otra opción. Por otro lado, Thiên era veterano, entendería lo complicado que fue todo durante la guerra.

—Por supuesto. —Thiên se terminó la segunda cerveza y chasqueó los dedos. Mientras la camarera le llenaba de nuevo el vaso, le dijo algo y esta se sonrojó. Hizo una pequeña reverencia y se fue a la mesa de al lado. Dan se estremeció cuando Thiên se recostó en el respaldo y apoyó una pierna en una silla cercana. Se preguntó qué tipo de persona era realmente Thiên. Había actuado como un guía turístico educado mientras estaba de servicio, pero ya no se comportaba igual. Parecía haber dos personas en Thiên: el individuo compasivo que lloraba por su antiguo camarada y daba dinero a los mendigos y el hombre casado que coqueteaba con las camareras. Pero ¿quién era él para juzgar? Después de todo, había hecho cosas mucho peores.

—Entonces… ¿qué quiere saber? —Thiên se tragó la cerveza.

—Bueno, ya le he hablado de Larry. Es muy buen amigo. Estuvo aquí de 1969 a 1970. Cuando se fue, su novia, Kim, estaba embarazada. Larry quería seguir en contacto con ella, pero no fue posible. Y me ha pedido que aproveche el viaje para buscarla. Quiere que sea todo confidencial, ya que está casado y su mujer no sabe nada.

—Claro, todos tenemos secretos. —Thiên dio una calada al cigarrillo y examinó a Dan a través del humo—. ¿Tiene una foto de Kim? ¿Su dirección? ¿Su nombre completo?

—No, ya no. Pero Larry recuerda que Kim tenía una hermana y las dos trabajaban en el bar Hollywood.

—Ya hemos preguntado por ese bar y no hemos tenido suerte.

—A lo mejor no hemos dado con la persona adecuada. ¿Podría volver usted mañana y preguntar por aquí por Kim y su hermana? El bar Hollywood era conocido, y a Larry no le importaría pagarle por el tiempo invertido.

—Pero es difícil. Kim era un nombre corriente entre las chicas de los bares, y quizá la otra chica no fuera su hermana de verdad.

—Estoy seguro de que era su verdadera hermana y que trabajaba en el mismo bar. Estaban muy unidas. Es fácil que las recuerden. Su padre estaba enfermo y Kim quería ser médica.

—¿Recuerda cómo eran?

—Bueno, yo no las conocí. Pero Larry me dijo que Kim tenía el pelo largo y la piel morena y que era delgada.

—Podría ser cualquier chica de bar —Thiên se rio—. Ustedes los americanos hacían bum-bum con las chicas de los bares, tenían hijos con ellas y ni sabían cómo se llamaban de verdad ni quiénes eran.

Dan se sintió herido. Era cierto, no sabía mucho de Kim, pero se

preocupaba por ella, apreciaba las muchas cosas que hacía por él y sus esfuerzos por intentar salvarlo.

—No soy yo quien busca a Kim, señor Thiên, sino Larry —insistió Dan. No le gustaba mentir, pero tenía que proteger su matrimonio.

—Lo que usted diga. —Thiên tiró la ceniza del cigarrillo al suelo—. Sea quien sea su amigo Larry, si desea encontrar a Kim, espero que tenga buenas intenciones. Conozco a hombres como él que vuelven aquí para encontrar a nuestras mujeres y lo único que hacen es romperles el corazón otra vez. Algunos de ustedes son egoístas e ignorantes. Durante la guerra, utilizaron a nuestras mujeres para el sexo y ahora las utilizan para sentirse mejor, para liberarse del sentimiento de culpa.

Dan parpadeó, aturdido por las lacerantes palabras de Thiên.

—Larry no es así, señor Thiên. Quiere encontrar a Kim para cumplir con su responsabilidad como padre.

—¿Seguro? —Thiên echó humo por la nariz—. Hace poco ayudé a un veterano americano a encontrar a su antigua novia después de cuarenta y cinco años. Al principio me alegré mucho, pero solo consiguió hacerla más desgraciada.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Thiên suspiró.

—El tipo es insensible a nuestra cultura. Hizo creer a la mujer que todavía la amaba y luego desapareció de nuevo. No quiere hablar con ella ahora que sabe que está viva. Me siento muy mal por ella. La ha rechazado dos veces el mismo hombre.

—Pero entonces, ¿para qué quería encontrarla? ¿Habían tenido un hijo juntos?

—Sí, pero el niño murió cuando era un bebé.

—Lamento oír eso. Mi amigo Larry es una persona respetuosa, sé que se preocupa por Kim y no volverá a hacerle daño.

Dan agradeció que Thiên fuera sincero en relación con las consecuencias. Si encontraba a Kim, tendría que dejarle claro que quería a su mujer para que no hubiera malentendidos.

Pero ¿y si Kim todavía lo amaba? ¿Y si sus sentimientos por ella regresaban en cuanto la viera de nuevo?

—Si está seguro de que Larry va a comportarse con prudencia, lo ayudaré. He ayudado a otros soldados a buscar a sus hijos. Además de ser guía turístico, también me dedico a eso.

—¿En serio? ¿A cuántos veteranos ha ayudado? ¿Y encontraron a sus hijos?

—A unos cuantos soldados en los últimos diez años. Algunos encontraron a sus antiguas novias y a sus hijos, pero no muchos. El

trabajo es difícil y se tarda mucho tiempo.

—Larry no tiene tiempo. Se está haciendo viejo y está enfermo.

—Dígale a Larry que publique anuncios en los periódicos y en la televisión.

—Pero eso costaría mucho dinero, ¿no?

—A los americanos les parece barato. Cincuenta dólares por un breve aviso de búsqueda en un periódico nacional.

—Eso es bastante asequible, pero tengo que preguntarle a Larry. Como he dicho, quiere ser discreto.

—Mis honorarios también son muy baratos para los americanos. Mañana por la noche puedo volver a la calle Trương Minh Ký. Puedo hacer muchas otras cosas para encontrar a Kim. Mi cuota inicial es de cien dólares. Si encontramos a Kim, Larry tendrá que darme más.

Dan no necesitó pensar. Le dio a Thiên un billete de cien dólares.

—Por cierto, Larry dijo que Kim tenía una pequeña cicatriz sobre el ojo derecho como consecuencia de un accidente de la infancia.

Thiên sacó un cuadernito y empezó a escribir.

—¿Qué hacía su amigo Larry?

Dan habría querido decir que era marine, pero Thiên necesitaba una información correcta.

—Era piloto de helicóptero.

—¿Como usted?

Linda no sabía estar callada. Dan le había dicho que, si Thiên preguntaba, podría decir que era veterano, pero nada más. Habían hablado mucho antes del viaje y se preguntaba qué más le habría contado a Thiên.

Sonó el teléfono de Thiên; este lo cogió y contestó, riendo y gritando.

Se volvió hacia Dan.

—Es mi primo. Llego muy tarde a su fiesta de cumpleaños.

**

Cuando Thiên dejó a Dan frente al Hotel Majestic, su reloj marcaba las 23:05. Tenía que subir a la habitación; llevaba mucho tiempo fuera y Linda tal vez estuviera inquieta, si no se había dormido. Pero lo único que quería era estar solo.

Cruzó la calle y se apoyó en la barandilla que lo separaba del agua. El río era como el pelo de Kim: negro, liso, serpenteante hasta la eternidad. Recordó cómo le acariciaba el cuerpo desnudo con el cabello, cómo Kim lo hacía reír, cómo hacían el amor apasionadamente, qué comidas compartían, las peleas que habían tenido. Al reflexionar sobre ello, lo sorprendía lo intensos que habían

sido sus sentimientos por Kim mientras estaba enamorado de Linda. Como si pudiera amar a dos personas al mismo tiempo. Pero ¿lo que sentía por Kim era amor o era lujuria? No estaba seguro, pero estaba convencido de que era algo más que sexo. Gracias a Kim había comprendido que los vietnamitas eran como los estadounidenses: no eran bárbaros ni dignos de compasión, a pesar de lo que les habían explicado durante el periodo de formación.

Se agarró a la barandilla. Ahora se daba cuenta de que lo que le había hecho a Kim era la principal causa de sus remordimientos. Tenía que encontrarlos, a ella y a su hijo o hija. Si conseguía saber que estaban bien, podría hacer las paces consigo mismo y con las decisiones que había tomado. A lo mejor era egoísta, tal como había dicho Thiên, pero estaba seguro de que, si habían tenido un hijo, Kim querría tener noticias suyas. Si la encontraba, sería respetuoso e intentaría encontrar la mejor solución para no herir a Kim ni a Linda.

Solo iba a estar dos semanas en Vietnam y dos días en Saigón, de modo que tenía que aprovechar el tiempo al máximo.

¿Y si al día siguiente simulaba estar enfermo? Thiên podría acompañar a Linda de excursión y él tomaría un taxi e iría a buscar a Kim. Antes pediría al hotel que lo dejaran hacer una consulta en el ordenador y buscaría el bar Hollywood. Tal vez Kim y su hermana estuvieran en Facebook y pudiera encontrarlas de algún modo.

Negó con la cabeza. No sería justo con Linda, que había planeado el viaje como unas vacaciones, pero sobre todo como una especie de terapia geográfica para él. Quizá lo correcto era confesárselo todo, pero tal vez eso terminara con su matrimonio.

Cuanto más pensaba en ello, más agotado se sentía. Le parecía imposible encontrar a Kim a espaldas de Linda y, además, no herir a ambas mujeres. Si encontraba a Kim, se arriesgaba a perder a Linda y la vida que compartían. Si no la buscaba, se sentiría atormentado para siempre, su trauma nunca se curaría y nunca tendría un matrimonio apacible con Linda.

Suspiró.

La habitación estaba en silencio. No se veía nada, salvo el tenue resplandor de una lamparilla de noche. Linda lo conocía bien: necesitaba al menos una luz encendida.

De pie en el vestíbulo, ladeó la cabeza. Linda debía de estar dormida. Cerró la puerta y la aseguró con la cadena metálica.

Se quitó los zapatos, abrió la puerta del baño, la cerró y pasó el pestillo. Se sentó en el inodoro y se tapó la cara con las manos. Otros veteranos habían vuelto antes a Vietnam a buscar a sus hijos, pero él no. Kim y su hijo podrían haber sufrido malos tratos o hambre

mientras él disfrutaba de una vida cómoda.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Sollozó incontrolablemente y tardó mucho en calmarse. El dolor de cabeza le nublaba la vista. La maldita herida de la cabeza volvía a dar la lata.

Caminó de puntillas hacia la cama. Buscó a Linda y se quedó con la boca abierta. No estaba.

—Cariño… Linda —dijo. Apartó el edredón. Miró debajo de la cama y detrás de las cortinas—. ¡Linda!

Corrió hacia la ventana. El río Saigón seguía allí, como una tranquila sábana negra. La calle estaba casi vacía. Pasó una moto a toda velocidad.

Saltó hacia el teléfono y marcó el número de la recepción. Golpeó con el puño la mesa mientras el teléfono sonaba y sonaba.

Un clic al otro lado.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo una voz femenina.

—¿Ha visto a mi mujer? Se llama Linda, Linda Ashland.

—Ah, ¿la señora de pelo rubio?

—Sí, por el amor de Dios. ¿Dónde está?

—Estaba aquí hace un momento, señor, hablando por teléfono, pero acaba de subir.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó.

—¡Abre la maldita puerta! —exclamó Linda.

La abrió de golpe. Linda estaba de pie, con la cara roja y los labios temblorosos.

—¿Dónde estabas? —preguntó Dan—. Me has dado un susto de muerte. Pensaba que te habían secuestrado.

Linda entró y evitó su mirada. Los zapatos de Dan estaban en el suelo de la entrada. Linda los apartó de una patada y los envió al centro de habitación. Cogió su maleta.

Tras la habitación oscura

Saigón, 1969

Trang dio otro paso atrás para alejarse del soldado. De ninguna manera estaba dispuesta a ir con él a una habitación privada.

La *madame* tigresa chasqueó la lengua.

—Anda, no seas tonta. Tienes suerte de gustarle. Mira qué guapo es. Y qué joven.

—No, *madame*… Está borracho.

—¿Es virgen? ¿Una *cherry girl?* —preguntó el soldado a la *madame* tigresa, meciéndose al ritmo de la música. Miró el pecho de Trang.

—Por supuesto: recién llegada del campo.

El soldado sacó unos billetes.

—Quiero pasar un rato con ella.

La *madame* tigresa le dio un codazo a Trang.

—Eso es mucho dinero. Cógelo todo. Esta vez no hace falta que compre un vale para pasar un rato.

—No. —Trang dio otro paso atrás.

—¿Eres tonta o qué te pasa? —La mujer agarró la mano de Trang y le clavó las largas uñas—. Es uno de nuestros mejores clientes y nadie puede negarle nada. —Acarició la mejilla de Trang—. Vamos, guapa. Se está impacientando. Fíjate, ya está mirando a otras chicas.

—*Madame,* no quiero ir con él.

La mujer trató de meterle a la fuerza el dinero en la mano.

—Mira, esta vez te lo puedes quedar todo tú.

Trang apartó la mano y negó con la cabeza.

—¿Te crees mejor que las demás? —siseó la *madame*—. Pensaba que querías ayudar a tus padres a pagar sus deudas.

—Así es, pero…

—Bueno, no te lo preguntaré otra vez. ¿Cuántos clientes has tenido esta noche? ¡Uno solo! Y no ha pedido muchas bebidas. —La *madame* señaló hacia Quỳnh, que estaba coqueteando con otro hombre—. Mira lo bien que lo está haciendo tu hermana pequeña. Ese es su tercer cliente, está cumpliendo con su cuota. Me parece que tendrás que volver sola a tu pueblo y ella podrá quedarse.

La *madame* tigresa devolvió el dinero al soldado. Se puso de puntillas y le susurró algo al oído. Él negó con la cabeza y se fue a la

barra, agarró a una chica por la cintura y bailó con ella.

Trang encontró una mesa libre, se sentó y esperó. Tenía los ojos fijos en la puerta, pero no entraban nuevos clientes. A Quỳnh le iba bien. El hombre con el que estaba no paraba de invitarla a tomar un té de Saigón tras otro. Trang se sentía cada vez más apesadumbrada. No podía dejar sola a su hermana, tenía que quedarse para proteger a Quỳnh.

Cuando el reloj que estaba sobre la entrada señaló las nueve y media, Trang se mordió el labio. Solo le quedaba una hora, ya que el bar cerraba por el toque de queda impuesto en la ciudad. Buscó con la vista a la *madame* tigresa.

—La habitación de atrás, señora, ¿es solo para hablar en privado?

—Ahí dentro no tienes que hacer nada que no quieras hacer. —Luego se volvió hacia uno de los camareros y gritó—: ¡Están pidiendo más bebidas! ¿Además de ciego eres sordo?

Cuando el soldado terminó de bailar, volvió con Trang e hizo un gesto hacia la habitación de atrás. Trang cerró los ojos y asintió con la cabeza. Por la nuca le caía un sudor frío.

La habitación trasera estaba oscura, llena de sofás, y en ella se oían los murmullos de otras parejas. Trang cruzó los brazos sobre el pecho.

El soldado dio unos golpecitos en un sofá.

—*Ngôi xuong đi em.*

Trang se sentó a su lado mientras se decía que tenía que mantener la calma. Si hablaban, no le haría nada.

—Hablas bien el vietnamita, ¿dónde lo has aprendido? Si quieres, te corrijo el acento.

El soldado se acercó más a ella. Sintió sus labios húmedos en la mejilla y el intenso olor a alcohol de su aliento. Trang lo apartó.

—La señora dijo que solo íbamos a hablar.

—¿Hablar? Sí, a mí también me gusta hablar. —Le puso la mano en el muslo y la deslizó bajo la falda.

—¡No! —dijo Trang. Intentó levantarse, pero él le puso una pierna muy pesada encima de la barriga. Trang habría querido gritar, pero temía enfadar a la *madame* tigresa.

—¡Shhh! —dijo el soldado, acariciándole la cara—. No podemos molestar a las demás parejas.

—Por favor, quiero irme.

—Vamos, cariño, pórtate bien —dijo él, cogiéndole la blusa.

Trang intentó levantarse, pero los fuertes brazos del hombre la retuvieron.

—Tienes suerte de que esté de buen humor —dijo él, riéndose—. ¿Es la primera vez que estás con un hombre? Mmm, tu timidez me

excita. Estate tranquila, ¿no quieres contentar a tu *madame?*

Apartó la mano del cuerpo de Trang, pero seguía con una pierna encima. Trang notó que buscaba algo a tientas y luego oyó el ruido de una cremallera.

—Tócame. —Le cogió el brazo y se lo puso sobre el pecho. Se había desabrochado todos los botones de la camisa y aquel pecho lleno de vello le recordó el monito que tenían los vecinos en el jardín. Se estremeció e intentó apartarse.

—Por favor, cariño. —El hombre le cogió la mano y la llevó hacia abajo, hacia los muslos.

—¡No! —Trang apartó la mano y sintió que se sonrojaba. ¿Acababa de tocar las partes íntimas de aquel hombre?

—No seas tímida, cariño —susurró él, respirando con dificultad. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. La besó con fuerza en los labios. Trang forcejeó, apartó la boca, pero él le apretó la cara contra su pecho sudoroso. Trang la volvió de lado para respirar y, en la penumbra, vio que la mano del hombre se movía arriba y abajo sobre su órgano sexual.

Cerró los ojos, asqueada. Notó que el cuerpo del hombre se tensaba como una roca y este empezaba a gemir, susurrando palabras americanas. ¿Estaba llamando a alguien? ¿Era el nombre de su novia lo que pronunciaba con tanta ternura?

Se mordió el labio para no gritar. Pensó en Hiếu, que la había acompañado a casa desde la escuela cientos de veces y, más tarde, desde su casa hasta el campo de arroz. Nunca había permitido que la abrazara. No se habían besado nunca. Trang quería ser una buena chica y permanecer virgen hasta la noche de bodas, una chica que atesorara las cuatro virtudes que su *Má* le había enseñado.

El hombre se estremeció y, de repente, Trang sintió que algo caliente y pegajoso le caía sobre la cara. Se apartó, intentando no vomitar.

**

Cuando el bar cerró, Trang se adentró en la noche. La calle estaba vacía, iluminada por las bombillas suspendidas en altos postes metálicos. El viento barría la calle y agitaba un trozo de papel que se mecía hacia el cielo negro surcado de fogonazos. Le habría gustado volar como aquel papel por encima de las farolas, por encima de la media luna. Y estar a solas en la oscuridad del mundo.

Quỳnh iba delante con las otras chicas. Trang se rezagó y anduvo con la cabeza agachada. Después de salir de la habitación de atrás, se fue al baño y se encerró dentro. Lloró un buen rato, volvió al bar y se

quedó sentada mirando a Quỳnh, que estaba hablando con otro hombre.

Cada vez que Quỳnh se volvía hacia ella, apartaba la vista. No se sentía capaz de mirarla a los ojos.

Pensó en su hogar y luchó para contener las lágrimas. Cuando empezaron los problemas con los prestamistas, Trang se enfadó con sus padres por haber dejado que el estafador les tomara el pelo. Pero después de reflexionar un poco, se dio cuenta de que sus padres habían intentado toda su vida darles las mejores oportunidades. Incluso habían soñado con tener dinero suficiente para enviarlas al extranjero a estudiar. Sin duda, se habían equivocado.

Trang se dio cuenta de que alguien se había detenido delante de ella y la estaba esperando.

—La *madame* dice que tanto tú como Quỳnh os habéis portado bien esta noche —dijo Hân—. Habéis ganado un buen dinero, así que podéis quedaros. ¡Bien hecho!

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Trang, apretando los dientes.

—¿Decirte qué cosa?

—Lo que pasaba en la habitación de atrás.

—Oh, ¿alguien te ha pedido ya que vayas? Qué suerte tienes.

—Deberías habérmelo dicho, Hân.

—Vamos, Trang. Lo llamamos «el cuarto de la diversión». Vas allí, te diviertes con tu soldado y te pagan. ¿No es un buen trato?

—No, Hân. No quiero hacer las cosas que la gente hace allí.

—¿Insinúas que eres mejor que nosotras? —exclamó Hân resoplando—. Mira, sé que todo esto es nuevo para ti, pero los chicos y las chicas lo han hecho siempre: nos damos placer mutuamente. ¿No te ha gustado cuando te ha tocado?

Trang apartó la mirada. Qué asco que Hân hablara así. Había creído que era inocente y había confiado en ella.

—¿No has dejado que te hiciera nada? —preguntó Hân asombrada —. Bueno, espero que te haya pagado. Supongo que no has tenido nunca un novio de verdad, pero pronto te gustará. Los hombres pueden hacérnoslo pasar bien.

—Hân, por favor…

—Mira, estoy siendo sincera contigo. Deberías saber que estos soldados no solo quieren beber, también quieren nuestro cuerpo. Cuanto más felices son, más nos pagan.

Trang fulminó a Hân con la mirada.

—Yo no soy una puta. No quiero serlo.

Hân se detuvo. Abrió la boca y Trang pensó que iba a contestar con

dureza, pero se limitó a negar con la cabeza sin levantar la vista. El silencio entre ambas parecía como una goma elástica muy tensa y Hân la soltó con un profundo suspiro. Levantó la cara.

—Puedes llamarme «puta», Trang, pero estoy orgullosa de hacer esto por mi familia. Y estos soldados americanos están aquí para salvarnos de los bárbaros comunistas. Lo creas o no, quiero que sean felices. Así que, adelante, llámame como quieras.

Hân se dio media vuelta y se fue con las chicas que caminaban delante.

**

Tumbada en la estera de juncia extendida en el suelo, a Trang le dolía todo el cuerpo. A su lado, Quỳnh roncaba. Trang cerró los ojos, pero las imágenes parpadeaban en su mente. Imágenes del soldado bigotudo llorando, del soldado alto gimiendo, de Tina diciéndole a su hermana menor que era fea como un jabalí, de Hân de pie en la calle con los hombros encorvados. Imágenes de su padre sin poder moverse de la cama, de su madre inclinada sobre el campo de arroz, de los prestamistas entrando en su casa y llevándose cualquier cosa de valor. Imágenes de muertos tirados por la carretera del pueblo después de la ofensiva del Tết, cuando los comunistas lanzaron feroces ataques contra el Ejército de Vietnam del Sur, imágenes del sospechoso del Vietcong colgado de un tamarindo en un domingo luminoso. Los recuerdos le llenaron los ojos y el pensamiento, y el dolor se extendió por todo su pecho. Se incorporó, jadeante, y se abrazó con fuerza.

Tenía que calmarse. Respiró hondo, retuvo el aire en los pulmones y lo dejó salir despacio. Después de inspirar y espirar de nuevo, los latidos se fueron ralentizando. Miró hacia el balcón. Para aliviar el calor, Hân y sus compañeras de piso habían dejado abierta la puerta del balcón, y la vida de Saigón se colaba en el interior. Entraban el llanto de un bebé y el sonido de una madre tarareando una nana. El ladrido de un perro, el canto de un gallo. Ruedas de una bicicleta rodando por la calle. El timbre amortiguado de un bicitaxi. Unos pasos apresurados, tal vez de un vendedor ambulante. El estruendo de los aviones de la base aérea de Tân Sơn Nhứt. El ulular de un tren que luego se desvaneció en la oscuridad.

Un suave susurro procedente del interior de la habitación. Trang se volvió. Una sombra se alzó de la cama que quedaba a la izquierda y se dirigió hacia el balcón.

La siguió con cuidado para no despertar a Quỳnh. En el exterior, el cielo todavía estaba iluminado por los fuegos que estallaban y quedaban suspendidos en el aire durante varios minutos.

Su madre estaría encantada de ver tantos elegantes arcos de luz; había cosido fundas de almohada con los paracaídas de tela blanca que caían con las bengalas y había hecho cajas de almacenaje con los tubos de aluminio.

El balcón era estrecho y fresco, y lo iluminaba tenuemente una farola situada a varios metros. A su lado había una chica con un punto rojo flotando ante su cara.

—No sabía que fumabas —susurró Trang.

Hân se volvió.

—¿No puedes dormir?

Trang negó con la cabeza.

—Siento haberte dicho esa palabra… ya sabes cuál —dijo Trang.

—Tienes razón. Eso es lo que soy. Una puta. —Hân dio una calada al cigarrillo y el humo salió en espiral de su boca.

—¿Puedo probar? —preguntó Trang.

—¿Por qué? Es malo —dijo Hân, pero le dio el cigarrillo a Trang.

Trang intentó imitar a Hân. Al inhalar, un sabor amargo le invadió la lengua, la boca y la garganta. Tosió y se atragantó.

Hân se rio y le dio palmaditas en la espalda.

—¿Estás bien?

Trang asintió con los ojos llorosos. Sujetando el cigarrillo entre los dedos, contempló fijamente el punto rojo.

—Hân, te agradezco que nos ayudes a ganar dinero, pero no esperaba que fuera de esta manera. Dijiste que solo beberíamos té de Saigón, me aferré a esas palabras y dejé que ellas nos arrastraran hasta aquí.

—Si te lo hubiera dicho todo, ¿habrías venido? Y en el pueblo, ¿qué puedes hacer? ¿Eh? ¿Quieres desperdiciar tu vida trabajando en un arrozal?

Hân le arrebató el cigarrillo a Trang. El punto rojo brilló con intensidad mientras aspiraba.

—He arriesgado mi trabajo por vosotras al traeros. Pero si quieres dejarlo y volver a casa, vete mañana mismo.

Trang tragó saliva. Además de la cantidad que le había dado a su madre en un sobre, había pedido prestado más dinero a Hân para pagar los billetes de autobús, el viaje en bicitaxi y la cena de la víspera, un plato de sopa de fideos en la acera de enfrente del bar.

—Quỳnh y yo hemos contado el dinero que hemos ganado. Ha ido bien, pero necesitaremos una semana para devolvértelo todo.

—Sabes… en el colegio erais mucho mejores que yo —dijo Hân, negando con la cabeza—. Trabajabais mucho y siempre pensé que podríais llegar a ser lo que quisierais.

Trang extendió la mano para coger el cigarrillo. La segunda calada le pareció menos amarga.

—Si tengo dinero, podré estudiar y convertirme en lo que yo quiera —contestó entre toses.

—¿Quieres seguir estudiando?

—Claro, sigo queriendo ser médica.

Trang cerró los ojos. Los médicos le habían salvado la vida a su padre, pero a ella le gustaría que pudieran hacer más para ayudarlo a caminar de nuevo, por no hablar de la curación de las heridas invisibles.

Se volvió hacia Hân.

—Estoy harta de ser pobre, de que me persigan los prestamistas, de no tener suficiente para comer. —Miró al horizonte. Si volvía a casa, su futuro quedaría enterrado bajo el lodo del arrozal—. Estoy pensando que quizá debería intentarlo. Si se me da bien, tal vez pueda ahorrar y, cuando termine la guerra, a lo mejor puedo estudiar medicina.

—Es un buen plan, Trang. ¿O prefieres que te llame Kim?

—Kim no existe fuera del bar. —Trang pasó los dedos por la barandilla de metal—. Necesito ganar dinero. Dime cómo puedo ganarlo.

—¿Cómo? Si hace un momento querías irte. —Hân se quedó mirando un avión que tronaba por encima de sus cabezas.

—Lo sé, pero si me voy, Quỳnh no vendrá conmigo. Como dice el refrán, he tirado la lanza y ahora tengo que ir tras ella.

—Pero no me echarás a mí la culpa más adelante, ¿verdad?

—Creo que, si no lo intento, a lo mejor me arrepiento.

Hân movió la cabeza.

—Muy bien. Como te he dicho antes, la mayoría de los soldados quieren divertirse con nosotras. Así que ahí van algunos consejos: si un soldado americano te pregunta: «¿Eres una *cherry girl?»,* es que quiere saber si aún eres virgen. En ese caso, debes actuar con timidez, taparte la cara con las manos y fingir que no entiendes nada. Cuanto más inocente parezcas, más posibilidades tendrás de que piense que no has tenido nunca relaciones sexuales. Entonces pagará tres dólares por un ratito.

—¿Eso significa que tendré que ir con él a la habitación de atrás? —Trang pensó en el soldado americano alto que le había pagado cuatro dólares.

—Exacto. Y si quiere pasar contigo «un rato largo», eso implica ir a una habitación privada o a un hotel. En ese caso, se cobra el doble.

Trang se estremeció: el «rato largo» supondría tener relaciones

sexuales de verdad.

Hân agitó el cigarrillo.

—Créeme, el sexo no es malo. Y si te relajas, hasta puedes disfrutarlo, ya me entiendes.

Trang se sonrojó al oír la palabra «sexo» en voz alta. Nadie le había hablado nunca de eso. Era un tema tabú, algo que se suponía que una mujer descubría después de la noche de bodas.

—Como te he dicho antes, los hombres pueden hacernos felices —añadió Hân, y Trang se estremeció al pensar en el pecho peludo del soldado americano y el olor que emanaba de su entrepierna.

—Estés con ellos poco o mucho tiempo, la *madame* se llevará el sesenta por ciento. —Hân echó humo por la nariz—. Es mucho, pero la necesitamos. Ella nos protege. No tienes ni idea de cuántos locos hay por ahí. Y nuestra *madame* también tiene que pagar sobornos para conseguirnos un carné de identidad, por ejemplo. Sin esa identificación especial, la Policía nos detendría en el bar o en la calle al volver por la noche.

—¡Estás caminando sobre una cuerda de fuego, Hân!

—No nos pasará nada, confía en mí. He oído decir que nuestro bar está protegido por los *giang hồ,* matones que nos amparan a cambio de dinero. Nuestra *madame* tiene buenos contactos, y su marido es un alto funcionario del Gobierno. Me parece que le has caído bien, así que no hagas que cambie de opinión —dijo Hân, antes de tirar el cigarrillo a la calle.

—Espera… Has dicho que la *madame* nos protege. ¿Y qué le pasó a la chica que recibió una paliza de una banda?

—La contrató Tina, por eso nuestra *madame* no hizo nada.

Trang se mordió el labio. Aquel trabajo era más difícil y peligroso de lo que había imaginado.

—He estado pensando en Quỳnh; no quiero que vaya a la habitación de atrás ni que pase la noche con un desconocido. Es mi hermana pequeña y se enfrentó a Tina anoche…

—Déjame hablar con Tina para que hagáis las paces —dijo Hân—. En cuanto a lo que haga Quỳnh con los hombres, ¿no crees que le corresponde a ella decidirlo? Es inteligente y parece saber lo que está haciendo.

—Es demasiado joven para esto. Por favor, ayúdame a cuidarla.

Hân asintió.

—¿No te preocupa quedarte embarazada? —preguntó Trang—. Me parece que si tengo un hijo antes de casarme, mis padres se morirían…

—… de vergüenza, lo sé. Pero hay gomas. Si podemos convencer a

los hombres de que se las pongan, no nos quedamos embarazadas.

Los ojos de Trang se abrieron de par en par.

—Aprendí a usarlas cuando llegué aquí, claro —añadió Hân—. Si un hombre se pone una goma antes de penetrarte, no te quedarás embarazada. Y tampoco cogerás los gérmenes malos que te podría contagiar.

—¿Gérmenes malos?

—Cosas desagradables que hacen que te pique y te duela ahí abajo. Pero a algunos hombres no les gustan las gomas. Si insistes en que se pongan un preservativo, se enfadan y no te pagan.

Trang negó con la cabeza.

—¿Haces estas cosas con hombres y no te preocupa que tu futuro marido se entere?

—¿Cómo se enterará?

—Bueno… no sangrarás la primera noche.

Hân soltó una risita.

—¿No sabes que es muy fácil de simular? Puedes utilizar sangre de pollo, por ejemplo… Los hombres son más tontos de lo que crees. —Hân bostezó—. Te hablé de una enfermera: nos examina cada dos semanas para asegurarse de que no llevamos gérmenes asquerosos. Los hombres vienen a nuestro bar porque saben que estamos limpias.

—¿También revisa a los hombres?

—Ojalá… Pero ellos creen que solo nosotras podemos contagiar enfermedades.

**

Al día siguiente, Hân les pidió a Trang y a Quỳnh que se prepararan para ir pronto al trabajo, ya que quería presentarles a las otras chicas del bar.

—Hablad con ellas antes de maquillaros. Que piensen que no sois tan guapas como ellas —dijo Hân—. Y no olvidéis decirles que conocéis las normas y no les robaréis los clientes.

De camino hacia el bar, Hân dijo que la competencia entre las chicas del bar era normal y que todas luchaban por su propia supervivencia. La mayoría de las mujeres que trabajaban en el Hollywood procedían del campo. Algunas tenían hermanos o padres muertos en la guerra. Otras, sencillamente, eran pobres.

Tina no estaba allí cuando llegaron y Trang se relajó un poco. Quỳnh se unió a un grupo de mujeres sentadas alrededor de una mesa en el centro del bar y Trang se dirigió hacia otra mesa. Se inclinó ante tres mujeres que estaban sentadas allí: dos chicas de su edad y una mujer de unos cuarenta años que se estaban maquillando. La mujer

mayor señaló una silla vacía y le hizo un gesto para que se sentara.

Una de las chicas se presentó como Lan, su amiga como Trịnh y la mujer mayor como Oanh.

—Así que ayer fue tu primer día, ¿eh? —dijo Lan mientras se ponía polvos en la cara—. Menudo numerito montaste con el americano que quería ir contigo a la parte de atrás.

Trang bajó la vista y miró la mesa cubierta de manchas de agua. Temía quedar marcada por los hombres que la tocaran en el bar.

—Parece que te avergüenzas. —Oanh se estaba pintando los labios de un tono rojo intenso—. ¿Te da vergüenza estar aquí?

Trang habría querido decir que sí, pero no deseaba ofenderlas, así que, en lugar de contestar, preguntó:

—Hermanas, ¿puedo preguntaros cómo es para vosotras este trabajo?

—He oído que venís de un pueblo pequeño como yo, ¿verdad? Pues deja que te diga una cosa —dijo Lan mientras se aplicaba rímel en las densas pestañas—: creo que esto es una liberación. Te diviertes, ganas dinero y no tienes que trabajar como un búfalo todo el día bajo el sol.

—Antes de estar aquí, tenía que cocinar tres veces al día —explicó Trịnh mientras se ponía una flor de plumeria en el pelo largo y negro —. Mis padres y mis hermanos menores me daban órdenes como si fuera su criada, me consideraban basura y me llamaban «estúpida» e «inútil». Pero ¿sabéis una cosa? Desde que envío dinero a casa me tratan de otra manera. Cuando voy a verlos, ni siquiera me dejan llevar mi plato a la cocina. —Se echó a reír.

—Ah, yo no soy como estas jovencitas. Nací y crecí en esta ciudad —dijo Oanh, subiéndose el sujetador para que le destacaran los pechos —. Además, no era virgen cuando empecé en este trabajo. Pensaba que era demasiado mayor, pero resultó que a algunos hombres les gustan las mujeres con experiencia. —Se roció perfume en la muñeca derecha y luego la frotó contra la izquierda—. Ya tengo tres hijos con mi marido, que es vietnamita. Me gustaría que cuidara de mis hijos, pero es un borracho adicto al juego. El dinero que gano aquí alimenta y viste a los niños y los envía a la escuela. ¿Tiene mi marido algún problema con eso? Claro que sí, pero hasta que pueda traer a casa suficiente dinero para dar a nuestros hijos una vida digna, tendrá que mantener la boca cerrada.

Trang se quedó pasmada ante la franqueza de aquellas mujeres. Le habría gustado pasar toda la tarde hablando con ellas, pero el soldado americano alto fue a buscarla de nuevo. Solo la quería a ella. Trang extendió una baraja y le propuso jugar a las cartas, pero él negó con la cabeza. A las nueve contó la cantidad de té que le habían pagado los

clientes: tres vasos.

En la habitación de atrás, no dejó que el hombre alto le quitara la ropa, pero le tocó ahí abajo hasta que se estremeció y gimió. Intentó imaginar que lo que había hecho era un gesto liberador que la llenaba de fuerza, como le habían dicho antes, pero le entraron ganas de vomitar.

Se fue a dormir con diez dólares americanos apretados contra el pecho. Aquella noche, el hombre le había dado cinco dólares, cantidad que en otras circunstancias le habría costado muchos días de trabajo ganar.

Cuando llegó al bar al día siguiente, el vestuario estaba lleno. En un extremo, algunas chicas se estaban vistiendo, pero en el otro, una de ellas estaba tumbada boca arriba sobre una mesa con las piernas abiertas y la parte inferior del cuerpo completamente desnuda. Una mujer mayor estaba de pie entre los muslos de la chica y le miraba las partes íntimas con una luz.

Trang tiró de Quỳnh hacia un lado.

—¿Seguro que te parece bien todo esto?

—¿Por qué no? —preguntó Quỳnh—. ¿Te acuerdas de *dì* Vinh, aquella mujer de nuestro pueblo? Yo quería ser comadrona como ella, así que muchas veces pasaba por delante de su casa. Una vez me puse a espiar por detrás de la cortina y la vi examinando a una paciente, igual que esa mujer.

—No me refiero solo a eso, *em.* El trabajo aquí…

—¿Y qué esperas que haga? ¿Eh? ¿Correr a casa de *Ba* y *Má* y echarme a llorar? —Quỳnh puso los ojos en blanco.

Había un paño blanco sobre la mesa y, cuando le tocó la revisión, Trang puso encima las nalgas desnudas y se echó a temblar.

—Túmbate boca arriba —le ordenó la enfermera.

—No he estado con ningún hombre, tía. —Trang se incorporó sobre los codos—. Por favor, tenga cuidado.

La enfermera se volvió hacia la bandeja metálica.

Las lágrimas le ardían y se sentía como un pescado en la tabla de cortar, esperando a que lo partieran en dos.

—No hay más remedio. No tardaré ni un minuto. Iré con cuidado —dijo la enfermera mientras se ponía un guante.

Trang se encogió cuando la mujer le tocó el pubis. Se mordió el cuello de la camisa mientras la mujer le sujetaba el muslo con una mano y le metía los dedos. Siguió doliéndole después, sentada ya en el bar, mientras coqueteaba y reía con los hombres. Se reía aunque no entendía lo que decían.

A la tarde siguiente, la Policía visitó el bar. Habían encontrado a

Tina degollada en la habitación alquilada donde vivía, y el cadáver estaba ya medio descompuesto por el calor.

—Gánsteres vietnamitas —explicó Hân—. Si juegas con fuego, acabas quemándote.

—Me parece que el móvil fue el robo —dijo otra chica—. Tenía demasiados dólares americanos. La culpa ha sido suya por presumir.

—No habléis mal de los muertos. —Oanh las fulminó con la mirada —. Tina merece nuestro respeto.

—¿Sí? ¿Qué respeto merece una persona que se comporta con tanta prepotencia? —Quỳnh se arregló el pelo y se aplicó otra capa de pintalabios.

—Tina era analfabeta, ¿lo sabías? —dijo Oanh, negando con la cabeza—. Sus padres creían que si una chica sabía leer y escribir, se pondría a escribir cartas románticas a los chicos y tendría problemas. Así que, en lugar de enviarla a la escuela, ¿sabes lo que hicieron? La mandaron a casa de una familia rica donde tuvo que trabajar como criada. A los catorce años, el dueño de la casa la violó y a los quince huyó a Saigón.

—Por eso era tan feroz. Era su forma de defenderse —dijo Trang, llevándose la mano al pecho.

Aquella noche, Trang quemó incienso en memoria de Tina y lamentó haberse peleado con ella. Si estuviera viva, le habría gustado ser amiga suya. Agradecía a sus padres que hubieran ignorado las burlas de los vecinos y la hubieran enviado al colegio. Alguna vez los hombres del pueblo le habían dicho a su padre que a las niñas con estudios les costaba encontrar marido, que ningún hombre quería casarse con una mujer más instruida que él.

Trang estaba más decidida que nunca a ganar dinero deprisa para poder pagar las deudas de sus padres y conseguir la libertad. Empezó a ir a la habitación de atrás con hombres conocidos que aceptaban que no hubiera penetración y que los tocara hasta que se corrían. Y si pedían pasar un rato largo, decía que no. Los dólares eran importantes, pero su virginidad era su orgullo.

No hablaba con Quỳnh de la habitación trasera, pero vigilaba a su hermana pequeña. Por suerte, Quỳnh no salía del bar para ir a ninguna parte; se le daba bien atraer a los clientes y hacer que le pagaran bebidas. Sin duda, hablaba mejor inglés que Trang.

Al cabo de dos semanas, pudieron devolver a Hân el dinero que les había prestado, y al mes empezaron a enviar dinero a casa. Trang calculó mentalmente que les llevaría más de un año saldar las deudas de sus padres.

Trang estudiaba y practicaba cada día nuevas palabras en inglés

con Quỳnh y los clientes. Observaba a las otras chicas del bar y aprendía trucos para seducir a los americanos. Les guiñaba un ojo, se contoneaba y dejaba que la tocaran si pagaban suficientes bebidas. Si no consumían bastante, se alejaba. Empezó a ganar dinero con las propinas.

Todas las noches, al volver del trabajo, Trang se frotaba con una pastilla de jabón perfumado para quitarse toda la suciedad. Luego se acurrucaba en el suelo, junto a Quỳnh, con un libro. Releía los que había traído de casa y devoraba los nuevos títulos que compraba. Las historias la transportaban a otro mundo, la purificaban. Cuando viajaba a los cuentos que contaban las mujeres desde la antigüedad, a la vida de las hermanas guerreras Trưng, de la emperatriz Nam Phương y de la poeta Hồ Xuân Hương, absorbía su fuerza. Y tomó como modelo a Quỳnh, que consideraba que el tiempo que pasaban en el bar era como una obra de teatro, una actuación, y roncaba como un campesino después de un día de duro trabajo tan pronto como tocaba la almohada con la cabeza.

Al cabo de un mes y medio, se mudó con Quỳnh a una pequeña habitación que alquilaron con otras tres chicas. Ahorraban casi todo para sus padres, pero gastaban en lo que necesitaban para el trabajo: ropa, maquillaje, zapatos y bisutería. Y como inversión profesional, contrataron a un profesor de inglés.

Estudiaban por la mañana y trabajaban en el bar por la tarde y por la noche. Se aconsejaron mutuamente que imitaran a las chicas más populares del bar y poco a poco empezaron a adquirir cierto prestigio. Cada vez iban más soldados que preguntaban por «las hermanas». Y a medida que Trang fue capaz de consumir más y más té de Saigón, la *madame* tigresa dejó de acosarla.

Trang sonrió cuando sumó sus ahorros a los de Quỳnh para enviarlos a casa. Escribió una larga carta a sus padres describiendo cuánto estaban disfrutando con su trabajo en la oficina. «Nuestro jefe es un americano muy amable con nosotras. Nunca grita y nos está enseñando inglés —escribió—. Por favor, comprad buena comida. Os enviaremos más dinero dentro de unas semanas para ayudar a pagar las deudas.»

Cuando Trang releyó la carta, se preguntó cómo había llegado a ser tan buena mentirosa. Debería haberse sentido mal, pero, por raro que pudiera parecer, tenía la sensación de que su cuerpo era tan ligero como las alas de una mariposa. Sus padres habían sacrificado su vida por ella y la enorgullecía corresponder a su amor. Aquella noche, durmió como una plántula de arroz y se despertó con una nueva determinación brotando en su interior.

Tras nueve semanas fuera de casa, llegó una carta. Trang besó la letra de su madre y se le saltaron las lágrimas. La última operación de su padre había sido un éxito. «Pronto podrá intentar andar de nuevo. ¿Os lo podéis creer? Y todo gracias a vosotras, hijas mías. Pero os echamos de menos. ¿Cuándo podréis venir a vernos?»

No se habían atrevido a facilitar su dirección real y le habían dado la del tío de Hân. Vivía lejos del bar, pero tenía moto. Habían acordado que cada vez que llegara una carta, la entregaría a cambio de mil dongs. Cobraba poco como obrero de la construcción. Había luchado con el Ejército de Vietnam del Sur y lo habían herido; todavía tenía trozos de metralla en los pulmones.

Trang releía la carta de su madre cada noche antes de dormirse. Habría querido coger el autobús y volver a casa, pero temía que sus padres percibieran el olor de los hombres americanos en su piel.

Esperaba que su madre mencionara a Hiếu, pero nada. Una vez soñó que él iba a Saigón en su busca. Qué tontería. Seguro que había encontrado a otra chica. Era hijo único y sus padres querían que se casara pronto y tuviera un hijo que garantizara la continuidad de la familia. Al fin y al cabo, su nombre, Hiếu, significaba «leal a los padres». A partir de aquel momento tenía que olvidarse de él.

Esperaba que volviera el hombre del bigote, su primer cliente. Quería saber si había superado ya su tristeza. A diferencia de otros soldados, no se impuso por la fuerza. No podía olvidar la expresión de su rostro y el modo en que le habló.

A mediados del tercer mes en el trabajo, Trang vio a un hombre blanco entrar en el bar Hollywood. Llevaba una camiseta y unos vaqueros ceñidos a su cuerpo juvenil. A través de la niebla del humo de los cigarrillos, al verle la cara el corazón le dio un vuelco: era el acompañante del hombre del bigote.

—Ahora vuelvo —dijo Trang a su cliente, un hombre gordo que fumaba y charlaba con otro hombre sentado a su lado. El gordo asintió y le pellizcó el trasero cuando pasó junto a él.

Trang corrió hacia el joven, casi tropezando con sus tacones.

—Tu amigo, ¿dónde? —preguntó jadeando. Al llegar a su lado, vio que tenía los ojos cansados; miraba a su alrededor, como si buscara a alguien. Finalmente, sus ojos se detuvieron en los de ella.

—Tu amigo, ¿dónde? —repitió.

—¿Eh?

—Tu amigo.

—¿Amigo, quién?

—*Thì cái ông có râu đó.* —Frustrada, lo dijo en vietnamita.

El hombre negó con la cabeza.

—Tu amigo, ¿dónde? —Trang utilizó los dedos para sugerir la existencia de un bigote en su cara.

—¿Bigote? —preguntó el joven, cerrando un poco los ojos.

—Sí. «Go-te». Tu amigo, «go-te».

—¿Te refieres a Jimmy?

—No sé cómo se llama: «go-te», «go-te». —Trang hizo el gesto de beber.

—Sí, ahora me acuerdo de que Jimmy estuvo hablando contigo.

—¿Dónde Jimmy?

Antes de que el joven pudiera responder, alguien la agarró del brazo y tiró de ella. Trang chocó contra el hombre barrigón; este la sujetó por los hombros, le dio la vuelta y le gritó varias palabras, pero solo entendió una: «Puta». *Chó cái.*

El joven dijo algo y el hombre barrigón le contestó a gritos.

La *madame* tigresa apareció al lado de Trang, con la cara roja de ira.

—¿Qué te dije, Kim? No coquetees nunca con dos hombres al mismo tiempo. Jamás.

—Oh, no, señora, no coqueteaba. Solo preguntaba por su amigo, eso es todo.

Trang se liberó del hombre barrigón y señaló al hombre más joven.

—Su amigo vino la primera noche que estuve aquí, tenía bigote y…

—¿Te folló y te llenó de dólares en lugar de semen?

Trang se quedó mirando a la *madame* tigresa, demasiado aturdida para pronunciar una sola palabra.

Pero la mujer ya no la miraba.

—Aquí no peleas. No peleas —dijo a los dos americanos, que no le prestaron atención. Estaban ocupados gritándose y empujándose.

—Señora. —Trang tiró del brazo de la dueña del bar—. Por favor, dígales que no intentaba coquetear, solo quería preguntar por el hombre del bigote. Fui grosera con él y solo quería disculparme.

—Y una mierda. —La mujer negó con la cabeza, pero se coló entre los dos hombres y habló con ellos muy deprisa.

Pasó un rato hasta que las cosas se calmaron y un rato más hasta que Trang comprendió que el hombre del bigote había muerto. Un disparo en la cabeza. Cayó boca abajo en un arrozal y se lo llevó un helicóptero médico. El soldado estaba junto a ella en la acera, fuera del bar, fumando un cigarrillo, y hablaba demasiado rápido para que Hân pudiera traducirlo.

—¿Entendido? Jimmy se ha ido. Nunca va a volver. Así que no me preguntes otra vez por él. —El joven tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el tacón de la bota. Miró fijamente a Trang con los ojos

enrojecidos. Antes de que ella pudiera responder, se dio la vuelta y se marchó.

**

La noticia de la muerte del hombre con bigote impresionó mucho a Trang. Antes de eso, había pensado en los soldados americanos como hombres que llevaban armas, bebían y fumaban, mataban y torturaban, y estaban hambrientos de sexo.

Ahora, cada vez que Trang salía a la calle, observaba con qué torpeza esos soldados se movían en el calor tropical de Saigón, cómo sudaban a través de sus gruesos uniformes y cómo destacaban debido a la blancura o negrura de su piel y la corpulencia de sus cuerpos. Desde la silla del bar, aprendió a ver la mirada distante de los soldados experimentados y a oler el miedo de los novatos. Comprendió que, aunque esos hombres habían llegado a Vietnam sin su familia, de alguna manera llevaban a sus padres, amigos y hermanos sobre sus espaldas, igual que ella llevaba a los suyos.

Cuanto más trataba de entender a los estadounidenses, más consciente era de que cada hombre era diferente. Algunos eran amables y cordiales, otros eran agresivos y violentos. Y los que habían pasado por el frente eran, sin duda, impredecibles. Más de una vez vio peleas a puñetazos. En una ocasión, dos hombres desenfundaron las armas y se apuntaron el uno al otro. Por debajo de la mesa, agarró con fuerza a Quỳnh mientras los gritos de los hombres se intensificaban. Se quedó boquiabierta al ver a la *madame* tigresa, con tacones altos y minifalda, colarse en el estrecho espacio entre las dos armas y desviar los cañones hacia el suelo.

Pocos días después de enterarse de la muerte de Jimmy, cuando Trang estaba practicando nuevas palabras en inglés con un cliente, Quỳnh le puso la mano en el hombro.

—Hermana, cuando termines de trabajar, vete a casa sin esperarme. Yo no tardaré en ir también —dijo rápidamente; luego enlazó el brazo con el de un soldado de cierta edad y se fue hacia la entrada.

Trang corrió tras ella.

—Quỳnh, no lo hagas.

—No me va a pasar nada. —Quỳnh miró al hombre; este se inclinó y la besó en los labios.

—Hermana, no es seguro. No hace falta que lo hagas.

—¿Hay algún problema? —Una voz se alzó a espaldas de Trang. La *madame* tigresa.

—Estaba despidiéndome de mi hermana, señora —dijo Quỳnh, y se

fue tras el hombre.

—¡No! —gritó Trang, e intentó seguirlos.

La *madame* tigresa la detuvo.

—En este bar tenemos unas normas. Y si no te gustan, te vas.

—Pero es demasiado joven, señora. —Trang vio a Quỳnh subir a un taxi.

—Bueno, todas las mujeres que entran en el Hollywood son adultas…

Trang se soltó y corrió hacia el coche.

—Quỳnh, por favor, no hace falta que lo hagas.

—Sé lo que estoy haciendo, *chị Hai.* No te preocupes.

Tras esas palabras, cerró la puerta y el taxi se alejó a toda velocidad.

**

En el apartamento, mientras Trang esperaba el regreso de su hermana, el ruido ocasional de disparos y de despegues y aterrizajes de aviones aumentó su inquietud. Saigón era cada vez más insegura. En el bar se rumoreaba que había nuevos levantamientos. Los comunistas habían fracasado en la ofensiva del Tết, pero mucha gente creía que era inminente otro gran ataque.

Trang sospechaba que aquella noche Quỳnh había salido a pasar un rato largo debido a las noticias que habían recibido de casa. Sus padres no lo habían mencionado en sus cartas, pero la madre de Hân le había dicho que el tribunal había ordenado a sus padres que pagaran un alto interés mensual por lo que todavía debían. Aunque esperaba la noticia, Trang se quedó desolada. Corrían contrarreloj.

Cuando los gallos empezaron a cantar, Trang oyó el crujido de los peldaños de madera. Salió corriendo. Una figura delgada subía las escaleras, con el pelo enmarañado cubriéndole la cara.

—¿Hermanita? —preguntó Trang.

Quỳnh levantó la vista. Tenía la cara enrojecida y los ojos hinchados.

Trang corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Adónde has ido? Estaba muy preocupada.

Quỳnh se dio la vuelta. Le temblaban los hombros. Trang abrazó a Quỳnh con fuerza y con el corazón desgarrado. Una vez, cuando Quỳnh tenía diez años, le picó una serpiente mientras jugaba al escondite en el jardín. Su madre la cogió en brazos y corrió descalza hasta el dispensario del pueblo. Cuando la enfermera atendió a Quỳnh, Trang empapó de lágrimas la camisa de su madre. Se prometió a sí misma que, si su hermana vivía, cuidaría mejor de ella. Ahora no solo

había incumplido aquella promesa, sino también sus deberes para con sus padres. Cómo le habría gustado que su madre estuviera ahí para corregir todos aquellos errores.

—Lo siento mucho, *em*. Soy un desastre de hermana —susurró—. Debería haber impedido que fueras con ese hombre. No debería haber permitido que vinieras a Saigón.

Quỳnh se separó de Trang y se sentó en la escalera.

—No te culpes, *chị Hai*. Has intentado protegerme, pero sé lo que hago —dijo, sonándose la nariz.

—Si es por lo que ha dictado el tribunal, podríamos encontrar otra manera…

—¿Qué manera? Dime.

—Tal vez podríamos pedir prestado a la *madame* tigresa o a Hân…

—¿Crees que no lo he intentado? —contestó Quỳnh, poniendo los ojos en blanco.

**

A medida que pasaban los días, Trang sentía la guerra más cerca, veía el horror en los rostros de los soldados y en los informes de feroces combates que aparecían en los periódicos y en los canales de televisión.

—Los comunistas del Norte y el Vietcong se acercan —anunció Hân a las chicas del Hollywood—. Se comerán a los bebés y violarán a todas las mujeres. Cuando llegue ese día, tenemos que pintarnos la cara con carbón y ponernos feas.

Trang se estremeció. Al ponerse al servicio de los americanos, se había convertido en enemiga de los comunistas. Si tomaban Saigón, seguro que la castigarían.

—El Vietcong quemará a las que se hayan rizado el pelo y cortará los dedos a las que se pinten las uñas —añadió otra chica, y Trang se miró las uñas rojas.

—No nos pasará nada —dijo Quỳnh a Trang cuando volvieron a su habitación—. Huiremos antes de que lleguen esos salvajes. —Buscó a tientas debajo de la cama y sacó un fajo de billetes—. En cuanto tengamos veinte fajos como este, no tendremos que volver a trabajar. —Golpeó la otra mano con los billetes: eran todos sus ahorros y los escondían en un compartimento secreto de la estructura de la cama. Quỳnh contaba el fajo cada día y añadía el dinero que habían ganado la noche anterior. La próxima semana enviarían el dinero a casa.

La noche siguiente, en el bar, un soldado pidió a Trang que pasara con él un rato largo y le ofreció nueve dólares en lugar de seis.

—Vuelvo a mi país dentro de dos días y te quiero a ti —dijo.

Trang negó con la cabeza y fijó la vista en su vaso. Quỳnh había salido a pasar un rato largo. La guerra era como una enfermedad que pudría la República del Sur. Había oído hablar de ataques recientes cerca de su pueblo. Tenían que volver pronto a casa. Y no podía dejar que Quỳnh cargara con lo peor.

Cuando el hombre se acercó a ella de nuevo, lo examinó atentamente. Era mayor. Tenía la nariz torcida, la cara larga, la piel con marcas de viruela. La había llevado muchas veces al cuarto trasero y nunca la había forzado; lo conocía lo bastante como para confiar un poco en él. Después de todo, ¿qué podía hacerle? La enfermera la había examinado ya tantas veces que estaba más desgarrada que la ropa de un mendigo.

—Soy *cherry girl* —dijo al hombre—. ¿Quieres rato largo? Veinte dólares.

—Venga ya, ninguna chica pide tanto.

Ella se encogió de hombros.

—¿De verdad eres *cherry girl?* —preguntó él.

Trang asintió.

—Ya me conoces. Yo no bum-bum.

El hombre se pasó la lengua por los labios y le miró los pechos. Trang se acercó a él.

—Compras un vale por un rato largo por seis dólares y me das a mí catorce. Pero no se lo digas a la *madame.*

Trang le puso la mano en la entrepierna. Se estaba hinchando y le dio un pequeño masaje.

Sintió su aliento caliente contra la oreja.

—Muy bien, zorra.

Después de que el hombre comprara un vale para pasar un rato largo, Trang le hizo pagar otros catorce y escondió el dinero entre su ropa, en el vestuario.

La habitación que el hombre alquiló era diminuta y olía como un nido de ratas. Las ventanas estaban cubiertas de polvo como si nunca se hubieran abierto. El colchón era blando y la sábana estaba salpicada de manchas amarillentas.

—Entonces… ¿soy yo el afortunado? ¿De verdad eres *cherry girl?* —Trang se acostó en la cama y el hombre la atrajo hacia sí tirando de las piernas. Trang se quedó mirándole el pene.

—Yo miedo —susurró.

—No tienes por qué tenerlo, nena. —Se llevó un pie de Trang a la boca y le chupó los dedos.

—Espera. —Trang rebuscó en su bolso.

—¿Qué demonios es esto? —El hombre se rio—. No quiero

ponerme un puto condón.

—Sin condón, no hay bum-bum. —Trang negó firmemente con la cabeza.

—No, nena. Te he pagado mucho dinero, ¿no te acuerdas? Estoy limpio, no te preocupes.

—No quiero bebé americano. Sin condón, no bum-bum.

—¡Eres increíble! —dijo el hombre. Trang pensó que iba a darle una bofetada, pero cogió el condón y rasgó el envoltorio.

Cuando la penetró, Trang soltó un gran grito. Sentía como si la estuvieran atravesando con un cuchillo. Luchando por respirar, clavó las uñas en el colchón.

—No rápido, no rápido —suplicó, pero el hombre tenía una mirada salvaje.

Le agarró las nalgas y empujó con furia. Trang apretó los puños y cerró los ojos, mordiéndose el labio hasta que el hombre terminó.

—Oh, Dios, qué estrecha eres. —El hombre rodó y apartó su cuerpo sudoroso, jadeando. Luego ladeó la cabeza con una sonrisa—. Lo siento, nena. No he podido evitarlo.

Trang levantó las nalgas y miró hacia abajo. Una mancha roja se extendía sobre la sábana amarillenta, tan roja como pétalos de rosa. Los pétalos que debería haber dado a su marido en su noche de bodas.

Cogió la manta, se la envolvió alrededor de la cintura y corrió al cuarto de baño. Abrió la ducha y se lavó. El dolor le palpitaba entre las piernas. Esperaba que el preservativo no se hubiera roto y el hombre no hubiera logrado plantar sus semillas dentro de ella.

Después de secarse, se quedó de pie, temblando. Ya no tenía esperanzas de casarse con Hiếu; él merecía a alguien mejor.

En la habitación, el cliente se había quedado dormido con la cara vuelta hacia la puerta, como si quisiera vigilar al Vietcong incluso en sueños. Al recoger su ropa, Trang vio los vaqueros que él había tirado descuidadamente sobre una silla. Uno de los bolsillos estaba hinchado y de él sobresalía una cartera de cuero marrón. Con el corazón en un puño, se agachó para coger la cartera. Estaba llena de billetes americanos, dólares verdes de verdad, no vales militares. El hombre debía de tenerlos porque se iba a casa.

Sus compañeras de cuarto, Linh y Hường, comentaban a menudo lo mucho que el Gobierno estadounidense pagaba a sus soldados. Cientos de dólares cada mes. Con cada pago mensual se podían comprar varias motocicletas. Qué injusto. Trang y Quỳnh habían entretenido a innumerables soldados durante meses y el dinero que habían ganado no podría comprar una sola moto.

Con la cartera en la mano, Trang miró al soldado; seguía roncando.

«Solo cojo lo que es justo», pensó mientras sacaba dos billetes de cinco dólares. Quería más, pero temía que se diera cuenta.

Diez dólares y no pudo dormir en toda la noche.

Cuando el americano se despertó, bostezando, Trang cerró los ojos. Se concentró en mantener la respiración acompasada y el cuerpo quieto. Prestó atención y oyó que se incorporaba. Su cuerpo se tensó al oír los pasos en el húmedo suelo de baldosas, el grifo abierto, el hombre orinando. Se puso de lado y se acurrucó como una gamba, tirando de la manta para cubrirse el cuerpo y la mitad de la cara. Se revolvió el pelo con un poco de saliva. Si no estaba atractiva, él no volvería a desearla.

Cerró los ojos mientras él tiraba de la cadena del inodoro. Sonidos de pasos acercándose a la cama. Silencio. Él debía de estar de pie, mirándola. Se quedó helada cuando su aliento le calentó la cara y sus labios le mojaron la frente.

Al oír el tintineo de las llaves, abrió un poco los ojos. El americano tarareaba una canción mientras recogía los vaqueros. Trang pensó que contaría el dinero, pero ni siquiera miró la cartera. Cerró los ojos y sintió su boca contra la oreja.

—Adiós, nena. Adiós, mi Vietnam.

Cuando él se hubo ido, ella se enterró bajo la manta. Solo entonces se atrevió a respirar.

**

A partir de aquel día, cuando Trang confiaba lo suficiente en un soldado, accedía a pasar un rato largo con él. Si iba con un hombre que no estaba armado, le registraba la cartera. Guardaba lo robado por separado, bajo la jarra del arroz. Antes se sentía impotente, pero ahora que ahorraba para sus estudios y los de su hermana, tenía la sensación de que iba haciéndose con el control de su vida.

Quitar dinero a los hombres constituía para ella un secreto, una alegría y una forma de venganza contra los soldados estadounidenses que le robaban la juventud y la inocencia. Si no hubiera sido por la guerra, habría sido una chica feliz que se esforzaba mucho para estudiar medicina. Si no hubiera sido por la guerra, no habría visto a su hermana distanciarse poco a poco. Quỳnh ya no quería hablar con ella, y cuando mantenían una conversación, esta era superficial, como si las dos temieran que, si ahondaban un poco, alcanzaran fibras demasiado sensibles.

**

Cuando llevaba ya cinco meses trabajando, un día Trang vio entrar a dos hombres por la puerta del Hollywood. Mientras que el hombre mayor encontró rápidamente una chica, el más joven, rubio, alto y delgado, se quedó cerca de la entrada con cara de haberse equivocado de sitio.

Un par de chicas del bar se abalanzaron sobre él y Trang apartó la mirada. Estaba cansada y no se encontraba bien. Llevaba unos zapatos nuevos de tacón y le dolían los pies. Se arrepentía de haber comprado un par tan barato. Se sentó junto a la barra y se miró la palma de la mano derecha. En una ocasión, la adivina de su pueblo había predicho que se casaría y tendría un hijo. ¿Querría alguien casarse con ella, a esas alturas? Seguro que no sería Hiếu. ¡Qué tonta, había vuelto a soñar con que iba a Saigón a buscarla! Su madre nunca lo había mencionado en sus cartas. Si Hiếu la hubiera echado de menos, le habría enviado un mensaje. Por aquel entonces habría adivinado ya que su trabajo no tenía nada que ver con una empresa estadounidense.

Le llegó el aroma de una colonia masculina. El hombre rubio se estaba sentando a su lado.

—¿Qué desea tomar? —preguntó el camarero.

—Mmm… ¿qué tiene?

—Cerveza, whisky, cócteles, lo que quiera —contestó el camarero, y señaló a Trang—. Y si quiere hablar con esta amable señorita, puede invitarla a un té de Saigón. —Luego añadió algo más que Trang no entendió.

El camarero le guiñó un ojo.

—Le he dicho que te invite a un té cada media hora si quiere hablar contigo.

Trang sonrió y volvió a mirarse la palma de la mano. La adivina también le había dicho que tenía una línea de vida corta, pero se negó a explicarle qué significaba eso exactamente.

—¿Té de Saigón? —preguntó alguien.

Trang levantó la cabeza. El hombre le sonreía.

Ella asintió.

El camarero puso un vaso de cerveza delante del hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a Trang.

—Kim —contestó. Tomó un sorbo de té, se estremeció y sacó un poco la lengua, esperando parecer convincente. En dos ocasiones, sus clientes habían probado el contenido de su vaso. Uno de ellos se enfadó tanto que amenazó con denunciar el bar a la Policía. La *madame* tigresa trató de calmarlo, pero solo se tranquilizó cuando Trang accedió a ir con él gratis a la habitación de atrás. En cuanto al segundo cliente, consiguió convencerlo de que el camarero se había

equivocado. Pero el resto de la noche, el cliente insistió en que le prepararan el cóctel llamado «té de Saigón» delante de él. Trang se emborrachó tanto que vomitó y tuvo que pasar el día siguiente en la cama.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Trang.

Él se lo dijo por encima del ruido del bar.

—¿Te llamas Đen? —Trang sonrió—. Đen significa «negro».

—No soy negro, ¿ves? —El hombre se señaló la cara—. Yo soy blanco. —Repitió su nombre y, de nuevo, a Trang le pareció que decía Đen.

Trang asintió.

—Vale, es fácil. Đen, negro.

—No soy negro. —El hombre se rio y negó con la cabeza. Cogió el vaso de cerveza y bebió. Cuando lo dejó, seguía bastante lleno. Pidió al camarero papel y bolígrafo y escribió su nombre: Dan.

Trang cogió el bolígrafo y escribió el nombre que utilizaba en el bar: Kim.

—¿De… dónde… eres? —preguntó el hombre muy despacio para que lo entendiera.

—Bạc Liêu —mintió ella.

—¿Bat Liu? —dijo él.

—No, no Bat Liu. Bạc Liêu.

El hombre abrió la boca y vaciló:

—Bat, Bat Liu.

Entonces fue Trang quien se rio y negó con la cabeza.

—¿Tan mal pronuncio el vietnamita? —El hombre se rascó la cabeza—. Tienes que ayudarme, ¿cómo se llama esto? —preguntó, señalando una silla.

—*Ghế* —dijo Trang.

—¿Ge?

—No *ge*. *Ghế*.

—Ge, ge…

Durante toda la noche, Trang estuvo enseñándole palabras en vietnamita. Pronunciaba tan mal que a Trang se le escapaba la risa y resultó muy divertido. A diferencia de otros soldados, Dan se sentó a cierta distancia y no la tocó ni una sola vez. Para controlar el tiempo, el joven se quitó el reloj y lo colocó delante de él. Cada media hora, le pedía otro té de Saigón. Trang se dio cuenta de que Dan no bebía mucho y olía bien, no solo a colonia, sino a cuerpo sano. A diferencia de la mayoría de los hombres que frecuentaban el bar, no fumaba.

Cuando Dan se fue, Trang se quedó con la esperanza de que volviera. Era el único cliente que, hasta aquel momento, la había



hecho reír de verdad.

El árbol del amor

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

El césped del Parque de la Reunificación del 30 de Abril estaba mojado por la lluvia que había caído por la tarde. El viento fresco azotó la cara de Phong. Se quitó la camisa que Bình había planchado antes de partir hacia Saigón y se la llevó a la nariz. Aspiró el olor a Bình. Esperaba que hubiera llegado bien a casa con los niños y no se hubiera quedado sin dinero por el camino. Deseó haberse reconciliado con ella antes de despedirse y haberle dicho que lo sentía, pero se había disgustado por el visado y por lo mandona que era. Cuando Bình aceptó casarse con él, la gente dijo que lo hacía por la oportunidad de emigrar a los Estados Unidos. Estaban equivocados. Phong sabía que ella lo quería.

Phong siempre había creído que no merecía ser amado porque su vida estaba maldita. Creía que sus padres habían hecho algo terrible y que por ese motivo recibía castigo. La suerte de su vida había sido conocer a Bình. Su fe en él le había permitido recuperar la confianza. Sin embargo, durante años, había temido que fuera tan solo una hermosa ilusión y que un buen día, al despertar, Bình hubiera desaparecido.

Si el plan de la familia Khuất de utilizarlo como pasaporte a los Estados Unidos hubiera tenido éxito, no habría conocido a Bình. Pero lo cierto era que Bình no estaba esperándolo a la puerta de la casa de los Khuất.

Aquel día, muchos años atrás, cuando el señor Khuất le impidió el paso con un gran palo, Phong optó por luchar. Solo tuvo que dar unas cuantas patadas y puñetazos para que aquel hombre desapareciera de su vista.

Después de salir de la casa de los Khuất, volvió al edificio del consulado de los Estados Unidos donde le habían hecho la entrevista y pidió que le permitieran volver a solicitar un visado. Le dijeron que una vez rechazada una solicitud, las posibilidades de que se lo dieran más adelante eran escasas, pero que podía ir al Amerasian Transit Center en busca de ayuda.

Cuando Phong llegó, el Amerasian Transit Center, situado cerca del Parque Đầm Sen, estaba abarrotado con más de mil americoasiáticos.

Lo había construido y financiado el Gobierno estadounidense, pero lo gestionaban los vietnamitas. Los *trẻ lai* que allí se agolpaban habían sido personas sin hogar o procedían del campo. Estaban esperando las entrevistas para el visado, un vuelo o una nueva oportunidad. El caso de cada uno era diferente, pero todos aguardaban la ocasión de marcharse. Después de registrarse y responder a innumerables preguntas de los funcionarios vietnamitas, Phong recibió comida y se le asignó una habitación con otros cinco chicos.

A medida que pasaban los meses y fracasaban sus esfuerzos por volver a solicitar un visado, sus esperanzas fueron disminuyendo. Al parecer, habían encontrado a muchos *trẻ lai* con documentación falsa y el Gobierno estadounidense había decidido aplicar normas más estrictas. Phong no estaba seguro de cuáles eran esas normas. Los funcionarios de visados eran quienes decidían. Los habitantes del centro hablaban a menudo de un funcionario de visados conocido como «el señor Diez por Ciento», que rechazaba el noventa por ciento de las solicitudes de visado que tramitaba. Esperaban que los entrevistaran otros que parecían ser más generosos, pero algunos solo daban visados a un treinta por ciento de los solicitantes.

En 1997, el centro cerró. Phong tenía veinticinco años y se encontró de nuevo sin hogar. En los últimos cuatro años solo había hecho algunos trabajos esporádicos, pero ahora necesitaba un empleo a tiempo completo. Volvió a la estación de autobuses, pero no encontró ninguna oferta de empleo.

Esperó sentado en la estación durante horas, mirando a la gente que llegaba y se iba. Saigón lo estaba expulsando como un cuerpo rechaza un objeto extraño. Sabía que el delta del Mekong, que había visitado innumerables veces mientras trabajaba en el autobús de larga distancia, era rico en cosechas de arroz. El perfume de esas cosechas permanecía en su memoria y lo llamaba. Se levantó del banco y se aferró a la parte trasera de un camión, diciéndose que llegaría tan lejos como el camión lo llevara. Después de un día entero de viaje, el camión hizo su última parada y Phong se bajó de un salto. Estaba en Bạc Liêu, una pequeña región situada en el extremo sur del delta del Mekong. Deambuló por la zona, se dio cuenta de que había mucha gente con la piel oscura como él y se enteró de que pertenecían a la etnia jemer. Eran pobres, pero tenían fama de ser muy trabajadores. El color de su piel hizo que se sintiera a gusto entre ellos.

Vendió los cuatro anillos de oro, que había guardado cosidos al fondo de la bolsa durante su estancia en el American Transit Center, y con el dinero compró una parcela de tierra en la que construyó una choza con bambú y hojas de cocotero. En cuanto tuvo un techo, fue de

casa en casa explicando a los granjeros que él también era jemer y podía ayudarlos a plantar y cosechar. Trabajó mucho y ahorró dinero. Al cabo de unos pocos años, pudo comprar el terreno contiguo al suyo para plantar arroz y verduras.

Bạc Liêu, su nuevo hogar, era la cuna de la música *cải lương,* la ópera del folklore vietnamita; ahí fue donde el maestro músico Cao Văn Lầu compuso unas canciones muy populares. Phong se enamoró de aquella música porque era un reflejo de la vida. En cada canción veía la lucha y la valentía de los trabajadores normales y corrientes. Se dio cuenta de que necesitaba la música tanto como la comida y el aire. Empezó a ir a las actuaciones de las compañías itinerantes y a las representaciones de *cải lương* para perderse en la música. Oía los gritos y las risas de la hermana Nhã en las voces de la guitarra con diapasón tallado, el laúd de luna, el laúd en forma de pera, el violín de dos cuerdas, la cítara de dieciséis cuerdas y el monocordio. Durante el primer año que pasó en Bạc Liêu, aprendió de memoria gran parte de la música de Cao Văn Lầu y comenzó a tocar el *đàn sến,* un instrumento de dos cuerdas.

Un día, después de asistir a una obra *cải lương* titulada *Phạm Công Cúc Hoa* con sus amigos jemeres, Phong se quedó con ellos en el parque de Bạc Liêu. La noche era oscura, tenuemente iluminada por una farola. Estaba en la hierba tocando el *đàn sến* cuando una chica, sentada ahí cerca con otro grupo de amigos, respondió con su canto. Los amigos de la chica también se unieron, pero la voz de la joven despertó algo en lo más profundo de Phong. En su voz veía las primeras flores de las plantas de arroz, las cigüeñas estirando las alas y volando sobre una puesta de sol, un banco de peces nadando por un caudaloso arroyo. Aquella joven llenaba de esperanza y de vida cualquier canción.

Cuando salía del parque, la chica se le acercó y le dijo que necesitaba un profesor de *đàn sến.* Phong reconoció la voz al instante. Ella dijo que se llamaba Bình, y a él le encantó porque significaba «paz», como su voz. Bình era bajita y no le llegaba al hombro. En la penumbra no podía verle la cara con claridad para adivinar qué edad tenía. Phong le dijo que no era lo bastante bueno para ser profesor, pero le dio su dirección.

No pensó que fuera a aparecer y se sorprendió al verla llegar dos días después, a última hora de la tarde, mientras él trabajaba en su pequeño huerto. Temió que se diera la vuelta porque la luz del día revelaba con claridad el color de su piel, pero Bình se comportó como si fuera como ella, una vietnamita de piel clara.

Caminó descalza entre las hileras de matas de maíz, ocra y

berenjenas, elogiando su aspecto saludable. Se puso en cuclillas para tocar los cogollos de lechuga de color esmeralda y los tomates rojos, como si quisiera asegurarse de que eran de verdad.

—No solo eres un músico con talento, sino también un estupendo hortelano —declaró.

Cuando Bình se fue, Phong sintió que algo había nacido entre ellos, como si hubiera sembrado una semilla en la tierra fresca tras la lluvia. Preguntó a sus amigos por ella y se alegró al saber que era dos años más joven que él y soltera. Y que trabajaba en los campos de arroz, igual que él.

Durante los meses siguientes, Bình fue a verlo, pero no para aprender a tocar el *đàn sến,* sino para cantar con él. Y para pasar tiempo en el huerto. Entre ellos comenzó a echar hojas y a florecer un árbol de amor. Luna tras luna, su música se fue entrelazando y sus raíces se unieron. Phong le reveló sus orígenes y Bình le dijo que lo admiraba aún más al saber por todo lo que había pasado y cómo se las había arreglado para ganarse la vida. Bình hizo caso omiso de los murmullos de los vecinos y amigos. No le importaba que a sus padres y a su hermano no les gustara Phong. Le dijo que era un buen hombre y que confiaba en él. Antes había tenido un novio que la maltrataba, y en Phong encontró el respeto que necesitaba en un hombre.

Phong había tenido suficiente experiencia con las mujeres durante sus años en la calle y en el centro de acogida como para saber que Bình era sincera.

La ceremonia de la boda, organizada por sus amigos jemeres, fue sencilla pero alegre. Cantaron, rieron y bebieron vino de arroz. Esa noche, en la cama de matrimonio que había construido él, Bình le besó la marca de nacimiento mientras le quitaba la ropa. Le dijo que le parecía muy guapo y que desde el principio se había sentido atraída por sus brazos musculosos, su cuerpo fuerte y sus labios carnosos.

Aun así, cuando nacieron sus hijos, Phong deseó que heredaran la piel clara, el pelo liso y la nariz chata de Bình. No quería que tuvieran que soportar los prejuicios que él había sufrido. Pero los genes paternos se resistieron a desaparecer y permanecieron de modo evidente en el color de la piel de sus hijos, sus rasgos faciales y el cabello rizado.

Al menos, sus hijos tuvieron nombres vietnamitas puros. Tài significaba «talento», un buen nombre para un chico, mientras que Diễm significaba «elegante», perfecto para una niña. A Phong le gustaba especialmente que su hijo llevara su segundo nombre, Tấn; y Tấn Tài era también el nombre de su cantante favorito, Lê Tấn Tài, cuyas canciones *vọng cổ* encantaban a Phong.

En aquel momento, mientras estaba solo en el Parque de la Reunificación del 30 de Abril y pensaba en la mujer con la que se había casado, la madre de sus hijos, Phong deseó tener su *đàn sến* y expresar sus emociones mediante la música. Intentó atisbar la Oficina de Asuntos Exteriores a través de la oscuridad. Se le humedecieron los ojos al pensar en sus amigos americoasiáticos con los que se había reunido delante de aquellos despachos; habían intentado exponer su caso a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlos. Habían pasado muchas noches ahí mismo, durmiendo los unos al lado de los otros, como pescados en una olla de barro.

¿Dónde estaban ahora sus amigos? ¿Habían encontrado por fin la paz?

**

La prueba de ADN fue más rápida y sencilla de lo que Phong había imaginado. No fue necesario que le sacaran sangre, solo le pasaron un hisopo por el interior de la mejilla. El señor Lương, que tomó la muestra, trabajaba para una agencia de viajes. Dijo que un laboratorio de los Estados Unidos analizaría el ADN de Phong y registraría sus datos en una organización llamada Family Tree. Si alguno de los parientes de Phong, como su padre o su madre, había hecho lo mismo, se identificaría la semejanza entre los ADN y se informaría a ambas partes. Phong se enteró de que los americoasiáticos de los Estados Unidos habían estado enviando test de ADN gratuitos a Vietnam para ayudar a los *trẻ lai* como él que permanecían en el país.

—Por favor, le ruego que les trasmita mi más sincero agradecimiento —dijo Phong, sentado ante un escritorio en el estrecho despacho del señor Lương—. ¿Sabe si muchos de ellos han podido encontrar a sus padres?

—Muy pocos. Acabo de leer una estadística según la cual decenas de miles de *con lai* como tú siguen buscando a sus padres —contestó el señor Lương. Phong habría preferido que lo llamara *trẻ lai* en lugar de *con lai*—. Y en el caso de los pocos *con lai* que encontraron a sus padres —prosiguió el señor Lương, empujando una taza de té hacia Phong—, el final no siempre fue feliz. Solo quiero decirte la verdad para que estés preparado.

—Por favor, cuénteme más cosas. —Phong llevaba demasiado tiempo en la ignorancia; el mundo había avanzado y lo había dejado atrás. Si hubiera sabido leer y hubiera podido seguir las noticias, las cosas habrían sido diferentes.

—Te contaré una historia —dijo el señor Lương, sirviéndole té—. Conozco a una *con lai,* una hermosa mujer más o menos de tu edad.

Consiguió llegar a los Estados Unidos. Tenía la dirección de su padre y algunas fotos, por lo que le escribió largas cartas. No recibió respuesta. Finalmente, se armó de valor y viajó a la ciudad donde vivía su padre y se dirigió a su casa. Llamó a la puerta; la abrió un hombre y de inmediato supo que era él. Le dijo quién era y ¿sabes lo que pasó?

Phong negó con la cabeza.

—El hombre cerró de un portazo. Le cerró la puerta en las narices, le gritó que saliera de su propiedad y le dijo que, si no se iba enseguida, llamaría a la Policía y la denunciaría por allanamiento.

Phong se estremeció. La mujer había perdido a su padre dos veces: la primera, cuando la abandonó, y la segunda, cuando la rechazó.

—No tuvo más remedio que marcharse —prosiguió el señor Lương, negando con la cabeza—. Juró que no volvería a ponerse en contacto con su padre. Durante años tuvo la esperanza de que fuera él quien diera el siguiente paso, pero no sucedió nada.

El señor Lương volvió a llenar la taza.

—Pasan cosas tan tristes como esa, así que no quiero que albergues falsas esperanzas.

Phong se bebió el té. Si no tenía esperanza, no solo tendría las manos vacías, sino también el corazón.

—¿Y sabe por qué el padre no quiso reconocer que tenía una hija? —preguntó. La hermana Nhã le había enseñado a mirar siempre más allá de las acciones de la gente y tratar de entender sus motivos.

El señor Lương negó con la cabeza.

—Muchos veteranos no quieren aceptar a sus hijos. Los motivos pueden ser varios: por ejemplo, algunos de esos hombres no tienen ni idea de que han engendrado hijos en Vietnam. O están traumatizados y no quieren tener nada que ver con su pasado. La búsqueda de familiares es más complicada de lo que la gente cree —dijo. Miró el reloj—. Mierda, llego tarde a una reunión en la ciudad.

Metió las muestras de ADN de Phong en un sobre.

—Pero si encuentro a mi padre a través de las pruebas de ADN, eso significará que está dispuesto a aceptarme, ¿verdad? Puesto que implicaría que ha registrado su propio ADN —preguntó Phong, con ganas de plantear muchas dudas.

—Puede ser. Pero la gente se hace estas pruebas de ADN por muchas razones distintas. Y es posible que no sea tu padre personalmente quien se haya hecho la prueba, ya que podríamos localizarlo a través de los resultados del ADN de alguno de sus familiares, por ejemplo, sus hermanos o sus hijos.

El señor Lương dobló el formulario de consentimiento para la

prueba de ADN de Phong, que este había firmado con sus huellas dactilares.

—No hace mucho que un americoasiático de Saigón encontró a su padre de esa manera: los resultados de su ADN coincidían con los de las hermanas de su padre. Al principio me alegré por él, pero no por mucho tiempo, porque poco después se enteró de que su padre ya había fallecido.

Phong miró su taza vacía. Ahora la llenaba la posibilidad de que su padre, que en aquel momento tendría ya sesenta o setenta años, hubiera muerto.

De repente, tuvo miedo de saber la verdad.

El secreto

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

Dan habría querido gritarle a Linda, pero se contuvo. Era medianoche y no tenía ni idea de por qué su mujer se estaba comportando de aquella manera. Le palpitaba la cabeza, como si esta le recordara que nunca podría curarse del todo de las heridas sufridas en el accidente. Cuando los médicos lo sacaron de aquella selva asquerosa, uno de ellos dijo que era un milagro que estuviera vivo, e incluso consciente, tras sufrir una lesión tan grave en el cráneo.

Linda abrió el armario de golpe. Había colgado todos los vestidos pulcramente, como si los expusiera en una tienda, junto con un gran sombrero blanco que había encargado por internet. Los sacó de las perchas y tiró la ropa sobre la cama. Iba vestida con el pijama y tenía un aspecto desaliñado.

—¿Qué haces? —preguntó Dan—. Me has dado un susto de muerte al desaparecer así.

Linda abrió la caja fuerte y cogió el pasaporte.

—Linda. —Al alzar la voz, sintió una punzada de dolor en la cabeza —. ¿Qué pasa?

Linda fue tirando la ropa en la maleta.

—¡Dime algo, maldita sea!

—Qué tonta soy —dijo ella; las lágrimas le brillaban en los ojos.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Cómo has aprendido a mentir tan bien? —replicó ella—. Hemos venido aquí de vacaciones y te has escabullido a mis espaldas en busca de tu exnovia. ¿O debería decir novias?

—¿Qué exnovia? —Dan notó que se le aceleraba el corazón, pero pensó que no debía dejarse llevar por el pánico, ya que Linda se limitaba a lanzar conjeturas.

—¿Con cuántas chicas te acostaste cuando estabas aquí? ¿Cuántos niños engendraste?

Dan se dio la vuelta. Intentó pensar. Linda había llamado desde la recepción. ¡Mierda! Thiên debía de haberle contado que estaba buscando a Kim.

—Debería haberme dado cuenta el mismo día en que volviste. —Linda tiró la guía en la maleta—. La llamaste por su nombre mientras

dormías, ¿recuerdas? Dijiste su maldito nombre y, cuando te pregunté, me contaste que era un camarada coreano de mierda.

—¿Qué nombre? —Dan levantó los brazos—. Estás hablando de algo que pasó hace siglos y no sé por qué sacas el tema. Y no olvides que fue idea tuya venir aquí. Yo no quería volver. Fue idea tuya, maldita sea. —Se despreció por culpar a Linda, pero era cierto que él se había negado al principio a hacer el viaje. Linda había creído que lo ayudaría a sanar y mejoraría su relación matrimonial. Y ahora su matrimonio tenía más problemas que nunca.

Linda entró en el baño y cerró de un portazo. Dan oyó correr el agua del grifo y a Linda sonarse la nariz. Abrió y cerró los puños. Le habría gustado darle un puñetazo a Thiên en la cara.

Buscó en el bolsillo su tarjeta de visita mientras cogía el teléfono del hotel.

—¡Hola! —respondió Thiên después del primer timbrazo, con la voz casi ahogada por el ruido de los gritos y el tintineo de las copas al fondo.

—¿Qué demonios le ha contado a Linda? —preguntó en voz baja para que Linda no lo oyera.

—Oh, es que… ¿Señor… Señor… Señor… Dan?

—¿Qué coño le ha dicho a mi mujer?

—Oh, estaba muy… muy disgustada —farfulló Thiên de modo casi ininteligible.

Dan tuvo que apretar el teléfono contra la oreja para poder oírlo.

—Quería saber adónde había ido usted. Y me ha dicho que si… si no se lo contaba… todo, contrataría a otro guía turístico. Así que le he dicho que hemos intentado encontrar el bar Hollywood.

—Hijo de puta. Me había prometido no decir nada a nadie.

En el baño, el agua seguía corriendo, pero Dan estaba pendiente de Linda.

—No se enfade, señor —dijo Thiên con un hipido—. Le he contado que se trata de su amigo Larry. —Al fondo, unos hombres se pusieron a cantar y a dar golpes a una mesa—. Yo ya sé que se trata de usted y de Kim, pero no se lo he dicho.

Dan colgó el auricular de golpe. Seguro que Thiên se lo había explicado todo a Linda a propósito. Se habían comportado como grandes amigos durante la cena. «Egoístas e ignorantes» habían sido las palabras exactas de Thiên para referirse a los estadounidenses. Y se vengaba contándoselo todo a Linda.

Dan recorrió la habitación de un lado a otro. El zumbido del aire acondicionado era muy fuerte y le retumbaba en la cabeza. El dolor le nublaba los ojos. Quería tumbarse, pero tenía que convencer a Linda

de que le había sido fiel desde Vietnam.

Linda pasó junto a él. Tiró la bolsa de artículos de tocador a la maleta y cerró la cremallera. Cogió los zapatos y se los puso.

—Maldita sea. ¿No puedes sentarte un momento y hablar? Thiên te ha contado lo que le ha dado la gana, ¿y tú te lo crees?

Linda tiró de la maleta hacia la puerta.

Él le cerró el paso.

—¿Adónde diablos vas?

—Voy a buscarme otra habitación. ¿Sabes qué es lo que más odio en la vida? A los mentirosos.

Dan le cogió los hombros con ambas manos.

—Linda, escúchame. Eres la única mujer a la que he amado en toda mi vida —dijo. Esa era la pura verdad.

Linda se quedó quieta, con la cabeza agachada.

—Alquilaste un apartamento para Kim y tuviste un hijo con ella.

Bajó los brazos. El que Linda lo supiera hizo que sintiera como si se quedara sin sangre en las venas.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Linda.

—Viviste con ella mientras estabas comprometido conmigo. Y durante todo ese tiempo, yo te apoyé. Le dije a todo el mundo que eras un héroe. ¡Te apoyé!

Dan vio como los cimientos de su matrimonio se desmoronaban ante sus ojos: el respeto que Linda le tenía. No podía permitir que eso sucediera. Le diría la verdad en el momento adecuado, cuando se hubiera calmado.

—No sé qué te ha contado Thiên, pero es Larry quien está buscando a Kim. No he tenido la oportunidad de hablarte de él. Larry…

—¡No te atrevas a mentirme! Si estás buscando a la novia de otro, no hay motivo para que me lo ocultes y llores como un bebé. Sí, te he oído llorar en el baño cuando has vuelto esta noche y por eso he bajado a llamar a Thiên. Él se ha limitado a confirmar lo que debería haber sabido hace mucho tiempo. Por su influencia dejabas los zapatos fuera de casa, quemabas incienso por los camaradas muertos y tenías un altar con una cabeza de Buda. Y todas esas cosas raras que hacías cuando volviste. Dime la verdad. Cuéntamelo todo o me voy a casa mañana mismo.

A Dan empezó a arderle la cara. Linda se estaba burlando de los rituales que había seguido para calmarse cuando no conseguía tener paz.

Linda lo empujó para pasar.

—Linda, por favor…

Con una mano en la maleta, Linda tiró de la puerta con la otra.

Hacía tiempo que Dan no veía a Linda tan enfadada. Pero había cometido un grave error al buscar a Kim a sus espaldas. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—Cariño, espera —le dijo—. Tienes razón. Lo siento muchísimo. Conviví con Kim en Saigón.

**

Linda cogió una botellita de Jack Daniel's del minibar, llenó medio vaso y se dejó caer en el sillón.

Dan se sirvió un refresco. Debería tomar algo para el dolor de cabeza, pero consideraba que merecía un castigo. Se sentó en la cama y apoyó la fatigada espalda en una almohada.

Linda se bebió el whisky.

Mientras la miraba, recordó el día en que se despidieron y él partió hacia Vietnam.

—Sobrevive y vuelve conmigo —susurró Linda mientras le mojaba la mejilla con sus lágrimas. En el vuelo a Saigón, llevaba su foto en el bolsillo y la sacó una y otra vez para contemplar su hermoso rostro. Creía que mientras tuviera la foto junto al corazón, sobreviviría. Ambos habían sido muy ingenuos.

Fijó la mirada en la cortina que había detrás de Linda.

—Cuando aterricé, en 1969, Saigón era un desastre. Me habían entrenado durante doce meses en los Estados Unidos, pero nada podía prepararme para la guerra…

—Déjate de tonterías y cuéntame cómo la conociste. —Linda cogió una rosa roja del jarrón lacado. Arrancó los pétalos, uno a uno, y fue tirándolos al suelo.

—Intento explicar las circunstancias.

—No me jodas con historias de la guerra. Y no me vengas con esa mierda del pobrecito veterano.

—Entiendo que estés enfadada, pero no estoy pidiendo tu compasión ni la de nadie. Soy yo quien debe asumir las consecuencias de mis actos. Pero para que los entiendas, tengo que remontarme más atrás. ¿Puedo?

Linda apartó la mirada.

Dan cerró los ojos.

—No hemos hablado nunca de esto, pero llegué a Vietnam sin tener ni idea de nada… y con el cerebro lavado. Durante el periodo de entrenamiento, me habían dicho que combatíamos a individuos infrahumanos. Mis instructores llamaban a los vietnamitas «chinos», «amarillos» o «rollitos de primavera». Mientras volaba hacia aquí, el tío que se sentó a mi lado me dijo que no me preocupara matar

vietnamitas, la vida para ellos tenía poco valor, ya que llevaban cientos de años en guerra con otros países. Así que no me preocupé en absoluto por ellos. Imaginaba que no eran como nosotros —dijo, negando con la cabeza—. Dos semanas después de mi llegada, salí por primera vez y esa noche conocí a una chica.

—¿Dónde?

—En un bar. Era tímida, muy diferente de las otras chicas de los bares. Empezamos a hablar y me di cuenta de que era un ser humano normal. Hizo que sintiera curiosidad por los vietnamitas. Las siguientes veces que nos vimos, me enseñó algo de vietnamita y yo intenté enseñarle inglés. Averigüé que no quería trabajar en un bar, pero tenía que ayudar a sus padres a pagar deudas. Además, su padre estaba muy enfermo.

Observó la reacción de Linda con la esperanza de que sintiera empatía con la situación de Kim.

—¿Así que sentiste la necesidad de rescatarla? —preguntó Linda con amargura—. Qué noble razón para traicionar a tu prometida.

—Fue ella quien me rescató a mí. La guerra era terrible, mucho más de lo que podría describir. Casi todos los chicos que conocía consumían drogas e iban con prostitutas. Teníamos que escapar de la realidad para poder sobrevivir. Al principio, sin embargo, traté de serte fiel. Lo intenté con todas mis fuerzas. Estaba enamorado de ti y comprometido contigo, como siempre lo he estado. Pero estabas lejos y yo era joven y egoísta.

—Sí, eras egoísta. Imagino que también destruiste su vida. ¿Qué edad tenía?

—Dieciocho cuando nos conocimos.

—¿Y la dejaste embarazada? ¡Por el amor de Dios! —Linda se bebió el whisky de un trago. Cogió un segundo botellín y se sirvió un poco más.

—No te pases con eso, cariño…

—Ahora lo entiendo. —Linda soltó una pequeña carcajada—. Ahora entiendo por qué escribías tan poco. Y tus palabras eran muy frías. Pero pensaba que estabas ocupado con misiones, salvando a tus camaradas. —Linda inspiró—. ¿Estabas enamorado de ella?

—¿Cómo iba a estarlo si ni siquiera era capaz de hablar con ella como es debido? —contestó Dan—. Su inglés era muy básico y mi vietnamita era terrible.

La apreciaba y le inspiraba ternura, pero ni se le pasó por la cabeza dejar a Linda por ella. Y si era sincero consigo mismo, se daba cuenta de que a menudo había tratado fatal a Kim, como si ella fuera Vietnam, la guerra misma.

—¿Sabía ella que tenías novia?

—Yo no se lo dije y ella no me preguntó nada.

—Magnífico. —Linda arrancó algunos pétalos más. Se esparcieron alrededor de sus pies, rojos como la sangre—. ¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—Unos meses. Estuve mucho tiempo en misiones. No había previsto el embarazo, iba con cuidado, pero algunas veces estaba borracho o colocado.

—Claro, claro. —Linda levantó el vaso de whisky—. Échale la culpa a la guerra.

—No le echo la culpa, me culpo a mí mismo —dijo Dan—. Fui muy irresponsable. Cuando Kim me dijo que estaba embarazada, solo pensé en mí. Mi estancia había terminado, me iba a casa. Le eché la culpa a ella. —Dan se atragantó. Le habría gustado confesarle a Linda todo lo que le había hecho a Kim, pero la verdad era demasiado horrible, no era capaz. Respiró hondo—. Así que le di algo de dinero para ayudar con el bebé. Unas semanas más tarde me enviaron de vuelta a casa.

Linda se rodeó el cuerpo con los brazos, como preparándose para lo que estaba por venir.

—La verdad es que no sé qué fue de ella a partir de aquel momento. No me puse en contacto con ella y ella no tenía mi dirección. Más tarde, un compañero me dijo que había ido a la base preguntando por mí. El embarazo era ya entonces muy evidente.

Linda se apoyó en la mesa y se tapó la boca con la mano.

Dan aplastó la lata de refresco; esta se le clavó en la palma y soportó el dolor en silencio.

—Durante todos estos años he vivido con sentimiento de culpa, Linda. Era joven e irresponsable. Pero la verdad es que muchos estadounidenses destinados en Saigón tenían una novia local. Y casi todos las dejaron tiradas en cuanto se quedaron embarazadas. Fue una época de locos. Éramos egoístas, teníamos miedo.

Linda apuró el vaso, se acercó a la ventana y apoyó la mano contra el cristal.

Dan tragó saliva.

—Linda, he intentado negar ese hecho durante años, pero el bebé que llevaba Kim era mío. Mi hijo o mi hija podría estar aquí, en esta ciudad.

Linda se volvió hacia él. Las lágrimas zigzagueaban por sus mejillas.

—¿Cómo has podido ocultármelo? —Le temblaba la voz de ira—. Durante los años en que estuve intentando quedarme embarazada, tú hacías como si no supieras nada de embarazos. Abandonaste a una

mujer joven y embarazada; quizá murió por tu culpa. ¿Qué otras mentiras me has contado?

**

Dan estaba tumbado en la cama y miraba a Linda dormir. Llevaba despierto toda la noche. Le dolía la cabeza.

Linda gimió y se puso de lado. Dan contuvo la respiración, no quería despertarla. La había observado así durante las muchas noches en las que le daba miedo quedarse dormido. Y, al igual que en aquellos tiempos, ahora tenía miedo de perderla.

Linda no había tenido una vida fácil: su padre había muerto en un accidente de coche cuando ella era muy pequeña y su madre tuvo que trabajar muchísimo para criarla. Sus infancias difíciles los habían unido. Cuando se casaron, Dan prometió a la madre de Linda que la cuidaría bien. Tampoco había cumplido esa promesa.

Linda se agitó, abrió los ojos, lo miró y se dio la vuelta.

—Buenos días —dijo Dan.

Linda se alejó de él y se levantó de la cama. Abrió las cortinas y la luz del sol entró en la habitación.

—¿Quieres café? —preguntó Dan—. Puedo bajar y traerte una taza. —En casa, era él quien preparaba el café por la mañana.

Linda hizo caso omiso y entró en el cuarto de baño. Dan oyó el ruido de la ducha.

Cerró los ojos y se concentró en su respiración para calmarse, esperando que se le pasara el dolor de cabeza. La puerta del baño se abrió. Kim salió vestida con una blusa y una falda, como el día que fue con él al zoo. Le corrían lágrimas por la cara.

«Tu hijo está aquí, en Saigón, *anh* Dan —dijo—. Tu hijo tiene hambre. Tu hijo te necesita».

Habría querido preguntarle el nombre de la criatura, si era niño o niña, pero no fue capaz de abrir la boca. Se inclinó hacia delante para tocarle el brazo, pero no sintió nada.

«Los orientales no valoran tanto la vida como los occidentales», le dijo el general Westmoreland al oído.

«Eres un hombre de honor», dijo Linda.

Dan abrió los ojos. Estaba solo.

El suelo del cuarto de baño estaba mojado, en el aire flotaba el perfume del jabón.

—Linda —llamó, buscando de nuevo por la habitación. Su respiración se calmó al ver la maleta. El móvil estaba cargándose en la mesilla de noche.

Abajo, el vestíbulo estaba lleno de gente. Un grupo de turistas

occidentales acababa de llegar y charlaba junto a un montón de equipaje.

Thiên caminó hacia él con paso vivo.

—Buenos días, señor. —Señaló hacia la ventana iluminada por el sol—. Hace un tiempo magnífico, perfecto para un día de turismo.

—¿Ha visto a mi esposa?

—Está desayunando. —Thiên señaló hacia el restaurante del hotel.

—No sé lo que le dijo anoche, pero lo que sí sé es que se enfadó muchísimo.

—Lo siento. —Thiên se rascó la cabeza—. La fiesta de anoche… Demasiado licor. Y la señora estaba empeñada en saber adónde habíamos ido. No puedo lidiar con las lágrimas de las mujeres. Pero yo solo le dije que su amigo Larry está buscando a Kim.

—Sí, pero no es tonta.

Thiên sonrió.

—No debería preocuparse. Las esposas son así. Un día se enfadan, al otro están bien. La mujer tiene que apoyar al marido, y un hombre no debe tener miedo de su mujer.

—No es asunto suyo cómo debo tratar a mi esposa. Y no se atreva a volver a hablarle de Kim.

La sonrisa en la cara de Thiên desapareció.

El bufé del desayuno ofrecía una amplia gama de platos vietnamitas y occidentales, fríos y calientes, pero Dan no tenía mucho apetito. Linda llevaba puestas las gafas de sol y no le dirigió la palabra. Algunas veces dejaba de hablarle durante uno o dos días, pero esto era diferente. La había cagado a lo grande, y estaban en otro país, profundamente afectados por emociones intensas y el *jet lag.*

Terminaron de desayunar a toda prisa y se reunieron con Thiên en la puerta del hotel.

—Tal como estaba previsto en nuestro itinerario, esta mañana visitaremos la Pagoda del Emperador de Jade —anunció Thiên—. Es preciosa, tiene más de cien años. Después iremos al *Chợ Lớn,* que significa «gran mercado».

—¿A qué distancia está la pagoda? —preguntó Linda.

—Veinte minutos en coche.

—Si no le importa, me gustaría callejear un poco. —Linda miró hacia la antigua calle de la Libertad, donde las mercancías de las tiendas desbordaban hasta las aceras.

—Por supuesto.

Linda echó a andar. Thiên la alcanzó.

—Más adelante hay puntos importantes que forman parte de nuestro itinerario.

Cuando pasaron por delante del restaurante Maxim's, Dan se detuvo. En los viejos tiempos, aquel edificio de dos plantas había sido un bullicioso bar y club nocturno. Atisbó a través de la puerta de cristal. No había nadie dentro, solo mesas y sillas elegantes. En la puerta había un menú escrito con letra demasiado pequeña para que pudiera leerla. Le gustaría volver a la hora del almuerzo o de la cena para echar un vistazo dentro y ver cuánto había cambiado el local.

A lo largo de la calle, fue mirando el rostro de las vendedoras tras los puestos de periódicos o las cestas llenas de pan, flores y frutas.

A ambos lados había tiendas que vendían sedas, bolsos, ropa y recuerdos tallados en cuerno de búfalo.

—Mechero de soldado. De la mejor calidad. Mira —dijo una mujer de mediana edad. Abrió una caja de madera y le mostró a Dan una docena de encendedores Zippo. Dan examinó las palabras grabadas en el metal: en uno ponía «Vietnam 71-72 Quang Tri» y, en color rojo, «a la mierda». En otro estaba escrito:

Somos soldados involuntarios
dirigidos por mandos ineptos
en una misión innecesaria
para un pueblo ingrato.

Palabras sarcásticas pero ciertas. Reflejaban la baja moral que vio entre muchos de sus camaradas y en sí mismo, así como la ignorancia de sus comandantes, que creían que podían bombardear a los comunistas para que se rindieran. Evidenciaban también el papel de los Estados Unidos en la guerra; deberían haber dejado que los vietnamitas resolvieran sus problemas por sí mismos. Y, por último, plasmaban el trato que los veteranos como él habían recibido al regresar a su país.

—¿Compra, señor? —preguntó la mujer—. Para ti barato.

—No, gracias —murmuró. No necesitaba otro recordatorio de la guerra.

Delante de él, una mujer salió corriendo de una tienda y tiró del brazo de Linda.

—*¿Áo dài* para usted, señora? Estará muy guapa. Igual que la modelo de allí. Pase. Precio barato para usted. Hecho a medida. Veinticuatro horas.

Linda negó con la cabeza y siguió caminando.

Al llegar al semáforo, Dan siguió a Thiên y a Linda al otro lado de la calle y entró en un callejón. Las casas altas y estrechas tapaban el sol y tuvo la sensación de estar en una jaula. Los cables eléctricos se entrecruzaban en lo alto. Se le erizó la piel de la nuca. Miró a su

alrededor.

Thiên se puso a hablar con una mujer de pelo blanco que sostenía a un niño en brazos mientras le daba de comer un plátano dorado.

Dan examinó a la mujer. Sus numerosas arrugas le indicaban que tendría unos setenta años. ¿Habría trabajado en la base aérea o en un bar? ¿Podría haber conocido a Kim?

—Es una amiga de mi madre —comentó Thiên a Linda cuando se alejaban de la mujer.

La madre de Dan estaría a punto de cumplir ochenta y cinco años, si estuviera viva. Dan había llevado la guerra hasta su casa y hasta su madre.

—Los hijos arreglarán las cosas —dijo ella cuando Dan le contó que se casaba con Linda—. Ten muchos hijos.

A Dan le habría gustado darle la alegría de los nietos.

¿Qué habría dicho su madre si supiera que estaba buscando a su hijo? Seguro que le diría que era lo correcto. Tal vez su hermana volviera a dirigirle la palabra si encontraba al crío que había tenido con Kim.

Al oír los pasos de alguien que corría, se le aceleró el corazón. A su izquierda salió un grupo de niños por una puerta, persiguiéndose y riendo. Cuando desaparecieron en la casa situada al otro lado de la calle, se secó el sudor de la cara.

A su regreso de la guerra, tuvo que hacer una escala en California. Mientras esperaba en el aeropuerto, un niño echó una lata a un cubo de basura. Dan se tiró al suelo y rodó para protegerse en un rincón.

Sin dejar de seguir a Thiên y a Linda, abandonó el callejón y salió a la luz del sol. Ahí seguía la estatua de la virgen María. El rostro sereno miraba hacia arriba y en las manos sostenía un globo terráqueo. A su espalda, la catedral de Notre-Dame de Saigón se erguía como congelada en el tiempo. El edificio conservaba el tono rojizo del ladrillo y las torres gemelas coronadas por cruces blancas. Los mismos bulevares amplios rodeaban el lugar. En el interior, el aire era fresco. Linda eligió un banco, se arrodilló y agachó la cabeza. Debía de estar preguntándole a Dios qué tenía que hacer. A Dan también le habría gustado rezar, pero hacía mucho tiempo que no creía en la ayuda divina. Al acercarse a los bancos, reparó en una mujer sentada unas filas más adelante. Tenía el pelo negro, largo y suave como la seda. Como el pelo de Kim. Kim se fabricaba su propio champú con algunas frutas secas que asaba en las llamas.

—Necesito un poco de aire —dijo a Thiên. Salió, bajó los escalones y llegó a la plaza.

El ruido y el calor casi lo tiraron al suelo. Era media mañana, pero

las calles estaban atestadas de tráfico. Todo el mundo daba bocinazos. Sintió que empezaba a dolerle de nuevo la cabeza.

—Cambie dinero, señor —dijo una mujer desde un café de la calle. Dan negó con la cabeza, pero ella se apresuró a ir hacia él—. ¿Tiene dólares americanos? El mejor cambio para usted. Veinte mil dongs por un dólar.

El sombrero cónico que tenía en la mano ondeaba en la brisa. Había visto el mismo tipo de sombrero junto a una mujer inmóvil. El movimiento de las palas del helicóptero hizo volar el sombrero y quedó a la vista la cara de la mujer, abrasada y deforme.

—¿Has visto a esa amarilla? —gritó Hardesty a través del intercomunicador—. Parece que alguien le ha chamuscado la jeta.

—¿Cambia dinero, señor? —preguntó la mujer.

Dan parpadeó, respiró hondo y asintió.

—¿De dónde es usted?

—De Trà Vinh. ¿Sabe dónde está Trà Vinh, señor?

—Me parece que no… —Kim le había dicho el nombre de su pueblo, pero no era capaz de recordarlo. En 1969, muchas mujeres ofrecían cambio de moneda o vendían refrescos y productos del economato militar. A lo mejor, después de que la dejara, Kim se había dedicado a eso. No habría podido seguir trabajando en el bar cuando la gestación empezara a ser visible. Recordó de nuevo con doloroso pesar lo cruel que había sido con ella cuando le comunicó su embarazo.

Le dio a la mujer un billete de cien dólares.

La mujer alzó el billete y lo miró a contraluz.

—¿Es falso?

—Lo he traído desde América, señora.

—América también es falsa. —La mujer sonrió y pasó los dedos por ambas caras del billete. Lo examinó una vez más—. Tengo que alimentar a los niños, soy prudente. —Abrió el bolso de bandolera y le entregó cuatro fajos grandes—. Dos millones de dongs.

Desde los billetes de 50.000, Ho Chi Minh le sonreía. Dan se metió el dinero en los bolsillos.

—¿No lo cuenta? —La mujer soltó una risita—. Puedo engañarle.

—No lo pongo en duda. —Dan contestó con una sonrisa. No le importaría que una vietnamita lo engañara, se lo merecía.

—Cuidado con el dinero, hay carteristas —dijo la mujer antes de salir corriendo hacia un grupo de turistas con el sombrero aleteándole en la cabeza.

Dan se volvió hacia la iglesia. En los escalones de la entrada, una mendiga sujetaba a un niño pequeño contra el pecho. Le dio a la

mujer algo de dinero mientras Linda y Thiên se dirigían hacia la plaza.

—He cambiado cien dólares —comunicó a Linda con una sonrisa—. Aquí somos ricos, millonarios.

Le entregó a Linda un fajo de billetes.

Sin decir palabra, Linda guardó el dinero en el bolso. Tenía los ojos ocultos tras las gafas de sol. Linda se alejó y Dan sintió que la ira se apoderaba de él, pero no habría sabido especificar la causa de su enfado: él mismo, la situación o los errores del pasado. O Thiên.

Se volvió hacia Thiên y vio que este negaba con la cabeza.

—¿Ha cambiado el dinero en la calle? —preguntó Thiên—. Seguro que lo han engañado. Las tiendas de oro dan mejor cambio. —Señaló el hinchado bolsillo del pecho de Dan—: Y cuidado con los carteristas…

—¡Deje de decirme lo que tengo que hacer! —espetó Dan—. Estoy harto de sus opiniones.

La cara de Thiên se ensombreció.

Linda fulminó a Dan con la mirada.

A Dan se le calentó la cara. ¿Cómo se atrevía Thiên a juzgar a los hombres que habían regresado para buscar a sus mujeres e hijos? Hacía falta valor. Y sus motivos tendrían quienes los habían encontrado y luego habían vuelto a desaparecer.

—Aquel edificio parece bonito, señor Thiên —observó Linda, señalando una edificación amarilla situada al otro lado de la calle—. ¿Qué es?

Contratar a Thiên había sido decisión de Linda y ahora aquel individuo era su aliado.

—Es la oficina de correos de Saigón, se construyó en 1886 —contestó Thiên.

—Tiene un aire francés, muy francés —comentó Linda.

—Sí. Se construyó cuando Vietnam formaba parte de la Indochina francesa. Lo diseñó Gustave Eiffel, cuya empresa edificó la Torre Eiffel. Más tarde lo reconstruyeron otros arquitectos franceses.

—¿De verdad? —preguntó Linda, asombrada.

Dan observó las ventanas arqueadas y la intrincada decoración de la fachada. Sin duda, había visto el edificio durante la guerra, pero no le había prestado atención.

—No tenía ni idea —dijo Linda mientras se quitaba las gafas de sol para admirarlo—. Gustave Eiffel también fue uno de los diseñadores de la estatua de la Libertad, señor Thiên.

—Me gustaría ver la estatua de la Libertad y la Torre Eiffel antes de morir, pero para eso necesito un trabajo mejor remunerado.

Dan estuvo a punto de echarse a reír. Qué listo era Thiên y cómo

sugería que le dejaran una buena propina al final del viaje.

Cruzaron la calle. Dan observó a la gente que entraba y salía de la oficina de correos. Si Kim estaba en Saigón, debía de ir por allí de vez en cuando.

Cuando Linda se acercó a las escaleras que conducían a la oficina de correos, Thiên indicó a Dan que se detuviera. Esperó hasta que Linda ya no pudo oírlos, se bajó las gafas de sol y miró a Dan a los ojos. Le palpitaba la cicatriz.

—Me parece que usted no necesita guía. Y si lo necesita, no me importa. Hoy es el último día que trabajo para usted.

El peligro del fuego

Saigón, 1969

Trang terminó la clase de inglés, cocinó, planchó la ropa, comió y escribió las palabras que quería decirle a Dan, aunque faltaba un rato para la tarde. En las dos últimas semanas, Dan había vuelto tres veces al bar y en cada una de las ocasiones se había sentado a poca distancia de ella y se había esforzado en aprender vietnamita. Gracias a él, Trang había aprendido palabras nuevas en inglés. Y se dio cuenta de que podía mantener conversaciones normales, conversaciones que la elevaban y la transportaban lejos de la dura realidad de la vida.

Dan la había citado aquella tarde a las ocho. Al llegar al bar, tenía la piel de gallina por culpa de los nervios. No quería que Dan la encontrara con otro soldado, así que hasta las ocho fingió estar ocupada. Entró y salió corriendo del baño. Se unió a Quỳnh y al soldado que estaba con ella, charló y les contó alguna tontería. Cuando la *madame* tigresa la arrinconó y le preguntó por qué no estaba atendiendo a los clientes, Trang le dijo que estaba esperando a alguien.

—¿Ese de hace unas noches que casi no bebe? —La *madame* sonrió con expresión de burla—. No te hagas ilusiones, parece un chico de buena familia y no le durarás mucho tiempo.

Trang bajó la vista y se quedó mirando el suelo de baldosas. La *madame* tenía razón. Con ese trabajo no solo se había manchado a sí misma, sino también a toda su familia.

—Despierta, ¿quieres? —La *madame* tigresa le sujetó la barbilla y le giró la cara hacia el bar—. ¿Ves a ese hombre? Parece triste, ve a hacerlo feliz.

Trang dio unos pasos, asustada por tener que hablar con otro desconocido.

—*Em* Kim, *em* Kim —dijo una voz.

Se dio la vuelta. Dan estaba frente a ella con una sonrisa radiante.

Después de que se sentaran a una mesa situada en un rincón, Dan le mostró lo que traía: un mapa de Vietnam, un cuadernito y un diccionario vietnamita-inglés. Señaló distintos puntos del mapa, en el norte y en el sur, y ella le enseñó a pronunciar aquellos nombres. Trang vio el río Bến Hải, que partía su país en dos, y se preguntó si

alguna vez lo cruzaría. Los nombres de las provincias del norte sonaban muy raros en su lengua, como si pertenecieran a un planeta imaginario. El norte la desconcertaba. ¿Cómo habían sobrevivido a los bombardeos americanos? ¿Eran los soldados comunistas del norte tan salvajes —incluso caníbales— como decían los rumores? Los llamaban *ăn lông ở lỗ,* «criaturas que comen carne cruda y viven en cuevas», y *đầu trâu mặt ngựa,* «criaturas con cabeza de búfalo y cara de caballo». Durante la ofensiva del Tết, el año anterior, el río que quedaba cerca de su casa se llenó con los cadáveres de aquellos soldados. Algunos vecinos fueron a verlos y volvieron susurrando que los cuerpos hinchados y putrefactos parecían cerdos.

Sin embargo, la conversación con Dan la ayudaba a olvidar la guerra y todos los problemas que esta había traído consigo. Dan se esforzaba tanto en aprender palabras nuevas que se le marcaban arrugas en la joven frente. Pero pronunciaba tan mal que a Trang le daba risa.

En la primera página del cuaderno en blanco, Trang escribió las palabras que le estaba enseñando y el equivalente en inglés. Mientras las parejas a su alrededor coqueteaban, se besaban, se tocaban o bailaban, ellos repasaban el vocabulario una y otra vez.

Trang nunca le había preguntado a un estadounidense qué estaba haciendo en Vietnam, pero a Dan sí se lo preguntó. Como Trang no entendió su respuesta, Dan buscó en el diccionario y le señaló una palabra.

—«Fi cong.» Soy piloto, *em*.

—¿«Fi cong»? —Trang miró la palabra en vietnamita—: Ah, quieres decir *phi công*.

—Sí, «fi cong». Piloto.

—¿Eres *phi công?* Eres demasiado joven.

—Tengo veinte años, edad suficiente, *em*. —Dan sonrió mientras pasaba las páginas. Señaló otra palabra—: «Chuc than». Helicóptero. Piloto de helicóptero.

Trang tampoco lo entendió. Miró la traducción al vietnamita.

—Oh, quieres decir *trực thăng*. ¿Eres *phi công trực thăng?*

—Sí, «fi cong chuc than». Piloto de helicóptero.

Se quedó helada, con la mente llena de las imágenes de los helicópteros que surcaban el cielo de su campo y su pueblo. El ruido ensordecedor. Los gigantescos cuerpos verdes que parecían libélulas asesinas. Soldados con ametralladoras asomándose. Siempre había asociado los helicópteros a la violencia y la muerte. ¿Cómo podía alguien tan amable como Dan tener algo que ver con los helicópteros?

—No gustan helicópteros —Trang se levantó—. Malos.

No le importaba lo que hicieran otros soldados, pero Dan era diferente. Deseó hablarle de los campesinos inocentes a los que disparaban desde el aire.

—No, yo no hago nada malo. Vamos, *em.* —Dan también se levantó.

—¿Tienes armas en el helicóptero?

—¿Qué?

—¿Disparas?

Dan agitó ambas manos.

—No. Yo no disparo. Solo soy copiloto. Mi helicóptero transporta personas. Aquí… —dijo, y mostró las palabras vietnamitas.

Trang se mordió el labio. Si solo transportaba soldados, no hacía nada malo.

—Venga, no te preocupes tanto —dijo Dan, doblando el mapa—. Hablemos de otra cosa, algo que te haga feliz. Tu familia, por ejemplo. Cuéntame algo de tu familia.

—No entiendo.

Dan cogió el diccionario, pasó las páginas y señaló una palabra.

—«Za dinh.» Familia.

—*¿Gia đình?*

—Sí. Tu «za dinh». Háblame de tu «za dinh».

Era la primera vez que un extranjero le preguntaba por su familia.

—Papá y mamá hacen arroz.

—¿Hacen arroz?

—Sí. Trabajan. Hacen arroz.

—Ah, ¿quieres decir que son agricultores?

—Sí, campesinos. Mi hermana, allí. —Trang señaló hacia Quỳnh, que estaba junto a la barra del bar, coqueteando con un hombre.

—¿Esa es tu hermana? ¿Hermana de verdad?

—Hermana de verdad. Mismo papá, misma mamá.

—Ya veo… ¿Es menor o mayor?

—Es la hermana pequeña.

—¿Cómo se llama?

—Lan. —Trang le dijo el nombre que usaba en el bar.

Se alegró de que Dan hubiera traído el diccionario. La ayudó a describir lo bonito que era su pueblo: los arrozales que se convertían en alfombras aterciopeladas durante la siembra y en un mar de ondulantes olas doradas cuando llegaba la cosecha; el río que extendía su cuerpo sedoso a los pies de las altas paredes de bambú; los estanques llenos de nenúfares de color púrpura durante todo el año.

—¿Quieres quedarte con el diccionario? —preguntó Dan con una sonrisa—. Te ayudará a aprender inglés.

—¿En serio? ¿No broma?
—No es broma. Quédatelo.
—Yo te pago. ¿Cuánto?
—No, no me pagas nada. Pero me puedes hacer un favor.
—¿Qué?
—Haz de traductora para mí el día que visite el zoo.
—¿Mmm?
—Preguntémosle a nuestro buen amigo cómo se dice «zoo» en vietnamita —dijo Dan, pasando las páginas del diccionario—. ¿«Xo thu»?
—Oh, *¿sở thú?*
—Sí, me han dicho que Saigón tiene uno de los zoológicos más antiguos del mundo.
Volvió a pasar las páginas y Trang aprendió el nombre de varios animales: elefante, jirafa, hipopótamo, mono, tigre, leopardo.
—¿No te da miedo el Vietcong en el *sở thú?* —preguntó ella.
—¿El Vietcong en el zoo? No. No lo creo. Si van por ahí, se los comerán los tigres. ¡Grrr! —dijo Dan, enseñando los dientes.
Trang echó la cabeza hacia atrás y se rio.

**

El domingo siguiente, Dan recogió a Trang por la mañana. Esta se sintió aturdida al compartir el asiento del pequeño bicitaxi. Era la primera vez que salía con un americano a plena luz del día. Había tenido miedo de ser víctima de un ataque del Vietcong, pero durante el viaje la voz de Dan la tranquilizó. Le señaló las encantadoras vespas y las robustas Honda Dream, y le habló de la moto que tenía en los Estados Unidos.

Sentada en el bicitaxi, se dio cuenta de la cantidad de indigentes y mendigos que había en las calles. Dormían en la acera. Algunos tenían la cara desfigurada, otros estaban mutilados. La mayoría habría huido de los pueblos de las regiones del centro y del delta del Mekong, donde los bombardeos y los ataques de mortero eran cotidianos. Se estremeció al pensar en sus padres. Su aldea estaba a salvo, por ahora, y bajo la protección del Ejército de la República de Vietnam del Sur, pero la situación podría cambiar tan deprisa como la dirección del viento.

Sin embargo, una vez llegaron al zoo, sus preocupaciones se fueron reduciendo hasta desaparecer mientras paseaba por el parque lleno de flores, daba de comer caña de azúcar a los elefantes, imitaba los gritos de los monos y admiraba a los gigantescos hipopótamos y a los gráciles leopardos. No tuvo que traducirle nada a Dan, ya que la

mayoría de las señales estaban en inglés, pero lo hizo practicar vietnamita. Le gustaba ser su profesora. Quizá podría aprender un poco más y ganarse la vida enseñando vietnamita a los americanos.

Se había puesto zapatos de tacón alto para no parecer demasiado baja al lado de Dan y le dolían los pies de tanto caminar. Al cabo de una hora, Dan le compró unas sandalias de plástico a un vendedor ambulante.

—¡Te quedan muy bien! —dijo Dan, mirándole los pies—. En serio, no te pongas zapatos de tacón. —Hizo ademán de ir a tirar sus zapatos a unos arbustos y Trang tuvo que detenerlo.

—Así pues, ¿te gusta el zoo? —preguntó Dan. Estaban comiendo un helado, apoyados contra el tronco de una vieja higuera de Bengala.

—Podría quedarme a vivir aquí —contestó Trang, aspirando profundamente. La luz del sol se filtraba a través del oscilante dosel de hojas y parecía saltar sobre sus brazos. Se sentía tan bien cerca de Dan que se le ocurrió que, a lo mejor, podría invitarlo a su pueblo para el Año Nuevo. Le enseñaría a envolver el arroz glutinoso, las judías mungo y la carne de cerdo en hojas de banano para convertirlos en *bánh tét,* a trepar a los cocoteros para recoger los mejores frutos y a hacer cintas de coco confitado. En su última carta, su madre había insistido en que sus dos hijas fueran a casa para *Tết,* aunque todavía faltaban varios meses.

—Yo también podría vivir aquí —dijo Dan. La examinó con una mirada intensa y luego apartó la vista. Trang se preguntó si estaría casado o si tendría novia en su país. Había aprendido la palabra y la había empleado con sus clientes, pero nunca se lo había preguntado a Dan, quizá porque no quería saber la verdad.

El guardián del zoo hizo sonar el silbato.

—*Sở thú sẽ đóng cửa nửa tiếng nữa* —anunció.

—Cierran dentro de treinta minutos —tradujo Trang.

—Todavía tenemos tiempo, date prisa —dijo Dan, y le cogió los zapatos.

—¿Por qué prisa?

—Fotos. He visto a un fotógrafo callejero por ahí.

Trang corrió por la hierba con él a su lado. Tenía la sensación de que si levantaba un poco más las piernas, todo su cuerpo flotaría entre las nubes. Qué maravilloso sería cuando llegara el día en el que no tuviera que pensar en la supervivencia ni en la codicia de los hombres. Dan la trataba con respeto y ella apreciaba su actitud.

—Hacen una bonita pareja —dijo el fotógrafo cuando les sacó la foto—. Dentro de veinte minutos estará lista.

—Por favor, haga dos copias —pidió Dan al pagar las fotos.

Cuando el hombre se las entregó, Trang se llevó la mano a la boca: el chico se asemejaba a Dan, pero la chica parecía otra persona: radiante, hermosa y llena de vida.

Dan le dio una de las dos fotos.

—Así no olvidaremos este día tan divertido.

—Nunca —dijo Trang, llevándose la fotografía al pecho.

**

La habitación estaba desierta cuando Dan la acompañó de regreso. Quỳnh y las otras compañeras de cuarto se habían ido a trabajar.

—¡Oh, no! ¡Llego tarde! —exclamó Trang, presa del pánico, imaginando los reproches de la *madame* tigresa.

—Así que aquí es donde vives —dijo Dan, entrando en la habitación—. ¿Cuántas dormís aquí?

Dan miró a su alrededor y Trang se avergonzó. La habitación estaba desordenada, con ropa por el suelo y platos sucios apilados en un cubo.

No quería que se compadeciera de ella. Estaba a punto de decirle que se marchara cuando un zumbido rasgó el aire. Una explosión que sonó como una bomba sacudió el edificio.

—¡Al suelo! —Dan saltó hacia ella y la tiró al suelo para protegerla. Se oyó acercarse otro siseo y, en esa ocasión, la bomba de mortero estalló todavía más cerca. La ventana se hizo añicos y llovieron cristales como granos de arroz.

Trang gritó.

—Tranquila, estoy aquí —dijo Dan.

Trang sintió los latidos del corazón de Dan en la espalda y su aliento cálido en el pelo. La abrazó con fuerza.

—*¡Việt Cộng tấn công Tân Sơn Nhứt. Việt Cộng tấn công Tân Sơn Nhứt!* —gritó alguien en la calle.

—¿Qué ha dicho?

—Que el Vietcong ha atacado la base aérea de Tân Sơn Nhứt.

—¡Maldita sea! —Dan la abrazó con más fuerza.

Silencio, luego sonidos de gente llorando, llamándose unos a otros. Dan se levantó de un brinco, saltó por encima de los cristales rotos y abrió la puerta del balcón. Cuando Trang llegó hasta Dan, este se sujetaba con fuerza a la barandilla y miraba las columnas de humo que se enroscaban hacia el cielo.

—Parece que han alcanzado nuestra base. Tengo que irme.

Ella entró en la habitación tras él y lo siguió hasta la puerta.

—¡No! ¡Quédate aquí! —Trang se le agarró al brazo. Quería decirle que era peligroso salir y que debía quedarse dentro, pero no

encontraba las palabras. No quería perderlo en aquella guerra horrible. Quería que pudiera volver con sus padres, igual que ella necesitaba volver con los suyos.

Se le escapó una lágrima y Dan se detuvo. Soltó el picaporte y se dio la vuelta. El tiempo pareció detenerse cuando él tomó el rostro de Trang entre las manos. Los labios de Dan se posaron en sus ojos y le besó las lágrimas. Pasaron un largo rato abrazados. Trang oía su propio corazón, que latía enloquecidamente, como si fuera un pajarillo que tratara de liberarse.

Cuando Trang hizo acopio de valor suficiente para alzar la barbilla, él acercó la cara. Su aliento olía a miel y era tan suave como el sol de la mañana en la piel. Estaba tan cerca que veía sus pestañas, el iris de sus ojos. Se echó a temblar cuando los labios de Dan tocaron los suyos. Suaves, cálidos, tiernos. Trang se abrió a él como una flor. Tenía un sabor dulce y fragante. La habían besado otros hombres, pero, por primera vez, Trang tuvo la sensación de que su cuerpo era un instrumento de *đàn tranh,* y él, el intérprete.

Habría querido que aquel momento durara para siempre, pero Dan se separó de ella y se disculpó por tener que marcharse.

Desde el balcón, lo vio salir corriendo del edificio calle abajo y luego desaparecer.

**

La tarde siguiente, estaba limpiando una mesa cuando llegó Dan. El bar todavía estaba tranquilo. Algunas chicas charlaban entre ellas y el resto se estaba maquillando. Quỳnh estaba sola en una mesa, repasando el libro de frases en inglés.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo Dan, sonriendo con timidez—. Solo he venido a decirte hola.

Trang vio en sus ojos un anhelo tan intenso que casi la dejó sin aliento. Lo único que quería era acercarse a él y volver a saborear su boca. Pero sentía que no tenía derecho a ese beso.

—Tengo que decirte una cosa —dijo Trang, llevándolo a una mesa situada en un rincón. Pasó las páginas del diccionario. Él la había tratado con respeto, a diferencia de otros hombres americanos, y ella debía hacer lo mismo. No podía engañarlo.

—*Em làm điếm* —dijo Trang, señalando una palabra.

—¿Qué?

—«Po-ti-tu.» —Trang intentó pronunciar la palabra. Se señaló el pecho y luego indicó la palabra «prostituta» en el diccionario—. Yo sucia, yo «po-ti-tu». Los hombres pagan dinero. Voy con ellos. Mi padre enfermo. Necesito dinero. Yo «po-ti-tu». Envío dinero a casa.

Cerró los ojos. Si pudiera volver a su pueblo, buscaría refugio a la sombra del árbol *trứng cá,* tal como ella y Quỳnh hacían siempre cuando regresaban a casa desde el arrozal. Si hubiera conocido a Dan cuando era inocente, habría sido digna de él.

—Lo siento —contestó Dan—, pero solo estás haciendo lo que tienes que hacer para ayudar a tu familia.

Trang se dio media vuelta, no quería llorar delante de él. Porque, además de prostituta, era una ladrona. Pero la verdad era demasiado amarga para admitirla.

Dan intentó decirle algo, pero ella no quiso escucharlo y se levantó de la mesa.

Sentada en el inodoro, lloró tapándose la cara con las manos. Dan la había protegido con su cuerpo de la explosión, podría haber muerto para salvarla. Tanto los libros que había leído como su madre le habían enseñado el valor de las personas, y ella no era digna del cuidado y la atención de Dan.

Cuando regresó al bar, Dan se había ido y Trang estaba segura de que no volvería a buscarla. Sin embargo, rechazó todas las propuestas de ir a la habitación de atrás. Les dijo a los hombres que era su día rojo.

Aquella noche, como la anterior, apenas pudo dormir. Dan seguía apareciendo ante su vista como si fuera una luz, y sus ojos, el interruptor. Echaba de menos su voz, su risa, el hecho de que Dan le permitía relajarse y ser una chica normal. Se dio cuenta de que lo necesitaba en su vida. Tenía que luchar por él.

La noche siguiente, se acercó a la *madame* tigresa, que estaba apoyada en la barra del bar contando dólares americanos y vales militares.

—Señora —dijo cuando la mujer terminó—, mis clientes habituales me están invitando mucho a beber últimamente, ya no necesito ir a la habitación de atrás. Ya no quiero pasar más ratos largos con ellos.

—¿Por qué? Creía que necesitabas ayudar a tus padres. —La mujer metió el dinero en un bolso de cuero y encendió un cigarrillo.

—Sí, los he estado ayudando. Han operado otra vez a mi padre hace poco. El médico dice que está mejorando y que quizá pueda volver a andar.

—¿Y? —La mujer echó el humo.

—Lo que digo es que… ahora que puedo ganar suficiente dinero para seguir adelante, ya no quiero estar sola con los hombres. Hablo suficiente inglés y sé cómo seducirlos.

—¿Es por el chico rubio? ¡Ya te dije que no te hicieras ilusiones!

—Es que ya no puedo seguir haciéndolo. Al menos por ahora…

—Hola, Kim —interrumpió una voz. Se dio la vuelta y vio a un hombre alto, uno de sus clientes habituales.

—Hola —contestó Trang con una sonrisa mecánica.

—Hablaremos más tarde —dijo la *madame* tigresa a Trang. Luego le dio una palmadita al hombre en el trasero—. Cada día estás más fuerte, cariño. —Le guiñó un ojo y se alejó.

Trang esperó a Dan y cada instante era una agonía. Tenía la sensación de que había cometido un error al decirle la verdad. Apenas daba crédito a sus ojos cuando apareció esa noche, oliendo como un sueño exótico y lejano.

La música sonaba a todo volumen. Aunque durante los meses anteriores le había parecido una distracción, ahora le habría gustado que enmudeciera y que se desvaneciera toda la gente que los rodeaba. Tiró de Dan hacia una mesa situada en el rincón más alejado.

—Quiero hablarte de una cosa. —El corazón le latía tan deprisa que tuvo que llevarse la mano al pecho.

—Yo también tengo cosas que contarte —dijo él con una sonrisa.

Trang desplegó un trozo de papel donde había escrito un texto con la ayuda del diccionario. Había practicado leyéndolo una y otra vez. Confiaba en haberlo hecho bien.

—Querido Dan —dijo, y levantó la vista para observar su reacción —. Le he dicho a la *madame* que ya no quiero entrar en una habitación privada con otros hombres. A partir de ahora quiero ser solo una chica de bar.

Dan le cogió la mano.

—¿Lo haces por mí?

Trang asintió. Pero luego negó con la cabeza.

—No, lo hago por mí.

Dan la miró a los ojos.

—Yo también quiero decirte una cosa. He estado pensando. He visto a gente morir a mi alrededor. En el ataque a Tan Son Nhut han muerto tres amigos míos. Estoy asustado. Así que, mientras sigamos vivos, no me importa nada. —La besó, esta vez largo rato y apasionadamente.

—Anoche soñé contigo —dijo Trang cuando él se apartó.

No podía creer que estuviera confesándole sus sentimientos. ¿Adónde habían ido a parar las enseñanzas de su madre? Como mujer, era inapropiado por su parte ser la primera en revelar sus emociones. Si otros lo supieran, la pondrían en ridículo y la llamarían *cọc đi tìm trâu:* dirían que era un ronzal en busca de un búfalo.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasaba en tu sueño?

—Esto —dijo, y lo atrajo hacia sí.

Esa noche, él le preguntó por la salud de su padre y las razones por las que ella y Quỳnh tenían que trabajar en el bar. Se disculpó con ella, aunque no era culpa suya.

La siguiente vez que volvió, Dan le contó que su familia no era rica. Tenía que mantener a su madre, pero quería ayudar también a su familia, y le dio un sobre. Al principio, Trang intentó rechazarlo, pero él le dijo que era para sus padres. Esa noche, sentada en la cama, abrió el regalo. Cien dólares de color rojo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se los dio a Quỳnh, que conocía bien el mercado negro y podía obtener mejor tipo de cambio. Trang escribió una carta a sus padres y les contó lo bonito que era el zoo. A la mañana siguiente, mientras enviaba a casa el dinero y la carta, deseó poder contar lo de Dan a *Ba* y *Má.* Pero sabía que tenía que mantenerlo en secreto.

Dan volvió la noche siguiente y, mientras se besaban, ella se apretó contra su cuerpo. Quería fundirse con él, formar parte de él.

—Te deseo tanto —dijo él, jugueteando con su cabello.

—Yo también. —Trang sintió que se ruborizaba. Había soñado que pasaba los días desnuda con él. Quería tenerlo más cerca, sentir los latidos de su corazón contra ella, tocar cada centímetro de Dan. El sexo le daba miedo, pero confiaba en Dan. Hasta aquel momento no había conocido el hambre que acompaña al amor.

El hotel al que Dan llevó a Trang era tan lujoso que esta se quedó admirando el techo alto, las pinturas exquisitas y el espacioso vestíbulo. Sin embargo, tuvo que ocultarse el rostro con un pañuelo. Debía ir con cuidado o, de lo contrario, los rumores acabarían llegando hasta su pueblo.

Una vez que entraron en la habitación, Trang echó el pestillo de la puerta. Se desabrochó los botones de la blusa. Lo deseaba, tenía derecho a esa felicidad.

Mientras Dan le bajaba la cremallera de la falda, Trang le puso una mano en el pecho y sintió correr hacia ella la sangre del cuerpo de aquel hombre de veinte años.

Dan era tierno, apasionado y atento, a diferencia de todo lo que Trang había conocido. Cuando Trang le hizo el amor, cada célula de su cuerpo pareció resucitar, pidiendo más. Se sentía como si fuera una *đàn tranh,* una cítara de diecisiete cuerdas, y cada cuerda vibrara con un sonido único al haber encontrado la pareja perfecta para descubrir juntos el placer.

La siguiente vez que hicieron el amor fueron mencionando por su nombre todas las partes del cuerpo, se contaron historias sin sentido porque no conocían la lengua del otro lo bastante bien, se abrazaron y se rieron a carcajadas.

—Ojalá tuvieras un piso solo para ti —dijo Dan después, pasándole el dedo por el puente de la nariz—. Algunos de mis amigos alquilan apartamentos para sus amigas y dicen que resulta muy cómodo. Quiero decir que seguro que es más barato alquilar un apartamento que estas habitaciones en un hotel.

Trang enterró el rostro en su pecho, aspirando su aroma. Las parejas solo vivían juntas cuando se casaban. ¿Qué pasaría si sus padres se enteraban?

—Puedo pagar el alquiler. Necesitaremos algunos muebles.

—¿«Mu-blés»? —preguntó Trang, que no conocía la palabra.

—Sí, algunas sillas, una mesa… Tal vez podamos comprarnos una radio y un televisor. ¿Qué te parece?

Ella no respondió.

—Y necesitamos una cama muy muy fuerte —dijo Dan, poniéndose encima de Trang.

**

Durante todo el día siguiente, Trang lo echó de menos como si fuera una parte de su cuerpo. Sin él, sentía que le faltaba algo. La guerra estaba haciéndose más intensa y la vida era impredecible: podían matarla en cualquier momento.

Nunca había tenido la oportunidad de vivir por su cuenta y ahora tenía que hacerlo.

Contó el dinero que había ido robando a los hombres y que guardaba escondido bajo el tarro de arroz. Cincuenta y ocho dólares. Los estudios podían esperar. Le pediría a la *madame* tigresa un día libre en el trabajo e iría al mercado de Saigón a comprar ropa decente para ponérsela cuando saliera con Dan. Iría a la librería Tao Đàn para comprar nuevos libros de poesía y canciones de amor. Le daría el resto del dinero a Quỳnh e intentaría convencerla para que dejara de acostarse con hombres. Quỳnh había aceptado su papel de señorita de compañía dentro y fuera de la cama. No tenía un novio que le dijera que podría ganar también dinero siendo libre. La última vez que habían hablado, Trang le había recordado a Quỳnh que debía ir con cuidado, y Quỳnh le había enseñado los condones y le había hecho una demostración de las llaves de defensa personal que su padre les había enseñado años atrás.

—Un año más y nos vamos —declaró Quỳnh, más decidida que nunca. Cualquier consejo que Trang le diera era como tirar agua sobre las plumas de un pato.

Esa noche, Dan apareció en el bar y la sorprendió con una rosa.

—¿Cuándo terminas de trabajar, mi querida *em?* —preguntó. Sintió

su lengua cálida en el lóbulo de la oreja.

—Dentro de tres horas, *anh.* —Trang sintió que se humedecía. Hasta aquel momento, había sido como un campo seco sediento de lluvia, pero el sexo con él era increíble.

—¿Tres horas? Para entonces tendré que estar en la base.

Trang lo miró y admiró su pelo rubio, su nariz arqueada y sus ojos azules. Él era como el personaje de Từ Hải en *La historia de Kiều,* el hombre que rescató a Kiều de la malvada *madame* Tú Bà y su burdel.

—¿Quieres saber novedades, *em?* He preguntado por ahí y he encontrado un apartamento para nosotros. ¿Quieres verlo ahora?

—¿Un apartamento para nosotros? —Trang se sintió como si acabara de proponerle matrimonio. En el fondo, creía que solo las parejas casadas vivían juntas.

—Sí, no está muy lejos de aquí. ¿Puedes salir un rato?

Dan compró un vale a la *madame* tigresa para pasar dos horas con Trang.

El apartamento de un dormitorio que Dan quería alquilar estaba en el último piso de una casa de tres plantas situada en una callejuela a poca distancia del bar. Tenía una entrada trasera.

—Por seguridad —explicó Dan.

La cocina era espaciosa y daba a un balcón con macetas de flores rojas y amarillas. El dormitorio tenía una cama grande, un sillón y una radio. En lugar de un retrete para ponerse en cuclillas, había un inodoro occidental blanco y reluciente. Y en lugar de un grifo de agua y un cubo para lavarse, tenía una ducha.

Pasó las manos por las cortinas de bambú, parecidas a las de su casa.

—¿Qué te parece, *em?*

Trang buscó en el bolso y abrió el diccionario.

—¿Mi hermana puede quedarse aquí conmigo?

—Cuando yo esté en Saigón no, pero si me voy varios días, puede quedarse a dormir. Solo quiero tener intimidad contigo, ya me entiendes. Tengo que poder verte cuando esté libre y tenemos que poder hacer mucho ruido —contestó, guiñando un ojo.

Trang retiró la mano que Dan sostenía y este le levantó la barbilla.

—Papá y mamá se enterarán…

—Viven lejos, ¿no te acuerdas? Y hay una puerta trasera. Puedo entrar y salir sin que nadie se dé cuenta. Y esto… —dijo, dando unas palmadas en la cama—. Tendremos intimidad, será el paraíso.

Selló sus labios con un beso. La atrajo hacia sí y sus dientes entrechocaron; Trang sintió contra su muslo la entrepierna abultada.

**

Quỳnh se plantó ante ellos cuando entraron en el Hollywood.

—Tengo que hablar con mi hermana —anunció Quỳnh, frunciendo el ceño en dirección a Dan.

—Hola. Kim me ha hablado de ti —contestó Dan con una sonrisa, y le tendió la mano.

Quỳnh hizo caso omiso.

—Espera. Quiero hablar con mi hermana.

Quỳnh se llevó a Trang a un rincón.

—Parece que vas en serio con él, ¿no? No te olvides, *chị Hai,* de que todos los americanos se irán. Sácales el dinero, pero no les des tu corazón.

—No puedo creer que hayas sido tan maleducada con él. Deberías disculparte.

Trang buscó a Dan con la vista. Estaba hablando con los camareros y hacía que soltaran grandes carcajadas. Se volvió hacia su hermana.

—Te lo creas o no, Dan es especial. Es amable y cariñoso. Y le gusto de verdad.

—¡Lo sabía! Has caído en su trampa. Todos son así al principio, pero una vez se creen que son tu dueño, dejan caer la máscara. ¿No conoces ya el peligro del fuego? Te quemarás.

—Vamos, Quỳnh… Recuerda con cuántos hombres he hablado ya. Dan es diferente a cualquiera de ellos. Y me hace muy feliz. —Tiró de su hermana para acercarla—. Acaba de enseñarme el apartamento que quiere alquilar para nosotros dos.

—¿Estás loca? ¿Quieres irte a vivir con él?

—No lo había pensado, pero la verdad es que sí.

—Te romperá el corazón, *chị Hai.*

—No, seguro que no.

—¿Por qué?

—Porque me quiere.

—¿Te lo ha dicho?

—No hace falta.

—Si tanto te gusta, adelante… vete a vivir con él. —Quỳnh apretó los labios—. Pero asegúrate de que te pague una cantidad mensual fija.

—El otro día me dio cien dólares, ¿te acuerdas?

—Debería darte esa cantidad todos los meses, incluso más. Y debería llevarte al economato militar para que puedas comprar productos y revenderlos para sacar beneficio. Si no se lo dices, seguro que se le olvida.

—No quiero hablar de dinero con él, *em.*

—¿Entonces qué quiere de ti? Ah, ya sé: tu cuerpo. Y tú deberías querer algo de él a cambio: dinero.

Trang se sintió herida y disgustada. ¿Por qué tanto la *madame* tigresa como su hermana se negaban a pensar que Dan la apreciaba como persona? Estaba segura de que Dan no solo quería su cuerpo, la quería también como compañera. Se preocupaba por ella, le había dado dinero para sus padres, la había llevado al zoológico, le había comprado flores, hablaba con ella. Dan no era como otros americanos.

—*Chị Hai*… —dijo Quỳnh con un suspiro—: solo somos como los jacintos de agua que flotan en un río. No dejes que la corriente te arrastre. Cuida de ti misma porque solo tú puedes protegerte. Y bajo ninguna circunstancia se te ocurra quedarte embarazada.

—¿Embarazada? —Trang soltó una risita—. ¿Me tomas por tonta? No voy a quedarme embarazada. Estamos siendo cuidadosos y él sabe que no quiero tener un bebé.

Trang había visto a los niños americoasiáticos que vivían en la calle, niños sin hogar abandonados por sus padres. Debido a sus rasgos extranjeros, los miraban como si estuvieran cubiertos de espinas.

Y Trang conocía los peligros del embarazo como los pájaros saben si los sustentará la rama sobre la que se van a posar. Las chicas del bar hablaban con frecuencia de los abortos que habían tenido que hacerse: adónde ir, cuánto costaban y cuánto tiempo tenían que abstenerse de tener relaciones sexuales después; también del dinero que perdían por ello. En el bar conocían bien la historia de las dos chicas que habían muerto después de un aborto casero y la de las otras seis que habían dado a luz durante los últimos tres años. De esas seis madres, cuatro habían abandonado a sus hijos antes de volver al bar; una se fue a los Estados Unidos con el bebé y con su novio. De la sexta no tenían noticias.

En ningún caso se quedaría embarazada.

—También dijiste que no tendrías nunca un novio americano y mírate ahora —dijo Quỳnh, negando con la cabeza—. Recuerda que solo estará aquí por poco tiempo y no te llevará a América.

—No quiero ir a ninguna parte. Me quedaré cerca de *Má* y *Ba*.

A esas alturas, Trang ya sabía que los estadounidenses rotaban cada doce o trece meses, y la mayoría volvía a su país pasado ese tiempo. Dan también se iría, aunque Trang tenía la esperanza de que prolongara su estancia, ya que estaban enamorados. Quizá tal vez se quedara. No se había permitido soñar, pero, ahora que tenía a Dan, nada le parecía imposible.

—He oído que la gente hace locuras cuando se enamora —dijo Quỳnh con aire de superioridad—. No olvides que nuestros padres

necesitan dinero, *chị Hai,* no un nieto engendrado por un soldado de los Estados Unidos.

Trang se irguió.

—Mira quién está actuando como si fuera la hermana mayor. Y, además, tienes que saber una cosa: Dan es piloto. Eso significa que no es un soldado del montón, sino un oficial importante.

—¡Oh! Entonces, ¿crees que es tan importante que no te va a dejar? Cuanto más alto esté él, peor será tu caída. Espera y verás.

Trang sintió que el pecho le ardía. El calor le llegó a la lengua. Sintió el sabor del veneno de las palabras que se formaron en sus labios.

—Ah, ahora me doy cuenta de por qué estás tan enfadada. Yo tengo un novio guapo y tú no. Por primera vez en la vida me va mejor que a ti y no puedes soportarlo.

—¡Déjame en paz! —dijo Quỳnh, y se alejó.

El precio de la esperanza

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

Phong aguardó en la oficina de correos de Saigón a que el señor Lương enviara un paquete. Había albergado la esperanza de que sus muestras de ADN pudieran mandarse por correo a los Estados Unidos para acelerar el proceso, pero el señor Lương le había dicho que tenía que llevar las muestras en persona alguien que viajara a ese país, ya que las aduanas vietnamitas consideraban que los materiales de análisis de ADN eran productos médicos y no permitían el envío por correo. Phong quería seguir hablando con el señor Lương para saber más sobre las pruebas de ADN. Tenía muchas preguntas: ¿Cuáles eran los riesgos? ¿Cuánto tiempo tardaría todo? ¿Qué otros datos revelarían los resultados, además de la consanguinidad?

A aquella hora, la oficina de correos estaba llena de gente y Phong se fijó en dos extranjeros blancos que estaban cerca de él. El hombre era alto e iba vestido con vaqueros y una camiseta azul. La mujer estaba rellenita y tenía el cabello claro, brillante como una mezcla de oro y plata. Los acompañaba un vietnamita con una cicatriz en la mejilla izquierda. Este señaló el gran retrato de Hồ Chí Minh colgado en la pared y dijo algo. La mujer extranjera se rio, pero el hombre frunció el ceño y apartó la mirada.

En ese preciso momento, el señor Lương cruzó el vestíbulo en dirección al pequeño grupo.

—¡Thiên! Hacía mucho tiempo que no te veía —dijo, estrechando la mano del hombre de la cicatriz.

¿Thiên? El nombre le resultaba familiar. De repente, se acordó: era el nombre de la persona de contacto que aparecía en el anuncio del periódico que hablaba de «Tôm Sờ-Mít». Así que el hombre blanco bien podría ser «Tôm Sờ-Mít». Phong observó al extranjero con atención. Parecía lo bastante viejo como para haber estado en la guerra.

El hombre blanco miró a Phong y sus miradas se cruzaron. Phong advirtió la expresión de agotamiento de quien carga con un peso mayor del que puede soportar.

El extranjero apartó los ojos unos instantes, pero luego volvió a mirar a Phong. Algo le decía a Phong que tenía que hablar con aquel

hombre. Si era «Tôm Sờ-Mít», podría preguntarle sobre el tiempo que había vivido en Vietnam y cómo se podía buscar a un familiar ilocalizable. Además, la vendedora de refrescos le había dicho que los estadounidenses que volvían para buscar a sus hijos podrían echarle una mano.

Phong dio un paso hacia el extranjero. Mientras se quitaba el sombrero, el corazón le latía furiosamente, como si fuera un pez recién pescado saltando en tierra firme.

—«Hế-lô —dijo—, mai nêm Phong. Ai em sân A-mé-ri-cẩn sấu-chờ.»

Sus hijos lo habían ayudado a aprenderse de memoria estas frases en inglés por si tenía la oportunidad de hablar en persona con el funcionario de visados, pero no había sido posible.

El hombre negó con la cabeza y dijo algo que sonó como «¿Só-ri?».

—«Mai nêm Phong. Ai em sân A-mé-ri-cẩn sấu-chờ» —repitió Phong, haciendo esfuerzos desesperados para que el extranjero lo entendiera. Pero el hombre estaba hablando con su mujer y esta le decía algo. Phong trató de entender, pero solo pudo captar una palabra que sonaba algo así como «phôn». La mujer hizo un gesto hacia la entrada, como si quisiera marcharse.

Phong llevaba tanto tiempo ahogándose que no podía permitir que se le escapara una boya salvadora. Se volvió hacia el señor Lương y el señor Thiên, que estaban bromeando por el modo en que los vietnamitas distinguían entre tener relaciones sexuales con la esposa, que denominaban «comer arroz», y con la amante, que era «comer *phở*».

Phong los interrumpió.

—Eh… por favor, ayúdenme a contarle a este señor extranjero que mi padre era un soldado americano y lo estoy buscando.

El señor Thiên lo miró con aire receloso.

La mujer alzó la voz y señaló hacia la salida. El extranjero miró a Phong y dijo algo, pero sus palabras eran como abejas que zumbaran en sus oídos. El extranjero se volvió hacia los vietnamitas, pero estos no mostraron compasión alguna.

Phong miró al extranjero.

—«Mai nêm Phong. Ai em sân A-mé-ricẩn sấu-chờ» —repitió otra vez despacio con la esperanza de haber acentuado correctamente todas las sílabas. ¿Tan difícil era decir bien dos frases?

El hombre intercambió unas palabras con el señor Lương, y Phong aguzó el oído. Debían de estar hablando de él, ya que lo miraban de reojo. La mujer levantó ambas manos con cara de disgusto.

Finalmente, el señor Lương se volvió hacia él.

—El caballero quería saber lo que estás intentando decirle, así que

le he traducido lo que has dicho, que te llamas Phong y eres el hijo de un soldado estadounidense. Me ha preguntado cómo puedes estar seguro.

—Señor… —Phong sostuvo la mirada del hombre blanco y se señaló a sí mismo—. Mire lo oscura que tengo la piel, este pelo rizado, la barba… Son la prueba de que soy hijo de un soldado estadounidense negro. Además, mido un metro ochenta. Los vietnamitas no son tan altos.

—Pero tu madre te contaría algo de tu padre, ¿no? —preguntó el hombre blanco, y el señor Lương tradujo.

—Señor, tampoco conozco a mi madre. Me abandonaron delante de un orfanato.

Mientras el señor Lương interpretaba, la mujer exclamó algo. Soltó una parrafada y se encaminó hacia la entrada.

—¡Qué cabrón! —gruñó el señor Thiên refiriéndose a Phong—. Acabas de echar aceite al fuego. Ahora esa mujer piensa que estamos compinchados para estafarla.

—¿Eh? ¿Qué estafa? —exclamó Phong, pero Thiên ya había salido corriendo tras la mujer.

Phong se volvió hacia el extranjero.

—Lo siento, señor. No quería molestar a nadie.

—Ah, no es culpa tuya —dijo el hombre, con la ayuda del señor Lương como intérprete—. Mi esposa ha olvidado el teléfono móvil en el hotel y quiere volver a buscarlo.

El extranjero y el señor Lương conversaron brevemente.

—Me ha preguntado si te conozco —explicó el señor Lương—. Así que le he contado lo de la prueba de ADN y que es cierto que estás buscando a tu padre. Ha dicho que eres el primer americoasiático que conoce y quiere hablar contigo. Ahora no tiene tiempo, pero se aloja en el hotel «Ma-chés-tịch». ¿Puedes ir a verlo esta noche a las nueve?

—Sí, sí… Por supuesto. —Phong se sintió como si le hubiera tocado la lotería.

—Me llamo Đan. Nos vemos esta noche en el vestíbulo de mi hotel —dijo el extranjero antes de salir a toda prisa de la oficina de correos.

**

Phong volvió al bulevar Lê Duẩn con esperanzas de ver a la vendedora de refrescos, pero la acera donde antes se encontraba el carrito estaba ahora vacía. Esperaba que no se hubiera puesto enferma. Qué lástima no poder darle la buena noticia de que el señor Dan quería hablar con él. Ella habría podido aconsejarle cuáles eran las preguntas que debía plantearle.

Se acercaba el mediodía, pero en el exterior del consulado estadounidense seguía esperando con paciencia un buen puñado de personas. Buscó un poco, pero Quang, el agente de visados, no se encontraba entre ellas. Tenía el número de teléfono del ladrón, pero llamar no le serviría de nada y le costaría dinero.

Le ardía la garganta y le rugía el estómago. Faltaban más de nueve horas para poder ver al señor Dan. Debería haberle pedido que se reunieran antes, pero Dan tenía mucha prisa por ir a buscar a su mujer.

Mientras rebuscaba en la cartera para asegurarse de que ahí seguían el dinero y el documento de identidad, alguien le tocó en el brazo.

—Hermano, ¿estás solicitando un visado como americoasiático? —preguntó un hombre con gafas de sol y tatuajes brillantes en el cuello.

Phong aceleró el paso. De ninguna manera permitiría que otro agente de visados lo engañara.

—Espera, hermano —susurró el hombre, sin dejar de seguirlo—. Tengo una cosa que igual te interesa. Puede ser muy útil que lo añadas a tu solicitud de visado.

Ya se lo habían denegado, y ningún vietnamita surgido de la nada podría ayudarlo. Siguió adelante. Al doblar la esquina, el hombre lo alcanzó.

—¡Hermano, echa un vistazo! —exclamó el hombre. Tenía una foto en la mano, una imagen vieja y descolorida. En ella, un hombre de piel oscura con uniforme de soldado esbozaba una amplia sonrisa y rodeaba con el brazo la cintura de una mujer vietnamita.

—Se parece a ti. —El hombre tatuado señaló la foto con una uña sucia—. Podría ser tu padre.

Seguro que aquello era una trampa. Aun así, Phong cogió la foto. La pareja inspiró a Phong un sentimiento extraño pero bienvenido: tal vez sus padres hubieran sido felices juntos, a lo mejor era hijo del amor. La sonrisa de la mujer parecía auténtica y brillaba en sus ojos como la primavera.

—Cinco millones de dongs y es tuya —dijo el hombre después de recuperar la fotografía.

—Eh, deja que la mire con más atención.

—Ya vale —dijo el hombre mientras se metía la foto en el bolsillo del pecho—. Es una curiosa casualidad y te hago un favor vendiéndotela tan barata.

—¿Cinco millones? Ni en sueños tengo tanto dinero, hermano.

—Sin dinero no hay foto. —El hombre sonrió—. Piénsalo. Será tu billete a América.

—¿Cómo?

El hombre miró a su alrededor y luego bajó la voz.

—Los americanos necesitan pruebas. Y esta es tu prueba —dijo, dándose unas palmaditas en el bolsillo—: solo tienes que decir que la mujer es tu madre y el hombre es tu padre. Di que tu madre te dio la foto antes de morir… o algo así.

—¿Crees que los americanos son tontos?

—Escúchame. Si no lo intentas, ¿cómo sabes que no funcionará? Si no arriesgas, no ganas, amigo mío. Esta foto ha sido difícil de encontrar. ¿La quieres o no?

—¿Puedo verla una vez más? —Phong extendió la mano, queriendo tocar de nuevo la felicidad de la pareja. Por razones que no podía explicar, le gustaría tener la foto. Tal vez solo para mirarla, para imaginar cómo habían sido su padre y su madre. ¿De dónde había salido aquella fotografía?

El hombre se ajustó las gafas de sol.

—Cinco millones de dongs en efectivo. Si quieres la foto, tendrás que pagarme.

—Te diré una cosa: ya me ha engañado un agente de visados. Se llama Quang. ¿Lo conoces? Si me ayudas a recuperar mi dinero, tal vez pueda…

La gruesa garganta del hombre soltó una carcajada. Se quitó las gafas de sol y miró a Phong con los ojos inyectados en sangre.

—Qué hijo de puta. Quien le dé problemas a Quang lo tiene claro —dijo, haciendo un gesto como si se cortara el cuello.

Phong negó con la cabeza y se marchó. Lo cierto era que no tenía miedo. Había participado en suficientes peleas callejeras como para saber que era duro de pelar. Pero debía andar con cuidado porque en aquella ciudad estaba completamente solo.

**

Phong se sentó en un banco del Parque de la Reunificación del 30 de Abril para esperar a que transcurriera el tiempo hasta la cita con el señor Dan. Atardecía y la luz dorada inundaba los árboles rumorosos. Miró a su alrededor y se puso en pie: Quang y el hombre tatuado estaban en un banco no muy lejos, revisando unos papeles que parecían una solicitud de visado estadounidense. A su lado aguardaban una mujer y una jovencita vestidas con ropas sencillas y desvaídas que sugerían un origen campesino. Phong sintió que lo invadía una ola de calor al constatar que los dos hombres estaban compinchados para engañar a los más pobres y llevarse sin remordimiento alguno unos ahorros ganados con esfuerzo.

Phong se acercó a la chica y a la mujer.
—Tengan cuidado con ellos —les dijo—. A mí me han engañado.
—¡Cierra la puta boca!
Quang se levantó y se echó sobre Phong. Este retrocedió, puso todo el peso en el pie derecho y barrió con el izquierdo uno de los tobillos de Quang. Cuando el agente de visados cayó de costado, Phong le plantó una rodilla en la cara. Quang quedó tendido en el suelo, aullando de dolor.
—¡Hijo de puta! —gritó el hombre tatuado. Corrió hacia un parterre de caléndulas en flor y agarró una piedra grande.
Se oyó un fuerte silbido y dos guardias de seguridad corrieron hacia ellos.
El individuo tatuado soltó la piedra y ayudó a Quang a levantarse. Ambos hombres lanzaron miradas de odio a Phong y lo maldijeron.
—Dejad de engañar a los demás o sufriréis por un mal karma —gritó Phong. Había querido exigir a Quang que le devolviera parte de su dinero, pero sabía que era tarea imposible. Pensó en seguirlos a las afueras del parque y darles una paliza. Sabía que podría con ellos, pero tal vez lo detuvieran. Recogió los papeles y se los dio a las mujeres temblorosas, que se escondían detrás del tronco de un árbol.
—Esos hombres no me inspiraban ninguna confianza —dijo más tarde la mujer mayor a Phong en el puesto de té cercano, después de que este les contara sus experiencias con el visado—. Pero mi hija estaba segura de que podían concertar un matrimonio con algún americano para poder emigrar. Le pidieron mucho dinero, dijeron que podríamos vender nuestras tierras…
Phong se volvió hacia la joven, que agachaba la cabeza, como avergonzada. Le sirvió más té.
—Menos mal que no les han dado más dinero —dijo Phong amablemente—. Si llegan a concertar un matrimonio falso, podrían denegarles el visado y prohibirles la entrada en los Estados Unidos para siempre. De veras, no cometan el mismo error que yo.

**

Phong contempló el gran edificio que conocía con el nombre de Hotel Cửu Long, que significaba «nueve dragones»; el hotel merecía semejante nombre, ya que con sus ventanas abovedadas en la planta baja y los balcones superiores en forma de media luna tenía un aspecto magnífico. ¿Por qué había permitido el Gobierno que el hotel cambiara de nombre y fuera ahora Majestic —que, pronunciado por el señor Lương, sonaba como «Ma-chés-tị»—, una palabra tan extranjera, tan sin sentido para aquellos vietnamitas que, como Phong, no sabían

inglés? ¿No decían que habían luchado en la guerra para deshacerse de los invasores extranjeros?

Phong se alisó la ropa y se peinó el pelo y la barba con los dedos. Encontró un baño público, se lavó la cara y se enjuagó la boca. Le habría gustado ducharse y cambiarse de ropa. Tenía la camisa blanca manchada de sudor y de polvo. Los pantalones estaban arrugados. Pero confiaba en que, en cuanto rozara el lujo del hotel, su vida cambiara para siempre. El señor Dan parecía sincero e intuía que querría ayudarlo.

En la puerta del hotel, se acercó a un joven vestido con un uniforme blanco y negro.

—Eh, hermano mayor, ¿puedo entrar? Tengo una cita.

Aunque el portero era más joven que él, Phong se dirigió a él con una fórmula de respeto.

—¿Una cita con quién? —preguntó el portero, mirándolo de arriba abajo.

—El señor Đan y su esposa, son americanos.

—¿Nombre completo? ¿Número de habitación?

—No lo tengo, pero el señor Đan me dijo que estuviera aquí a las nueve. —Miró a través de la puerta de cristal. Había varias personas, pero no eran las que había conocido en la oficina de correos.

El portero lo contempló con el ceño fruncido y luego mostró su sonrisa más amplia a un occidental que se acercaba. Se inclinó y abrió la puerta al hombre blanco. Phong se dio la vuelta. Pensó que si fuera blanco, podría entrar en el hotel sin necesidad de responder a ninguna pregunta.

Un coche se acercó a la puerta con el señor Thiên al volante. El señor Dan se apeó, sosteniendo un gran cuadro con ambas manos. El portero corrió hacia el señor Dan; este le entregó el cuadro y ayudó a salir del coche a su mujer, que iba cargada con varias bolsas muy grandes. En cuanto vio a Phong, la sonrisa de la mujer desapareció.

—Phong —dijo Thiên a través de la ventanilla entreabierta del coche—, ve con ellos. Aparco el coche y vuelvo.

El señor Dan palmeó a Phong en el hombro y le dijo algo que no entendió.

—Le da las gracias por venir, señor —tradujo el portero, y luego le abrió la puerta. Phong no podía creer lo mucho que un apretón de manos con un extranjero había elevado su estatus social.

En el interior del hotel, el aire era fresco y olía a flores de jazmín. La música de un piano flotaba en el aire. Del alto techo colgaban impresionantes lámparas de araña que irradiaban luz sobre pinturas, vidrieras de colores, muebles y objetos de decoración, la mayoría de

los cuales eran de un dorado regio. En una mesa central había incontables orquídeas. A Phong le habría gustado que su mujer y sus hijos hubieran podido contemplar semejante lujo y disfrutarlo de cerca.

El señor Dan señaló unos sillones de brocado de aspecto antiguo. Cuando Phong se sentó, tocó el reposabrazos de palisandro color miel, tallado con pájaros y flores. Habría deseado aprender a hacer muebles como aquellos.

Phong sonrió a la esposa del señor Dan, que se sentó junto a este, al otro lado de la mesa, pero no levantó la vista de su elegante teléfono móvil. Llevaba un vestido negro que parecía de seda natural y sandalias de cuero auténtico. Su marido iba vestido con vaqueros y una camiseta, pero seguro que eran americanos y costaban una fortuna. Tenían la piel rosada propia de las personas bien alimentadas. Sin duda eran ricos, ya que se alojaban en semejante hotel. Probablemente una sola noche costaba lo mismo que alimentar a sus hijos durante tres meses.

Un hombre se acercó, dio un menú al señor Dan y le preguntó a Phong qué quería beber. Phong negó con la cabeza, no podía permitirse tomar nada en un hotel como aquel.

La mujer dijo algo. El camarero asintió, recogió el menú y se marchó. Parecía que el señor Dan y su mujer tampoco iban a pedir nada. El corazón de Phong latía con fuerza. Había albergado la esperanza de mantener una larga charla con el señor Dan, durante la cual pudiera contarle su vida y pedirle ayuda, pero parecía que no tendrían tiempo. Maldita mujer, ¿por qué tenía que estar presente, empañándolo todo con una expresión hosca?

El portero había colocado el cuadro sobre una silla. El señor Dan levantó el papel que lo envolvía y mostró un campo de arroz dorado con unos campesinos cosechando. Dan dio un codazo a su mujer y le dijo algo. Ella asintió.

—*Tranh đẹp quá.* —Phong hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

La mujer lo observó.

—*Tôi cũng làm ruộng như vậy.* —Phong se señaló a sí mismo y luego a los campesinos. Para hacerse entender, se puso de pie y se inclinó hacia delante, como si cosechara un campo.

El señor Dan sonrió e intercambió unas palabras con su mujer, cuyo rostro se suavizó.

No iba tan mal como Phong había temido. Recordó las palabras en inglés que le habían enseñado sus hijos.

—Yo campo —dijo. Se señaló a sí mismo y repitió—: Yo campo.

El señor Dan dijo algo que sonó como «¿Tú ampo?»; luego hizo un

gesto hacia los agricultores y después señaló a Phong.

—*Đúng, đúng rồi.* —Phong sonrió. Se moría de ganas de contarles a sus hijos lo utilísimo que había sido el inglés que le habían enseñado.

La mujer asintió e intercambió unas palabras con su marido. Ahora que ya no parecía enfadada, Phong apreció la finura de sus rasgos: la nariz respingona, la piel de porcelana, los ojos grandes y una cara que recordaba la de las mujeres occidentales que a menudo aparecían en los carteles de productos de belleza vietnamitas.

—Parece que te desenvuelves bien sin mí —dijo Thiên, sentándose a su lado.

—¡Me alegro de que esté usted aquí, señor tío! —exclamó Phong con un suspiro de alivio—. Solo estaba tratando de decir a sus amigos que soy campesino, como la gente del cuadro.

—Sí, lo hemos entendido —dijo Dan después de que Thiên tradujera—. Gracias por venir a vernos hoy, te lo agradezco mucho. Por cierto, esta es mi esposa, «Lin-đà».

—Yo me llamo Tấn Phong. Significa «la fuerza de un millar de ráfagas de viento» —contestó Phong, esperando que los extranjeros quedaran impresionados por el significado tan especial de su nombre, pero no mostraron ninguna reacción. Quizá el señor Thiên no lo había traducido bien.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando como agricultor? —preguntó Dan.

—Más de diez años, señor. También cultivo verduras, crío peces y fabrico muebles. Y ustedes ¿son realmente de América?

—Sí, lo somos. De una ciudad llamada «Xi-át-tồ». —El hombre juntó las manos y se inclinó hacia delante—. ¿Qué tipo de muebles fabricas?

Phong sonrió, apreciando el interés del señor Dan por su vida.

—Hago muebles sencillos para vendedores ambulantes. —Pensó en las mesas y sillas apiladas en la parte trasera de su casa. Hacía meses que no vendía nada. Ahora los vendedores ambulantes preferían los productos de plástico, más baratos y fáciles de transportar. Respiró hondo—. Cuando llegue a América, me gustaría construir muebles más grandes, como armarios y roperos, con madera como esta —dijo, acariciando el sillón. Tenía que mencionar su sueño americano. Alcanzar ese sueño era el motivo de su presencia en aquel lugar.

La mujer dijo algo.

—Quiere saber por qué quieres ir a América si ya tienes aquí varios trabajos —tradujo Thiên.

—Señora, hago tantas cosas porque con ninguna de ellas gano suficiente dinero para alimentar a mis hijos y pagar sus estudios. En

cuanto a América, necesito ir allí por mis hijos. —Enseñó a la mujer la foto de Tài y Diễm—. Mire qué guapos son.

La mujer se quedó mirando la foto.

—A mis hijos los acosan en la escuela, señora. Por el color de nuestra piel la gente piensa que somos sucios, de clase baja. Como soy hijo de un soldado americano, algunos nos consideran enemigos.

El señor Dan se estremeció y agachó la cabeza.

Phong se aclaró la garganta. Hacía tiempo que nadie le decía que su familia estaba emparentada con el enemigo, pero tenía que defender su causa.

—Señor, señora: vivo en Bạc Liêu. He venido a Saigón para solicitar un visado en el consulado de los Estados Unidos. Debo llevar a mi esposa e hijos a los Estados Unidos, tenemos derecho a emigrar. Por desgracia, acaban de rechazar nuestra solicitud de visado. —Tenía que encontrar alguna manera de pedir ayuda a aquellos americanos.

La mujer frunció el ceño.

—Lo siento mucho —dijo el señor Dan—. En la oficina de correos dijiste que habías crecido en un orfanato, ¿es así?

—Sí. Me abandonaron delante de la puerta de un orfanato cuando era un recién nacido. No tenía papeles. Pero se puede ver en mis rasgos que soy descendiente de un negro estadounidense.

—¿Y dónde estaba ese orfanato? ¿Había más niños? ¿Lo pasaste mal? —preguntó el señor Dan, inclinándose hacia delante.

—Estaba en Hóc Môn, a una hora en coche de aquí, creo. Sí, había muchos niños, vietnamitas y americoasiáticos. La hermana Nhã y otras dos monjas nos cuidaban. Me habría gustado quedarme ahí, pero cuando tenía tres años, las tropas comunistas tomaron el orfanato. Tuvimos que irnos a la nueva zona económica situada en las montañas de Lâm Đồng. Allí trabajé en los campos con la hermana Nhã. No teníamos suficiente para comer. Fue muy duro. —Le habría gustado seguir, pero era consciente de que tenía que parar para que el señor Thiên tradujera.

—Y esa monja tan buena que te cuidó ¿dónde está? —preguntó el señor Dan.

—Murió cuando yo tenía doce años. Después viví en la calle durante mucho tiempo.

El señor Dan parecía a punto de llorar.

—Lo siento muchísimo.

Phong cerró los ojos. El dolor de su pasado se clavaba en él como las afiladas pinzas de un cangrejo del barro.

—No quería mendigar, así que intenté encontrar trabajo. Pensé que podría trabajar de camarero o friegaplatos, pero los dueños de los

locales se reían de mí y me decían que sus clientes se marcharían por culpa de mi piel sucia. Otros se limitaban a arrugar la nariz. Por suerte, conocí a un conductor de autobús y me dejó trabajar como ayudante.

El señor Dan volvió a disculparse, como si fuera culpa suya.

—Has dicho que has estado buscando a tu padre, ¿cómo lo has hecho?

—Acabo de hacerme una prueba de ADN, señor.

La mujer se aclaró la garganta.

—Nos has dicho antes que tu solicitud de visado a los Estados Unidos había sido denegada, ¿habías intentado salir antes?

—Sí, señora. Lo solicité una vez, en los años noventa, pero tampoco me dieron el visado.

En lugar de interpretar, el señor Thiên le preguntó directamente:

—¿Por qué no pudiste conseguir un visado entonces? Con tus rasgos faciales, debería haberte sido muy fácil salir en aquel momento.

—No tenía suficiente documentación, señor tío. Por eso vuelvo a solicitarlo. Por favor, entienda mi situación. Tengo que llevar a mi familia a América para darle un futuro.

El señor Thiên tradujo. La mujer miró a su marido, abrió la palma de la mano y dijo algo que sonó como: «¿Ves? Tie lio dije».

Phong miró al señor Thiên por si traducía, pero él reaccionó como si ella no hubiera dicho nada.

El señor Dan tampoco contestó a su mujer. Miró a Phong y dijo algo.

—¿Así que creciste en Saigón? ¿Cómo acabaste viviendo en el delta del Mekong? —tradujo Thiên.

Phong sintió que sudaba, aunque el aire era frío. La forma en que esta gente lo atacaba con sus preguntas no era muy distinta de la que empleaban la Policía o los funcionarios de visados. Le habría gustado explicar que se había ido de Saigón a Bạc Liêu por culpa de la familia Khuất, pero entonces tendría que contarles que había intentado irse a los Estados Unidos con unos desconocidos.

—Mi trabajo en el autobús me llevó a Bạc Liêu. Allí conocí a mi mujer. Se llama Bình —dijo. Al pensar en su alma gemela, Phong se animó y sonrió—. Algunas veces es muy testaruda, pero es la mejor persona que conozco y la mejor de las madres para nuestros dos hijos. Tenemos una buena familia. Trabajamos mucho, pero la vida es así. Algunas veces mis hijos no tienen para comer.

—Lo siento, pero tengo que preguntártelo —dijo la mujer, enderezándose en la silla—. Si encuentras a tu padre, ¿qué esperas recibir de él?

—Quiero que sepa que lo he echado mucho de menos durante toda mi vida. —A pesar de sus esfuerzos, se le llenaron los ojos de lágrimas —. Quiero que conozca a mis hijos y a mi mujer y quiero que sea parte de nuestra familia.

—Pero también quieres que te ayude a ir a los Estados Unidos, ¿verdad? —preguntó la mujer.

—Sí… sería maravilloso, señora. Aquí no tenemos futuro. La gente nos desprecia, considera que no somos de los suyos.

La mujer se volvió hacia Dan y repitió: «¿Ves? Tie lio dije». Luego dijo una frase muy larga de la que Phong solo captó algo así como «timo» y «À-mé-ri-cà».

Phong miró hacia Thiên, pero el guía tenía los ojos puestos en la puerta de entrada como si quisiera marcharse.

Se hizo el silencio. La música del piano seguía sonando, cada nota martilleaba las sienes de Phong y hacía que la cabeza le diera vueltas y le sudaran las manos. El aire perfumado era sofocante.

Tragó saliva. Tenía que esforzarse más.

—Señor y señora, por favor… —Phong se retorció los dedos—. Les agradecería que me ayudaran a encontrar a mi padre. El consulado americano dijo que si tengo pruebas de que mi padre fue un soldado, podría ir a su país. A lo mejor ustedes podrían hablar con el funcionario de visados, seguro que a unos estadounidenses les hacen caso…

—Solo son turistas, no conocen a nadie del consulado —interrumpió Thiên.

—Tío… por favor… esta gente está muy interesada en mi vida, a lo mejor quieren ayudarme.

—¿Interesados? ¿Ayudar? ¡Ja! De ninguna manera. Son egoístas, egocéntricos e ignorantes. Solo querían hablar de tu pasado para satisfacer su curiosidad. Ni tú ni yo les importamos nada. Viven una vida llena de privilegios y consideran que no valemos nada.

Phong miró a Dan y a su mujer. Era una suerte que los extranjeros no entendieran el vietnamita. ¿Habían pagado al señor Thiên para que fuera su guía turístico? Si era así, habían elegido mal.

Al otro lado de la mesa, la mujer negó con la cabeza mientras intercambiaba unas palabras con su marido. Ambos parecían disgustados. Phong deseó marcharse de ahí.

—Tío Thiên, ¿podría traducir lo que he dicho? Por favor, dígales al señor Đan y a su esposa que mi familia estaría agradecida por su ayuda —insistió, desesperado.

—Ya te he dicho que no hay que pedirles nada —respondió fríamente Thiên.

Cuando la pareja terminó de discutir, Thiên les dijo algo muy breve. No mencionó la palabra «À-mé-ri-cà» en ningún momento, así que con toda seguridad no estaba traduciendo lo que Phong le había dicho antes.

La mujer metió la mano en una mochila, sacó un fajo de dongs vietnamitas y lo empujó sobre la mesa.

—Lamenta tu situación, pero no pueden hacer nada —dijo Thiên—. Este dinero es para tus hijos, para ayudarles con sus estudios.

Phong se quedó mirando el dinero. Cada billete era de cincuenta mil dongs. El fajo parecía de unos diez billetes, casi veinticinco dólares. El dinero sería de gran ayuda, pero se daba cuenta de que, si lo cogía, la mujer pensaría que era un timador y no querría que su marido lo ayudara.

—Gracias, señora, pero no estoy aquí para mendigar su dinero —contestó mientras rechazaba los billetes. Le dedicó a la mujer su mejor sonrisa y la miró a los ojos—. Para poder ir a América, necesito encontrar a mi padre y no sé cómo hacerlo. Por favor… ¿podrían usted y su marido hablar de mí con sus amigos? O tal vez podrían ponerse en contacto con algunos veteranos en América y contarles mi caso. A lo mejor alguien conoce a otra persona que conoce a mi padre. Por favor… Es posible también que no le quede mucha vida por delante…

—Phong, puedo decirles que no quieres el dinero, pero no puedo insistir para que te ayuden —interrumpió de nuevo el señor Thiên.

—Por favor, ¿podría traducir lo que acabo de decir?

Thiên suspiró, pero le dijo algo a la mujer. Esta vez tampoco mencionó la palabra «À-mé-ri-cà». La mujer frunció el ceño y guardó el dinero en la mochila. Las palabras que pronunció sonaron tan frías como las de los funcionarios de visados.

—Lamenta que no quieras que ayude a tus hijos, pero no puede hacer otra cosa. Te desea mucha suerte —dijo Thiên.

La mujer se levantó y dijo algo a su marido.

Thiên se puso en pie.

—Phong… han tenido un día muy largo y están cansados. Vámonos ya.

¿Irse? ¡No! Thiên no había traducido las preguntas más importantes para Phong.

—Por favor, tío —insistió—. El señor Đan ha dicho que quería saber cómo era la vida para los americoasiáticos y tengo muchas cosas que contarle.

—Créeme, ayudarte es la menor de sus preocupaciones en este momento. Ya tienen suficientes líos. —Tras decir esto, Thiên sacó el

móvil del bolsillo y jugueteó con él.

Al otro lado de la mesa, la pareja volvía a discutir. El tono de voz cada vez más alto y los rostros congestionados hicieron que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Phong. El señor y la señora Khuất habían discutido así después de conocer la noticia de su solicitud de visado. Y luego le habían echado a él la culpa.

—¿Están molestos por mi culpa, tío? —susurró Phong.

—La verdad es que no. *Giận cá chém thớt.* —Thiên se encogió de hombros.

Como decía el refrán, se enfadaban con el pescado pero daban golpes a la tabla de cortar. La pareja estaba culpando a Phong aunque él no fuera el problema.

—¿Desde cuándo los conoce, tío? Tal vez pueda usted convencerlos para que me ayuden cuando hayan resuelto sus problemas.

—Por suerte, no los conozco mucho. Soy su guía turístico desde ayer, pero hoy es el último día que trabajo para ellos.

La mujer alzó las manos; Dan le puso una de las suyas en el hombro y dijo algo, pero ella se apartó y se fue en dirección al ascensor.

Phong se alegró de que la mujer se marchara. ¿Cómo podía el señor Dan, que parecía amable y gentil, soportar a una mujer tan arrogante y maleducada, una mujer que lo dejaba en ridículo en público? Bình se comportaría mejor. Si tuvieran un problema, Bình lo hablaría con él en privado. Como decían en vietnamita, no *vạch áo cho người xem lưng:* no levantaría la camisa de su marido para que los demás le vieran la espalda desnuda.

Se volvió hacia Dan con la esperanza de que la partida de la mujer les diera la oportunidad de tener una conversación de hombre a hombre.

Pero en lugar de sentarse otra vez, Dan extendió la mano y estrechó la de Phong con fuerza.

—Lo siento —dijo Dan en inglés, muy despacio.

A Phong se le nublaron los ojos. Lo que necesitaba era ayuda, no una disculpa.

—*Tôi xin ông, hãy cho tôi cơ hội hỏi ông vài câu hỏi* —dijo en vietnamita con la intención de que el estadounidense le diera la oportunidad de hacerle algunas preguntas.

Dan retiró la mano. Sin una sola mirada a Thiên, se apresuró a seguir a su esposa.

Al ver cómo desaparecía la pareja, Phong se sintió como si una serpiente le hubiera mordido en la cara, y se le crisparon los músculos de las mejillas. Había esperado durante todo el día, ¿para qué? ¿Para satisfacer la curiosidad del americano en relación con los sufrimientos

que había padecido? Ahora tendría que pasar otra noche en el parque. Qué tonto había sido al rechazar semejante suma de dinero.

Thiên estaba escribiendo en el móvil. A Phong le caía fatal aquel individuo, pero quería hacerle otra pregunta.

—Tío, vi su nombre en el periódico *Tuổi Trẻ*. ¿Es usted el que ayuda a su amigo «Tôm Sờ-Mít» a encontrar a su novia vietnamita Lan Lan?

Thiên levantó la vista al instante.

—Sí. ¿Y?

—El señor «Tôm Sờ-Mít» ¿está aquí en Saigón? ¿Puedo hablar con él, por favor?

—Se fue la semana pasada. —Thiên dejó caer el teléfono en el bolsillo de la camisa—. Ahora tengo que irme; aquí tienes mi tarjeta de visita. Llámame mañana por la noche. Anotaré tus datos, y si tengo un cliente negro que busque a su hijo, me ocuparé de tu caso.

—Pero señor tío…

—Mira, he tenido un mal día y no quiero aguantar ahora tus historias. Llámame mañana, ¿vale? —añadió, apresurándose hacia la puerta de entrada.

Phong agarró la tarjeta de visita. Thiên significaba «cielo», pero aquel hombre solo quería los datos personales de Phong para sus futuros negocios.

Phong rompió en pedazos la tarjeta con un hormigueo de satisfacción. Había memorizado el número de teléfono que aparecía en el aviso del periódico que mencionaba a Tom Smith y lo borró de su memoria. No tenía espacio en la cabeza para un hombre tan desagradable como aquel Thiên.

El Buda sonriente

Saigón, 1969

Llovía a cántaros el día en que Trang se fue a vivir con Dan al apartamento. Dejaron las ventanas abiertas y se quedaron en la cama mirando la cortina de plata. El viento entraba en el piso y Trang temblaba mientras Dan le iba quitando la ropa despacito. Hicieron el amor acompañados por el murmullo de la lluvia.

Cuando Dan se apartó y su respiración se fue calmando, Trang le acarició el vientre con el dedo describiendo círculos. Tenía la sensación de que la lluvia lo había traído y que él formaba parte del agua, pura y celestial. Ahora que estaban juntos, creía que la guerra ya no podía tocarlos.

—Soy muy feliz —dijo Trang. Y era cierto. No sabía cómo era estar casada, pero tenía la sensación de que Dan era su marido. A partir de aquel momento, quería cuidar de él.

—Yo también soy muy muy feliz —dijo él, abrazándola.

Trang apoyó la cabeza en el antebrazo de Dan. El aire era fresco y Dan estaba caliente. Se habría quedado así para siempre.

Cuando empezó a entrarle sueño, se dijo que no había deshecho el equipaje. Se levantó sin hacer ruido y tapó a Dan con su camisa.

—Duerme un ratito, *em*… —dijo Dan con voz ronca.

—Tengo que ir al mercado. —Trang miró el apartamento vacío y las bolsas por el suelo. No hacía falta deshacer las maletas en aquel momento, pero un hogar no estaba completo sin un altar. Necesitaba las bendiciones del Buda sonriente. Le había traído suerte y tenía que seguir rezándole.

—¿Mercado? —Dan se frotó los ojos—. ¿Quieres comprar comida? Tengo algo de chocolate en la mochila…

—No tengo hambre. —Trang le besó la frente.

—Yo sí, me comería estos deliciosos mangos —dijo Dan agarrando los pechos que colgaban ante él.

—Chico malo. —Trang le dio una palmada en las nalgas y se levantó de la cama. Se puso el vestido por la cabeza.

—¿Te vas ya? —Dan se incorporó—. ¿Puedo acompañarte?

—¿Tú? ¿Al mercado?

—¿Por qué no? —Se puso los vaqueros, saltando sobre un pie—. Al

menos, puedo ayudarte a cargar.

Trang se peinó. Si Dan iba con ella, los vecinos se enterarían y la noticia podría llegar a su pueblo. Hiếu lo sabría, pero ya le daba igual. En comparación con Dan, Hiếu era un cobarde: nunca se había atrevido a confesar sus sentimientos hacia ella.

No sabía nada de Hiếu y se preguntaba si lo habrían reclutado. El padre de Hiếu había vendido los búfalos y las vacas para pagar los sobornos necesarios para que su hijo escapara del alistamiento forzoso, pero había oído decir que ningún joven podía evitar para siempre las llamadas a filas. Para mantener ardiendo el fuego de la guerra, necesitaban más madera en forma de hombres.

—No pongas esa cara de preocupación. —Dan le pasó la mano por la frente para borrarle las arrugas—. Saldré primero por la puerta de atrás. ¿Dónde te espero?

Trang miró la sonrisa de los ojos de Dan y se dio cuenta de que, en aquellos tiempos tan turbulentos, el decoro no importaba: lo importante era el amor.

—Vamos a salir juntos —anunció Trang. Era arriesgado, pero le emocionaba la idea de presumir de su hombre.

El mercado rebosaba actividad. Todo el mundo seguía con su vida, a pesar de la guerra. Dan la cogió de la mano mientras examinaban un puesto tras otro. La gente volvía la cabeza, lo miraba y cuchicheaba. Trang había querido que fuera secreto, pero ahora sentía que el orgullo la invadía. Quería gritar al mundo que Dan era su novio.

Se detuvieron en un puesto de fruta.

—Qué cosa tan rara —dijo Dan. Cogió un rambután con pelos largos que formaban un nido en la palma de su mano—. ¿Seguro que es comestible?

—El color rojo da suerte —contestó Trang. Apretó ligeramente la fruta para comprobar su firmeza. Tenía que comprar cinco tipos de fruta de cinco colores diferentes para el altar.

—¿Dónde lo has encontrado? ¡Qué guapo es! —exclamó la vendedora, mirando a Dan.

—¿Cómo pregunto cuánto vale? —dijo Dan, dándole un golpecito con el codo.

—*Bao nhiêu một ký.*

Dan se volvió hacia la vendedora.

—«Bau nhiu mut ki.»

La mujer soltó una carcajada.

—Para ti, un dólar por kilo.

—*Năm chục đồng một ký, dì ơi* —regateó Trang.

—«Nam chuc dung mut ki, zi oi» —repitió Dan con mal acento.

La vendedora resopló y negó con la cabeza. Dio a Dan una cestita de bambú.

—Coge los que quieras, eres demasiado guapo.

Volvieron del mercado cargados con flores, incienso, un altar de madera, un Buda sonriente, bolsas con fruta y unas estampas llamadas «dinero de los antepasados» hechas con papel de bambú. En casa, Trang enseñó a Dan a disponer el altar, colocar las frutas en un plato, rezar con incienso y qué debía decir mientras quemaban el dinero de los antepasados para enviárselo a los muertos. Arrodillada junto a Dan, Trang susurró unas oraciones al Buda sonriente y le pidió que protegiera a Dan y que no le sucediera nada malo a su helicóptero.

Empezaron a deshacer las maletas y a meter la ropa en el armario. Antes de terminar, Dan la agarró por la cintura y la echó sobre la cama.

En mitad de la noche, se despertaron y se buscaron. Dan era tierno y cariñoso. Cuando trabajaba en el bar, el cuerpo de Trang se tensaba de miedo cada vez que otro hombre la tocaba, pero había aprendido a confiar en Dan. Había descubierto la capacidad de relajarse, rendirse y buscar el placer. Sabía cantar bajo las caricias de Dan y estas le enseñaron que, cuando estaba con él, podía olvidarse de sus propios problemas. No tenía ninguna responsabilidad con sus padres. Ningún rastro de vergüenza. Solo experimentaba la abrumadora sensación de que tenía derecho a la felicidad. Y creía que la pasión entre ella y Dan estaba alimentada por la sensación de estar atrapados entre la intimidad y la extrañeza, el sueño y la realidad, la seguridad y el peligro.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Dan le había metido dinero en el bolso. Comprendió que podía utilizarlo para comprar comida para los dos o para pagar el agua y la electricidad. Supuso que podía quedarse con lo que sobrara y se sintió agradecida.

Dan le dijo que lo iban a trasladar a otra unidad y que se ausentaría con más frecuencia. Trang se asustó. ¿Eso significaba que tendría misiones más peligrosas? Cuando se lo preguntó, Dan se limitó a sonreír y a decirle que no se preocupara. Trang preparó una comida abundante, y aquella noche, mientras cenaban, le explicó por qué era importante descalzarse antes de entrar en una casa, por qué había que invitar a comer a las personas mayores en primer lugar y cómo sostener los palillos.

Después de cenar, se sentó en el suelo, junto a un cubo de agua. Mientras le enjabonaba el pelo y se lo lavaba cuidadosamente, mechón a mechón, él le habló de su familia. Venía de una ciudad llamada Seattle. Tenía una hermana y echaba mucho de menos a su

madre.

Dan tenía que quererla. ¿Por qué, si no, le hablaba de su familia? No mencionaba nunca la existencia de una esposa o de una novia, y Trang estaba segura de que no tenía a nadie. No le hacía falta preguntárselo: confiaba en que le decía la verdad, ya que parecía una persona muy abierta.

Se acercaba la hora del toque de queda y Dan tenía que volver a la base, pero Trang se aferró a él.

—No te vayas —rogó. No tenía ni idea de qué era exactamente lo que iba a hacer en aquellas misiones y no quería saberlo.

—Volveré, *em.*

—Recuerda: vuelas muy alto, no hagas tonterías.

Él asintió.

—Vuelo alto, los del Vietcong no llegan tan arriba.

A la mañana siguiente, Trang estaba tan inquieta que salió a pasear. Le pesaban tanto los pies como si cargara con cubos de agua. Pasó por delante del edificio donde antes vivía Hân, que ahora se había echado novio y se había trasladado con él a Đà Nẵng.

Llamó a la puerta del apartamento de Quỳnh. La compañera de habitación abrió, la dejó pasar y se metió de nuevo en la cama.

—Despierta, hermana. Ven a desayunar conmigo —dijo Trang, sacudiendo a Quỳnh por el brazo.

Quỳnh se dio la vuelta. Tenía la cara sucia de maquillaje y el aliento le apestaba a alcohol.

La habitación estaba tan silenciosa como un libro que nadie hubiera leído. Trang examinó cada mueble, cada prenda de ropa, consciente de cuánta historia tenía cada objeto, como una página sin abrir. Se acostó junto a Quỳnh. Miró los hombros huesudos de su hermana, pero no se atrevió a tocarlos, ya que sabía lo mucho que Quỳnh necesitaba dormir. Se había disculpado después de la pelea, pero la distancia entre ambas se iba haciendo cada vez mayor, igual que el caudal del río durante la estación de las lluvias. Trang habría cruzado ese río para estar de nuevo cerca de su hermana, pero tenía miedo de que el peso de sus secretos la ahogara. Se preguntaba qué secretos guardaba Quỳnh.

¿Qué estaría haciendo su *Má* en aquel momento? Estaría dando de desayunar a su padre o trabajando en el campo. Seguro que estaba triste porque sus hijas no iban a verla. Las noticias hablaban de ataques del Vietcong en la carretera a Kiên Giang, pero la gente seguía viajando. Debería llevar a Dan a casa y presentárselo a sus padres. Se alegrarían de saber que un hombre tan maravilloso se había enamorado de su hija.

Solo esperaba que Dan estuviera a salvo.

Cuando abrió los ojos, vio que Quỳnh la estaba observando. Por la ventana entraba una luz cegadora. El calor le dijo que, probablemente, era ya mediodía.

—¿Todo bien? —preguntó Quỳnh.

—Todo perfecto —contestó Trang con una sonrisa.

—¿Tu novio te sigue tratando bien? —Quỳnh se puso boca abajo y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—Soy su princesa.

—¡Ja! Dime, ¿cuánto te paga a la semana?

—Con él el dinero no importa, *em*.

—Claro que importa, eso es siempre lo primero. Por eso estamos aquí, *chị Hai*. No dejes que te engañe. —Quỳnh se sentó—. Recuerda que, además del alquiler, la electricidad y el agua, tiene que darte por lo menos cien dólares al mes. Es lo que tienen que hacer los soldados si quieren una chica para ellos solos.

Otras chicas del bar le habían hablado de esa regla, pero ¿cómo podía decírselo? Estaba con él porque se sentía bien; su amor era más puro que el dinero.

Se levantó de la cama y se recogió el pelo en un moño.

—Ven, deja que te invite a *bún thang*.

Mientras tomaban unos cuencos humeantes llenos de sopa de fideos cocinados con pollo, cerdo y gambas secas, evitó mencionar a Dan y cotilleó sobre las otras chicas del bar.

Después, Trang fue al Hollywood. Fingió estar enferma, corrió varias veces al baño como si quisiera vomitar y no paró de toser tan fuerte que le dijeron que se marchara a casa. Pasó por el mercado y compró una calabaza roja, madura, grande y espinosa. De vuelta a la cocina, extrajo la pulpa roja, la marinó con vino de arroz y sal y la mezcló con el arroz glutinoso que había remojado la noche anterior. Luego lo coció todo al vapor con leche de coco. Se postró ante el Buda sonriente y rezó por la seguridad de Dan. Después de que se consumieran las tres barritas de incienso, la puerta se abrió y vio la silueta de Dan recortada en el atardecer.

Se precipitó hacia él y lo abrazó con tanta fuerza que pensó que no podría liberarse. Dan le arrancó el pijama y la inmovilizó contra la pared. Con ella aferrada a su cintura, le hizo el amor con urgencia.

Más tarde, en la cama, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tu delta del Mekong es muy hermoso. Lo veo desde la cabina del helicóptero, *em*.

«¿Ca-binia?» ¿Ahí se sentaba Dan cuando volaba su helicóptero?

—Ve con cuidado. —Trang le acarició los labios—. Y vuelve conmigo.

—Por supuesto —dijo Dan, rodando en la cama y poniendo a Trang encima de él.

Trang le besó los músculos del pecho y luego fue bajando la boca.

—Quédate quieto y cierra los ojos.

Su pene estaba dormido cuando Trang lo alcanzó, pero no tardó en crecer y levantarse.

—Oh, nena, ¿dónde has aprendido a hacer eso? —gimió Dan.

Trang sonrió. Unos días antes, había encontrado en el bar un libro con fotos de una pareja que se daba placer de formas que ella desconocía. Sus expresiones le mostraron que aquella forma de sexo no era sucia y mala como su trabajo le había hecho creer. El sexo era uno de los mejores regalos que una persona podía ofrecer a su amante.

Cuando llegó el turno de Dan de darle placer, Trang cerró los ojos y dejó que la música de su cuerpo la elevara y la llevara a lugares lejanos donde veía las montañas más azules, las nubes más encantadoras y las estrellas más brillantes.

Más tarde, cenaron desnudos en la cama. El arroz glutinoso se fundía en la boca con un delicioso sabor dulce y salado. Le fue dando a Dan los granos de arroz y se reía cuando él le mordía los dedos. En el exterior, la guerra hacía estragos y la gente moría, pero allí, en su apartamento, Trang tenía la sensación de que se encontraba en un mundo de paz, seguridad, protección y plena confianza. La asombraba poder amar a una persona sin que importaran las barreras de la lengua, el color de la piel o la nacionalidad, y que el amor fuera más fuerte y poderoso que cualquier guerra. El amor superaba los miedos y las amenazas.

Cuando Dan volvió otra vez, le trajo un regalo muy especial: una mimosa púdica. Ella le había descrito su arrozal y lo mucho que lo echaba de menos, así que Dan le llevó un trozo de campo plantado en una lata de conservas. Mientras observaba cómo la planta abría tímidamente sus hojas, Trang sintió que florecía con ella.

Trang había llevado consigo un diario y tomaba notas en sus páginas. Traducía sus poemas de amor favoritos y se los leía a Dan. También escribía sus propios poemas, que no trataban de amor, sino de un mundo de paz donde la bondad y la compasión crecían y florecían y la luz vencía la oscuridad de las guerras y la violencia.

Dan tenía una agenda muy apretada y no podía salir de Tân Sơn Nhứt tan a menudo como antes. Ella lo extrañaba como el campo de arroz echa de menos a la lluvia, como el mar echa de menos a las olas, como el arroyo echa de menos a los peces. Tenía hambre de él y de su

amor. Pero, con el paso de las semanas, se dio cuenta de que él estaba cada vez más callado, distraído, perdido durante sus visitas breves y esporádicas. Intentó convencerse de que era normal, de que las parejas se quedaban sin temas de conversación. Quería saber qué había visto durante los vuelos, pero estaba prohibido hablar de esas cosas.

Una noche, Dan llegó con aspecto cansado y retraído y se limitó a contestar a sus preguntas con murmullos entre dientes. Trang intentó animarlo mientras cenaban contándole una historia divertida que había oído en el bar. Estaba riéndose en mitad del relato cuando él dejó caer la cuchara y la miró fijamente, con la cara enrojecida.

—¿Te acuestas con otros hombres? —le preguntó.

Ella se estremeció. Aquellas palabras, más afiladas que un cuchillo, se clavaron en Trang.

—Claro que no. Te soy fiel, *anh.*

—Entonces quédate en casa. ¿Necesitas dinero? Cógelo —dijo, tirando la cartera sobre la mesa.

Claro que necesitaba dinero. Tenían que pagar las deudas de sus padres y, desde que se había mudado a vivir con Dan, sus ingresos se habían reducido a menos de un tercio. Si Dan hubiera querido ayudarla de verdad, lo habría aceptado, pero aquel comportamiento era tan arrogante que sintió que el calor le subía a la frente.

Dejó los palillos.

—Tienes que confiar en mí como yo confío en ti. No hago nada malo. No voy con hombres a la zona reservada.

Decidió que no quería depender de su dinero. Tenía que ser independiente, ahorrar para pagarse unos estudios. Además, ¿qué iba a hacer todo el día en casa cuando él estuviera fuera?

—Si quieres trabajar, búscate otro trabajo.

—Lo he intentado, ¿no te acuerdas? Y te he contado lo difícil que es.

Cuando conoció a Dan, tomó la decisión de encontrar trabajo en una oficina. Había pasado semanas escribiendo solicitudes de empleo, pero había sido en vano. No había conseguido una sola entrevista. Había demasiados parados, y el hecho de que no hubiera terminado el instituto no era de ninguna ayuda.

—Entonces, esfuérzate más. —Dan se alejó de la mesa, dejando el tazón de *phở* a medio comer.

Después de aquella escena, Dan no volvió durante varios días, y Trang se echó la culpa. Repasó innumerables veces la discusión que habían tenido, diciéndose que era solo un malentendido. Pero intuía que no lo era. Las palabras de Quỳnh resonaban en su cabeza como una maldición: «Todos son así al principio, pero en cuanto se

convierten en tu dueño, caen las máscaras».

La siguiente vez que Dan se presentó, Trang le mostró los muchos anuncios de trabajo que había recortado de los periódicos y le explicó que no había tenido suerte. En vez de escucharla, Dan cogió el *Saigon Daily News* que había comprado aquella mañana. Se quedó mirando el artículo de la primera página sobre un presunto ataque vietnamita a un café de Saigón. Contempló las fotos de dos vietnamitas, un hombre y una mujer, con los cuerpos destrozados y ensangrentados. De repente, rechinando los dientes, empezó a romper el periódico en pedazos.

—¿Qué te pasa, *anh?* —preguntó Trang más tarde, cuando terminó de barrer el papel roto.

—¿Cómo puedes hacer esa pregunta con todo lo que está sucediendo? —Dan se fue al baño y cerró la puerta tras de sí.

Trang miró los fragmentos de papel. El mundo ilusorio que había construido y en cuya existencia había creído se había desmoronado. Qué ingenua había sido al pensar que su relación con Dan los salvaría. Dan tenía razón. Ella había estado fingiendo que las cosas eran normales cuando debería estar furiosa por la guerra y apenada por las víctimas.

Cuando Dan salió, se sentó a su lado en el sofá. Murmuró palabras de disculpa, la atrajo hacia sí y hundió la cara en su pelo.

—Dime qué te pasa, *anh.* ¿Has visto cosas durante los vuelos que te preocupan? —preguntó más tarde, cuando terminaron de hacer el amor y estaba desnuda en sus brazos. Cuando se conocieron, él le dijo que su helicóptero solo transportaba pasajeros, pero ella ya no estaba tan segura.

Se estremeció como si le hubiera salpicado agua hirviendo. Se apartó de golpe, se levantó de la cama y se vistió.

—*Anh*… por favor, ya nunca quieres hablar conmigo.

—Ten cuidado con tus preguntas. —Dan la fulminó con la mirada; el cinturón tintineó mientras se lo abrochaba—. No querrás que piense que eres un miembro encubierto del Vietcong, ¿verdad?

El miedo corrió por sus venas. Abrió la boca, pero tenía las palabras pegadas a la garganta.

Él salió del dormitorio y, cuando regresó al cabo de un rato, le dijo que no hablaba en serio y que lamentaba que no hubiera entendido su broma. Cuando Trang terminó de vestirse, él ya se había ido y había dejado algo de dinero sobre la mesa. Empezaba a ver un patrón de conducta en su comportamiento: llegaba distraído, nervioso, y estallaba por algo que ella decía o hacía. Más tarde, se disculpaba, actuaba con ternura y volvía a ser el hombre del que ella se había

enamorado. Otras veces, sin embargo, permanecía callado y pensativo, pero se aferraba a ella como para no ahogarse.

A Trang le habría gustado ponerse en contacto con alguna amiga que tuviera un novio americano para que la ayudara a entender el comportamiento errático de Dan. Pero todas sus amigas trabajaban en el Hollywood. Y si se lo contaba a Quỳnh, esta insistiría en que dejara a Dan.

Se sentó en el suelo y se quedó mirándose la palma de las manos. Había creído que Dan no se vería arrastrado a lo peor de la guerra, pero ahora parecía obvio que ya estaba en medio de ella. Se lo imaginaba volando por encima de los arrozales de su pueblo, imaginaba que los cadáveres esparcidos bajo el helicóptero eran los de sus padres y sus vecinos. Se echó a llorar.

Más tarde, se arrodilló ante Buda y sostuvo en alto las varillas de incienso humeantes. Rezó por Dan, para que protegiera su inocencia. Rezó para que siguiera siendo el chico amable que había conocido, la persona de la que se había enamorado. Rezó por sus padres, por su hermana y por todos sus conocidos. Rezó para que el monstruo de la guerra desapareciera.

A la semana siguiente, abrió la puerta y vio a Dan con una expresión sombría. La apartó, fue directamente a la nevera y se quedó ahí de pie, bebiendo una lata de cerveza tras otra, hablando solo y maldiciendo. Cuando ella sirvió la cena, miró el plato de sopa de tomate, se llevó la mano a la boca y vomitó en el suelo.

—¡No cocines nada rojo! —gritó mientras se lavaba en el baño.

Trang contempló la sopa, hecha con tomates maduros que había salteado con gambas finamente picadas. Tal vez el color fuera semejante al de la sangre —sangre que había visto o sangre que él había hecho derramar—. Se estremeció. Dan estaba haciendo que la guerra entrara en el apartamento y ahora ella tenía que combatirla.

Durante las siguientes visitas, el abismo entre ambos se hizo más grande y más profundo. Dan dejó de intentar hablar o aprender vietnamita. Lo único que quería era comida, sexo y dormir. Antes disfrutaba escuchándola leer en voz alta en la cama, pero ahora los sonidos violentos de la música *rock* americana reemplazaban su voz. Bebía constantemente cerveza, whisky y otros licores fuertes cuyos nombres ella desconocía. Fumaba *cần sa,* que él llamaba «hierba». Sus ojos ya no tenían luz, solo oscuridad.

Incluso su piel olía diferente. Olía a muerte y a ira. Antes le gustaba el sabor de su boca, pero ahora apestaba a tabaco y a alcohol, igual que los hombres que frecuentaban el bar. Había imaginado que su amor era puro y delicioso, como las flores de la mimosa púdica, pero,

a pesar de sus esfuerzos, la planta se había marchitado. Cuando recogió las hojas secas, sintió que sus sueños también se habían agostado.

—No hago nada malo, *em.* No mato a nadie. ¿Me crees? —dijo Dan un día, mientras salía del apartamento, con la mano ya en el picaporte de la puerta.

Ella se mordió los labios. Tenía mil preguntas que exigían respuesta.

—Quédate y cuéntame más, por favor…

—No puedo —Negó con la cabeza y la miró con desesperación—: Necesito que confíes en mí, que creas que no hago nada malo. Al menos, a propósito.

Ella lo miró a la cara. Tenía arrugas de preocupación en la frente y bolsas oscuras bajo los ojos. Parecía que había envejecido en los últimos meses. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, confío en ti, *anh.*

Dan tomó su cara entre las manos y la besó. Fue el más tierno y apasionado de los besos.

Cuando se fue, Trang dio vueltas por el apartamento. Había oído su petición de auxilio. Se hundía y ella podía ser su salvavidas. Tal vez nunca tuviera la oportunidad de estudiar medicina, pero ahora se le presentaba la ocasión de salvar a alguien.

Ordenó el apartamento. Salió y compró un libro de recetas de platos occidentales. Se lo enseñaría a Dan y le preguntaría qué quería comer. Se le ocurrían planes para pasar tiempo juntos fuera del apartamento, para recordarle lo mucho que se divertían antes. No solo podían ir a los mercados, sino también a museos, parques, cines y teatros. Pediría prestada una moto para pasear por la ciudad.

Pero cuando Dan llegó, rechazó con un gesto todas sus sugerencias. Se quedó mirando las coloridas páginas del libro de cocina como si estuvieran en blanco.

—Haz lo que quieras —dijo.

Ya no elogiaba sus platos. Rara vez sonreía. Desaparecía durante días y, cuando iba a verla, se sentaba con la espalda apoyada en la pared y los ojos clavados en la puerta. Ya no comía en la calle con ella. Antes no llevaba nunca armas, pero ahora tenía siempre encima una pistola.

De camino al trabajo en el bar, Trang pasaba a menudo por el apartamento de Quỳnh para recogerla. Un día, la encontró acurrucada en un rincón de la habitación. La noche anterior, Quỳnh había ido a pasar «un rato largo» con un soldado; este la amordazó, la ató a la cama y le pegó.

—Aléjate de esos hombres, *em*… —dijo Trang haciendo una mueca de dolor mientras aplicaba aceite de eucalipto en los hematomas negros y morados de los brazos de su hermana.

—Es como si estuvieran poseídos por demonios —dijo Quỳnh.

—¿Quiénes?

—Esos soldados… Los recién llegados son civilizados. Pero después de ir al frente, cambian.

Trang asintió. Lo había visto con Dan.

—He estado pensando que la violencia es un veneno. Cuando cometes actos de violencia o eres testigo de ellos, te pudres por dentro.

—Sí, por eso estos hombres me dan miedo, pero también me dan pena. Creen que vienen a ayudarnos, pero empeoran las cosas. Los bombardeos, los asesinatos… todo ese horror se vuelve contra ellos.

—Pero los del Vietcong no son mejores. También son brutales. Ojalá terminara todo esto de una vez.

—¿Qué vas a hacer cuando termine la guerra, *chị Hai?*

Trang inhaló el fuerte aroma a eucalipto y se llenó los pulmones. Así olía el amor de su madre. El aceite era siempre el primer recurso de su madre cuando ella y Quỳnh tenían la gripe, dolor de barriga, de cabeza o bien les picaba un insecto.

—Quiero irme a casa con *Ba* y *Má* —dijo. Ya no quería ser médica. Le estaba fallando a su primer paciente. Prefería volver a cultivar arroz, llevar las estaciones de la vida a su campo.

—Sí, volver a casa… —dijo Quỳnh con ojos soñadores.

Una vez más, Trang pidió a Quỳnh que fuera a vivir con ella. Dan ya no pasaba las noches en el apartamento, así que Quỳnh podría dormir allí. Pero Quỳnh negó con la cabeza.

—Dan paga el alquiler y no quiero tener nada que ver con él —dijo Quỳnh, aunque no sabía nada del comportamiento errático de Dan. Trang le había dicho a su hermana que Dan solo se dedicaba al transporte de tropas y no entraba en combate, pero Quỳnh seguía sin fiarse de él.

Por lo menos, Quỳnh aceptó no ir más a las habitaciones privadas con los clientes. Era ya lo bastante popular como para tener ingresos razonables solo entreteniendo a los hombres del bar. Habían conseguido pagar ya más de la mitad de las deudas de sus padres y en un par de meses podrían liquidarlas por completo y ser libres.

Sin embargo, cada vez era más difícil ganar dinero en el Hollywood. Muchos soldados se habían cansado ya de los bares que les cobraban el whisky de las chicas pero les servían té de Saigón. Mientras Trang trataba de seducir a los clientes para que la invitaran a

beber, no dejaba de pensar en Dan.

Sin embargo, Dan parecía estar muy perdido en su mundo. Ahora hacía el amor como si Trang no estuviera presente.

Cuando pasó tres semanas sin ir a verla, Trang fue a la base a buscarlo. Hasta aquel momento, el periodo más largo que había estado ausente había sido de una sola semana, cuando lo enviaron a pasar unos días de descanso en Taiwán, y se lo comunicó con antelación. En la base de Tân Sơn Nhứt, preguntó a los guardias armados si tenían noticias de él, pero la echaron de allí. Trang temía que lo hubieran matado.

Rezaba a Buda todas las noches. Y una mañana, mientras lavaba la ropa, Dan entró a trompicones en el piso, completamente borracho. Trang casi no lo reconoció: llevaba la cabeza vendada, la mano izquierda escayolada y cojeaba. Había adelgazado tanto que tenía las mejillas hundidas. Miraba inquieto de un lado a otro y se negó a que lo tocara. No contestó a ninguna de sus preguntas, le dio algo de dinero, lo justo para el alquiler, y se fue en el mismo taxi en el que había llegado.

La siguiente vez que fue a verla llovía. Se sentó en la cama con las rodillas contra el pecho y la cabeza entre los brazos. Cuando la lluvia golpeó la ventana se sobresaltó, como si cada gota fuera una bala.

—No hay que tener miedo. La lluvia es música, *anh.* —Trang lo abrazó por la espalda—. *À ơi… trời mưa bong bóng bập bồng, mẹ đi lấy chồng con ở với ai* —cantó en voz baja una nana al ritmo de la lluvia. Esa noche, Trang le cantó innumerables canciones de cuna, y él lloró.

Sus heridas sanaron y volvió a salir de misión. La iba a ver de vez en cuando y su vida sexual se reanudó.

Un día, ella no estaba en casa cuando él apareció. Fue al bar a buscarla. Cuando entró, Trang estaba tomando té de Saigón con un nuevo cliente. Después de regresar al apartamento, en el momento en que ella se dirigía al baño, él agarró una silla.

—Te lo estabas pasando muy bien con otros hombres. ¡Eres una puta! —gritó mientras le tiraba la silla.

Trang se agachó, la silla le pasó por encima de la cabeza y dio contra el altar. Al ver que el Buda sonriente se rompía en pedazos, se le doblaron las piernas.

—¡Cielos y tierra! —gritó, dejándose caer de rodillas y golpeando la cabeza contra el suelo—. Por favor, Buda, perdónanos, perdona…

—¡Cierra la puta boca! —Dan le tiró la lata de cerveza que estaba bebiendo. Le dio en el brazo, rebotó en la pared y el contenido se derramó por el suelo.

Trang corrió al baño, cerró y se apoyó contra la puerta. Temblaba.

Buda se enfadaría con Dan. Buda podía castigarlo, traerle mala suerte a él y también a ella por estar con él. Nadie podía evitar el karma.

Dan siguió dando vueltas por la habitación. Oyó el ruido de los muebles que tiraba contra la pared.

—¡Matar es nuestro trabajo y trabajar es bueno![2] —gritaba una y otra vez. En su última visita, vio esa frase en inglés en la camiseta de Dan. Le preguntó qué significaba.

—Dice lo que somos: unos cabrones.

Las lágrimas corrieron por la cara de Trang, disipando todas sus dudas. Si se quedaba con Dan, podía acabar muerta. Él era afortunado por tenerla a su lado, y si no se daba cuenta, peor para él. A diferencia de otras chicas del bar que se llevaban clientes a la cama tan pronto como sus novios se iban de misión, ella le había sido fiel. A diferencia de otras mujeres que exigían regalos caros y asignaciones mensuales, apenas le había pedido nada a Dan. Qué tonta había sido al pensar que la quería cuando, en realidad, Dan ni siquiera sabía cuál era su nombre verdadero. Ella conocía el suyo por las placas de identificación: no era Dan, sino Daniel. Daniel Ashland. Pero a él nunca le había interesado saber cómo se llamaba ella.

Descolgó la barra de hierro de la que colgaba la cortina de la ducha. Aunque la barra no era rival para el arma de Dan, tenía que defenderse.

Se hizo el silencio. Dan empezó a llorar. Al cabo de un rato, llamó a la puerta.

—Cariño, lo siento mucho.

—¡Vete! ¡Vete de aquí!

—¿Qué?

—No te necesito. Vete ya. Me has llamado «puta». ¡Vete a tomar por culo!

En toda su vida nunca había dicho algo así en voz alta, pero, una vez dicho, se dio cuenta de que la frase no expresaba toda su ira.

—*¡Đù má mày! ¡Mày chửi tao thì tao chửi ba má mày! ¡Tao chửi tổ tiên của mày đó!* —gritó en vietnamita, maldiciendo a los padres y antepasados de Dan. Si Dan lo entendiera, la mataría, pero le daba igual. Prefería morir a recibir insultos del hombre con el que había vivido como esposa. Qué tonta había sido al confiar en él. Había cocinado para él, le había servido, le había ofrecido su cuerpo y su alma y ahora él se la quitaba de encima como si fuera un mosquito.

—Cariño, por favor… Te juro por Dios que nunca jamás volveré a comportarme así —dijo Dan a través de la puerta.

—¡Vete de una vez, mentiroso! —Trang agarró con más fuerza la barra de hierro. Dan ya no era el chico amable que había conocido. Lo

que había visto y hecho lo estaba pudriendo por dentro.

—Cariño, te necesito. Soy un desastre, solo tú puedes ayudarme. Por favor, ¿quieres ayudarme?

Ella negó con la cabeza. Cuando él rompió a sollozar, Trang soltó la barra. Se dejó caer al suelo y las lágrimas rodaron por su rostro. Recordó la primera vez que se vieron, los recuerdos alegres que habían compartido. Con los ojos enturbiados por las lágrimas, vio quién era el enemigo: la guerra. La guerra se interponía entre ella y Dan como un monstruo gigantesco. Se reía de ella, enseñándole los dientes. Si se rendía, el monstruo la devoraría entera.

Abrió la puerta, se sentó junto a Dan y lo abrazó. Cuando se les secaron las lágrimas, él le pidió que le lavara el pelo. Ella comprendió la súplica silenciosa bajo sus palabras. Necesitaba que le lavara el humo y la muerte que había visto bajo las palas del helicóptero. Que le lavara los pecados.

—¿Se cayó el helicóptero? ¿Qué pasó? —preguntó mientras le acariciaba la gran cicatriz de la pierna.

Él asintió con la cabeza y se quedó mirando a lo lejos, sin pestañear.

**

Varias semanas después, se despertó con náuseas. Corrió al cuarto de baño y vomitó.

—¿Estás mal de la barriga? —oyó que le preguntaba Quỳnh, que la víspera había ido a cenar unas gachas de arroz que Trang había servido con rábanos blancos salados y huevos centenarios; después de la cena, las dos hermanas se acurrucaron en la cama, hablaron de los viejos tiempos y al final Quỳnh terminó por pasar ahí la noche.

Trang tuvo arcadas y volvió a vomitar.

—No puede ser tu deliciosa comida, yo me encuentro bien. —Quỳnh se agachó junto a Trang. Frunció las cejas en un gesto de preocupación mientras presionaba los dedos contra las venas del cuello y la muñeca de su hermana.

—¡Tienes el pulso disparado! —dijo Quỳnh con una exclamación.

Trang se levantó. Cogió una toalla y se secó la cara.

—¿Qué?

—¡Estás embarazada, *chị Hai!* —exclamó Quỳnh, llevándose las manos a la boca.

—No, te equivocas.

Al principio usaban condones, pero últimamente Dan se negaba. Decía que no sentía nada con la goma puesta. Para no quedarse embarazada, Trang había empezado a tomar pastillas. Pero como Dan

iba por el piso tan pocas veces, había dejado de tomarlas y se limitaba a lavarse después del sexo. No era la primera vez que utilizaba ese recurso para no quedarse embarazada y no podía ser que se hubiera quedado precisamente ahora.

—¡Oh, cielo y tierra! —El rostro de Quỳnh estaba pálido y sin sangre—. Te dije que tuvieras cuidado.

—¿Por qué estás tan paranoica? A lo mejor estoy enferma de la gripe o algo así. Además, si estoy embarazada, Dan cuidará de mí. Me quiere.

—¡Eres tonta de remate! Los americanos solo quieren sexo. Quieren sexo y nada más, ¿entiendes?

—¡Shhh! ¿Quieres que te oigan los vecinos?

—Será mejor que no estés embarazada. —Quỳnh sostuvo la muñeca de Trang y le tomó de nuevo el pulso—. Por Buda y por todos los cielos —susurró—. Te veo las venas del cuello. Lo leo en tu pulso, estás embarazada.

Enterró la cara entre las manos y se puso a sollozar con unos gritos tan dolorosos como si descuartizaran a un animal.

Trang corrió al lavabo y vomitó.

Cuando volvió a la cama, le puso la mano en el hombro y apretó.

—*Em,* ¿no crees que podrías estar equivocada?

Quỳnh levantó la vista con los ojos enrojecidos.

—Aprendí a tomar el pulso con *dì* Vinh, la partera. Me dejó practicar con sus pacientes. No me cabe duda de que estás esperando un hijo, *chị Hai.* Será mejor que se lo cuentes a Dan.

Trang se llevó las manos a la barriga. ¿Una criatura? No lo había buscado, pero quizá fuera una buena cosa. Dan había dicho que la necesitaba. Un bebé haría que se olvidara de todos los problemas de este mundo. Durante los meses anteriores, cuando salían a la calle, sonreía a los niños pequeños y comentaba lo preciosos que eran.

—Se lo diré lo antes posible. —Tiró de la manta para taparse—. Vamos a dormir un poco más, estoy cansada.

Cerró los ojos. Quizá Dan tuviera ahora peor carácter, pero se preocupaba por ella. Desde aquella gran pelea, se comportaba mejor. Trang sintió la calidez de la nueva vida que brotaba en su vientre. Su bebé. Su bebé sería hermoso, heredaría sus mejores rasgos y los de Dan.

Se moría de ganas de que Dan volviera para darle la gran noticia.

Trang contó cada minuto hasta seis días más tarde, cuando Dan apareció por el bar. Corrió hacia él.

—Tengo una gran noticia que darte —gritó por encima de la música. Dan miró a su alrededor y observó a algunos soldados—. *Anh,*

¿no me oyes? —dijo Trang, tirándole del brazo.

—¿Qué? —Dan la miró. Tenía el pelo despeinado y los ojos rojos y nublados, como si llevara días sin dormir.

—Tengo que darte una noticia, una buena noticia. —Trang lo agarró de la mano y tiró de él hacia la calle.

En la acera, lejos de la entrada del bar, todo estaba en silencio. Una vendedora ambulante se les acercó con dos cestas llenas de mangos y guayabas colgando de un palo de bambú puesto en equilibrio sobre los hombros.

—*¿Ai mua ổi mua xoài không?* —canturreaba.

Dan se apoyó en la pared de ladrillo y encendió un cigarro. Tosió y apartó el humo con la mano.

Echó más humo y miró a una joven con minifalda que pasaba por su lado.

—Dan. —Trang esperó a que él se volviera hacia ella, le cogió la mano y se la puso en la barriga—. Un bebé, tenemos un bebé, *anh.*

Dan abrió los ojos.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Bebé. *Em bé.* Estoy embarazada. Tenemos un hijo, *anh.*

Dan apartó la mano de su barriga como si hubiera tocado un carbón encendido. Dejó caer el cigarrillo y lo aplastó lentamente con la punta del zapato derecho.

—Tu bebé —dijo ella, agarrando a Dan.

Él levantó la cabeza para mirarla.

Trang había imaginado aquel momento y había previsto diversas reacciones por parte de Dan: podía alegrarse, podía mostrar recelo, podía enfadarse. Pero nunca habría imaginado lo que ocurrió a continuación. Vio que el rostro de Dan se llenaba de miedo. Mientras ella permanecía allí, atónita, él se dio la vuelta y, sin decir palabra, se alejó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Quỳnh cuando Trang regresó al bar. Este estaba tan concurrido como de costumbre; las chicas bebían, charlaban y reían como si no estuvieran arriesgando su propia vida. Qué tonta había sido al haberlo apostado todo a Dan, qué ingenua por haber creído en las maravillas del amor.

Trang se volvió hacia su hermana menor. La esperanza que vio en los ojos de Quỳnh resultaba dolorosa: se dio cuenta de lo mucho que Quỳnh había cuidado de ella y había intentado protegerla. Con labios temblorosos, fingió una sonrisa y evitó su mirada. Se había secado las lágrimas y esperaba que Quỳnh no fuera capaz de leer su preocupación.

—Oh, está encantado —contestó Trang—. Me ha dicho que cuidará

de mí y de la criatura.

—Tienes suerte, *chị Hai.* —Quỳnh dejó escapar un gran suspiro y la abrazó—. Dile que necesitas dinero para preparar el nacimiento del bebé. Si no te da dólares, pídele cosas del economato militar. Las radios y los relojes actualmente se venden bien. Y el alcohol.

Trang asintió. Al principio, Dan le había dado algunas cosas de las tiendas de provisiones para militares, pero hacía tiempo que no traía nada. En los brazos de su hermana, descansó, agotada, durante largo rato, deseando poder viajar en el tiempo y retroceder a aquellos días en que se sentaba con Quỳnh bajo el banano y aguardaban el regreso de su padre. Al menos, la espera estaba llena de esperanza.

No sabía qué hacer. En ningún caso pondría fin a su embarazo: aquel bebé era fruto del amor entre ella y Dan. Tenía que alimentar ese amor.

A lo mejor Dan estaba disgustado por lo inesperado de la noticia. Cuando volviera a verlo, le diría que no necesitaba más dinero y seguiría trabajando hasta que diera a luz.

Se decía que todo iba a ir bien, pero algo se agitaba en su interior. Desde el incidente con la silla, había comprado otro altar y una estatua nueva, pero cuando rezaba tenía la sensación de que el Buda sonriente ya no la escuchaba.

Tres días después, al llegar al piso, encontró un sobre encima de la mesa. Solo Dan y su hermana tenían otras llaves, y Quỳnh había estado con ella todo el día. El sobre estaba lleno de dinero, aunque no lo suficiente para compensar el tiempo que había pasado con Dan. Esperó una semana y luego dos más. Se presentó en la base de Tân Sơn Nhứt, pero los guardias no la dejaron pasar. Entonces lo entendió: Dan era demasiado cobarde para enfrentarse a ella.

De vuelta al apartamento, se quedó quieta mirándose la barriga. Se daba cuenta de que su relación con Dan, igual que la relación de los Estados Unidos con Vietnam, era un error. Ambas cosas habían causado un daño irreparable y ahora les tocaba a los vietnamitas remediar los daños.

Levantó el colchón, y al tocar el sobre allí escondido, el que Dan había dejado, se estremeció. Los billetes americanos eran la causa de que despreciaran a las mujeres como ella. Se había vendido por aquellos dólares y ahora ya no valían nada. Encendió el fuego con intención de quemar el dinero, pero lo apagó: lo necesitaría para cuidar del bebé.

---

[2] Lema acuñado durante la guerra de Vietnam y que aparecía pintado en inglés en algún helicóptero estadounidense: *Death is our business and business is good.*

Parafrasea algunas consignas publicitarias de la época y en ese contexto puede traducirse también como «la muerte es nuestro negocio y los negocios son buenos». Actualmente es el lema de algunos grupos militares mercenarios *(N. de la T.)*.

Guerra y paz

Ciudad Ho Chi Minh – delta del Mekong, 2016

Dan tiró del edredón para taparse el pecho. Era por la mañana y Linda estaba sentada al otro lado de la cama. Llevaba mucho rato levantada escribiendo postales a sus amigos y leyendo la guía del país. Sería cosa del *jet lag.* No habían hablado desde la víspera, después de que dejaran a Phong en el vestíbulo y regresaran a la habitación. Era un alivio que ya no acusara a Phong de querer engañarlos para que lo ayudaran a entrar en los Estados Unidos. Y ya no amenazaba con volverse a casa.

El día anterior, cuando Linda se marchó de la oficina de correos, corrió tras ella, pero su mujer se negó a mirarlo. Tampoco le dirigió la palabra en el ascensor del hotel. Sin embargo, al entrar en la habitación, le gritó:

—¡Le preguntas a Thiên sobre los hijos de los soldados estadounidenses y mira tú qué cosa más curiosa: de golpe aparece uno y te cuenta lo dura que es su vida! Parece pobre y quiere ir a los Estados Unidos. Eso es un montaje. ¡Quieren aprovecharse de ti!

Intentó convencerla de que Phong parecía sincero, pero Linda le preguntó si entendía lo bastante el vietnamita para comprender lo que estaba sucediendo. Mencionó a Kim y puso en duda su sinceridad y su honestidad. Mientras Linda lloraba, Dan le dio la tarjeta de visita de Edith Hoh.

—Mira, tu amiga, la doctora Hoh, nos dijo que la llamáramos en caso de crisis, ¿te acuerdas? Pues si esto no es una crisis, no sé lo que es…

Linda marcó de inmediato el número. Ya eran las diez y cuarto de la noche en Seattle, pero la doctora Hoh la atendió con paciencia y fue de gran ayuda. Los escuchó a ambos y les aconsejó que siguieran hablando. Le dijo a Linda que no era infrecuente que los veteranos ocultaran su pasado; una de sus clientes había descubierto que su marido tenía un hijo vietnamita después de que este falleciera. La doctora Hoh hizo prometer a Dan que, a partir de aquel momento, sería sincero con Linda y que contaría con su consentimiento para buscar a Kim.

Hablaron durante más de una hora y Linda se calmó poco a poco, al menos lo suficiente para aceptar que continuaran la visita de la ciudad

por la tarde y quedaran con Phong por la noche.

Cubierto por el edredón, Dan se acurrucó en posición fetal. Le habría gustado hablar más con Phong, pero le había prometido a Linda que solo hablaría con él en su presencia. Qué vida tan terrible había tenido Phong. Esperaba que Kim no hubiera abandonado a la criatura delante de un orfanato.

Cuando Phong le dijo cuánto había ansiado tener un padre, habría deseado abrazarlo. Temía que su hijo le echara la culpa de todo, pero en Phong veía más esperanza, anhelo y decisión que deseo de culpabilizar a su padre.

Tenía que volver a hablar con Phong, ver qué podía hacer para ayudarlo… Quizá podría contar su historia a sus amigos veteranos, algunos de los cuales estaban conectados con otros *online*. Qué pena que no tuviera su número, ya que así habría podido pedir al personal del hotel que lo llamara por teléfono, organizara otro encuentro y tradujera la conversación.

Thiên era un traductor pésimo: se comportaba como un imbécil, era evidente que no lo traducía todo y Phong parecía frustrado.

El reloj de la mesilla de noche marcaba las 7:18. Linda empezó a enviar mensajes por el móvil. Estaría contando a sus amigas la pelea que había tenido con él. Todas le estarían echando la culpa por haberle estropeado las vacaciones. Cerró los ojos y le dio la espalda. A pesar de las advertencias de Linda, tenía la intención de seguir adelante con su búsqueda. De ninguna manera permitiría que su mujer controlara su vida. Si a Linda le preocupaban los anuncios en los periódicos y en la televisión, se sometería a una prueba de ADN; sería más privado.

Dan deseó que aún fuera de noche para poder dormir un poco más. Le dolía todo el cuerpo y notaba que se avecinaba un dolor de cabeza. Buscó la botella de agua que había dejado en la mesilla.

—Pensé que era un timador, pero la verdad es que no aceptó el dinero que intenté darle —dijo Linda de repente.

Se atragantó con el agua y tosió. Se volvió hacia ella.

—¿Te refieres a Phong?

Linda asintió.

—Se lo he contado a Jenna y me ha enviado algunos enlaces a artículos sobre los hijos de los soldados. He investigado un poco más…

—¿Y qué has encontrado? —Dan se incorporó.

Linda le pasó el móvil. En la pantalla había un artículo publicado en el *Washington Post* titulado «La herencia de la guerra». Mientras leía, se le llenaron los ojos de lágrimas con la historia de Võ Hữu

Nhân, que había encontrado a su familia estadounidense después de cuarenta y seis años; se enteró de las dificultades por las que habían tenido que pasar los americoasiáticos. El artículo terminaba con la historia de un americoasiático, Nguyễn Thành Trung, que decía que, si alguna vez encontraba a su padre, solo le haría una pregunta: «¿Por qué me dejaste aquí?».

Dan se quedó mirando la pregunta. Si le decía a su hijo que él entonces acababa de cumplir veinte años y estaba muerto de miedo, ¿lo perdonaría?

Linda se acercó y leyeron en internet más historias, muchas historias: de americoasiáticos que buscaban desesperadamente a su progenitor, de padres que rechazaban a sus hijos americoasiáticos, de veteranos que viajaban a Vietnam para encontrar a sus hijos, de reencuentros felices, de dramas familiares.

Mientras leía, esperaba un atisbo de luz que lo condujera a Kim y a su propio hijo. Pero no encontró nada sobre el bar Hollywood ni sobre las dos hermanas que habían trabajado allí. Desde la pantalla del teléfono móvil lo miraban unos desconocidos que bien podrían ser familia suya.

No podía creer que hubiera vivido tanto tiempo sin enfrentarse a aquello. A lo largo de los años, a veces se le había pasado por la cabeza que debería buscar en internet. Pero había resistido el impulso. Había enterrado el pasado y pensaba que le causaría más dolor desenterrarlo de nuevo. Había intentado convencerse de que Kim y su propio hijo estaban mejor sin él, y que tal vez el hijo o la hija de Kim ni siquiera era suyo.

—Todo esto es muy complicado. —Linda pinchó en un artículo—. Mira, este va de una mujer que no quería que la encontraran. Su familia se desintegró porque un soldado volvió a buscarla: estaba casada y no le había contado a nadie su pasado.

Dan había imaginado que Kim podría tener familia e hijos, pero no había pensado en las consecuencias de su búsqueda. ¿Y si Kim no quería saber nada de él? ¿Y si le destrozaba la vida que había construido tras su marcha?

El móvil emitió un tintineo.

—Será Jenna. —Linda cogió el teléfono. Leyó el mensaje y levantó la vista—. Quiere darnos dinero para que compremos libros y ropa a los niños de Phong.

Sonó el teléfono del hotel y Dan cogió el auricular.

—Buenos días, señor. Una llamada desde recepción —dijo una voz masculina—. El señor Thiên está aquí. Quiere hablar con usted a solas, sin la señora. Pregunta si puede usted bajar.

—Voy enseguida —dijo Dan, y colgó el teléfono. El día anterior, cuando Thiên le dijo que dejaba el trabajo como guía e intérprete, Dan se rio. Le caía fatal y se alegraba de no volverlo a ver. Pero por la tarde, cuando siguieron visitando la ciudad, pudo ver lo útil que era Thiên para Linda. Satisfacía sus peticiones y, gracias a él, consiguieron buenos precios en el mercado de Bến Thành, la sastrería y las galerías de arte. Dan pensó que Thiên probablemente había cambiado de opinión y no pensaba dejarlos. Después de todo, estaba ganando un buen dinero y tal vez incluso comisiones en las ventas. Pero el hecho de que Thiên llegara tan pronto no era buena señal.

Se puso los vaqueros.

—Es Thiên.

Linda miró el reloj.

—La excursión empieza dentro de una hora. ¿O me equivoco?

Dan se subió la cremallera.

—Quiere hablar conmigo… a solas.

—¿Qué? ¿Otro secreto que queréis ocultarme?

—No habrá más secretos, te lo prometo. Te lo contaré todo.

Linda frunció el ceño.

—Aquí pasa algo raro. Ayer os comportasteis como si os despreciarais. Fui yo quien tuvo que rogarle que tradujera tu reunión con Phong, ¿recuerdas? Ahora que lo pienso, se cabreó muchísimo cuando le gritaste delante de la oficina de correos.

—Deja que me ocupe yo, ¿vale?

Linda descorrió la cortina, dándole la espalda.

**

En la recepción del hotel, Thiên dejó un sobre sobre la mesa.

—El dinero que me pagó usted por adelantado —dijo, y deslizó un billete de cien dólares en el sobre—. Que tenga buena suerte con la búsqueda de su novia.

Dan habría querido coger el dinero, mandar a Thiên a la mierda y volver a la habitación, pero no podía permitirse disgustar aún más a Linda. Si dejaba que Thiên se marchara, Linda estallaría. Thiên había reservado todos los hoteles, había organizado el transporte y las actividades para las dos semanas.

Suspiró.

—Sentémonos y hablemos, ¿vale? Señor Thiên, usted ha ayudado a muchos veteranos y sabe lo presionados que nos sentimos.

—Ningún veterano ha sido nunca tan grosero como usted. Me ha hablado con desprecio y me trata mal. Ya les he dicho a Duy y a Như que no puedo ayudarlo. Me da igual que sean amigos de su esposa. Si

necesita un guía, pregunte en la recepción.

—Pensé que era usted un profesional, pero no es correcto dejar a los clientes en mitad de un viaje. No olvide que ha sido usted quien ha empezado el lío. Se emborrachó y se lo contó todo a Linda.

—Sí, ya sé que le conté su secreto a su mujer. No era mi intención. Pero me alegra que se enfade, debería estar furiosa. Por culpa de la gente como usted perdimos la guerra. Mientras yo me dejaba la piel en el frente, ustedes se divertían con prostitutas y las dejaban embarazadas. —Thiên chasqueó la lengua—. Durante estos años se ha dicho que perdimos la guerra porque los soldados de Vietnam del Sur éramos unos cobardes, pero los cobardes eran ustedes. Se follaron a nuestras mujeres y no asumieron ninguna responsabilidad.

Las palabras de Thiên eran tan duras que Dan se sintió cegado por la ira y no fue capaz de reconocer la verdad que contenían.

—Venga, ni que los vietnamitas fueran ángeles. Vi con mis propios ojos cómo se comportaban algunos soldados del Sur. En cuanto a por qué se perdió la guerra, pregunten a sus dirigentes de entonces, corruptos e incapaces. Si hay que buscar culpables, son ellos.

—Bueno, al menos se quedaron y lucharon —respondió Thiên—. Nosotros nos quedamos aquí luchando cuando los americanos se fueron y huyeron a casa con mamá, ¿recuerda? Nos dejaron solos para que los comunistas se divirtieran con nosotros. Sí, se divirtieron. Nos metieron en campos de reeducación. Pasé cinco años en una de esas cárceles. Cinco años y todavía me llaman *ngụy*. Eso significa «ilegítimo», ¿le parece justo? ¿Le parece justo que todavía me traten como si fuera el enemigo y, en cambio, den la bienvenida a los americanos? Ahora son turistas ricos, son sus amigos. Primero serví en la maldita guerra y ahora estoy a su servicio.

Dan pensó en sus amigos muertos. De ningún modo se les podía echar la culpa de la mierda que los vietnamitas se habían tirado los unos a los otros. Era su guerra civil. Thiên había sufrido, pero también había sido doloroso para millones de estadounidenses. Estaba demasiado cansado y no tenía tiempo para seguir discutiendo. Linda podía bajar en cualquier momento.

—De acuerdo, lo escucharé. ¿Podemos sentarnos y tener una conversación civilizada? —preguntó Dan. Le habría gustado que el personal de recepción dejara de mirarlos desde la otra punta del vestíbulo.

Thiên negó con la cabeza, pero se dejó caer en un sillón.

—Señor Thiên —dijo Dan, inclinándose sobre la mesa—: Estoy aquí para hacer las paces porque necesito su ayuda. Por favor… Linda ha deseado muchísimo tiempo hacer este viaje. Ha sido usted muy

amable con ella y se lo agradezco mucho. Sé que he estado de mal humor, pero a partir de ahora trataré de controlar mis emociones.

—¿Ah, sí? No estoy seguro de que su drama haya terminado todavía. Ahora que su mujer sabe lo de Kim, ¿qué va a hacer? ¿Olvidar a Kim para hacer feliz a su esposa?

—Linda es una persona compasiva, entrará en razón. Entenderá que necesito buscar a Kim y a mi hijo o hija. —Mientras pronunciaba esas palabras, Dan se preguntó qué lógica tenía buscar a Kim, aunque Linda estuviera de acuerdo.

—Si quiere que le dé un consejo, le sugiero que no haga caso a Linda. Las mujeres no pueden orinar por encima de la hierba.

—¿Perdón? ¿Qué les pasa a las mujeres?

—No pueden mear alto, eso dice un refrán vietnamita. Las mujeres no son capaces de tener una visión amplia de las cosas. Así que ¿es usted lo suficientemente hombre para buscar a su hijo o tiene miedo de su esposa y quiere arrastrarse bajo su falda?

—Por supuesto que quiero encontrar a mi hijo.

—Sí, eso es lo que hay que hacer. —Thiên se incorporó—. Todo el mundo necesita un padre. Un niño sin padre es un hogar sin techo, dice otro proverbio. Y puesto que quiere buscar a su hijo, lo ayudaré. Pero si vuelve a gritarme, hemos terminado, ¿entendido?

—De acuerdo, pero recuerde una cosa. —Dan miró a Thiên directamente a los ojos—: Yo aquí era oficial. Puede aconsejarme, pero no puede decirme lo que tengo que hacer.

Mientras las palabras salían de su boca, Dan se preguntó por qué sentía la necesidad de expresar su autoridad sobre una persona cuya ayuda necesitaba. Además, había pasado décadas tratando de escapar de su título militar.

—Sí, ya sé que era un tipo importante. —Thiên resopló—. Pero no espere que me cuadre: durante cuatro años fui capitán en la Marina.

Dan parpadeó. Hasta aquel momento, Thiên le había parecido un simple guía turístico. No se había parado a pensar en las batallas en las que Thiên había combatido, en los hombres que Thiên había guiado o en los sacrificios que Thiên podía haber hecho por esos hombres.

—¿Dónde estaba destinado? —preguntó Dan—. Con ese rango, si no me equivoco, podría haber emigrado a los Estados Unidos si hubiera querido.

—Estuve en Huế y en Quảng Trị. —Thiên se quedó mirando la mesa que había entre ellos.

Dan se estremeció. En las zonas intermedias entre el Norte y el Sur era donde más sangre se había vertido. A pesar de lo lejos que estaban

de Saigón, había tenido que volar hasta allí de vez en cuando en alguna misión. Recordaba que había recogido cadáveres cerca de Huế. Intestinos derramándose de los abdómenes abiertos, caras machacadas, miembros destrozados. El peso de los muertos dificultaba el vuelo del helicóptero y el olor a sangre permanecía en él incluso después de que lo lavaran. El color rojo.

—Tras pasar varios años en los campos —prosiguió Thiên—, cumplí los requisitos para el Orderly Departure Program de los Estados Unidos, pero mi madre no quiso irse. Decía que había nacido aquí y tenía que morir aquí. Soy su único hijo, no pude dejarla.

Dan miró a Thiên, su pelo canoso y sus muchas arrugas. Los vietnamitas habían sufrido mucho y habían tenido que tomar decisiones muy difíciles. Recordó las historias que había leído sobre algunas familias que, para escapar de Vietnam, se separaban en diferentes barcos para que así al menos alguno sobreviviera.

—Todavía tengo pesadillas sobre aquellos tiempos… —Thiên se apretó la frente—. Sueño con Huế y Quảng Trị, los campos, los años posteriores a mi liberación, cuando no tenía derechos como ciudadano… Pero estoy mejor que mis camaradas muertos. Aquí no hay monumentos conmemorativos para ellos. Algunas de las tumbas de mis amigos fueron destruidas, desenterradas. —La cicatriz de Thiên se crispó—. Ustedes, los veteranos americanos, tienen prestaciones de su Gobierno. Nosotros no tenemos nada. Tienen un monumento conmemorativo en Washington, pero a nosotros no se nos reconoce nada. Luchamos con ustedes, a su lado, pero hacen como si no existiéramos.

Dan se quedó callado. Había apartado de su pensamiento las historias de los veteranos del Ejército del Sur como Thiên y en sus estanterías no había ningún libro escrito por uno de ellos.

Thiên miró el reloj.

—¡Oh! Tengo que llevar a mi nieta al colegio —exclamó levantándose. Dan recogió el dinero y se lo devolvió a Thiên.

—No puede dejarnos ahora, por favor…

Thiên suspiró, metió el dinero en la mochila y se la colgó de los hombros.

—Espere, le debo más dinero. El viaje en moto de anoche y las horas extra —dijo Dan. Le dio a Thiên cincuenta dólares y lo acompañó hasta la entrada—. Vayamos esta tarde a la tienda de su mujer, creo que a Linda le gustará conocerla.

**

La tienda de Nhân ocupaba el salón de la casa que ella y Thiên

poseían; era pequeña pero pulcra y estaba situada en un laberinto de callejuelas sinuosas. La azotea y los balcones estaban llenos de macetas de limoncillo de aspecto hermoso. De cerca, las plantas parecían simples hierbas, pero tenían muchas aplicaciones. Nhân les explicó —y Thiên tradujo— los beneficios del limoncillo para la salud: curaba el resfriado, el dolor de estómago, la tos o la diarrea y mejoraba la digestión. Según Nhân, los vietnamitas solían rodear los jardines con arbustos de hierba limón para mantener alejados a los mosquitos y otros insectos. Dan y Linda salieron a cenar con la familia de Thiên a un restaurante callejero donde servían platos con pollo, ternera, calamares, gambas y berenjenas, todo ello marinado con jengibre picado, chile y hierba limón y luego asado a la brasa ante los comensales. Ahí sentado, rodeado de vietnamitas y oyéndolos hablar en su idioma, Dan reconoció algo único de Saigón que había sobrevivido a la guerra: el encanto de sus gentes, su increíble energía e ingenio. En sus pesadillas, la ciudad estaba destrozada por la guerra, asolada por la violencia como el día en que se fue. Ahora, verla prosperar le producía una sensación de paz y consuelo. Estaba empezando a entender por qué otros veteranos habían dicho que volver a Vietnam los había ayudado.

**

Linda bajó la ventanilla del coche y sacó fotos de los arrozales esmeralda que se extendían junto a la carretera que llevaba al delta del Mekong. El viento le agitaba el pelo, que desprendía un refrescante aroma a hierba limón. Después de lavárselo con el champú hecho por Nhân, había dicho que debería haber comprado más.

En un campo de arroz, dos agricultores, uno frente al otro, sujetaban una larga cuerda para desplazar un cubo con el que recogían agua de un arroyo para regar. En otro campo, un niño montaba un búfalo de agua y su cuerpo era un mero signo de puntuación en el paisaje. Linda lo saludó sin dejar de hacer fotos y el niño alzó las manos, radiante.

Dan se dijo que debería imprimir las fotos de Linda del viaje y exponerlas por toda la casa. Tal vez el crío sonriente ocupara el lugar que ahora tenían en sus sueños los niños y los búfalos destrozados.

El día anterior, cuando Linda se echó una siesta después de la excursión de la mañana, y antes de visitar la casa de Thiên, Dan fue a la sala de trabajo del hotel. Necesitaba más información antes de tomar la decisión de buscar a Kim y al hijo de ambos. La búsqueda de «Hollywood bar, Saigón, 1969» en internet no dio resultados. Encontró mucha información al buscar «bares, Saigón, 1969», pero nada sobre

el Hollywood. Lo que encontró lo llevó a más historias sobre niños americoasiáticos. Tenía mucho que leer y aprender.

En aquel momento, los campos y los huertos exuberantes le aliviaban la vista. No podía creer que estuviera aventurándose de nuevo en el corazón del delta del Mekong. Durante su primera misión por la zona, lo sorprendieron los muchos tonos de verde de los ríos, lagos, cultivos y bosques que brillaban bajo el helicóptero; tardó en vislumbrar entre ese verde los diversos matices del negro y el marrón: pueblos quemados, bosques calcinados, campos desiertos, cráteres de bombas y cadáveres de personas y animales.

Examinó las casas con tejados de paja rodeadas de estanques y huertos donde vagaban gallinas y cerdos. Kim y su propio hijo podrían vivir en cualquiera de ellas.

El coche se acercó a un pueblecito y el tráfico se ralentizó.

—Señor Thiên, ¿tiene el móvil conectado? No querríamos perder una llamada de Phong —dijo Linda—. Mi amiga Jenna no para de preguntar si ya hemos hablado con él.

Thiên le mostró el teléfono.

—Llevo el volumen al máximo, señora. Anoche le pedí que me telefoneara hoy, pero no me ha llamado.

—Lástima que no tengamos su dirección —dijo Dan.

—No estamos muy lejos de la ciudad donde vive. Si llama, podemos hacerle una visita —señaló Thiên.

Dan asintió, agradecido por la ayuda que le prestaba Thiên, que también tenía sus propios problemas. El único hijo de Thiên estaba divorciado. Como muchos otros obreros, trabajaba en la construcción en Arabia Saudí y había dejado a su única hija al cuidado de Thiên y Nhân. Dan se asombró al enterarse por Thiên de que cientos de miles de vietnamitas trabajaban en el extranjero como obreros. La exnuera de Thiên estaba en Taiwán cuidando de un anciano y hacía años que no veía a su hija.

Thiên y su familia habrían tenido una vida muy diferente si el régimen de los vencedores hubiera actuado de otro modo. Thiên les contó que a finales de los años ochenta su hijo aprobó el examen de acceso a la universidad, pero no se le permitió estudiar. Muchos hijos de los antiguos soldados del Ejército de Vietnam del Sur sufrieron diversas formas de discriminación, algunas de las cuales aún seguían vigentes. Sin duda, resultaba extraño porque, al mismo tiempo, todo el mundo parecía dar la bienvenida a los veteranos estadounidenses que viajaban al país.

Linda ladeó la cabeza.

—¿Eso de ahí es un mercadillo? ¿Podemos parar a mirar un rato?

A su derecha, vendedores y compradores se reunían en un camino de tierra que cortaba la carretera principal.

—Gran idea —dijo Dan. Desde las aventuras de la noche anterior por el barrio de Thiên, disfrutaba con la vida local.

Thiên aparcó. Linda le pasó la gorra a Dan y se puso el sombrero para protegerse del sol.

El mercado bullía de actividad. Los vendedores se acuclillaban junto a las cestas de bambú rebosantes de verduras, bandejas metálicas apiladas con carne, cubos llenos de pescado, anguilas inquietas o cangrejos reptantes. No muy lejos, otras mujeres se ocultaban detrás de las macetas con plantas verdes y flores rosas y amarillas.

Linda apuntó a Dan con el móvil.

—Saluda a nuestros amigos —dijo con una sonrisa. Dan agitó la mano con torpeza y se dio cuenta de que Linda estaba emitiendo en directo en las redes sociales. Thiên le había conseguido una tarjeta SIM local con conexión a internet.

Cuando Linda movió la cámara hacia Thiên, que estaba regateando con un vendedor de batatas, Dan siguió andando por el camino de tierra. La expresión feliz de la gente y el sonido de su lengua le recordaron lo mucho que, al principio, le había gustado el modo de vida del país. Pensó que, si no fuera por los recuerdos de la guerra, le encantaría volver con Linda cuando se jubilaran. Podrían huir del invierno frío y húmedo de Seattle para tomar el sol en alguna playa cercana. El tiempo cálido durante todo el año en el sur de Vietnam sería bueno para la artritis de Linda. Se aventuró más en el mercado y se encontró en mitad de una multitud. La gente hablaba en voz alta, algunos casi gritaban. La brisa que le había dado la bienvenida a la entrada del mercadillo había desaparecido y ahora hacía un calor intenso. El sudor empezó a caerle por el cuello y la frente. Al pasar por delante de los vendedores de carne, el olor le dio náuseas. Tenía que volver al coche. Buscó a Linda, pero no la vio. Lo recorrió un escalofrío. Imaginó a los soldados del Vietcong, sus rostros cubiertos de barro, apareciendo por los campos de arroz circundantes y llevándosela.

Sonaron varios timbres. Se dio la vuelta y vio que se acercaban tres bicicletas con jaulas de bambú apiladas. Entre las tres habría más de cien gallinas enjauladas: tenían los ojos muy negros, los picos abiertos. Algunas cacareaban e intentaban hacerse sitio, las plumas revoloteaban por el aire. Los ciclistas tocaban el timbre insistentemente, rin, rin, y uno de ellos gritó a una mujer que les impedía el paso con sus cestas. Los gritos taladraron las sienes de Dan.

Miró las bicicletas y se vio contemplándolas desde el helicóptero.

—¡Esos hijos de puta! —gritaba Rappa por el intercomunicador—. ¡Están armados!

En el camino que zigzagueaba por el bosque, había una fila de amarillos montados en bicicleta. A medida que el helicóptero se acercaba, los que estaban en tierra levantaban la vista, dejaban caer la bicicleta y corrían a cubrirse, pero el napalm había quemado los árboles que los rodeaban y las ramas carbonizadas parecían querer agarrar el cielo.

Ra-ta-ta-ta-ta-ta. Las ametralladoras M60 del artillero y del jefe de la tripulación escupieron fuego. Mientras el helicóptero descendía, Dan parpadeó. Los muertos parecían jóvenes. Demasiado jóvenes. Yacían inmóviles en el suelo con los cuerpos perforados por las balas. La sangre empapaba las camisas blancas que brillaban bajo el sol. Buscó frenéticamente las armas con la vista. Nada. A su lado, Reggie McNair miraba a través del plexiglás, con la boca cerrada; con los nudillos en blanco, apretaba la palanca del paso cíclico.

—¡Joder! Llevan uniformes escolares. ¡Joder! —gritó Rappa, junto a la puerta del helicóptero, al lado de su M60.

—Es culpa suya por huir de nosotros. Culpa suya, maldita sea —dijo Hardesty.

—¡NOOO! —aulló Dan, y los cadáveres se incorporaron y se convirtieron en la hilera de vendedores que sonreían, charlaban y regateaban unos con otros.

Caminó hasta un árbol y apoyó la cabeza contra el tronco.

El ruido aumentó a su alrededor. Los vendedores voceaban sus mercancías. Un niño se rio.

Alguien le tiró de la manga de la camisa: era una mujer vieja y desdentada. Al sonreír, abrió la boca como una caverna. Hizo un gesto de beber, ofreciéndole algo con ambas manos: un vaso de agua.

Dan negó con la cabeza y se alejó. No se merecía la amabilidad de los vietnamitas.

Se concentró en la respiración. Inspiraba y espiraba. Inspiraba y espiraba. ¿Cuándo terminaría todo aquello?

—¿Se encuentra bien, señor?

Un hombre joven estaba de pie frente a él; unas gafas cuadradas enmarcaban su rostro preocupado.

—Sí, gracias. —Dan se dio media vuelta para volver al coche y en aquel momento apareció Linda con el teléfono en la mano.

—Sonríe a la cámara —dijo, y tomó una foto de Dan y el joven.

—Oh, me ha pillado desprevenido —dijo el joven con una carcajada—. Habré salido fatal.

Tenía la camisa manchada de sangre y se sujetaba los intestinos, que le sobresalían del vientre.

Dan cerró los ojos, negó con la cabeza y se alejó. Intentó controlar la respiración. Inspiraba y espiraba. Cuando dejó de temblar, se bajó la gorra. Aquel día, muchos años atrás, al volver de la misión, el jefe de la tripulación anotó en el informe que había diez enemigos muertos y cinco probables. Dan no dijo nada sobre el hecho de que contaran como enemigos a unos niños que yacían muertos en el suelo del bosque. Mientras levantaba el helicóptero, vislumbró las mochilas atadas a la parte trasera de las bicicletas.

¿Cómo habían gestionado los padres su dolor? ¿Cómo se podía sobrellevar la pérdida de un hijo?

Delante de él, un niño arrodillado colocaba unas mazorcas de maíz en una esterilla junto a su madre. El niño parecía tener la misma edad que aquellos a cuyo asesinato había contribuido.

Habría deseado arrodillarse delante del chico, cogerlo por los hombros, mirarlo a los ojos y decirle que lo sentía.

Linda seguía hablando con el joven de las gafas.

Apareció Thiên. Alzó las bolsas que llevaba en la mano con una amplia sonrisa.

—A mi mujer le encanta la comida del campo. Oh, aquel arroz tiene una pinta estupenda. Esperen otro minuto, por favor.

Thiên se acuclilló frente a una cesta de bambú llena de granos blancos. Qué suerte tenía al ser capaz de alegrarse tanto por cosas tan cotidianas.

Dan aguardó, sintiendo sobre él el sol abrasador. Tenía la garganta seca y el sudor le empapaba la espalda de la camisa. Se acercó a Linda con la esperanza de que se diera cuenta de que quería marcharse de allí.

—Y dígame, ¿dónde aprendió usted inglés? —estaba preguntando al joven—. Me da la impresión de que usted lo habla mejor que yo.

—En absoluto —contestó el hombre con una carcajada—. Lo aprendí en la universidad y espero que me entienda sin dificultad, ya que soy profesor de inglés.

—¿De veras? Es maravilloso.

—Ahora estoy en una pausa entre dos clases. Enseño en la escuela primaria local. —El hombre dio unas palmaditas en la cartera que llevaba en la mano.

Dan cogió a Linda del brazo.

—¿Podríamos irnos, por favor?

Linda se volvió hacia él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, asustada.

—Los golpes de calor pueden ser peligrosos, señor —dijo el hombre —. Me parece que debería sentarse. ¿Quiere ir a mi casa a tomar algo fresco?

Señaló hacia los arrozales en dirección a una casita baja rodeada de árboles muy grandes.

—Gracias, pero prefiero llegar pronto a nuestro hotel —dijo Dan. Todavía les quedaba mucho camino y no quería viajar en el crepúsculo o en la oscuridad por el delta del Mekong.

—No es ninguna molestia, señor. De verdad.

Linda apretó la mano de Dan.

—Vamos. ¿No dijiste que habíamos venido aquí para vivir el auténtico Vietnam?

Mientras salían del mercado junto con Thiên, Dan contempló los arrozales. La brisa rizaba una y otra vez la inmensidad verde. Contempló las olas ondulantes y su respiración fue haciéndose más lenta.

**

El joven dijo que se llamaba Thanh. Su casa, con pilares de madera y tejado de tejas rojas, parecía un santuario. Thanh abrió la puerta. Cuando se quitaron los zapatos y entraron, el relajante aroma del incienso dio la bienvenida a Dan. Lo saludó la visión de un altar familiar: una mesa alta cargada de platos de frutas de colores, dos jarrones de radiantes crisantemos blancos y amarillos, una hilera de retratos de aspecto antiguo y un soporte de cerámica azul en el que humeaba el incienso con un perfume encantador y misterioso.

—Hoy es el sexto aniversario de la muerte de mi abuela —dijo Thanh—. Mi madre ha salido a comprar. Ya verán cuántos platos piensa preparar. Pero necesitaremos una gran cantidad de comida. Esta noche vendrán a vernos muchos parientes.

Dan se acordó de que Kim también cocinaba y rezaba a sus abuelos en el aniversario de su fallecimiento. Creía que los muertos podían regresar para disfrutar de la comida y que el humo del incienso ayudaba a los vivos a comunicarse con los que habían fallecido. A Dan le habría gustado creérselo.

—Les presento a mi padre. —Thanh los condujo hacia un hombre que estaba sentado en un sillón en la sala de estar. Thanh se agachó y le dijo al hombre algo en vietnamita.

El hombre levantó la vista, con los ojos totalmente inexpresivos. Dan estudió el rostro demacrado del hombre mientras le estrechaba la mano. ¿Le dolía algo? Estaba sentado con la espalda encorvada, los pies sobre el sillón, las rodillas contra el pecho.

—¿Cómo está usted? —preguntó Dan. Thanh tradujo, y el rostro del hombre se animó con una sonrisa tan tímida como la de un niño.

—Encantada de conocerle —dijo Linda, y el hombre la miró sin cambiar de expresión.

—¿Qué le ha pasado? —susurró Thiên mientras se sentaban en sillas bajas alrededor de una mesa, igualmente baja, al otro lado del salón, cerca del altar. Thanh había abierto una ventana y entraba un coro de cigarras, interrumpido por el piar de los pájaros.

—Perdió la memoria hace unos años, tío. Creo que lo que tiene se llama «alzhéimer» en su idioma. —Thanh encendió el ventilador eléctrico de pie y la brisa corrió hacia Dan, aliviando el calor que se le había pegado como una camisa ceñida.

—Sí, alzhéimer… Lo siento mucho —dijo Linda.

—No nos reconoce ni a mí ni a mi madre —dijo Thanh con un suspiro, y el dolor de las palabras del joven se le clavó a Dan en lo más profundo de las entrañas. Dan había sido testigo de ese dolor cuando fue con Bill y Doug a visitar a la madre de Bill, que vivía en una residencia y también padecía de alzhéimer. Cada vez que Bill visitaba a su madre, llevaba consigo un álbum de fotos de su familia para recordarle la vida que había tenido, los hijos y el marido que la amaban.

Dan se volvió y miró al padre de Thanh, que estaba ahí sentado, en silencio, como congelado en el tiempo. Deseó poder decirle al hombre que tenía un hijo estupendo que trataba con bondad a los desconocidos y los llevaba a su casa.

Sobre la mesa había una bandeja de bambú con una tetera de cerámica azul y blanca rodeada de tazas a juego. Thanh vertió unas hebras de té en la tetera.

—Mi padre no recuerda nada de su pasado, excepto una cosa —dijo Thanh, negando con la cabeza—: el recorrido por la selva de Trường Sơn durante la guerra.

—¿Quiere decir que fue un soldado comunista del Norte? —preguntó Thiên.

—Sí, tío. Estuvo en algunas batallas importantes. En la de Quảng Trị, por ejemplo. Tuvimos suerte de que sobreviviera.

Dan intercambió una mirada con Thiên. Quảng Trị fue la sangrienta provincia donde Thiên dirigía sus tropas y donde los camaradas de Dan dispararon innumerables balas, cohetes y bombas para que él pudiera ir a recoger muertos y heridos.

¿Cómo habría reaccionado aquel hombre si hubiera sabido que sus antiguos enemigos le estaban haciendo una visita?

—¿Cómo se llama su padre? —preguntó Dan a Thanh con el vivo

deseo de ver al anciano como una persona.

—Nguyễn Văn Khoa.

Thiên llenó un vaso de agua, se lo acercó a Nguyễn Văn Khoa y se arrodilló para ponerse a su mismo nivel; se dirigió al padre de Thanh con voz suave, como si hablara con un amigo muy querido.

—Siento mucho todo lo que tuvo que sufrir su padre —dijo Linda a Thanh—. ¿Cuánto tiempo estuvo en el Ejército?

—Ocho años. —Thanh vertió el agua caliente de un termo en las tazas de té y las enjuagó; entre sus manos ascendieron susurrando finos hilos de vapor—. Cuando volvió, mi abuela ya le había montado un altar y lloraba todos los días por su hijo muerto.

—¿Su abuela creía que estaba muerto? ¿Por qué? —preguntó Linda.

Dan miró el retrato de la anciana del altar. Llevaba un *áo dài* negro y esbozaba una sonrisa tranquila. Pensó en los recuerdos horribles que habría bajo aquella serena apariencia. Pensó en su madre.

—La verdad es que fue terrible —explicó Thanh mientras servía té en las tazas—. Los vecinos oían en secreto una emisora de radio del Sur que con frecuencia daba listas de bajas de los soldados del Norte. Un día, leyeron el nombre de mi padre y dieron con el nombre de su pueblo y su fecha de nacimiento. Mi abuela no tenía noticias suyas desde hacía mucho tiempo, así que creyó que era cierto. Más tarde, cuando mi padre regresó, nos contó que la radio debía de haber conseguido aquella lista gracias a un antiguo camarada de su unidad que había desertado y se había pasado al otro bando.

Dan negó con la cabeza. Las emisoras de radio habían sostenido una guerra psicológica. Mientras él estuvo en Saigón, algunas veces oía las emisiones de Vietnam del Norte que leía una mujer llamada Hà Nội Hannah. Daba siempre noticias terribles sobre la guerra y anunciaba que las unidades americanas habían sido aniquiladas, alentando a desertar a los soldados estadounidenses. Era difícil saber qué había de cierto en todo aquello. Cuando Hà Nội Hannah dijo que el Ejército estadounidense había masacrado a cientos de civiles en una aldea del centro de Vietnam, pensó que todo era exageración y propaganda. Pero al volver a Seattle leyó información sobre los horrores de Mỹ Lai, confirmados más tarde por los consejos de guerra.

—Lo irónico es que, mientras fue soldado, mi padre escuchaba una emisora de radio del Sur —dijo Thanh con ojos distantes—. Estaba prohibido, pero ponía esa emisora porque emitía música clásica después de medianoche. Acostado a oscuras en la hamaca, en la selva o en un refugio subterráneo con la radio portátil apretada contra la oreja, mientras sus camaradas dormían como troncos, la música fue

para él un salvavidas.

La taza de té que sostenía Dan despedía un suave aroma. Se levantó y caminó hacia Nguyễn Văn Khoa, un hombre al que él y sus camaradas habrían llamado «amarillo», «chino», «rollito de primavera». Daban esos nombres no solo al enemigo, sino también a muchos otros vietnamitas, incluso a quienes luchaban en su mismo bando, como Thiên.

Dan sopló en el té para asegurarse de que se había enfriado antes de dárselo a Nguyễn Văn Khoa. El hombre recibió el té, tomó un sorbo y dejó la taza en una silla a su lado.

—Lo ha preparado su querido hijo. Está bueno, ¿verdad? —dijo Dan, y Thiên lo tradujo.

El hombre miró por la ventana. En su mirada solo había silencio.

—Lo he intentado, pero no he conseguido que hable —dijo Thiên.

De vuelta a la mesa, Thanh sirvió más té para todos.

—Era el mejor padre de mundo —dijo—. Construyó esta casa con sus propias manos, pero ahora es difícil conseguir que haga algo. Lo echo mucho de menos. Cuando volvió a casa después de la guerra, ¿saben lo que trajo del Sur? Libros. Dijo que había visto a gente quemándolos y robó algunos.

—¿Quemaron libros? ¿Cuándo y por qué? —preguntó Dan.

—Después de la guerra, el nuevo Gobierno declaró que ciertos libros eran malos —explicó Thiên—. De manera que hicieron quemar los libros considerados *đồi trụy và phản động*, «decadentes y anticomunistas». Eran libros de los escritores del Sur, libros traducidos…

—Eso es terrible —se lamentó Dan. Para un aficionado a la lectura como él, quemar libros era un acto incomprensible, y la mayoría de la gente que ni siquiera leía estaría dispuesta a luchar por su derecho a abrir el libro que le diera la gana. Quienes estaban en el poder temían las mentes libres, y nada liberaba más el pensamiento que la literatura.

—¿Dónde estuvo usted durante la guerra, tío? ¿Tuvo que luchar? —preguntó Thanh a Thiên.

—Estuve en el Ejército del Sur. Tu padre y yo podríamos habernos matado el uno al otro —dijo Thiên, y se frotó la cicatriz.

Linda se había levantado para hacer una foto de grupo, pero se sentó cuando oyó esto.

—¿Todavía le duele, tío? —preguntó Thanh.

—No, pero sigue doliendo aquí. —Thiên se puso la mano en el corazón.

Thanh negó con la cabeza.

—Lo que escribió el poeta Nguyễn Duy es muy cierto. Al final de cada guerra, gane quien gane, el pueblo pierde. Aunque mi padre tiene alzhéimer, no puede librarse de la guerra. A veces se despierta en mitad de la noche, gritando.

—¿Ha podido recibir algún tipo de ayuda? Podría estar sufriendo un trastorno de estrés postraumático —intervino Linda, y Dan miró atentamente a Nguyễn Văn Khoa, deseando poder hacer algo por aquel hombre.

—No he encontrado a nadie que pueda ayudarle —respondió Thanh—. He leído muchas investigaciones hechas en los Estados Unidos sobre el trastorno de estrés postraumático y el trauma en general, pero aquí se ha investigado poco y no se presta mucha atención a la salud mental. Mi padre tiene algún tipo de trauma, estoy seguro. Por ejemplo, no soporta las habitaciones con ventilador en el techo. Las aspas giratorias del ventilador lo aterrorizan, le recuerdan los helicópteros estadounidenses.

Dan se sobresaltó. Había perdido la fe en Dios, pero en aquel momento sentía que Dios lo había guiado hasta aquel lugar, hasta aquella conversación.

—¿Qué le contó su padre de los helicópteros?

—Dijo que los helicópteros eran su peor enemigo, que había muchos. Aparecían de la nada en cualquier momento, día o noche. Descargaban soldados para darles caza. En dos ocasiones, lo persiguieron con helicópteros que intentaron abatirlo a tiros.

Dan miró a Nguyễn Văn Khoa. ¿Habría estado alguna vez bajo las palas de su helicóptero? ¿Habrían intentado abatirlo a tiros?

Dan se volvió hacia Thanh. No le gustaba revelar su pasado, pero se lo debía a aquel joven que no había mostrado otra cosa que amabilidad y sinceridad.

—Cuánto lo siento —dijo Dan—. Su padre y yo… no es probable que coincidiéramos en la misma batalla, pero yo era piloto de helicópteros en 1969 y estaba destinado en Tan Son Nhut.

Thanh se quedó boquiabierto.

—¿Era usted piloto de helicópteros?

—La misión de mi marido era rescatar soldados heridos —intervino Linda—. No pilotaba helicópteros que dispararan a la gente.

Los niños estaban en fila, como para ir a clase, rodeados por la tierra marrón, manchada de sangre roja. ¿Qué podía decirle a Thanh? Él y su tripulación llevaban más de dos días sin dormir, misión tras misión, con la adrenalina gritando en sus venas. La tierra intentaba matarlos. No eran los soldados, el Vietcong, los AK-47, los lanzacohetes sin retroceso ni las ametralladoras Quad 50, sino la

propia tierra. El verde sin fin. Aquella misma mañana habían visto cómo de aquella masa verde salían unos *tracers* también verdes que habían derribado a otro helicóptero. El Huey, lleno de tropas, estalló en llamas y cayó como una bola de fuego en una colina cubierta de selva espesa. El día anterior, otro helicóptero había quedado atrapado en una descarga de artillería estadounidense que alguien no detuvo a tiempo. Aún podía ver los arañazos que distinguió en el metal del proyectil de 155 milímetros una fracción de segundo antes de que se estrellara contra el helicóptero y lo destrozara.

No tenía sentido. No tenían sentido las razones por las que estaban allí. Las razones para que volaran con los párpados tan abiertos como si unos cables invisibles les perforaran la piel.

—Chinos —dijo el artillero—. Si están muertos, son del Vietcong. No pasa nada, muchacho.

¿Serviría eso como disculpa suficiente para Thanh? ¿Para Kim? ¿Para los niños que había ayudado a asesinar? ¿Para la criatura que había dejado en el país?

—Siento mucho lo que le pasó a su padre —dijo Linda a Thanh—. La guerra arruinó muchas vidas de vietnamitas, camboyanos, laosianos y estadounidenses. Mi marido todavía se despierta gritando algunas veces. Puede que no crean lo que estoy diciendo —su voz se llenó de lágrimas—, pero estamos aquí para ofrecer nuestras disculpas y reparar el daño.

Thanh se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Pues tengo que hacer algo por todos nosotros. —Thanh se encaminó al altar, encendió una cerilla, prendió una vara de incienso y la alzó. Dan se puso en pie con la cabeza gacha y rezó por las vidas de los inocentes perdidas, por las heridas sangrantes, para que los agraviados pudieran perdonar. Cuando abrió los ojos, Thanh había conducido a Nguyễn Văn Khoa a la mesa. Cuando el anciano se sentó, Thanh cogió las manos de Thiên y Dan y las puso sobre las de su padre. Thanh habló en vietnamita y dijo largas frases que sonaban como oraciones. Nguyễn Văn Khoa comenzó a estremecerse. Thiên también. El cuerpo de Dan empezó a temblar; sintió que se le había permitido vivir hasta aquel momento para que pudiera presenciar el instante en que un hijo de la guerra unía a antiguos enemigos. El olor dulce y picante del incienso los envolvió y Dan sintió la presencia a su alrededor de muchos otros muertos y heridos, tanto vietnamitas como no vietnamitas. Los miembros de la tripulación de su helicóptero, Ed, Neil y Reggie, junto con los niños que habían matado. Todos se agarraban de la mano, rezaban unos por otros, rezaban por la paz.

**

Linda se sentó junto a Dan en un banco de piedra del jardín, a la sombra de los árboles. Los pájaros cantaban en lo alto y las mariposas revoloteaban en una rama cercana cubierta de flores amarillas. Dentro de la casa, Thiên y Thanh conversaban.

—¿No te parece que Thanh es una persona increíble? —dijo Linda.

Dan asintió. Había anotado el correo electrónico y el número de teléfono de Thanh con la promesa de que se ocuparía de que la doctora Hoh hablara con él.

—He rezado con Thanh —dijo Linda, mirando hacia el dosel verde, como si buscara allí las respuestas—. Me he encontrado pensando en Phong y en su familia. Thanh y Phong… los dos han heredado nuestra horrible guerra. ¿Recuerdas lo que le he dicho a Thanh? Estamos aquí para hacer las paces. Debo honrar esas palabras.

Dan estaba al borde de las lágrimas. Movió la cabeza para evitarlas.

—¿Qué pasa? —preguntó Linda.

—Todo. Este lugar. No estoy seguro, pero creo que está cerca del sitio donde cayó mi helicóptero…

—¿Donde te hirieron?

Asintió con la cabeza. En su momento no quiso decirle nada a su madre del accidente, pero el Ejército le notificó que estaba en el hospital, así que, por supuesto, Linda se enteró.

—¿Me puedes contar lo que pasó? A lo mejor te ayuda —dijo Linda.

Dan le besó el pelo. Había levantado un muro muy alto entre él y Linda y tenía que derribarlo.

Linda puso una mano sobre la de Dan.

Este se quedó mirando sus manos, cubiertas de las manchas de la edad. No estaba seguro de cuántos años les quedaban para estar juntos, cogidos así de la mano. Inspiró hondo.

—Fue el 12 de octubre de 1969 —empezó Dan—. Aquella tarde, mi tripulación y yo teníamos la misión de recoger lo que llamábamos una «LURP», una patrulla de reconocimiento de largo alcance. Nos habían comunicado por radio su ubicación y nos habían dicho que todo estaba despejado. —Fijó la vista en las plantas de arroz que había a lo lejos—. Me acerqué a la zona de aterrizaje sin saber que estaba rodeada por un gran número de soldados del Vietcong.

Linda le agarró la mano.

—Casi había conseguido aterrizar cuando se desató el infierno. Mientras masacraban a nuestros hombres en tierra, el helicóptero fue alcanzado por disparos de AK-47. A nuestro alrededor estallaron morteros y cohetes. Si uno de ellos hubiera alcanzado el Huey, nos

habría destruido. La zona de aterrizaje era tan estrecha, los árboles eran tan altos, que no fui capaz de levantar el helicóptero rápidamente. Y llovía tanto…

Cerró los ojos. Aquel no fue su mejor día. Kim y él habían discutido ferozmente la noche anterior por una tontería. Le había tirado una lata de cerveza y le había dado en la cabeza. Se fue a Tân Sơn Nhứt sin hacer las paces con ella y terminó dando vueltas en la cama toda la noche.

—¿Y qué pasó entonces? —Linda lo miró.

—Tanto el artillero como el jefe de la tripulación murieron casi al instante. El copiloto pidió apoyo aéreo mientras yo intentaba sacar de ahí el helicóptero. Creí que podríamos volver a la base, pero nuestro motor había recibido tantos impactos que nos estrellamos poco después. No recuerdo cómo caímos, solo que, cuando recuperé el conocimiento, mi copiloto también estaba muerto.

Dan no fue capaz de contarle que Reggie McNair había quedado atrapado en su asiento por una rama de árbol que le atravesaba el pecho.

Linda se tapó la boca con las manos.

—Durante todos estos años me he preguntado por qué merecía vivir. Yo… yo tuve la culpa.

—No fue culpa tuya, claro que no —susurró Linda—. No pienses en los que murieron, sino en aquellos a los que rescataste, por favor… Acuérdate de David, que nos visitó un año después de tu regreso. Me dijo que pusiste tu vida en peligro para salvar la suya. Y en Tom, que sigue enviándote una felicitación todas las Navidades.

Dan pensó que quería a Linda por intentar salvarlo, por estar a su lado, por escucharlo. Había confiado en que al hablarle del accidente se quitaría un peso de encima, pero todavía cargaba con lo que no se atrevía a contarle: los niños de la escuela que había ayudado a masacrar —no había otra palabra— dos semanas antes del día en que se estrellaron y ardieron sus camaradas. Quizá no fuera culpa suya. Tal vez era lo que Kim llamaría «su karma».

El peso de aquellos niños muertos. El peso de la criatura que había abandonado.

Cómo ser madre

Saigón – Hóc Môn, 1970

Trang se paseaba de un lado a otro por la habitación que compartía con Quỳnh y otras dos chicas, con las manos sobre el vientre hinchado por ocho meses y medio de embarazo. La bolsa marrón con la ropa estaba encima de la cama. No había metido en el equipaje ninguno de sus libros, amontonados junto a la almohada. Le habían costado muy caros y había sido tirar el dinero. Y por su culpa se había permitido soñar despierta, creer que las historias de amor existían y que las mujeres podían superar cualquier dificultad que la vida les deparara. Por su culpa, había visto la vida en colores y no en blanco y negro.

Qué tonta había sido al enamorarse de Dan. Si no hubiera sido por él, ella y Quỳnh habrían sido capaces de pagar las deudas de sus padres y, además, ahorrar lo suficiente para su futuro. Dan y ese bebé habían sido los peores errores de su vida. Debería haber escuchado a Quỳnh y haberse deshecho de la criatura. Buda lo habría entendido y la habría perdonado.

Sus dos compañeras de habitación, Đông y Nguyệt, estaban sentadas en la otra cama, jugando a las cartas. Trabajaban en el Paradise, el bar donde Trang y Quỳnh encontraron empleo después del cierre del Hollywood debido a una de las campañas del Gobierno contra la prostitución. A Trang le gustaba más el Paradise, aunque no le pagaban tanto: no tenía habitación trasera.

Quỳnh había salido a pedir prestada una moto para llevar a Trang a la casa de la prima de Đông en Hóc Môn, a unos cuarenta minutos de distancia, donde Trang daría a luz y entregaría la criatura a un orfanato cercano.

Trang miró hacia la ventana de la habitación. A pesar de que era un tercer piso y los postigos estaban cerrados, el ruido de Saigón se colaba hacia el interior. Una madre regañaba a su hija, las bocinas de los ciclomotores tintineaban por la calle y un vendedor ambulante gritaba: «¿Quién quiere comprar yuca al vapor?». La voz ronca y nasal de Khánh Ly cantando «Cát Bụi», de Trịnh Công Sơn, sonaba en una radio: *Hạt bụi nào hóa kiếp thân tôi, để một mai tôi về làm cát bụi.*

Cuánta verdad. Polvo somos y en polvo nos convertiremos. Al final, la vida era solo un camino de paso. Trang había pensado en volver al

polvo. Era fácil: se tiraría al río Saigón y la corriente la arrastraría y la llevaría a un abismo en el que dormiría sin sueños. Pero, si hacía eso, ¿qué pasaría con sus padres y con su hermana?

Después de que Dan se marchara, no pudo permitirse el apartamento que había alquilado para ella y se fue de nuevo a vivir con Quỳnh. Cuando el embarazo se hizo evidente, dejó de trabajar. Se quedó en el piso y se escondió de las miradas curiosas. Pero en aquel momento estaba a punto de salir a la calle.

Se miró la barriga: parecía una búfala preñada y se sentía como si lo fuera. Seguro que alguien la veía en la calle y al final la noticia acabaría llegando a sus padres. Pensó en su madre, inclinada sobre la cama de su padre, limpiándolo y cambiándolo. Su padre se había puesto enfermo otra vez y no podía andar; los médicos se habían equivocado y ahora habían programado otra operación.

¿Cómo reaccionarían sus padres si se enteraran de lo del bebé? Se estremeció al pensarlo. Varios años atrás, en su pueblo en Phú Mỹ, una madre se suicidó después de que su hija muriera de parto. La hija era soltera y los susurros maliciosos de los aldeanos resultaron insoportables. Si los padres de Trang se enteraban del embarazo, seguro que se echaban la culpa; tal vez no sobrevivieran a semejante disgusto.

El sudor le resbalaba por el cuello. Había oído historias horribles sobre el momento del parto. Odiaba a aquella criatura y deseaba que desapareciera.

Al principio pensó en ir a un hospital o a una clínica para dar a luz, pero entonces tendría que presentar sus papeles, y en estos aparecía la dirección de la casa familiar. Y corría el riesgo de encontrarse con gente que conociera a sus padres o a algún familiar.

Notó un tirón en el brazo. Trang levantó la vista y vio a Đông, su compañera de piso.

—*Bồ tèo.* Ven a hablar con nosotras —dijo Đông, y cogió a Trang por la mano.

Trang se sentó en la cama.

Đông le dio un vaso de agua.

—Bebe. Hace calor en la calle.

—¿Estás segura de que la comadrona es buena? —preguntó Trang.

Đông asintió.

—Tiene mucha experiencia. Antes trabajaba en Hóc Môn y se jubiló hace poco. Atendió el parto de mi hermana mayor. Mi madre siempre ha dicho que cuando yo dé a luz, quiere que la señora Yến sea la partera.

—¿De verdad crees que es una buena idea?

—Tienes que decidirlo tú, Trang —contestó Đông—. Con el miedo que tienes de que tus padres se enteren, es una buena opción contar con la señora Yến. La casa de mi prima Ngân está cerca de donde vive la partera, y lo mejor de todo es que el orfanato no cae muy lejos.

Trang asintió. Quỳnh había estado en casa de Ngân y había dicho que era sencilla pero cómoda; había visto allí a la comadrona y había hablado con las monjas del orfanato, que estaban dispuestas a ayudar. Trang contuvo las lágrimas al pensar en todas las mujeres que le tendían la mano mientras que ningún hombre había movido ni un dedo.

Đông y Nguyệt revisaron de nuevo el contenido de la bolsa de Trang: mudas para ella, una toallita, mucha ropa interior de color oscuro, un cepillo de dientes, diez trozos de tela de algodón blanca y suave para pañales y dos conjuntos para bebé, uno azul y otro rosa. Đông y Nguyệt habían comprado ropa para la criatura. Nadie sabía si sería niño o niña, y a Trang no le importaba.

Đông bajó las escaleras y volvió rápidamente, jadeando.

—Quỳnh ya está aquí. Vámonos.

Trang se puso la chaqueta para protegerse del sol y un sombrero de tela.

Đông se adelantó con la bolsa marrón y Trang la siguió por las escaleras situadas en la parte trasera del edificio. Por culpa de la barriga no se veía bien los pies, así que se agarró al codo de Nguyệt.

Pronto se quedó sin aliento. Le hizo un gesto a Nguyệt y bajaron más despacio. Al llegar a la planta baja, trató de controlar la respiración. Echó un vistazo y vio la espalda de su casera. Se agachó y bajó el ala del sombrero. La radio seguía encendida, transmitiendo noticias de un ataque del Vietcong en Thủ Đức, a las afueras de Saigón.

Se estremeció al pensar en el pueblo al que Quỳnh estaba a punto de llevarla. Sabía que se encontraba en la zona de Hóc Môn, pero ignoraba si quedaba cerca de Thủ Đức.

Se coló por una puerta diminuta y entró en el callejón. Por debajo del ala del sombrero, vio la Honda 67, una moto de sillín bajo. Quỳnh estaba ya montada y llevaba delante una bolsa con comida. Đông ató las pertenencias de Trang a la parte trasera con cuerdas de goma.

Trang subió a la moto y aplastó la barriga contra la espalda de Quỳnh. Puso los pies en las estriberas y se sujetó con ambas manos a la cintura de su hermana. Le apretaban tanto los pantalones que pensó que se iba a desmayar. Aquel bebé era la causa de todos sus problemas. En cuanto naciera, no le pondría ni nombre. No lo miraría a la cara. Se lo daría a Quỳnh y le pediría que se lo llevara a las

monjas de inmediato.

**

—Thu Hoa *ơi,* Thu Hoa *ơi.* —Trang llamó a su hija por su nombre y con las dos manos se acercó el bebé a la cara. Hoa estaba dormida. La luz del sol se filtraba por la ventana cerrada e iluminaba su piel clara, el pelo de color avellana y la nariz respingona.

—¿Por qué tienes que parecer tan americana, ser tan parecida a él? —preguntó Trang a su bebé de dos días. Hoa pesaba poco en las manos de Trang, la camisita azul le quedaba grande y el pañal de tela le colgaba, demasiado holgado.

Oyó un traqueteo en el cielo y Trang se encogió y miró hacia arriba. El Vietcong podría estar buscando a mujeres como ella. Se imaginó los hocicos negros atravesando las capas de hojas de cocotero, escupiendo fuego.

Trang estrechó a la nena contra el pecho. Con el corazón martilleándole, se levantó en silencio de la cama de bambú y se colocó junto a un armario de ratán, en un rincón, aferrando su arma: una azada que había encontrado en el jardín. Le habría gustado que Ngân estuviera en casa, pero se había ido con sus padres para ayudar a cuidar de su madre enferma.

A su alrededor solo había campos vacíos. Ngân había dicho que los aviones de los americanos los habían rociado con algún tipo de producto químico. Desde entonces, los cultivos se marchitaban y morían.

—Mi padre me dijo que tiran algo para hacer que las hojas de los árboles se caigan y así ver con más facilidad a los soldados del Vietcong —dijo Ngân con un suspiro—. La guerra no solo mata a la gente, también nos roba la comida y destruye los campos y los bosques.

Silencio. Y luego el chillido de las ratas. Trang dejó escapar un suspiro de alivio. Volvió a la cama y dejó con cuidado a su hija sobre la estera de paja. Examinó a Thu Hoa maravillada: los deditos curvos, las manitas, salpicadas ya de picaduras de mosquito, las piernecitas regordetas y los deditos de los pies. Todo aquello había salido de su vientre. Era un milagro que hubiera dado a luz a un ser humano tan perfecto. Excepto por las picaduras de mosquito. Sopló sobre los puntos rojos, reprochándose no haber tenido suficiente cuidado.

Hoa se agitó y volvió la cara hacia Trang, abriendo la boca, buscando. Trang se desabrochó la camisa. Le dolió el pecho cuando la leche comenzó a fluir. La mano de Hoa se alzó y se encontró con la de Trang, que aferró los deditos y se los llevó a la nariz. Olían a flores.

Los cubrió de lágrimas.

Había estado muy segura de que iba a entregar a Hoa. Le había dicho a Quỳnh que fuera a avisar a las monjas del orfanato de la llegada de un bebé. Pero a cada minuto que pasaba el lazo ente ella y Hoa era más fuerte, como si Hoa fuera de nuevo parte de su cuerpo.

Hoa chupó con fuerza; tenía hambre, y Trang también. Todavía quedaba algo de arroz cocido en la cocina, pero no había nada para acompañarlo. Esperaba que Quỳnh volviera pronto con comida. Pero entonces Quỳnh querría llevarse al bebé. A Trang le embargó la tristeza al pensarlo.

El calor, la inclinación del sol y el chirrido de las cigarras le indicaron que debía de ser ya la primera hora de la tarde.

Hoa soltó el pecho de Trang, abrió la boca y empezó a quejarse.

—No llores, no llores —susurró Trang, cambiándola al otro pecho.

De nuevo Hoa mamó con avidez; la frente se le llenó de gotas de sudor y Trang se inclinó, besándolas. Acarició el pelo de Hoa. Qué mechones tan finos. Como el pelo de Dan. ¿Dónde estaría ahora? ¿Se arrepentiría? ¿Cómo se sentiría si supiera lo bonita que era su hija?

Semanas atrás, había ido otra vez a Tân Sơn Nhứt para buscar a Dan. Los soldados, armados con rifles y miradas de hielo, le habían dicho que se marchara. Después de aguardar varias horas en el exterior de la base aérea, vio a uno de sus amigos. Corrió hacia él y le preguntó qué sabía de Dan.

—Ha liado el petate y se ha ido a casa. Qué suerte tiene ese cabrón —dijo el hombre, mirándole la barriga. No hizo caso de sus preguntas, paró un taxi y se fue.

Los labios de Hoa se movían cada vez más despacio. Se detuvieron y volvieron a moverse. Trang miró fuera de la habitación en dirección a la entrada de la casa.

**

Dos días antes, Trang estaba acostada en la cama y con un dolor aterrador cuando oyó los primeros gritos del bebé.

—Trang, dale de mamar —dijo la señora Yến, y le puso al bebé en el brazo derecho. La nena era tan resbaladiza como un pez, tan pequeña como un gato y tenía toda la piel arrugada. Sin embargo, en cuanto Trang la cogió, dejó de llorar. Abrió los labios mientras la comadrona guiaba el pezón de Trang hacia su boca. Mientras mamaba, Trang sintió sus latidos contra el pecho. Una extraña sensación la invadió y, de repente, se echó a llorar. Disminuyó el dolor y sintió calma. ¡Tenía una hija! ¡Una hija!

Mientras la niña mamaba con avidez, la señora Yến la limpió.

Quỳnh no tocó a la criatura: dejó caer el vestido rosa en la cama y se marchó.

La señora Yến enseñó a Trang a atar el pañal de tela alrededor de la cadera de la niña.

—Cuando la cojas en brazos, sujétale siempre la espalda y el cuello. Son muy débiles. Ah, y antes de que se me olvide, debes levantarte y moverte tan pronto como puedas. Bebe mucha agua o, de lo contrario, el estreñimiento será peor que el dolor del parto.

Trang acarició la cara de su hija. Su piel era tan suave como el polvo de arroz.

La señora Yến limpió los muslos de Trang con una toalla.

—Un bebé tan grande y ni el menor desgarro; lo has hecho bien, muy bien.

Trang sonrió. Hacía mucho tiempo que nadie le decía que hacía bien algo. Esperaba que Quỳnh lo oyera, pero su hermana estaba en la puerta, escuchando el ruido del exterior.

La partera cogió de la cama las toallas empapadas de sangre y las metió en una bolsa. Dobló un trozo de tela y lo colocó dentro de la ropa interior de Trang.

—Sangrarás los próximos días, pero es normal —dijo. Levantó las caderas de Trang y le puso bien la ropa interior.

Trang se sintió abrumada por el agradecimiento.

—*Cảm ơn dì.*

La señora Yến contestó moviendo la cabeza.

—Tengo que irme.

Quỳnh se apartó para dejarla salir de la casa. Trang miró a la criatura que tenía en los brazos. Qué maravilla que pudiera evitar que el bebé llorara dándole de mamar. Tenía la sensación de que la niña sabía que era su madre. Y en aquel momento se estaba quedando dormida en su pecho, agitando las largas pestañas.

Quỳnh se sentó a su lado.

—¿Tienes hambre, *chị Hai?* Tengo un poco de arroz glutinoso.

Trang negó con la cabeza.

—Agua, por favor.

—Tengo algo mejor. —Quỳnh hurgó en su bolsa y sacó un pequeño envase de leche. Trang bebió y sonrió a Quỳnh. Qué suerte tenía de que su hermana menor hubiera llegado a tiempo. El dolor había comenzado temprano esa mañana, cuando todavía estaba oscuro. A medida que iba amaneciendo, se hizo casi insoportable. Pero Trang no se atrevió a ir a buscar a la comadrona por temor a encontrarse con el Vietcong en el camino. Estaba en el suelo, clavándose las uñas en las palmas de las manos, esperando a que la partera viniera a verla, tal

como le había prometido, cuando alguien la tocó. A través de las lágrimas, vio a Quỳnh. No había oído a su hermana pequeña ni la moto. Quỳnh le dijo que mantuviera la calma y corrió a buscar a la comadrona.

Trang quería darle las gracias a Quỳnh, pero tenía los párpados tan pesados como ladrillos.

—Creo que dormiré un poco.

Todavía estaba medio desnuda, pero no le importaba.

—Por supuesto. Debes de estar agotada.

Trang miró al bebé una vez más antes de que el sueño se apoderara de ella.

**

Se despertó cuando los rayos de sol atravesaban la habitación. Debía de ser la última hora de la tarde. Hoa seguía durmiendo profundamente, con la cabeza apoyada en su brazo.

—¿Cómo estás? —dijo la voz de Quỳnh. Trang levantó la vista y vio a su hermana menor sentada a su lado.

—Mucho mejor.

—Bien, ¿lista para ir?

—¿Ir adónde?

—Al orfanato.

Trang se volvió hacia el bebé. Las comisuras de los labios sonrosados se curvaban como si sonriera. Con su vestidito rosa, Hoa parecía una flor de loto.

—Es demasiado pequeña —dijo Trang casi sin pensar—. Dame otro día, por favor. Entonces estará más fuerte. Solo quiero asegurarme de que vive.

—Vivirá. Ya te dije que las monjas del orfanato están acostumbradas a cuidar a recién nacidos. Y no puedo esperar un día más.

—Entonces vuelve mañana… por favor.

—¡Hermana, ve ahora! Cuanto más tiempo pases con ella, más difícil será.

Trang volvió a mirar al bebé. Había descansado bien y tenía la cabeza clara. Sabía lo que quería.

—Solo un día más, por favor, *em*.

—Eso llorará y los vecinos oirán el ruido.

Le irritó que Quỳnh hablara de su hija como si fuera un objeto.

—Mi hija no llorará si le doy de mamar —dijo Trang—. ¿No te parece un milagro que tenga leche para ella? ¡Tengo leche!

Quỳnh se puso de pie. Pisó el suelo con fuerza como si así liberara

la ira. Dio vueltas por la habitación. Trang miró a su alrededor y se dio cuenta de que no estaban las bolsas de ropa y comida.

—*Chị Hai,* reacciona —dijo Quỳnh moviendo la cabeza—. Ya no puedo más. Estoy muy cansada. No puedo seguir apoyándote así. Eres mi hermana mayor, se supone que eres tú quien cuida de mí.

—Lo sé y lo siento. —Trang se dio cuenta de lo delgada que estaba Quỳnh. Aquellos largos viajes en moto debían de ser agotadores—. Te estoy eternamente agradecida, *em.* Sé que he sido egoísta, pero solo te pido un día más, solo uno más…

—Si te preocuparas por mí, no habrías hecho esto. Hemos perdido mucho tiempo. —Las lágrimas rodaron por el rostro polvoriento de Quỳnh—. Han ido llegando muchas chicas a la ciudad desde que dejaste de trabajar. No puedes ni imaginarte lo difícil que es encontrar hombres. Y en el bar nos peleamos por los clientes como si fuéramos perros disputándose un hueso.

—Cuando vuelva, te ayudaré a pelear —dijo Trang con una sonrisa —. Después de dar a luz las mujeres engordan, pero yo sigo delgada, ¿ves? Solo tengo las tetas más grandes. A los americanos les gustará.

Se levantó los pechos y los movió hacia arriba y hacia abajo.

—Lo que quiero decir es que… —insistió Quỳnh, cogiendo el bolso —. Si de verdad me quieres, deja que me lleve ahora a la niña al orfanato. ¡Ahora mismo!

—Por favor, *em*… te lo ruego. Un día más. Quiero estar segura de que Hoa vive.

—Hoa es un nombre horrible. Odio a Dan. Y lo odio porque nos ha destruido.

—Quỳnh, por favor.

Quỳnh extendió los brazos.

—Dámela. Las monjas la cuidarán bien, mejor que tú.

Trang se aferró al bebé con fuerza.

—¡No! Solo un día más, te lo ruego.

Quỳnh cerró las manos y golpeó el suelo con los puños. Salió y volvió a meter en la casa las pertenencias de Trang. Se fue a Saigón sin decir una palabra.

Aquella noche, Trang durmió a ratos. En cuanto la niña hacía el menor ruido, se incorporaba para darle de mamar. Durante las horas de oscuridad, le palpaba la nariz y el pecho, una y otra vez, temerosa de que dejara de respirar.

El día siguiente pasó en un abrir y cerrar de ojos. Qué diferencia con la semana anterior, en la que cada día parecía un año. Trang descubrió que cuando la niña se volvía hacia ella, con la boca abierta como el pico de un pajarito, era porque tenía hambre. Cuando agitaba

las piernas era porque estaba contenta. Cuando miraba a Trang con sus ojos marrones e inocentes, el mundo dejaba de moverse y nada más importaba.

Por primera vez en la vida de Trang, un ser humano dependía de ella por completo y podía satisfacer todas sus necesidades. Pasó el día dando de mamar a Hoa, poniéndola a dormir, cambiándole los pañales y tarareando canciones de cuna. Y se encontró a sí misma contándole a su hija los cuentos que había leído. Ahora sabía que vivir sin imaginación era solo existir, y que no tener libros era el mayor castigo.

**

Hoa estaba profundamente dormida. Trang la meció un poco y la acostó en la cama. Se levantó, desperezándose. Le crujieron los huesos. Iba a ir al baño cuando se oyó un ruido en la puerta. Sabía que no era Quỳnh, ya que no había oído la moto. Corrió hacia la niña, la cogió en brazos y se escondió detrás del armario de ratán agarrando la azada con una mano.

El sonido de una llave. La puerta se abrió de un empujón y entró luz a raudales.

Parpadeó, intentando reconocer a la persona que había aparecido ante ella. La puerta se cerró rápidamente.

—*Trời ơi* —dijo una voz grave—. ¿Sigues aquí?

Trang dejó escapar un suspiro de alivio y soltó la azada.

—*Dì* Yến…

—¿Cómo está? —La comadrona abrió los brazos para coger a Hoa.

—Mama mucho y duerme bastante. —Trang sonrió.

—Es preciosa. —La señora Yến admiró al bebé, que abría los ojos en aquel momento, y chasqueó la lengua—: Guapa, guapa, guapa… Todos los vietnamitas queremos tener una piel clara como la tuya y tu nariz respingona, ¿me las regalas? ¿Y si me las regalas?

Trang sonrió, entusiasmada al comprobar que la comadrona estaba de acuerdo con ella: Hoa era el bebé más hermoso que había nacido nunca.

—Qué niña tan buena —dijo la señora Yến. Le devolvió a Hoa a Trang y se sacó una linternita del bolsillo de la camisa—. ¿Todavía te duele? —Examinó el labio inferior de Trang—. No he visto nunca una chica tan valiente como tú. Diste a luz sin un solo grito. Y te mordías el labio con tanta fuerza que pensé que te lo ibas a partir.

Trang hizo una mueca de dolor.

—Tiene mala pinta. Dile a tu hermana que te traiga alguna medicina para que no se infecte.

Trang asintió. Confiaba en que la boca se le curara sola, ya había cargado lo suficiente sobre Quỳnh.

La comadrona levantó la camisita del bebé y la examinó.

—Parece sana. Lo estás haciendo muy bien.

—¿De veras, tía? No estaba segura.

—Confía en ti misma. Mira, el cordón umbilical está más seco, eso está muy bien. Déjalo estar, ya se caerá solo. —La comadrona apartó la linterna—. Está todo bien, no creo que me necesites más. De todos modos, me voy durante unos días a la montaña de la virgen negra. Llevo a mi madre todos los años para rezar.

—Tía, este bebé… no sé qué hacer.

—Intenta encontrar al padre.

—Mi hermana y yo hemos mirado en todas partes, tía. Sus amigos dicen que ha vuelto a América.

—¿Sin decírtelo? ¡Qué cabrón!

Las lágrimas asomaron a los ojos de Trang. Odiaba a Dan por ser tan cobarde. Desapareció de su vida en cuanto se enteró del embarazo. Y eso, además, le destrozaba el corazón. Se daba cuenta de que la había engañado desde el principio. Probablemente tenía novia o esposa en Seattle. En una ocasión que estaba borracho, se manchó con el vómito. Lo ayudó a cambiarse y, mientras dormía, le lavó los vaqueros. En el bolsillo encontró la fotografía de una chica rubia y guapa. Detrás ponía: «Te quiero, vuelve pronto a casa». En cuando se despertó, le preguntó por la chica de la foto y murmuró que era su hermana. A Trang la sorprendió que una hermana dijera «te quiero», pero él se molestó y dijo que era algo normal entre hermanos en los Estados Unidos. Ahora, al pensarlo bien, se daba cuenta de que Dan le había mentido.

—Ojalá pudiera ayudarte más, Trang —suspiró la comadrona—. Pero, por favor, piensa en el orfanato o busca un lugar más seguro que este. —Ladeó la cabeza y escuchó el ruido del exterior—. Tengo que irme. Lo siento.

Trang puso en la mano de la comadrona un billete enrollado.

—Gracias por todo, tía.

La comadrona devolvió el dinero al bolsillo de Trang y buscó en la bolsa que llevaba: al abrirla, ascendió un aroma delicioso. Le dio a Trang dos plátanos dorados.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. —Trang aferró la fruta, reconfortada por la bondad de la mujer—. Si cambia de opinión y quiere visitarme, aquí estaré.

La comadrona evitó los ojos de Trang. Miró al bebé.

—Buena suerte, angelito. —Se dirigió hacia la puerta, la abrió y

desapareció.

Trang oyó el chasquido de la cerradura y sintió el sabor de la sal en los labios.

**

Hoa soltó el pezón de Trang; tenía los ojos muy abiertos, inocentes y alegres. Cuando Trang miraba aquellos ojos, todas sus preocupaciones se hacían más ligeras y luego desaparecían. ¿Qué importaba todo si podía tener a su preciosa niña en brazos? En el exterior, el viento cantaba. Un pájaro piaba, como si declarara que la vida era hermosa y merecía la pena vivirla.

Trang acostó a su hija en la cama y Hoa la miró, curvando las comisuras de los labios.

—¿Quieres que hable contigo? —Trang chasqueó la lengua. Los ojos del bebé se iluminaron, y agitó las piernas vigorosamente.

Trang hundió la cara en el aroma del bebé y le hizo cosquillas a Hoa con la nariz.

—¿Qué tal un bañito? Creo que te gustaría un baño, ¿verdad?

Junto a la cama había una jarra de agua y un cubo, y Trang vertió el agua sobre la toalla. Limpió a la niña suavemente, de la cara al cuello, del pecho a la espalda, de las manos a los pies. Hoa agitaba los brazos, cada vez más excitada. Trang le lavó las manos, los deditos, los muslos, los dedos de los pies. Puso a la niña de lado y le limpió la espalda.

No sabía que podía dar tanto placer cuidar de un pequeño ser humano.

Después de vestirla, la cogió y le dio de mamar. Hoa se durmió enseguida.

Trang rebuscó en el bolso. En el fondo, bajo la ropa, había un sobre. Dentro estaba la foto que se había hecho con Dan en el zoo. Se quedó mirándole la cara. Había esperado que volviera a rescatarla, pero ahora sabía que solo ella podía salvar a su hija y salvarse a sí misma.

**

La puerta de la casita se abrió, entró Quỳnh y la cerró. Una bolsa de tela le colgaba de la mano. El estómago de Trang gruñó al oler la comida.

—¿Estás bien? —Quỳnh miró al bebé.

—Sí, *em*. Gracias por venir. —Trang sonrió con los labios temblorosos.

Quỳnh le dio una fiambrera.

—Fideos salteados. Lo siento, no he podido conseguir otra cosa.

—Me parece perfecto. —Trang depositó la fiambrera—. Quỳnh, he tomado ya una decisión.

—¿Sobre qué?

—Voy a volver a Saigón con la niña.

—¿Estás loca? —Quỳnh abrió mucho los ojos.

—En mi vida he estado más segura de nada. —Trang apretó a Hoa contra el pecho—. No puedo abandonar a mi niña. No quiero abandonarla.

En cuanto llegara a Saigón, buscaría un apodo feo para su hija para protegerla así de los malos espíritus. En aquel momento el bebé era demasiado hermoso, demasiado precioso para asociarla con algo horrible.

—¿Y nuestros padres? ¿Has pensado en ellos?

—Será un disgusto para ellos, lo sé, pero lo superarán —dijo Trang —. Se lo explicaré y lo entenderán. Me quieren, así que me apoyarán.

Si abandonaba a Hoa, podría convertirse en una de esas niñas de la calle que hurgaban entre las basuras de los mercados. No había garantía de que el orfanato siguiera abierto en el futuro. El Gobierno del Sur era caótico y corrupto, los comunistas estaban ganando fuerza y batallas y habían convencido a muchos ciudadanos del Sur de que estaban mejor organizados y eran capaces de liberar a Vietnam de la dominación extranjera.

—El Vietcong nos traerá problemas a toda la familia —dijo Quỳnh, negando con la cabeza.

—La guerra terminará pronto, *em.* Ya llevaré entonces a Hoa a la aldea. Me he ocupado de nuestros padres, pero tengo que vivir mi vida. Esta niña es mía y nadie me la puede quitar.

—Te has vuelto loca —exclamó Quỳnh—. ¿Cómo vas a criarla? ¿Eh?

—Si el cielo crea elefantes, el cielo creará la hierba —dijo Trang, citando un viejo proverbio—. Alguna manera habrá. No quiero vivir sin mi hija —añadió. Aquellas palabras la llenaron de orgullo. No podía creer que hubiera tardado tanto en tomar una decisión. Por supuesto que iba a criar a Hoa. Tendría que trabajar mucho, pero ser madre era la experiencia más intensa que había tenido en su vida.

Le enseñó el dinero que le había dado Dan.

—Esto nos ayudará al principio.

—Estás como una puta cabra —gruñó Quỳnh—. Este bebé te destrozará la vida. La tuya y, de paso, la mía también.

Trang se puso de pie. Con Hoa en un brazo, empezó a recoger sus

cosas.

**

El sol se ocultaba detrás de una cortina de nubes cuando Trang subió a la parte trasera de la moto. Con un brazo sujetaba al bebé contra su pecho y con el otro se cogía a Quỳnh. Su hermana se había enfadado, pero parecía convencida de que Trang cambiaría de opinión una vez estuvieran de vuelta en Saigón. Cuando la moto arrancó, Trang abrazó a la niña con más fuerza e intentó amortiguar las sacudidas con el cuerpo.

Quỳnh conducía cada vez más rápido y Hoa dormía profundamente en brazos de Trang.

Trang hizo cálculos mentales. Habían pagado ya casi la totalidad de las deudas de sus padres. Podría volver a trabajar en el bar dentro de una semana y el dinero le permitiría pagar a alguien que cuidara de la niña. Hoa no necesitaría gran cosa durante los primeros meses, excepto leche. En el pueblo de Trang, las madres estaban acostumbradas a criar solas a varios hijos, no sería tan difícil. Y podría ahorrar. Ahorraría ferozmente y algún día seguiría estudiando. Y nunca, nunca jamás permitiría que un hombre le hiciera cambiar de planes.

Se levantó la brisa. Trang respiró profundamente y se llenó los pulmones de aire fresco. Se inclinó y rozó con la nariz la carita de su hija. Qué maravilla haber dado a luz a un ser humano tan hermoso. Y Hoa olía tan bien, como un loto. Un regalo de Buda.

En un puesto de control, Quỳnh detuvo la moto.

Dos policías militares registraron sus pertenencias, incluyendo toda la moto. Debían de estar buscando minas; había habido ataques en aquella carretera.

El tercer soldado alzó la barbilla y se dirigió a Trang, que estaba junto a la carretera, con su hija dormida en brazos.

—¿Cuánto tiempo tiene este crío? ¿Adónde lo llevas? —preguntó.

—Tiene tres semanas, hermano —dijo Quỳnh, sonriendo al hombre con aire seductor—. La pobrecita tiene una diarrea terrible. Vamos a llevarla al médico. Por favor, déjanos ir antes de que se despierte y se eche a llorar.

—Aunque vayas al médico, tenemos que cachearte.

—Por supuesto. —Quỳnh le guiñó un ojo. Se quitó la camiseta y se quedó en sujetador—. Mira, no llevo nada encima. —Se dio media vuelta y volvió a ponerse la camiseta—. Pero es mejor que no cachees a mi hermana, por favor. Si lo hacéis, ese monstruo de criatura se despertará, y no soporto oírla llorar.

El soldado miró a sus compañeros, que estaban ocupados revisando bajo el asiento de la moto.

—Hazlo otra vez —dijo el soldado con una sonrisa.

**

—¿Has visto lo que he tenido que hacer por ti y por tu diablillo? ¿Estás contenta? —dijo Quỳnh mientras la moto rugía.

—No te lo he pedido y ha sido peligroso. Y no llames así a mi hija, por favor.

—Ella tiene la culpa de todo. —Quỳnh aceleró y la moto dio una sacudida—. Al menos, deberías darme las gracias por sacarnos del lío. Podrían habernos retenido mucho más tiempo. ¿No sabes lo peligroso que es viajar en la oscuridad?

Trang miró a su hija, que seguía durmiendo plácidamente en sus brazos. Se alegraba de haber dado a luz en casa de Ngân, ya que le había permitido estar a solas con Hoa. En el silencio que había vivido después de ser madre, todos sus miedos se habían acallado, había podido oírse a sí misma, alto y claro, y sentir la valentía heredada de las generaciones de mujeres que la habían precedido. Hoa era la continuación de sus sueños, de sus esperanzas y de un amor por la vida que creía haber perdido. Sonrió a su hija y miró al otro lado de la carretera, hacia un bosquecillo de bambúes. Las gráciles cañas parecían meditar, como si la violencia nunca pudiera tocarlas.

Una bandada de cigüeñas alzó el vuelo y escribió en el cielo poesía con las alas.

Entraron en Saigón y se aproximaron a un complejo militar. Trang se inclinó hacia delante.

—Te estoy muy agradecida, *em,* más de lo que podría expresar. Te prometo que cuando…

La interrumpió un sonido, algo parecido al silbido de un gigante.

Trang se inclinó hacia delante para proteger a Hoa.

—¡Cuidado! —gritó.

Una luz cegadora lanzó un destello. Quỳnh se dio la vuelta, abriendo la boca como si quisiera decir algo a su hermana, cuando una explosión se estrelló contra la moto y la envió por los aires. Trang gritó mientras protegía con su cuerpo a su hija. El cielo y la tierra temblaron. El dolor la atravesó y todo se convirtió en tinta.

Buscar una aguja en el fondo del mar

Bạc Liêu, 2016

—¿Qué tecleamos en el ordenador para la búsqueda? —preguntó Bình, apretada contra Phong, con quien compartía asiento. Diễm estaba detrás de ellos, con las manos sobre los hombros de su padre. Tài se arrodilló en el suelo.

Se encontraban en un cibercafé lleno de jóvenes donde se alquilaban ordenadores por horas. Las máquinas estaban separadas por endebles paneles de madera, y a Phong le bastaba con echar un vistazo a la izquierda para ver a un joven navegar por imágenes de mujeres desnudas. Mujeres blancas como la leche y con pechos grandes como pomelos. A la derecha, un chico que tendría poco más de diez años estaba absorto en un videojuego en el que un arma escupía fuego y troceaba seres humanos como si fueran ranas. Los gritos de las víctimas desgarraban las sienes de Phong.

—Empecemos con algo sencillo —dijo Tài, y tecleó en el ordenador—: «padre americano busca hijo americoasiático». —Pulsó una tecla y la pantalla se llenó de imágenes y palabras.

—Cuánta información —exclamó Diễm—. Qué tontos al no haberlo pensado antes.

—¿Estás llamando «tontos» a tus padres? —Bình fulminó a Diễm con la mirada—. ¿Cómo podríamos saberlo si no tenemos internet y nadie nos ha dicho qué tenemos que buscar?

—Por eso hace tiempo que os digo que necesitamos un teléfono inteligente —insistió Diễm, alzando las manos.

—¡Eh! —Tài silbó—. Esto parece interesante. —Señaló la imagen de un hombre de piel oscura y cabello rizado—. Es una película sobre americoasiáticos que encuentran a sus padres.

Phong se acomodó y vio que la pantalla del ordenador se ponía en blanco y luego mostraba a un hombre de pelo rizado. Llevaba una chaqueta gruesa y vieja y estaba de pie en una calle vacía, bordeada de casas de ladrillo y árboles desnudos. La cámara hizo un zum hacia el rostro del hombre. Tenía la nariz grande, la piel oscura y unos ojos tan tristes que parecían estanques sin fondo.

El hombre contaba que llevaba veinticinco años viviendo en los Estados Unidos y que había dedicado la mayor parte de su tiempo

libre a buscar a sus padres. Había pasado miles de horas en internet y hablando con la gente. Se había hecho pruebas de ADN. Había recibido ayuda de gente amable, incluidos otros americoasiáticos, veteranos estadounidenses e incluso perfectos desconocidos, pero hasta la fecha no había descubierto nada. Temía que sus padres hubieran muerto o no lo quisieran. Después de caminar un rato por una calle nevada, tiritando de frío, el hombre se encontró con un americoasiático blanco. Juntos, rebuscaron en grandes cubos de basura metálicos. «No hablo mucho inglés y me ha sido imposible encontrar trabajo —dijo el hombre—. Sin embargo, tengo suerte porque puedo dormir en un albergue para indigentes. Vendo a otros vietnamitas las cosas que recojo de la basura. No consigo mucho dinero, pero me ayuda a comprar lo que necesito, como una buena comida, una cerveza o cigarrillos.»

—¡Basta! —Phong cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos. No había imaginado que los *trẻ lai,* los mestizos, llevaran una vida así en los Estados Unidos. Por un motivo u otro, había imaginado que en el país de sus sueños no había pobres.

—Eso es mentira, no es posible —murmuró Bình con voz temblorosa.

—Es un documental hecho por un famoso canal de televisión —protestó Tài—. La historia tiene que ser cierta.

Phong se inclinó hacia su hijo.

—Te diré lo que es eso: propaganda de los comunistas, que siempre han intentado impedir que nos fuéramos de aquí.

—¡Lo que tú digas! —Tài pulsó el teclado y el documental desapareció. La pantalla del ordenador volvió a llenarse de imágenes y palabras.

—Ocúpate tú, Diễm —dijo Tài a su hermana, poniéndose de pie—. Todo lo que hago está mal, nunca nada es lo bastante bueno.

Phong se puso de pie y sujetó el brazo de Tài.

—Hijo, perdona mis reacciones… Es que esta historia es demasiado dura para mí.

—¿Y para mí? ¿Te piensas que no me afecta? —La voz de Tài se elevó por encima de los sonidos de disparos del ordenador de al lado—. Incluso he soñado con que encontrábamos a tus padres, que tenía abuelos que me querían. Ahora sé que solo era un sueño estúpido. —Una lágrima rodó por la mejilla de Tài.

—¿No has oído que los sueños pueden hacerse realidad? —dijo Diễm. Señaló unas palabras en la pantalla—. Aquí hay un artículo sobre alguien que encontró a su padre.

—Léenoslo, hija —dijo Bình. Diễm pulsó unas teclas, la pantalla del

ordenador cambió y aparecieron las imágenes de una mujer de mediana edad y de un hombre mayor. Parecían estadounidenses blancos. Diễm empezó a leer. Tracy Trần, la mujer, fue adoptada en un orfanato de Saigón y la llevaron a los Estados Unidos cuando tenía cinco años. Durante los últimos diez años, había intentado encontrar a su padre. Casi había perdido la esperanza cuando una prueba de ADN la llevó hasta el hermano de este.

Cuando su padre supo de su existencia, ni siquiera sabía que tenía una hija en Vietnam. Phong cerró los ojos para evitar las palabras que llenaban la pantalla.

Pero Diễm hablaba con una voz suave que casi ahogaban los ruidos del entorno. Incapaz de oírla, Phong abrió los ojos. Las puntitas afiladas y las púas de las letras le hicieron daño a la vista.

La pantalla se volvió borrosa. La silla que lo sostenía se convirtió en el asiento de madera de su clase de primer curso, cuando iba al colegio en lo alto de las montañas. Cinco chicos, tres de ellos mayores y de tercer curso, lo rodeaban. Uno de ellos le acercó a la cara un trozo de papel lleno de palabras.

—¡Lee esto! —dijo un chico alto, dando golpecitos en el papel.

—No sé leer. —Miró desesperado al pasillo, buscando ayuda. Estaba vacío. Todos los profesores y los demás alumnos se habían ido a casa. Habría querido ver al maestro Nương, que había sido amable con él, pero no vio a nadie.

El chico pasó el dedo por debajo de unas palabras.

—Lee esto en voz alta: *con lai mười hai lỗ đít.* Léelo ahora mismo.

Se mordió el labio, con la cabeza temblorosa. No estaba dispuesto a decir que era un americoasiático gilipollas.

Una fuerte bofetada le aterrizó en la mejilla izquierda, otra en el cráneo. Vio fuego y gritó de dolor.

—Estúpido mestizo. Repite esto: soy un *con lai mười hai lỗ đít.*

Sollozó, agarrándose la cabeza con las manos.

—Aprende a leer, idiota. Venga, repite lo que yo te diga. —Otro chico lo agarró del pelo y lo obligó a mirar otro trozo de papel—. «La madre de Phong era una puta que se abrió de piernas para los imperialistas.» ¡Léelo!

Phong se mordió el labio con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre.

Le acercaron el papel a la cara y las palabras se hicieron borrosas.

—¡Léelo!

Cerró los ojos.

—¡Qué tozudo! Asqueroso hijo del enemigo.

Alguien le dio un pisotón. El dolor lo recorrió como una descarga

eléctrica hasta la cabeza. Gritó.

—Si no quiere leer estas palabras, que se las coma —dijo un chico, y los demás vitorearon.

—¡Que se las coma, que se las coma! —corearon.

Phong se enfrentó a las palabras. Se negó a reconocer su significado. No eran nada si él no las pronunciaba. Bajo sus ojos, las palabras comenzaron a retorcerse y a girar. Se convirtieron en bocas abiertas que se reían de él. Salían del papel como serpientes y lo agarraban por los brazos y las piernas hasta tirarlo al suelo.

Sintió en la espalda el suelo frío. Los chicos se alzaban sobre él. Unas manos lo obligaron a abrir la boca. Hicieron una bola con el papel y se lo empujaron contra la lengua. Sintió la amargura de las palabras y tuvo arcadas.

—¡Mastica y traga o nos mearemos en tu puta boca!

Con la cara cubierta de lágrimas, molió las palabras entre los dientes. Las palabras se deslizaron hasta su estómago y se extendieron por todos sus miembros. Los chicos se reían, y los gritos estridentes le taladraban el cerebro.

—¡No! —gritó, echándose hacia atrás de golpe. El techo del aula giró y se convirtió en la pantalla que tenía delante de él.

Phong se tapó los ojos con las manos y se puso en pie. Corrió hacia la puerta. La gente, con los ojos pegados a las pantallas de los ordenadores y las manos pulsando los teclados, le impedía el paso.

—¡Dejadme salir! —gritó.

**

Phong se sentó a la fresca sombra del toldo de una tienda y su familia lo rodeó.

—¿Estás bien, *Ba?* ¿Qué te ha pasado? —Diễm se arrodilló a su lado.

—Los fantasmas no dejan de perseguir a tu padre. —Bình abanicó a Phong con el sombrero—. Tenemos que encontrar un buen chamán.

Phong negó con la cabeza. Bình creía que los chamanes podían ahuyentar a los espíritus malignos que lo poseían. A lo largo de los años, había invitado a su casa a tres chamanes diferentes, y estos habían organizado ceremonias para Phong. Habían fumigado la casa para ahuyentar a los fantasmas invisibles. Nada había servido de nada. Phong sabía que no eran fantasmas, solo los matones que continuaban ahondando en lo más profundo de su médula ósea. Ojalá supiera controlar los malos recuerdos.

—¿Necesitas beber algo, *Ba?* ¿Te llevamos a casa? —preguntó Tài, acuclillado. La preocupación tallaba surcos profundos en su joven

rostro.

A Phong se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vamos a casa. —Se sujetó en el fuerte hombro de Tài y dejó que su hijo lo ayudara a incorporarse. Mientras caminaban hacia casa, se levantó un vendaval. Una vendedora gritó cuando el viento arrastró varios de sus periódicos por la calle. Diễm y Tài corrieron, atraparon las hojas y las juntaron.

—Mirad, *Ba, Má* —dijo Diễm señalando una página—. ¡El aviso de búsqueda de un americano!

**

Detenidos en la acera bajo un gran árbol *phượng,* lejos de la gente y de las tiendas, Tài y Diễm sostenían el periódico. Había pétalos rojos esparcidos alrededor de sus pies y las hojas amarillas revoloteaban en el aire. Desde el interior del tronco del árbol, las cigarras hacían vibrar su canto en el aire denso y caliente. En alguna ocasión, Phong se había quedado despierto con Bình y sus hijos bajo la luz de la luna, viendo a las ninfas de cigarra emerger de la tierra, trepar por los troncos de los árboles, mudar la piel y transformarse en cigarras. Había contado a su familia los cuentos de la hermana Nhã que explicaban por qué solo las cigarras macho podían cantar y por qué solo lo hacían con el abdomen, no con la boca o con el pecho.

—¿Qué dice el anuncio? —preguntó Bình con impaciencia, abanicando a los niños con el sombrero.

—Deja que lo lea. —Tài intentó arrancar el periódico de las manos de Diễm.

—Yo leo mejor que tú. —Diễm le hizo cosquillas a Tài bajo la axila. Tài se quejó y soltó el periódico.

—¿Listo? —preguntó Diễm, y miró a Phong. Este asintió y la niña se aclaró la garganta—: «Đan, un piloto de helicóptero con sede en Tân Sơn Nhứt en 1969, está buscando a Kim. Đan conoció a Kim en el bar "Hô-li-gút" de Trương Minh Ký. Kim le dijo a Đan que era del delta del Mekong. Si Kim quiere hablar con Đan, deberá llamar al señor Thiên».

Phong no podía creer que estuviera oyendo otra vez el nombre de Dan y el número de Thiên.

—¿El señor Thiên es la misma persona que ayuda a «Tôm Sờ-Mít»? —preguntó Diễm mirando a Phong.

—Sí, es él. Por favor, lee otra vez el anuncio.

—Ahora me toca a mí. —Tài hizo cosquillas a Diễm en la barriga y esta dejó caer el periódico. Muy serio, lo recogió y empezó a leer. Cuando terminó, Phong negó con la cabeza. Ahora todo tenía sentido:

el comportamiento del señor Dan, su curiosidad por Phong, el enfado de su mujer.

—Este señor Thiên… Volvemos a encontrarnos con su nombre y su número —comentó Bình—. El universo está tratando de decirnos algo, *anh.* No es casualidad. Deberíamos llamar por teléfono.

—Es una coincidencia. Es solo un agente, un ladrón…

—¿Por qué siempre piensas que la gente quiere aprovecharse de ti? —preguntó Bình con los brazos en jarras.

—¿Y me lo reprochas, después de todo lo que nos ha pasado? —preguntó Phong. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia su casa.

—*¡Ba!* —Diễm corrió detrás de Phong, lo agarró por el brazo y tiró de él, como siempre hacía cuando quería pedirle algo—. Creo que deberíamos llamar al señor Thiên. Ese americano, el señor Dan, podría ser tu padre.

Phong casi se echó a reír. La esperanza era peligrosa.

Le había costado mucho tiempo, pero ahora Phong se daba cuenta de que él era como la ninfa de una cigarra. Tenía que desprenderse de su pasado, liberarse, transformarse en una persona nueva, alguien tranquilo y feliz. Su hijo tenía razón. Debían olvidarlo todo: la solicitud del visado, la búsqueda de sus padres. No merecía la pena revivir el trauma de su pasado y arrastrar a su familia consigo. Debía aceptar la vida tal y como era, criar a sus hijos, cuidar de Bình.

—Vamos —dijo sonriendo a su familia—. Vámonos a casa. Tira ese papel. Ese americano no es pariente nuestro; es un hombre blanco. Lo sé porque lo conocí la semana pasada en Saigón. Y no quiero volver a verlo nunca más.

El pasado y el futuro

Delta del Mekong, 2016

En el coche, Dan observó las rodillas de Linda. Todavía estaban hinchadas, y tuvo la sensación de que el dolor de Linda, lento y ardiente, era suyo. Sacó la crema Bengay, le dio un masaje en las rodillas y Linda dejó escapar un suspiro de alivio. Habían andado mucho, habían subido y bajado escaleras por los templos jemeres de Sóc Trăng y por un pueblo conocido por su cerámica. En otro pueblo, habían aprendido a hacer papel de arroz y caramelos de coco. El viaje los había llenado de energía de un modo totalmente imprevisto. Les había devuelto la curiosidad por el mundo, su capacidad creativa, y les había ofrecido actividades con las que disfrutaban juntos.

Pero su carga era más pesada desde el día anterior, cuando visitaron un orfanato con niños afectados por el agente naranja. A algunos les faltaba algún miembro o estaban contrahechos. Otros tenían una cabeza gigantesca. Algunos no podían hablar y solo emitían sonidos. Mientras Linda abrazaba a una niña cuya cabeza doblaba el tamaño de su pecho, Dan se fue al jardín y se echó a llorar. Recordó las veces que había acompañado a los C-123 Provider de la operación Ranch Hand en las misiones de fumigación. Recordó los numerosos bidones codificados por colores almacenados en los aeropuertos de Biên Hòa y Tân Sơn Nhứt; tenían rayas de color naranja, verde, rosa, morado, azul y blanco. Mucho más tarde, se enteró de que esas rayas daban nombre a los llamados herbicidas «arco iris»: agente naranja, agente verde, agente rosa, agente púrpura, agente blanco y agente azul. Igual que sus compañeros —pero no sus malditos mandos—, él también desconocía el efecto de esos productos químicos, pero, a pesar de todo, debería haber preguntado. Debería haber pensado que algo que podía matar las plantas tal vez también matara a las personas. O incluso provocara algo peor que la muerte.

Más tarde, dentro del orfanato, cuando sostuvo a los niños y les dio los juguetes que Linda había comprado, no dejó de pensar que él podría ser la causa directa de su sufrimiento y que uno de esos niños podría ser su nieto.

Al salir del orfanato, se sintió enfadado consigo mismo. Debería haber vuelto antes, debería haber hecho algo. Thiên dijo que muchos

veteranos habían regresado y habían trabajado como voluntarios en los orfanatos o habían ayudado a construir escuelas y hospitales. Algunos veteranos se habían quedado a vivir en Vietnam o habían viajado hasta allí después de jubilarse.

La noche anterior, durante la sesión de seguimiento con la doctora Hoh, Dan le contó la historia de Thanh, la de su padre y la de Thiên; habló del orfanato y del hecho de que mucha gente no tuviera apoyo psicológico.

—Tenemos que hacer algo, voy a ver cómo —contestó la doctora Hoh. Anotó el número de teléfono de Thanh y prometió llamarlo.

Sonó un teléfono.

Linda se incorporó, frotándose los ojos.

—Es un número desconocido —dijo Thiên, echando un vistazo al móvil.

Dan albergó la esperanza de que la persona que llamaba fuera Kim. En el bolsillo del asiento delantero del coche había tres ejemplares de un periódico llamado *Tuổi Trẻ* con un anuncio de búsqueda destinado a Kim. Él y Linda habían hablado largo rato con Thiên; habían acordado que un breve aviso en el periódico no implicaba riesgos y Kim podría ponerse en contacto con él, si así quería.

Thiên salió de la carretera y detuvo el coche para contestar al teléfono. Dan ladeó la cabeza para escuchar. Thiên hablaba con rapidez. Con el teléfono pegado a la oreja, metió la mano bajo el asiento del copiloto y sacó la mochila. Cogió el mapa con el itinerario, lo leyó y garabateó algo.

—Está hablando con una mujer —dijo Dan a Linda, y advirtió lo nerviosa que estaba. La cogió de la mano. Si Kim respondía a su anuncio, la vida de ambos cambiaría para siempre.

Thiên colgó y se dio la vuelta.

—Era la mujer de Phong.

—¿Quién? —preguntaron Linda y Dan al unísono.

—De Phong… Estaba con su mujer y sus hijos cuando ha visto el aviso de búsqueda. Su mujer acaba de llamar. No conocen a Kim, pero les gustaría hablar con usted.

—Sí, nosotros también tenemos que hablar con ellos —dijo Linda.

—Nos dirigimos a la ciudad donde viven, así que les he pedido que vayan a nuestro hotel esta noche.

—Deberíamos pasar por algunas tiendas primero, comprar libros para los niños… —dijo Linda. El timbre del teléfono la interrumpió.

Thiên contestó y se volvió para mirar a Dan. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Quién es? —preguntó Dan con el movimiento de los labios, pero

Thiên negó con la cabeza y siguió hablando mientras escribía en el mapa.

Dan sintió un nudo en la garganta. Miró por la ventanilla la corriente de vehículos. Mientras la gente seguía adelante con su vida, él se sentía atrapado en su pasado.

Thiên terminó de hablar. Miró el teléfono antes de colgar.

—Era una mujer. Ha leído el anuncio y quiere vernos en persona. Le he preguntado si era Kim, pero no ha querido decírmelo. —Thiên se volvió hacia Dan—. Ha dicho que conocía a Dan y recordaba que era de Seattle.

Linda se tapó la boca con la mano.

—El anuncio no decía nada de Seattle. Podría ser ella.

Dan se apoyó en el respaldo. Por lo que recordaba, nunca le había dicho a ninguna vietnamita que era de Seattle, solo había hablado de su familia a Kim. Pero podría estar equivocado, había pasado mucho tiempo.

—Me ha dado su dirección. Vive en Cần Thơ, que queda a una hora de distancia. ¿Recuerdan la ciudad por la que hemos pasado, una que tiene un puente enorme?

—¿Y por qué no la llamamos por teléfono? —preguntó Linda a Dan —. Seguro que puedes saber si es ella si le haces algunas preguntas, así no perdemos dos horas conduciendo. Este tráfico me da dolor de cabeza.

Linda tenía razón, debían actuar con prudencia. El día anterior habían llamado dos mujeres. Una de ellas afirmó que era Kim, pero no fue capaz de responder a las preguntas más básicas. Dijo que trabajaba en el bar porque las bombas habían matado a toda su familia. Otra aseguró que era la hija de Dan, que se lo decía su intuición. Creía que la pareja de vietnamitas que la habían criado no eran sus padres. Thiên la llamó por videoconferencia, confirmó que parecía cien por cien vietnamita y la mujer no pudo aportar ninguna prueba de que fuera adoptada. Thiên les contó que de vez en cuando recibía llamadas de personas que decían estar emparentadas con estadounidenses.

—A mí tampoco me apetece conducir —dijo Thiên, con los ojos puestos en el caótico tráfico—. Pero algo me dice que esa mujer habla en serio. No ha querido contestar a mis preguntas y ha dicho que tenía cosas que contarle al señor Dan, cosas que no se dicen por teléfono.

**

El coche los llevó a las afueras de Cần Thơ, a una zona residencial verde y tranquila. Las casas se alineaban a lo largo de una calle con las puertas y las ventanas abiertas como si estuvieran listas para

recibir a huéspedes lejanos. En cierto modo, Dan esperaba que Kim estuviera fuera esperándolo, pero apenas había nadie en la calle.

«Tal vez no sea ella», se dijo Dan mientras el miedo y el nerviosismo lo inmovilizaban en su asiento.

Innumerables veces había imaginado que volvía a ver a Kim, y ella siempre reaccionaba de modo distinto. Y ahora todas aquellas posibles reacciones le daban vueltas por la cabeza: Kim corría hacia él y le decía cuánto lo había echado de menos; Kim le daba una bofetada y le gritaba que había matado a su hijo; Kim le presentaba a su hijo o hija y empujaba suavemente hacia él a sus nietos; Kim le decía que había entregado en adopción a la criatura y no sabía dónde estaba.

No estaba seguro de estar preparado para enfrentarse a Kim. No estaba seguro de que todo aquello no fuera un gran error.

—Venga, todo va a salir bien —dijo Linda—. Estamos aquí para reparar el daño causado.

Dan la atrajo hacia sí, lleno de gratitud. El día de 1969 en que llegó a Vietnam fue también el día en que Linda se convirtió en soldado, y desde aquel momento ella no había parado de luchar. Y él tenía que asegurarse de que, pasara lo que pasara, no saldría herida.

El coche aminoró la marcha y se detuvo. Thiên comprobó la dirección.

—Es aquí.

Dan parpadeó. Estaban frente a un impresionante portón enmarcado por flores amarillas en forma de campana. Thiên condujo a través de un amplio patio. Dan salió del coche y se encontró ante una gran casa de ladrillo con una puerta azul oscuro y ventanas a juego. Delante de la casa había aparcada una vespa blanca y reluciente.

Thiên gritó un saludo. Nadie respondió. Dan echó un vistazo al interior de la casa a través de una ventana entreabierta y vio macetas de orquídeas blancas, así como muebles de madera pulida. Siguió mirando de puntillas, pero no vio a nadie.

A su derecha, una gallina se afanaba en escarbar bajo un bosquecillo de bananos cacareando para que acudieran sus polluelos. Sobre la gallina colgaban tres enormes flores de banano, rojas y magníficas. Dan no había sido consciente de su belleza hasta aquel viaje, cuando las vio expuestas en restaurantes y vestíbulos de hoteles. Su plato favorito era ahora la ensalada de flores de banano fileteadas con gambas, menta y cacahuetes tostados. Detrás de los bananos había un huerto lleno de frondosos árboles de los que colgaban todo tipo de frutas: mangos, papayas, pomelos y yacas. Al fondo del jardín había una mesa de mármol y dos largos bancos a la sombra de un mango.

—¡Hierba limón! —exclamó Linda. Dan echó un vistazo a las

hileras de verduras y vio los altos arbustos que crecían a lo largo de la valla del huerto.

—Tenemos que contárselo a la mujer del señor Thiên —dijo Dan, apretando el hombro de Linda.

Thiên volvió a llamar. Esta vez, la puerta de la casa se abrió y apareció una mujer. Se dirigió hacia ellos, cruzó el porche y atravesó el patio. Era delgada e iba vestida con unos pantalones negros que se ondulaban al andar y una camisa azul claro que brillaba con la luz de la tarde. Cuando se acercó, Dan inclinó la cabeza en señal de saludo y luego examinó su rostro. Parecía tener unos sesenta años. Aunque no llevaba maquillaje, era obvio que había sido hermosa. Buscó una pequeña cicatriz sobre el ojo derecho, pero no la vio.

Sin mirar a Dan, la mujer dirigió unas palabras a Thiên.

—Los invita a tomar asiento —dijo Thiên. Mientras caminaban hacia la mesa de mármol, la mujer se dirigió al portón. Lo cerró y atrancó las sólidas puertas macizas. Dan estaba ansioso por hacerle preguntas, pero la mujer volvió al interior de la casa. Fuera quien fuera, parecía vivir acomodadamente y, desde luego, no parecía una estafadora.

—¿Es ella? —susurró Linda, abanicándose con su cuaderno. Dan se sentó junto a su mujer.

—No lo sé. —Quizá Kim había disimulado la cicatriz con habilidad.

La mirada de Dan permaneció fija en la casa. Tal vez la mujer no fuera la persona que había llamado. Tal vez Kim estaba dentro, pensando cómo tratar con él ahora que había aparecido con Linda.

Todo estaba en silencio, salvo el piar de los polluelos y el susurro de las hojas. Dan pensó que era un refugio precioso. Le alegraría que Kim viviera allí. Siempre que imaginaba aquel momento, Kim era pobre y estaba desesperada. Ahora se daba cuenta de que a lo mejor llevaba una vida más desahogada que la suya.

Se volvió hacia Thiên, que se encogió de hombros.

Por fin regresó la mujer con una bandeja lacada en la que tintineaban una jarra de cerámica y varios vasos. En la mesa, vertió en los vasos un líquido de un verde dorado. Tenía las uñas pintadas de rosa claro y un gran diamante centelleaba en su mano derecha. Pronunció unas largas frases y Thiên sonrió.

—Sabe que a los americanos les encantan los refrescos —tradujo este—, y ella prefiere prepararlos en casa con maíz hervido y hojas de pandan.

La mujer repartió los vasos por la mesa.

Dan tomó un sorbo. El líquido estaba frío, perfumado y tenía un sabor refrescante.

—Está muy bueno. Pruébalo —dijo a Linda, que asintió pero no cogió el vaso.

La mujer se sentó junto a Thiên. Puso las manos sobre la mesa y cerró los puños. Por primera vez, miró a Dan. Se miraron fijamente y Dan se estremeció al percibir un destello de odio en su expresión.

Thiên dijo algo y ella asintió y contestó. Hablaron durante un rato.

—Le he dicho quién es usted —explicó Thiên a Linda—. Me ha preguntado si es usted la mujer del señor Dan y le he dicho que sí.

Dan se movió inquieto. El sudor le empapaba la espalda de la camisa y tenía las manos húmedas. Abrió y cerró la boca. Quería hacer muchas preguntas, pero temía plantearlas de un modo equivocado.

La mujer se dirigió a Thiên.

—Le da la bienvenida a su casa, señora Linda —dijo Thiên.

—Por favor, dele las gracias por recibirnos —contestó Linda.

—Gracias por la bebida —dijo Dan, sonriendo nervioso—. ¿El maíz y las hojas de pandan son del huerto?

Thiên tradujo y los labios de la mujer se curvaron, pero no esbozó una sonrisa. Le dijo algo a Thiên sin alterar la expresión fría y no abrió los puños.

—Dice que es una pena que ya no sea capaz de hablar en inglés. Hace tiempo, cuando vivía en Saigón, lo hablaba un poco —dijo Thiên. Dan se preguntó si Thiên había traducido correctamente, ya que la mujer no había respondido a su pregunta.

La mujer miró a Dan y dijo algo. Dan pudo distinguir las palabras «Seattle» y «Tân Sơn Nhứt».

—Quiere confirmar que su nombre es Dan, es usted de Seattle y era piloto en la base aérea de Tân Sơn Nhứt en 1969 —dijo Thiên.

—Sí, exacto. —Dan miró a la mujer y encontró fuego en su mirada, pero no apartó los ojos—. ¿Eres Kim? —No podía creer que necesitara preguntarlo. ¿Era posible que no la reconociera después de haber tenido una relación tan íntima?

—Conoció usted a Kim en el bar Hollywood, ¿es así? —preguntó la mujer, y Thiên tradujo. Se refería a Kim en tercera persona. Tal vez no fuera Kim, sino una de las mujeres que habían trabajado en el bar.

—Sí, conocí a Kim en el Hollywood —dijo Dan—. Kim llamaba a la dueña «*madame* tigresa».

Dan sonrió mientras Thiên traducía. Esperaba que la mujer sonriera también, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Y más tarde alquiló un apartamento para Kim? —siguió preguntando la mujer.

—Sí… —Dan asintió. La pregunta dejaba claro que la mujer lo

conocía, lo cual era bueno, pero aquello tenía que estar resultando doloroso y humillante para Linda—. Siento que tengas que escuchar esto, Linda. Ya te he contado lo del apartamento.

Linda asintió. Se quedó mirando la mesa.

—¿Dónde estaba el apartamento? ¿Se acuerda? —preguntó la mujer.

—A unos quince minutos a pie del bar. No recuerdo el nombre de la calle. —Dan se frotó las manos contra los vaqueros. No soportaba que le sudaran tanto.

Thiên tradujo y la mujer volvió a llenar el vaso de Thiên.

—Señor Thiên —dijo Dan, moviéndose inquieto en su asiento—, por favor, pregúntele si es Kim.

Deseó haber dedicado un poco de tiempo a recordar el vietnamita que sabía; no era tan difícil aprender frases sencillas como «¿Eres Kim?», «¿Dónde está Kim?» o «Llévame con Kim». Durante toda la vida había esperado que el resto del mundo supiera inglés y le tradujeran sus experiencias vitales, pero ¿por qué iban a hacerlo?

Thiên le dijo algo a la mujer y pronunció la palabra «Kim». De nuevo, los labios de la mujer se curvaron, pero no sonrió.

—Dice que usted la conoció en el bar —dijo Thiên— y que ella lo conoció bien a usted, señor Dan.

—¿Qué bar? ¿El Hollywood?

Sin esperar la traducción de Thiên, la mujer asintió.

—¿Me conocía bien? ¿Y conocía a Kim? —Dan miró a la mujer. Habría deseado que desapareciera la barrera lingüística entre ellos.

La mujer guardó silencio. Detrás de ella, bajo la arboleda de bananos iluminados por las flores rojas, la gallina madre desplegaba las alas, protegiendo a sus polluelos. Dan estrechó la mano de Linda. Cualquiera que fuera la verdad que descubrieran a continuación, estaba decidido a no dejar que la hiriera.

Después de un largo rato, la mujer levantó la vista.

—Sí, conozco bien a Kim —dijo la mujer—. Me llamo Quỳnh. Soy la hermana de Kim. Trabajábamos en el mismo bar.

Las palabras aturdieron a Dan. Nunca había pensado en empezar por ella la búsqueda de Kim. No recordaba gran cosa de su hermana, excepto que a ella le caía mal y se negaba a hablar con él.

Quỳnh lo miró. Relajó los puños y volvió a apretarlos. Su rostro se sonrojó y sus labios temblaron. Mientras hablaba, cada palabra que salía de su boca sonaba pesada, como si las estuviera escupiendo.

—¿Recuerdas que cuando dejaste a mi hermana estaba embarazada? —dijo la mujer, y Thiên tradujo—. Estaba esperando un hijo tuyo.

—Sí, lo siento mucho. —Las palabras salieron a trompicones de la boca de Dan—. Yo era joven e irresponsable…

—¿Joven? Mi hermana tenía dieciocho años cuando le arruinaste la vida. ¡Confiaba en ti y fuiste un cobarde! ¿Eso lo recuerdas? —Una lágrima rodó por la mejilla de Quỳnh. Metió la mano en el bolsillo de la camisa y tendió a Dan una foto en blanco y negro.

Dan se quedó mirando la cara de la pareja que aparecía en la descolorida foto. Eran él y Kim en el zoo. Estaban el uno junto al otro, riendo, la felicidad reflejada en sus jóvenes rostros. Por aquel entonces ni siquiera la había tocado, seguía decidido a ser fiel a Linda. Pero más tarde, el impacto de la explosión junto al apartamento de Kim lo afectó. En un momento de vulnerabilidad, besó a Kim y ese beso lo cambió todo.

Lo había negado, pero ahora, mirando la foto, se dio cuenta de que sus sentimientos hacia Kim eran auténticos. Se encontraron y se aferraron el uno al otro en medio del huracán de la guerra. Ambos se habían visto arrancados de sus familias, los dos intentaban sobrevivir lo mejor que podían. Juntos construyeron un refugio seguro que los protegió durante un tiempo.

Un sollozo escapó de su garganta.

—Te hiciste esta foto en el zoo —dijo Quỳnh—. Olvidaste la promesa de quedarte con ella. ¿Por qué la abandonaste cuando esperaba un hijo tuyo? ¿Por qué no volviste antes? ¿Qué quieres de ella ahora?

—Lo siento muchísimo… —dijo Dan—. No puedo explicar mis errores del pasado, solo puedo decir que fui irresponsable. Pero ahora estoy aquí para hacer frente a mis responsabilidades como padre. Por favor, dime dónde están Kim y mi hijo. —Dan miró hacia el interior de la casa, pero solo pudo ver las flores de las orquídeas con sus purísimos pétalos blancos; le recordaban a Kim cuando se conocieron.

—El nombre auténtico de mi hermana es Trang —dijo Quỳnh cogiendo la foto—. Su nombre significa «llena de gracia», «elegante».

—Trang… —susurró Dan—. Trang.

Se agarró a la mesa. No sabía gran cosa de la mujer con la que había tenido un hijo. Ni siquiera se había tomado la molestia de preguntarle su verdadero nombre o su nombre completo.

—Trang dio a luz a una hermosa hija y la llamó Thu Hoa —añadió Quỳnh con voz temblorosa—.Thu Hoa significa «flor de otoño».

—Thu Hoa… Flor de otoño —repitió Dan. Se volvió hacia Linda—. Tengo una hija… una hija.

A Linda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por favor, ¿dónde está Trang? ¿Dónde está Thu Hoa? —Dan se

puso de pie.

Quỳnh se levantó de su asiento.

—¿Quieres ver a mi hermana? Ven conmigo.

**

La terraza estaba cubierta de azulejos de cerámica brillante decorados con dibujos de fénix irguiéndose. Dan y Linda siguieron a Quỳnh y dejaron los zapatos en los escalones de acceso.

El salón de la casa era espacioso y estaba amueblado con un sofá de madera, una mesa de centro y cuatro sillones. Una gran vitrina mostraba diversas telas de aspecto exquisito. Sobre un largo soporte había un gran televisor rodeado de fotos enmarcadas de una pareja joven y sus dos hijos.

Junto a la puerta que daba a un pasillo había un pequeño altar de madera. El corazón de Dan dio un vuelco al ver al Buda sonriente.

—Kim… Trang —llamó Dan.

Miró el pasillo, esperando ver una sombra, un movimiento. Quizá Kim estuviera postrada en la cama. No sería raro en una persona de su edad. Tal vez la habían herido durante la guerra. No se permitió pensar en la otra posibilidad.

La mujer se volvió y Dan vio un armario de madera de aspecto antiguo con incrustaciones de nácar. Encima del mueble había tres cuencos de incienso, un jarrón de flores, una botella de licor y un plato con frutas. Detrás había tres cuadros enmarcados semiocultos por las ofrendas. La mujer encendió una cerilla y prendió las varas de incienso. Mientras el incienso humeaba, lo sostuvo por encima de la cabeza y dijo unas palabras.

—Hermana mayor Trang —tradujo Thiên en susurros, y Linda se agarró al brazo de Dan—. Dan y su mujer han venido a verte. Vuelve y salúdalos. Vuelve, hermana mayor…

Dan se acercó al altar. Vio el diario de Trang. El diario del que ella le había leído sus poemas favoritos, así como sus propios poemas. Había puesto por escrito sus sueños, sus esperanzas y su anhelo de paz entre esas cubiertas desgastadas. Y ahora ella lo miraba desde una de las fotos enmarcadas con ojos llenos esperanza, como si nunca hubiera dejado de creer en él y en un futuro mejor.

Venganza y perdón

Cần Thơ, 2016

De pie frente al altar, Quỳnh miró a Dan. Este, de rodillas, llamaba entre gemidos a su hermana por el nombre que usaba en el bar: «¡Kim!, ¡Kim!», como si no conociera a la persona real. Tenía el rostro arrugado, cubierto de lágrimas. Lloraba, pero era demasiado tarde.

En el altar, Trang sonreía desde la foto. Seguía hermosa y llena de vida. Si no hubiera muerto, la vida de Quỳnh habría sido diferente. No habría pasado las noches despierta pensando que había matado a su hermana al obligarla a ir a Hóc Môn en moto por aquella carretera.

Dan se agachó y golpeó el suelo con los puños. Quỳnh se llevó las manos a los oídos para no oír sus sollozos. Ya había visto penas suficientes, no podía cargar con las de otra persona, especialmente cuando esa persona era su peor enemigo.

Dan se levantó y se acercó al altar.

—¡Trang, Trang! —gritó.

El sonido del verdadero nombre de su hermana impactó con contundencia en el pensamiento confuso de Quỳnh. Se sentía como si Trang acabara de morir, como si su cuerpo ensangrentado estuviera en mitad de la carretera con la cabeza abierta. Aquel día, de rodillas en la cuneta, Quỳnh deseó haber muerto con Trang. Se había ido su mejor amiga, el pilar de su fuerza, alguien que siempre había creído en la bondad de los seres humanos. Se había ido su única hermana, la persona que la animaba, que siempre la reconfortaba cuando se sentía mal. Nunca le había dicho a Trang que la quería y siempre lo había lamentado.

Quỳnh miró a Dan entre lágrimas. «Si no fueras tan cobarde, mi hermana habría sobrevivido», pensó. Le habría gustado gritarle esas palabras. Palabras crueles que se había repetido la noche anterior como un mantra. Pero vio la pena en los ojos de Dan y se dio cuenta de lo mucho que había sufrido.

—Fue un ataque con mortero —explicó Quỳnh—. Circulábamos por la carretera y Trang llevaba en brazos a tu bebé recién nacido.

—¡No! —aulló Dan. Linda se acercó a él, lo abrazó con fuerza y sollozó sobre su hombro.

Quỳnh no pudo soportar la imagen de aquella pareja

conmocionada.

—Necesito estar sola un rato —dijo a Thiên, y se apresuró a salir al jardín. Apoyó la frente en el tronco áspero del árbol de yaca y se echó a llorar.

No sabía por qué el mortero había acabado con la vida de Trang y le había perdonado la suya. Y seguía preguntándose si lo que hizo después de la muerte de Trang estuvo bien o mal.

Jamás había imaginado que Dan volvería para buscar a Trang y a su hija. Vio el anuncio de Dan cuando apareció por primera vez en el periódico y lo rompió en pedazos al instante. Lo maldijo, gritando: «¿Cómo te atreves? ¿Qué quieres de mi hermana?».

En los días siguientes, quemó incienso y preguntó a Trang qué tenía que hacer. Quería que el incienso ardiera, como si Trang le enviara una señal. Pero, como no prendió, rezó a Trang, pidiéndole que le enviara un mensaje a través del ulular de un búho o una repentina ráfaga de viento, pero nada. Daba vueltas en la cama por las noches. Aquella mañana había recibido el periódico y, al abrirlo, vio de nuevo el anuncio de Dan, mirándola fijamente. Dan se negaba a irse, no quería rendirse. Entonces fue cuando decidió que debería reunirse con él para condenarlo y decirle que había matado a Trang.

Ensayó una y otra vez las duras palabras que quería decirle. Palabras como cuchillos que le partirían el corazón y lo dejarían sangrando. Pero no había podido hacerlo porque sentía que ella también era responsable de la muerte de su hermana. Y ahora el peor castigo para Dan sería conocer la verdad sobre su hija.

Se secó las lágrimas. No debería darle pena aquel hijo de puta. Después de todo lo que había hecho y todo lo que no había hecho, merecía sufrir.

—*Toi xin loi* —dijo alguien, y Quỳnh se dio la vuelta.

Dan caminó hacia ella. Le cogió la mano y se la llevó a la cara. Sus lágrimas ardían tanto como las de ella. Le temblaba el rostro, igual que a ella.

Quỳnh alzó la otra mano y le golpeó el pecho.

—¡Te odio! ¿Por qué no te vas?

Él asintió como si la entendiera.

Ella le golpeó el pecho con ambos puños.

—¿Por qué no me pegas? ¡Dame una bofetada! Yo también soy culpable. Maté a mi hermana.

Dan le puso las manos en los hombros y dijo algo. Sonó triste y suave, como una disculpa. Y luego la atrajo hacia sí.

Con la cara apoyada en su pecho, Quỳnh lloró. Lloró por los sueños truncados de Trang, lloró por sus padres. Lloró por sí misma. Y lloró

por la hija de Dan y Trang.

**

Desde el otro lado de la mesa de mármol, Dan guardaba silencio. Tenía los hombros caídos, como si los aplastaran los remordimientos. Miró a Quỳnh con los ojos rebosantes de lágrimas.

—Lo siento mucho mucho —dijo a través de la traducción de Thiên—. No era mi intención causar daño o dolor a tu familia.

Quỳnh se quedó mirando el vaso. Estaba vacío, tan agotado como ella. Temía las muchas preguntas que Dan le iba a hacer. Hacía siglos que no hablaba con nadie de su pasado. Había intentado enterrarlo profundamente, en lo más hondo de su memoria, pero los recuerdos se negaban a dormir.

Linda volvió a llenar el vaso y se lo dio a Quỳnh.

—No puedo ni imaginar por todo lo que has tenido que pasar. Lo siento mucho.

Quỳnh se bebió el refresco y dejó que su mirada se posara en las flores de banano. Había intentado recrear el jardín que sus padres y Trang disfrutaron en otros tiempos. Quemaba incienso en su memoria con frecuencia, les ofrecía comida y los invitaba a visitarla. Sentía sus espíritus y sabía que nunca estaban lejos. Esperaba que su prima cuidara bien de la casa familiar; aunque su pueblo formaba parte de su ser, después de la muerte de sus padres sintió la necesidad de alejarse. Se mudó a otra zona, situada a más de cien kilómetros de distancia, donde nadie la conocía. Necesitaba una nueva identidad, un nuevo comienzo en la vida.

—¿Las fotos que tienes en el salón son de tu familia? —preguntó Linda.

Quỳnh asintió y examinó a Linda. Los rasgos de la mujer irradiaban bondad. Linda debía de tener un corazón generoso para estar allí con Dan. ¿Estaba casada con Dan cuando este vivía con Trang? ¿Supo Trang de su existencia?

—Sí, son de mi hijo —contestó Quỳnh—. Vive en Saigón con su esposa y dos niños.

Pensar en Khôi y en sus nietos sostenía a Quỳnh. Eran los pilares de su vida. Khôi la había llamado el día anterior y le había dicho que irían en coche a verla y pasarían todo el fin de semana con ella. Se moría de ganas de que su casa se llenara de sus risas y sus pasos. Cocinarían, comerían, jugarían a las cartas, treparían a los árboles, recogerían frutas y verduras y harían volar las cometas. Aunque su criada, Phúc, tenía una larga lista de cosas que hacer, Quỳnh le había dicho que se tomara la tarde libre. Nadie debía saber nada de la visita

de Dan y Linda. No quería que Khôi cargara con el trauma del pasado de su madre.

—Tu hijo parece un joven muy agradable —dijo Linda, como si intentara consolarla con sus palabras—. Y los niños son adorables.

Quỳnh asintió. Estaba orgullosa de Khôi, que era profesor de negocios y economía en una universidad pública de ciudad Ho Chi Minh. En sus clases, ponía con frecuencia la empresa de su madre como modelo. Su nieto y su nieta, que ahora tenían cuatro y seis años, le daban la vida.

A Quỳnh le había costado muchos años de duro trabajo levantar su negocio, pero lo había conseguido. Tuvo que demostrar su valía una y otra vez, luchando contra el sexismo, profundamente arraigado en proverbios como *đàn bà đái không qua ngọn cỏ,* «las mujeres no pueden orinar por encima de la hierba», o *đàn ông nông nổi giếng khơi, đàn bà sâu sắc như cơi đựng trầu,* «cuando son ingenuos, los hombres parecen tan profundos como un pozo muy hondo; cuando son reflexivas, las mujeres no son más profundas que una bandeja de hojas de betel».

La gente de su provincia la llamaba ahora Cô Ba, «la Tía Número Tres». Nadie conocía su verdadero nombre ni su pasado. Para ellos, era simplemente una rica mujer de negocios, una proveedora de telas clave para los sastres en la provincia. Envidiaban sus frecuentes viajes a la India, Bangladesh y China. Admiraban las telas excepcionales que traía de vuelta. Últimamente, algunos minoristas de distintas provincias del delta del Mekong la habían llamado para conseguir el batik que importaba de Indonesia. Dos años atrás, en el mercado Mayestik de Yakarta, se quedó maravillada por los exquisitos diseños y los bajos precios del batik. Sabía que las largas piezas de tela, que narraban historias en cada uno de sus dibujos, serían perfectas para confeccionar el *áo dài* vietnamita. Había disfrutado trabajando con los artistas que los diseñaban e incorporando elementos vietnamitas a sus pedidos.

—Me da miedo preguntarlo —dijo Dan, con lágrimas aún en la voz —, pero, por favor, dime, ¿qué le pasó a mi hija?

Quỳnh agachó la cabeza. Parecía que fue ayer cuando Trang estaba delante de ella, con su bebé recién nacido contra el pecho. «Me llevaré a mi niña a Saigón —dijo Trang—. Yo la criaré.»

Quỳnh suspiró.

—Tienes que saber que mi hermana quería mucho a su hija —dijo a Dan—. Habíamos pensado dejarla en un orfanato, pero en cuanto nació, Trang se negó a abandonarla.

Thiên tradujo, y Dan asintió.

—Sí, así era ella.

Le costó, pero Quỳnh respiró hondo y describió el viaje en moto a Hóc Môn, el parto, las peleas, el viaje de vuelta a Saigón, los guardias que las detuvieron y la explosión.

—¡Oh, Dios, todo fue culpa mía! —Dan se tapó la boca con la mano—. No me digas que tanto Trang como mi hija… —No pudo terminar la frase.

Quỳnh se llevó las manos a los ojos, como si al tapárselos pudiera impedir que su memoria recordara a Trang en la carretera: el rostro cubierto de sangre, el cuerpo inmóvil acurrucado sobre un bebé que gritaba. Incluso muerta, Trang seguía protegiendo a Hoa.

—Mi hermana murió pero salvó a su hija —dijo Quỳnh—. Fue un verdadero milagro que Hoa no sufriera ninguna lesión.

Quỳnh contó lo fuerte que había gritado Hoa cuando los vecinos cercanos a la zona de la explosión enterraron a Trang, cuando la tierra marrón le cubrió los pies, luego el cuerpo y después la cara. Hoa solo se calmó más tarde, cuando una madre lactante le ofreció leche.

—Esa amable mujer se llamaba Phương… La conocí en la clínica donde me atendieron por las fracturas que me hice en las costillas. —Quỳnh se miró el dorso de las manos, sus venas azules. De la misma manera que la sangre corría hacia el corazón, su memoria regresaba a toda velocidad hacia la imagen de Phương, una madre de aspecto cansado que yacía en una cama de bambú y que con una mano abrazaba a su hijo recién nacido y con la otra acariciaba la espalda de Hoa mientras esta mamaba ávidamente de su pecho.

—Phương había perdido a su madre en la guerra, de modo que se identificó con Hoa de inmediato. Dijo que no había pena más profunda que perder a tu padre o a tu madre por culpa de la violencia.

Quỳnh nunca olvidaría cómo Phương tarareó una canción de cuna a Hoa y cómo la ternura de su voz silenció todo lo demás: los gritos de su corazón, el dolor punzante de las costillas rotas, los aviones atronadores en el cielo, los proyectiles que estallaban a lo lejos. En esa sagrada y rara quietud, Quỳnh vislumbró un futuro para su sobrina.

—Cuando Phương me contó que tenía dos hijos varones —dijo Quỳnh— y que siempre había querido tener una niña, se la ofrecí… —Hizo una pausa—. Y se quedó con Hoa.

Dan se estremeció y abrió mucho los ojos, consternado.

—Lo siento, pero no tuve elección. —Quỳnh le devolvió la mirada—. No tenía medios para cuidar a tu hija. Y me estaban ofreciendo la oportunidad de que Hoa se educara con una familia de verdad: una madre que la quería, un hermano de su edad…

—¿Estás… estás segura de que la mujer se quedó con Hoa? —preguntó Dan.

—Sí. Le entregué todos los dólares que le habías dado a Trang y prometió que la cuidaría bien. Su marido, Thịnh, estaba presente. Al principio dijo que no podían alimentar tantas bocas, pero le rogué que salvara a Hoa. Le hablé de Trang, de nuestros padres, de lo complicado que era mi trabajo. Él accedió… pero con una condición.

Dan miró a Quỳnh sin pestañear. Quỳnh lo había despreciado tanto que había pensado que verlo sufrir le produciría alguna satisfacción. Pero ahora sabía que el sufrimiento de otra persona no podía alegrar a nadie, y que la venganza, aunque llegara a hacerse realidad, no resucitaba a los muertos.

—¿Y cuál fue esa condición? —Dan inclinó todo su cuerpo hacia delante, como si su vida dependiera de la respuesta.

—Thịnh dijo que aceptaría que su mujer se llevara a Hoa a casa solo si les cedía por completo el derecho a ser sus padres y le prometía que no intentaría recuperarla ni establecer contacto con ella. Dijo que no quería ver cómo su mujer le tomaba cariño a Hoa y luego se la quitaban.

Dan se cubrió la cara con las manos como si no quisiera que Quỳnh leyera sus sentimientos. A Quỳnh no le habría sorprendido que estuviera resentido con ella o incluso que la odiara. Pero él había sido el primero en abandonar a Hoa.

Quỳnh accedió fácilmente a la petición de Thịnh. Creía que Hoa tenía la culpa de la muerte de Trang y había querido que la niña desapareciera. Al pensar en lo hecho, Quỳnh se daba cuenta de que había tomado una buena decisión para su sobrina. Fue el último gesto para honrar a su hermana: no solo le había encontrado una madre, sino toda una familia.

—Les di mi palabra —prosiguió Quỳnh—. Pero cuando terminó la guerra, quise tener noticias de Hoa, necesitaba saber si estaba bien. Por desgracia, no tenía la dirección ni los nombres completos de su nueva familia. Pregunté en la clínica donde nos conocimos, pero habían perdido los registros. Visité los alrededores y pregunté por Hoa, pero nadie sabía nada.

Las lágrimas recorrieron las mejillas de Dan.

—Todo es culpa mía. ¿Cómo podré encontrar a mi hija?

Linda estrechó a Dan entre sus brazos.

—Deberías hacerte una prueba de ADN —dijo Linda—. Quizá Hoa creció preguntándose quiénes eran sus padres, ya que ella era diferente a sus hermanos. A lo mejor te está buscando.

—Sí, Hoa parecía mestiza —dijo Quỳnh—. Tenía la nariz respingona como su padre. Y no estoy segura, pero creo que tenía los ojos castaños como Trang. Y el cabello castaño.

—¿No tendrás una foto de Hoa? —preguntó Linda.

Quỳnh negó con la cabeza.

—No tuvimos la menor posibilidad de hacer fotos.

—Hermana, necesitamos tu ayuda para encontrar a Hoa —intervino Thiên, abriendo el cuaderno. Dan también empezó a tomar notas—. Por favor, dime todo lo que recuerdes.

—Puedo contároslo todo, pero con una condición. —Quỳnh miró a todos los congregados en torno a la mesa—: No revelaréis mi identidad. No podéis publicar mi foto, mi dirección ni mi nombre. Y no podéis hablar a nadie de mí ni de esta reunión.

—Por supuesto, hermana, respetaremos tu intimidad —contestó Thiên.

—Es más que eso —dijo Quỳnh—. Es mi vida.

En el mundo que había reconstruido para sí misma, la estima social lo era todo. Con el tiempo, los diseños de sus prendas habían ganado prestigio. Sus clientes asociaban su marca con la gracia, la suerte, la belleza y el estilo. Los tejidos que seleccionaba y distribuía no eran para uso diario, sino para bodas y ocasiones especiales. Si la gente descubría que, entre otras cosas, había sido prostituta o que había abandonado a su propia sobrina, la noticia podría terminar con su imperio empresarial.

Sin embargo, su principal preocupación era Khôi. Como todos los demás, su hijo ignoraba su pasado, y así le iba bien. Estaban investigando la historia de la familia porque había solicitado ser miembro del partido comunista: era obligatorio para ser jefe de departamento. Había trabajado mucho para conseguir sus objetivos, y Quỳnh no permitiría que su pasado arruinara las posibilidades de ascenso de su hijo.

—No te preocupes —contestó Dan—. En los avisos de búsqueda solo apareceré yo como padre y Thiên como un amigo que me ayuda. Y tendremos mucho cuidado para proteger a Hoa y a su familia.

Quỳnh asintió.

—Podéis publicar el nombre completo de mi hermana: Nguyễn Thị Kiều Trang, y el nombre completo de Hoa: Nguyễn Thị Thu Hoa. —Esperó a que Thiên terminara de ayudar a Dan y a Linda a escribir los nombres antes de continuar—. Entregué a Hoa a sus padres adoptivos el veintiocho de agosto de 1970.

Quỳnh describió con detalle la ubicación de la clínica por si Dan quería visitarla.

—¿Y la fecha de nacimiento de Hoa? ¿Alguna característica especial? —preguntó Thiên.

—Había nacido tres días antes, el veinticinco de agosto. En cuanto

a los rasgos especiales… —Quỳnh cerró los ojos. Lo cierto era que prácticamente no había mirado a Hoa, no quería tener apego a la niña —. Lo siento, no recuerdo nada.

Thiên cogió el móvil y tecleó.

—Vamos a ver si Thu Hoa ha publicado algún anuncio.

Quỳnh ya sabía la respuesta: había buscado en Google el nombre de su sobrina innumerables veces.

Linda también empezó a buscar. Al cabo de un rato, tanto ella como Thiên negaron con la cabeza.

Dan se volvió hacia Quỳnh.

—¿Te importa que te haga una pregunta? ¿Tus padres llegaron a saber lo del bebé? ¿Cómo encajaron el fallecimiento de Trang?

—No supieron nunca nada. Y les dije que Trang se había ido a los Estados Unidos.

—¿Y se lo creyeron? —preguntó Linda, sorprendida.

—Eso espero. Les dije que Trang había encontrado un novio americano encantador, que lo habían enviado a los Estados Unidos y que en el último momento lo arregló todo para que se fuera con él. Más tarde imité la letra de mi hermana y escribí cartas que adjuntaba a las mías. Les dije que Trang me escribía a mí a Saigón para que las cartas no se perdieran si las enviaba directamente al pueblo. En esas cartas, describía lo feliz que era Trang y decía que su familia política la quería y respetaba. Si mis padres tuvieron alguna sospecha, nunca me lo dijeron. Murieron unos pocos años más tarde. Primero mi madre, el médico dijo que tal vez había sido un fallo cardíaco; y mi padre poco después, creo que no quiso vivir sin ella.

—Por lo menos, les diste alguna esperanza cuando estaban vivos —dijo Dan—. Lo siento.

Quỳnh apartó la mirada. No podía decírselo a Dan, pero el novio que aparecía en las cartas inventadas era él. Se había llevado a Trang consigo a Seattle y se había casado con ella. Le costó muchísimo escribir la primera carta, pero con el tiempo empezó a gustarle escapar a la vida imaginaria que había creado para Trang. Una vida donde su hermana vivía en paz, estudiaba en una buena universidad y terminaba la carrera de medicina. Esas cartas también le habían dado esperanza. Esperanza en una vida sin guerras, esperanza en una vida donde a las mujeres se las respetaba por su intelecto y recibían un trato igualitario.

—He visto unas telas preciosas en tu salón —dijo Linda—. Supongo que tienen que ver con tu trabajo o el de tu marido, ¿no?

Quỳnh asintió y le habló a Linda de su negocio. Había empezado por casualidad cinco años después de que terminara la guerra, cuando

era la criada de una familia que tenía una sastrería. Ahí se dio cuenta de que los clientes querían comprar buenas telas, pero la oferta era muy limitada. Cuando Quỳnh dijo a sus jefes que podía viajar al mercado de Chợ Lớn, en Saigón, y traer muestras, estos no mostraron gran entusiasmo. Pero todo lo que iba trayendo se vendía bien, y antes de que se diera cuenta, otros sastres fueron a buscarla. Al principio no tuvo competencia. Era la época de la economía subvencionada en la que el libre comercio estaba prohibido. Se consideraba que aquello era contrabando y podían detenerla y confiscarle todos los productos, pero sus experiencias en Saigón la habían enseñado a negociar en situaciones difíciles, y sus conocimientos del mercado negro la ayudaron.

Les habló brevemente de su exmarido, de sus treinta años de matrimonio. No mencionó las razones por las que la había dejado por su amante: su miedo al sexo y sus ataques de pánico, todos derivados de lo que vivió antes del final de la guerra. Habló largo y tendido de su hijo, Khôi, que adoraba la música y las películas americanas. Khôi la visitaba a menudo con sus hijos y su esposa, una arquitecta que había diseñado y había ayudado a construir la casa de Quỳnh. Últimamente insistían en que se fuera a vivir con ellos, que tenía empleados suficientes para llevar el negocio, pero ella sabía que no podría volver a vivir nunca en Saigón. Allí, cada esquina, cada árbol, cada casa le recordaban a Trang y los muchos secretos que había intentado olvidar.

**

Se ponía ya el sol cuando se despidieron. Una parte de Quỳnh quería preguntar a Dan y Linda si les gustaría quedarse a cenar. En cierto modo, era normal mostrar hospitalidad con los huéspedes lejanos, pero todavía no estaba preparada para tener a Dan dentro de la casa como un viejo amigo. Sería una traición a Trang, después de lo que había hecho.

—Cuídate mucho, por favor —dijo Dan, tomando la mano de Quỳnh entre las suyas—.Thiên te llamará de inmediato si hay alguna noticia de Hoa. Y no dudes en contactar con nosotros en cualquier momento. —Le había dado la dirección de su casa, así como sus números de teléfono.

En las lágrimas de Dan, Quỳnh había adivinado que le estaba pidiendo perdón, pero no era capaz de perdonarlo. Antes tenía que perdonarse a sí misma. La gente decía que el tiempo lo curaba todo, y habían pasado más de cuarenta años, pero, para Quỳnh, el dolor y la culpa eran insondables.

Se acercó a Linda. Se abrazaron. Cuando se soltaron, Quỳnh dijo:

—Si encontráis a Hoa, por favor, sé su madre en nombre de mi hermana.

Aunque fuera raro, sentía cierto vínculo con aquella mujer; no sabía su idioma, pero tal vez el dolor fuera la lengua que compartían.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Linda.

—Te lo prometo —dijo, y abrazó a Quỳnh con fuerza.

—Gracias, hermano —dijo Quỳnh a Thiên—. Por traducir y por ayudar a Dan a encontrar a mi sobrina.

Le habría gustado tener tiempo para conocer al hombre cuya cicatriz y expresiones de dolor a lo largo de su conversación le habían dicho que había sido perseguido por el monstruo de la violencia y luchaba por liberarse de él.

Thiên le dio su tarjeta de visita.

—Ojalá hubiera podido hacer más, hermana. Llámame si crees que puedo ser de ayuda.

Dulzura y amargura

Bạc Liêu, 2018

Sentado en el porche de su casa, con la perra Mun dormida a sus pies, Phong cogió la guitarra y tocó «Chiếc Khăn Piêu», una canción de Doãn Nho inspirada en las coloridas vidas de las etnias del norte. Era una canción de amor ambientada en la majestuosa región de Tây Bắc, y Phong tenía la sensación de que la letra le daba fuerzas. Le encantaba probar distintos instrumentos musicales. Mientras que el *đàn sến* era bueno para acompañar a Bình cuando cantaba las canciones *cải Lương,* la guitarra y la flauta conseguían que sus hijos cantaran con él, e incluso se pusieran en pie y bailaran.

Hacía ya dos años que había optado por renunciar a la solicitud de visado, así como a la búsqueda de sus padres, y aquella decisión había sido una liberación. Como un pájaro capaz de elevarse por el inmenso cielo, libre de su jaula, obtuvo mayor perspectiva sobre el conjunto de su vida y vio que era un ser humano completo incluso sin sus padres. Era el dueño de su destino. Y estaba destinado a construir su vida en Bạc Liêu, no en un país lejano. *An cư lạc nghiệp,* decía a menudo la gente, y era cierto. Cuando su hogar se asentó, su trabajo progresó.

El trabajo en el campo de arroz seguía siendo agotador, pero la carpintería prosperaba. Había aprendido nuevos diseños en varios talleres de ebanistería y era capaz de hacer armarios, camas, sillas y mesas a la medida de las necesidades de los clientes. Dan y su esposa le habían echado una mano con 2500 dólares. «No solo nosotros, también han contribuido nuestros amigos y mi hermana», decía la carta del señor Dan. Phong había utilizado parte del dinero para construir junto a su casa un sencillo cobertizo con techo de chapa que le servía de lugar de trabajo. No tenía tienda, pero sus clientes habían difundido la voz sobre la calidad de su trabajo y los precios competitivos que ofrecía. Tài y Diễm escribieron sendas cartas de agradecimiento a Dan y a Linda a las que adjuntaron fotos de la perra con la lengua fuera junto a su ordenador de segunda mano, Bình sonriendo al lado de su moto y Phong sonriendo con su caja de herramientas. En las últimas cartas, los niños les contaron que Phong enseñaba carpintería a los jóvenes jemeres y a los hijos de sus amigos americoasiáticos. Aunque estaban separados por un océano, Dan y

Linda se habían convertido en parte de su vida; en las llamadas por videoconferencia, Phong veía su casa y su jardín y les enseñaba las reformas que había hecho en la suya: suelo de baldosas, tejado nuevo, así como las verduras de temporada que él y Bình cultivaban en el huerto.

Los resultados de las pruebas de ADN de Phong habían llegado hacía tiempo, confirmando su herencia asiática, africana y caucásica: 47,66 por ciento asiático, 39,58 por ciento africano y 12,76 por ciento caucásico. Se había quedado mirando los números e imaginando los muchos secretos, desamores y traiciones ocultos en esos porcentajes. No quiso indagar más. Un día, un año antes, el señor Thiên llevó un kit de ADN en una de sus visitas y quiso tomar otra muestra de Phong para enviarla a otra empresa de los Estados Unidos. Phong negó con la cabeza. Estaba contento con su vida.

El señor Thiên resultó ser amable y servicial. Había estado ayudando a un buen número de americoasiáticos y puso a Phong en contacto con un grupo de *anh chị em lai* —«hermanos y hermanas americanos», como los llamaba Phong— que vivían en Saigón o dispersos por el delta del Mekong. Phong asistió a algunas de sus reuniones y se enteró de que era uno de los más afortunados: tenía trabajo, hijos sanos y una esposa trabajadora y cariñosa. La mayoría de los *anh chị em lai* tenían problemas mucho mayores que los suyos: vivían en pequeñas habitaciones alquiladas, no podían pagar las facturas y les costaba encontrar un empleo estable porque eran analfabetos. Algunos se autolesionaban, y a Phong le dolía ver las quemaduras de cigarrillo y los cortes de navaja en brazos y piernas. Dos hombres se habían cortado un dedo durante una borrachera. «La autolesión era nuestra forma de decir a los demás que sufríamos, pero nadie nos ayudó», le explicó uno de ellos.

La mayoría de los *anh chị em lai* que Phong conocía vivían al borde del abismo, pendientes del día en que pudieran marcharse a los Estados Unidos, convencidos de que su vida no estaba aquí ni ahora, sino en otro lugar y en el futuro. Le contaban a Phong historias de americoasiáticos que habían triunfado en los Estados Unidos: cómo algunos de ellos se habían convertido en cantantes famosos, empresarios, dueños de restaurantes, escritores. Phong admiraba mucho a los protagonistas de esas historias, consciente de las dificultades que algunos habían tenido que superar y que otros todavía no habían conseguido vencer. Conoció a tres americoasiáticos que el Gobierno estadounidense había deportado a Vietnam. Habían tenido conflictos con la ley y habían ido a parar a la cárcel.

Las experiencias vitales de los *anh chị em lai* que Phong conoció

parecían tan increíbles que, si no hubiera oído cómo les temblaba la voz y no hubiera visto la frustración de su mirada, pensaría que sus historias eran inventadas, creadas por los escritores de las novelas que Diễm y Tài devoraban.

Una historia que lo conmovió especialmente fue la de Hồng, una americoasiática blanca cuya madre la entregó de bebé a una amiga. La madre apareció unos años después y le dio a Hồng la placa de identificación de un soldado americano, su padre. Hồng se entusiasmó y comenzó su búsqueda. Con la ayuda de un grupo de veteranos estadounidenses, recibió una feliz noticia.

—Cuando mi padre vino a Saigón a conocerme, lloré mucho —contó a Phong—. Mi padre también lloró y me dijo que no había tenido nunca noticias de mi existencia, que la relación con mi madre había sido breve. Me dijo que me quería y que quería ayudarme, así como a mi marido y a mis hijos, para que fuéramos a los Estados Unidos. En el consulado americano, nos dijeron que necesitábamos pruebas de ADN. ¿Y sabes lo que pasó cuando las tuvimos? No coincidían. Mi madre se había inventado la historia de la placa de identificación. Cuando me la dio, me dijo que, en cuanto encontrara a mi padre, ella vendría conmigo a América —exclamó Hồng, furiosa—. Incluso llegado el caso de que tus padres te encuentren, ten cuidado, Phong. No te creas lo que te dicen porque las palabras pueden ser trampas muy peligrosas. Si empiezan a buscarte ahora, pregúntate por qué. ¿Se sienten viejos y solos y necesitan un cuidador?

Phong sabía bien lo que era el engaño.

Terminó la canción. Mun se levantó, moviendo la cola.

—¿Ya tienes hambre? —Phong se puso en cuclillas, cogió a Mun y pasó la mano por el pelaje blanco de la perra, riendo a carcajadas mientras esta le lamía la cara con su lengua cálida y áspera. Caminó, con Mun en brazos, hasta la cocina, cuya ventana abierta daba sobre el arrozal de la parte trasera de la casa. Allí mezcló restos de arroz con pescado guisado y se lo dio a Mun. Contempló con una sonrisa cómo devoraba la comida. Nunca había querido tener perro porque le parecía que saldría muy caro, pero sus hijos trajeron a Mun a casa y se la dieron a su madre como regalo de cumpleaños. La llamaron Mun, que significaba «negra como el terciopelo», un nombre gracioso para un caniche blanco.

Phong le dio agua a Mun y volvió al cobertizo. Era el momento de descanso del almuerzo, pero estaba ansioso por continuar su trabajo en los escritorios para la escuela de Trương Định. Una tormenta reciente había derrumbado un edificio y quería entregar los muebles antes de lo prometido para que los alumnos pudieran regresar al aula.

El calor que irradiaba el techo de chapa del cobertizo golpeó a Phong al entrar. Los dos pupitres terminados tenían buen aspecto, al igual que la estantería donde guardaba las herramientas de carpintería bien ordenadas: martillos, cepillos, sierras, taladros, mazos. Se alegraba de que los aprendices siguieran sus instrucciones y fueran cuidadosos.

Se puso a trabajar y cepilló un trozo de madera del tamaño de la superficie de un escritorio. Mientras las virutas se enroscaban en tirabuzones, pensaba en el señor Dan y en aquella tarde en el vestíbulo del hotel Tài Lộc, dos años atrás, cuando escuchó aturdido al señor Thiên contarle que la hija de Dan había sido entregada en adopción a los tres días de vida.

La búsqueda de Dan había revelado que la madre de Hoa había muerto, y Phong sabía que algo así podría ocurrirle a él si seguía buscando.

El sonido de un motor llamó su atención. Miró por la puerta abierta del cobertizo y vio a Bình montada en la motocicleta en el patio delantero. Dos grandes sacos de lona sobresalían de la parte trasera de la moto: abono para el arrozal. Bình trabajaba en el campo y también se ocupaba del papeleo de la carpintería.

Se apresuró a salir para ayudar a su mujer a descargar los sacos.

—Ha llamado el señor Thiên —dijo ella, sin aliento—. Ha dicho que no podía localizarte. Me ha pedido que te dijera que lo llamaras enseguida. —Le tendió el teléfono móvil—. Dice que ha encontrado a tu madre. Se hizo las pruebas de ADN hace poco y los resultados coinciden con los tuyos.

—¿Qué? —Phong se echó a reír. Bình, el señor Thiên o el destino querían tomarle el pelo.

—Al parecer, tu madre está muy emocionada. Viene a conocerte esta tarde.

**

Phong se sentó en el Café Chiều Mơ, a dos calles de su casa. Debido a la historia de Hồng sobre las mentiras de su madre y sus advertencias para que tuviera cuidado, no había invitado a su casa a la mujer que decía ser su madre. El café era un lugar de reunión popular y era fácil comprender el motivo: las flores amarillas del jazmín de Tonkín colgaban como una cortina y una música suave flotaba en el aire. Un ventilador eléctrico de pie enviaba una ligera brisa hasta su mesa, donde había una mujer sentada. Piel clara. Maquillaje perfecto. Vestía pantalón largo y una camisa de seda cuyo estampado le recordó a las prendas que llevaba la familia real en Huế.

La mujer había llegado en una moto de lujo, llevaba guantes de tela que le tapaban los brazos y se cubría la cara con una mascarilla. Como una vietnamita típica, se protegía para no ponerse morena, y ahora, mirándole la piel, Phong estaba seguro de que había usado cremas blanqueadoras. Esa debía de ser la razón por la que lo había rechazado: era demasiado moreno para pertenecer a su mundo.

Thiên le había dicho que, de acuerdo con los resultados de las pruebas de ADN, aquella mujer era su madre.

—He enviado el informe escrito al correo electrónico de tu hijo —dijo Thiên por teléfono.

Pero el hijo de Phong estaba de acampada y no volvería hasta pasados tres días. Mientras tanto, la mujer estaba tan ansiosa que había viajado dos horas para llegar al pueblo de Phong.

Phong había imaginado que aquel sería el momento más feliz de su vida, pero ahora no lo tenía nada claro. La mujer que estaba delante de él no guardaba el menor parecido con la madre de su imaginación. No lloraba, no parecía haber sufrido o haberse atormentado por la decisión de abandonarlo. Al contrario, parecía como si hubiera disfrutado de una buena vida. Sintió que un nudo de resentimiento le subía a la garganta.

—¿Cómo está Bình? ¿Cómo están Tài y Diễm? —La mujer le preguntó acerca de su esposa e hijos con aire intrascendente, como si los conociera de toda la vida y acabara de volver de vacaciones. Tenía un fuerte acento del delta del Mekong. Thiên había dicho que no vivía muy lejos de él, pero se negó a revelar más datos y le dijo que ya se lo contaría todo ella misma.

—Están todos bien. —Phong evitó mirarla a los ojos y echó un vistazo al menú, aunque ya sabía qué pedir. El café estaba tranquilo, solo el sol vagaba libremente por las hojas. No había nadie sentado cerca de ellos, ya que esos asientos estaban a pleno sol y todo el mundo se agolpaba al otro lado, bajo la sombra de grandes árboles *bàng*.

Llegó un camarero. La mujer pidió un *cà phê sữa đá* —café con hielo y leche condensada— y Phong pidió lo mismo.

Cuando el camarero se marchó, la mujer carraspeó.

—Hijo, siento haber tardado tanto en encontrarte…

Lo llamó *con trai,* «hijo», y se refirió a sí misma como *Má,* «madre», como si fuera lo más natural.

Phong levantó las manos.

—Un momento… ¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó. Empleó el plural para no tener que dirigirse a ella directamente como *Má,* «madre», *Dì* o *Cô,* «tía», o *Bà,* «señora». Llamarla «señora» o «tía»

sería distante, pero no quería llamarla «madre», ya había cometido ese error una vez.

—¿Quieres decir que los resultados de ADN podrían estar equivocados? —La mujer se secó el sudor de la frente con el pañuelo—. Sí, supongo que es posible. Verifiquemos los detalles. ¿Podrías decirme dónde creciste y el año de tu nacimiento?

—Orfanato Phú Long. No sé mi cumpleaños, pero me abandonaron a la entrada del orfanato en febrero de 1972.

Subrayó la palabra «abandonaron» y la mujer se estremeció. Se llevó la mano a la cara y la visión de sus uñas sonrosadas hizo que a Phong se le hiciera un nudo en la garganta. Pensó en las manos callosas de Bình, los dedos descoloridos por el duro trabajo. La única vez que Bình se había pintado las uñas fue el día de su boda. Bình había querido que su boda fuera perfecta, pero sus padres no habían asistido por culpa de la mujer que lo había abandonado para aparecer más de cuarenta años después como si tal cosa.

—*Má… Má xin lỗi.* —La mujer se llamó a sí misma «madre» en sus palabras de disculpa—. ¿Recuerdas el nombre de alguna monja del orfanato?

—Por supuesto. La hermana Nhã me crio. Me quería como si fuera una madre. Pero murió pronto, cuando yo tenía doce años.

—Ella te salvó, lo sé. Y le estoy agradecida —dijo la mujer—. ¿Te contó la hermana Nhã cómo llegaste a Phú Long?

—Debería ser yo quien hiciera las preguntas —dijo Phong, decidido a que no lo engañaran otra vez—. ¿Cómo llegué al orfanato?

La mujer se encogió ante la dureza de la voz de Phong. Pero rápidamente recuperó la compostura.

—Te envolvieron en una manta y te metieron en una cesta.

—¡Una cesta, ni más ni menos! —Phong alzó la voz más de lo que pretendía—. ¿Y dónde dejaron la cesta?

—Estaba… colgada en una rama del árbol de Bodhi que había delante del orfanato.

—Qué crueldad —reflexionó Phong con amargura—. Cualquier animal me podría haber atacado. Podría haber perdido un brazo, una pierna, un ojo.

—Ningún animal te habría atacado, hijo. Me quedé ahí. Vigilé hasta que salió la hermana. ¿Y sabes por qué te puse bajo las ramas protectoras de un árbol de Bodhi? Se dice que el árbol de Bodhi tiene el poder de ahuyentar el dolor y la mala suerte. Y cuando te confié a ti, mi bebé, al árbol, esperaba que Buda te protegiera, porque él alcanzó la iluminación bajo el árbol de Bodhi.

La mujer dejó de hablar en cuanto el camarero se acercó con una

bandeja. Puso sobre la mesa dos tazas de hielo picado y dos vasos altos con filtros metálicos por los que goteaba el café sobre la leche condensada azucarada. Por último, depositó dos vasitos de *trà đá,* té verde concentrado mezclado con cubitos de hielo.

Phong contempló el lento goteo del café. Así había sido su vida, un lento goteo.

—Phong… Siento que estés enfadado. Me lo merezco —dijo la mujer. Phong levantó la vista y vio resbalar una lágrima por su mejilla —. Estoy bastante segura de que eres mi hijo. El ADN. Orfanato Phú Long. Febrero de 1972. Hermana Nhã.

—Bastante segura no significa al cien por cien. ¿Hay alguna prueba, alguna foto?

La mujer negó con la cabeza.

—No tenía medios para hacer fotos. Pero sé otra cosa que solo tu madre sabría.

Phong miró la gruesa capa de café que había goteado del filtro y cubría la leche condensada del vaso. Contraste de blanco y negro. Dulce y amargo. Quizá, al fin y al cabo, la mujer decía la verdad. Esperó.

—He dicho que estaba bastante segura, pero necesito confirmarlo para estarlo del todo. —La mujer tragó saliva—. ¿Tienes una gran marca de nacimiento en el lado derecho del pecho?

Phong miró fijamente a la mujer. Muy despacio, se levantó la camisa. Una marca de nacimiento del tamaño de la palma de la mano brillaba en el costado derecho.

**

La mujer se echó a llorar delante de Phong y este sintió que los ojos le ardían. Parpadeó y se distrajo apartando el filtro de café de uno de los vasos. Agitó el café y lo mezcló con la leche antes de llenar el vaso con hielo. Empujó el vaso hacia la mujer y luego repitió la operación con su café mientras ansiaba un sorbo del fragante líquido, pero con la sensación de que no se lo merecía. No sabía por qué no podía tender la mano y consolar a su madre. Durante los años pasados había echado de menos sus lágrimas, quería saber que ella se preocupaba por él tanto como él la echaba de menos, y ahora ella le estaba ofreciendo su llanto.

Solo la hermana Nhã y Bình habían visto su marca de nacimiento. Siempre llevaba la camisa puesta delante de los demás, incluidos sus hijos. Le avergonzaba aquella marca y se imaginaba el disgusto de su madre al verla por primera vez.

—Siento muchísimo… —la mujer se atragantó por un momento—

no haber podido criarte.

—¿Cuáles fueron las razones entonces? ¿Y por qué me busca usted ahora? ¿Por qué no antes? —Era consciente de que sonaba descortés, pero no podía llamarla *Má* todavía. Una mujer no se ganaba el título de madre por el mero hecho de dar a luz, sino por los años de crianza, por las noches en vela cuando el niño estaba enfermo, por las comidas y conversaciones compartidas, por la alegría que se duplicaba y la pena que disminuía con su presencia.

La mujer cogió el café de Phong y lo removió, aunque él ya lo había hecho. Actuaba como si estuviera desesperada por hacer algo por él. Le devolvió el vaso.

—Hijo, como respuesta a tus preguntas, ¿puedo contarte una historia?

Phong frunció el ceño. No era momento para historias, estaban hablando de la vida real. La hermana Nhã había dicho que los cuentos podían salvarlo, pero no había sido así. Había visto cómo la gente había tergiversado las historias, convirtiéndolas en propaganda. Una vez, en la radio pública, oyó declarar a un novelista vietnamita que los escritores habían escrito con sangre porque habían alentado a la gente a ir a la guerra glorificándola. Muchos hombres y mujeres jóvenes habían muerto porque creían en las historias soñadas por los escritores.

Estuvo tentado de negarse a la petición de su madre, pero lo pensó mejor. Sin duda, la mujer se había preparado para aquel encuentro y su historia debía de ser una forma de responder a sus muchas preguntas.

—Espero que la historia no dure mucho —dijo, bebiéndose el café —. Tengo que volver al trabajo. —No quiso decirle que, en el otro extremo de la sala, aguardaban su mujer y su hija, que habían insistido en ir con él.

La mujer asintió y se aclaró la garganta.

—Érase una vez, durante la guerra, una chica. Vivía en Saigón. Tenía un novio vietnamita, pero un día se pelearon. Para animarla, una noche sus amigas la sacaron a bailar. Conoció a un americano en un club y bailó con él toda la noche. Tenía funciones administrativas, no era un soldado de combate. Se llamaba Tim y llevaba en Vietnam unos meses. Estaba destinado en Kon Tum, pero se encontraba de permiso en Saigón.

Phong miró a su madre, cuyos ojos brillaron cuando mencionó a Tim.

—La chica estaba asombrada de lo bien que se lo podía pasar con Tim en la pista de baile, el gusto que daba dejarse llevar. —La mujer

sonrió—. La chica nunca había pensado que podría ser amiga de un hombre negro, pero Tim lo cambió todo. Le demostró que era un caballero y, comparado con su exnovio, este era… una mierda. —La mujer soltó una risita—. Al día siguiente, Tim invitó a la chica a un lujoso restaurante francés del centro de Saigón. Disfrutaron de una comida deliciosa. Tim conseguía comunicarse con la chica a pesar de la barrera del idioma. Hablaron de muchas cosas. Tim pasó varios días en Saigón y estuvieron todo ese tiempo juntos. Conectaron como almas gemelas. Justo cuando iba a regresar a Kon Tum, Tim se llevó la mano de la chica a los labios y le pidió que lo esperara.

La mujer no miró a Phong, se miraba la palma de la mano, como si ahí estuviera escrito su destino.

—La chica intentó resistirse a sus sentimientos, sabiendo que Tim no se quedaría en Vietnam por mucho tiempo, que volvería a su casa y que, además, podían matarlo en cualquier momento. Pero su corazón era muy terco. Se enamoró de Tim y él se enamoró de ella. Él regresó con frecuencia a Saigón, tanto como pudo. La amaba locamente. Y cuando la chica se quedó embarazada —la mujer hizo una pausa—, cuando se quedó embarazada… la chica tuvo miedo de que Tim se marchara y no quisiera saber nada de ella. Así era como se comportaba la mayoría de los americanos en aquellos tiempos. Pero Tim era distinto. Cuando se enteró, lo celebró. La cogió en brazos y le dio vueltas hasta que se mareó. Dijo que era la única persona que quedaba de su familia, no tenía hermanos y sus padres habían fallecido. Prometió a la chica que al final de su estancia en Vietnam se casaría con ella y la llevaría a los Estados Unidos. La chica besó a Tim y le dijo que lo quería, convencida de que decía la verdad, ya que él siempre había cumplido sus promesas.

Phong negó con la cabeza. La historia parecía un cuento de hadas, demasiado buena para ser verdad.

—Tim anhelaba tener una familia y amaba a su hijo aunque todavía no hubiera nacido. Ponía la oreja contra el vientre de la chica, con la esperanza de oír al bebé; le cantaba al bebé muchas canciones tontas. Cuando la chica estaba embarazada de seis meses… Estaba previsto que Tim fuera a llevarla al médico. Habían decidido que daría a luz en el hospital Từ Dũ, el mejor en atención de maternidad. La chica estaba muy emocionada. Se imaginaba a su hermoso hijo, su futuro juntos en Los Ángeles, de donde era Tim. Esperó a Tim… pero nunca llegó. Unas semanas más tarde, la chica recibió una carta de Kon Tum, el lugar donde Tim estaba destinado. La carta era de un amigo de Tim. Este le había hablado de la chica, y ahora le escribía… para informarle de que Tim había muerto en un ataque enemigo.

Murió mientras trabajaba en su oficina, procesando las nóminas de sus camaradas. El amigo terminaba la carta con la frase: «Lo siento mucho».

La mujer intentó contener los sollozos. La pena en sus ojos era tan profunda que Phong tuvo que apartar la mirada para no ahogarse en ella. El dolor era tan real que no tuvo más remedio que creerse la historia. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Podría ser Tim su padre? Si era así, su padre había muerto. Oh, cielo y tierra.

La mujer se atragantó.

—La chica estaba destrozada. Se abrazó la barriga y lloró durante tres días y tres noches. Cuando pudo levantarse, escribió una carta al amigo de Tim pidiendo ayuda. Esperó y no obtuvo noticias. Escribió varias cartas más, pero nunca recibió respuesta. No quería creer que Tim había muerto. Reunió todo su dinero y viajó al campamento base en Kon Tum. Allí le confirmaron que Tim había muerto y que su cuerpo había sido enviado de vuelta a los Estados Unidos. La chica regresó a Saigón, desesperada. Vivía con unos amigos, pero nadie podía ayudarla. Todos estaban trabajando, enfrentándose a sus problemas, luchando por sobrevivir. Cuando la esperanza la había abandonado, recibió un aviso de la oficina de correos. Alguien le había enviado cien dólares. El nombre del remitente estaba en blanco. Debía de ser el amigo de Tim. La chica lloró. El dinero no sería suficiente para criar al bebé. Sus padres vivían en el campo y no sabían nada del embarazo. Su pueblo estaba controlado por el Vietcong y no podía llevar allí al bebé de un negro americano.

La mujer se apretó la boca con la palma de la mano, intentando contener los sollozos. Le temblaban los hombros. El rímel se le corrió y le dejó rastros negros en las mejillas. Phong se quedó clavado en el asiento. Debía ofrecerle un pañuelo o alguna palabra de consuelo, pero era incapaz de moverse.

La mujer cerró los ojos.

—La chica habría querido que su bebé se quedara para siempre en su vientre para protegerlo de toda la crueldad de este mundo, pero se cumplieron los nueve meses. Era un niño precioso, como su padre. Tenía los ojos brillantes, las cejas muy oscuras, el pelo rizado y una gran marca de nacimiento en el pecho. Además de esta marca de nacimiento, también tenía otra más pequeña en el muslo izquierdo.

El mundo dejó de girar. Phong se esforzó por respirar. Cuando consiguió volver a llenar los pulmones de aire, el dolor lo atravesó de punta a punta.

La mujer sollozaba.

—La chica no quería renunciar a su bebé, pero lo tenía todo en

contra: no contaba con medios para criarlo, no podía ofrecerle protección. Así que tuvo que tomar una de las decisiones más difíciles de su vida. Envolvió a su hijo en una manta azul. Con una cesta de juncia en un brazo y su bebé en el otro, se dirigió al orfanato Phú Long, donde sabía que las monjas eran buenas y que habría suficiente comida para su hijo. Sabía que allí estaría seguro. A salvo de los ataques de los americanos y de los vietnamitas.

»La chica siempre recordaría esa noche. Era una noche muy oscura. No había luna ni estrellas. Con su hijo en brazos, se sentó frente al orfanato. Le dio de mamar hasta que estuvo saciado. Le cantó canciones de cuna. Le susurró que lo quería mucho. Cuando su hijo se durmió profundamente, volvió a envolverlo en la manta y lo colocó en la cesta de juncia. Colgó la cesta en la rama de un árbol de Bodhi. No quería que ningún animal llegara a él antes de que lo encontraran las monjas.

Phong se mordió el labio con tanta fuerza que notó el sabor salino de la sangre.

—En la oscuridad perforada por el titilar de las luciérnagas, la chica esperó hasta que el bebé se echó a llorar. Cuando la hermana Nhã salió y bajó la cesta, la chica quiso correr hacia ella y recuperar a su bebé. Era su último recuerdo de Tim. La chica había amado a Tim y sabía que debía cuidar de su hijo, pero no tenía elección. Vio cómo la hermana Nhã se llevaba al bebé dentro y cerraba la puerta.

Phong se agarró a la mesa. Necesitaba agarrarse a algo. Era la misma historia que la hermana Nhã le había pedido que recordara de memoria. La historia le había ayudado a llegar hasta su madre, pero al mismo tiempo lo había destrozado.

La mujer lloró, tapándose con el pañuelo, pero transcurrido un breve instante recobró la compostura.

—En cuanto dejó al bebé, la chica se sintió vacía. Volvió a Saigón, trabajó duro y ganó dinero para enviárselo a su familia, que necesitaba su ayuda. Echaba de menos a su hijo y pensaba en él todos los días. Pero sabía que no podía darle un futuro. Volvió al orfanato muchas veces. Se quedaba fuera y miraba el patio delantero. Allí, vio a su hijo gateando, y a medida que crecía, lo veía jugar con sus amigos, saltando y riendo. Era precioso. Parecía sano. Tenía una buena vida y ella no podía darle otra mejor. Al final de cada visita, lloraba hasta vaciarse de lágrimas. Siempre regresaba a Saigón sin saludar al niño. Se avergonzaba de sí misma y pensaba que no lo merecía.

Phong cerró los puños. Qué gilipollez. No había excusa que justificara que una madre abandonara a su hijo y dejara que se criara

como si fuera huérfano.

La mujer suspiró.

—Resulta muy difícil para una madre mantener la distancia con un hijo. Pero a la chica la reconfortaba el hecho de que su amor por Tim seguía vivo. Su hijo crecía bien y ella sentía que su sacrificio había valido la pena: él tenía una vida mejor que la que ella podría haberle dado.

¿Sacrificio? ¿Cómo podía su madre llamar sacrificio a algo tan horrible? ¿No sabía lo mucho que él había sufrido? Por su culpa se había convertido en un niño de la calle. No era posible verlo de otro modo.

—En abril de 1975, la chica vio tanta muerte a su alrededor que cambió de opinión y decidió que su hijo era lo más importante. Tenía que criarlo ella misma. Vendió las pocas cosas que tenía y viajó al orfanato. Tenía intención de enviar a su hijo a algún lugar donde los comunistas no fueran un problema. Pero no pudo llegar al orfanato durante varias semanas: las carreteras estaban cortadas y no había transporte. Cuando por fin lo consiguió, la guerra había terminado. Los soldados invadieron el patio del orfanato. Preguntó por el paradero de su hijo y de las monjas, pero nadie pudo darle razón.

Phong negó con la cabeza. Dijera lo que dijera aquella mujer sobre su deseo de criarlo, sin duda, era mentira. Vivió en el orfanato más de tres años y no se acercó jamás, ni una sola vez. ¿Y por qué, al menos, no se había dirigido a la hermana Nhã para darle las gracias por cuidar de él?

—La chica abandonó el orfanato sin saber adónde ir —continuó la mujer—. Siguió buscando a su hijo y se enteró de un programa de evacuación llamado «bấy-bì líp». Esperaba que su hijo hubiera podido acogerse a él.

De qué mierda de programa Babylift estaba hablando, pensó Phong. Sus hijos habían buscado en internet y le habían contado lo que fue aquel programa: evacuaron a unos 2500 niños, una pequeña fracción de las decenas de miles de huérfanos que había en Vietnam del Sur en aquella época. ¿Aquella mujer le había arruinado la vida y ahora aparecía de la nada para decirle que su padre había muerto?

—La chica se ha castigado por lo que hizo —dijo la mujer, tratando de contener las lágrimas—. Ahora es una mujer mayor, pero no pasa un solo día sin que eche de menos a su hijo. Espera que él comprenda su situación. Teme que piense que no lo quiere. Pero lo quiere muchísimo, siempre lo ha querido con todo su corazón. No quería dar en adopción a su bebé. Fue un niño concebido con amor y nacido de su carne y de su sangre.

La madre de Phong se inclinó hacia delante y le cogió la mano.

—Hijo, lo siento muchísimo, espero que puedas perdonarme. Tuve que hacer cosas terribles, pero, por favor, entiéndelo: no tuve elección.

Phong se estremeció con el contacto de la mujer y apartó la mano. Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No me creo nada de lo que usted dice —dijo, pronunciando con toda claridad. Se dirigió a ella como *bà* y a sí mismo como *tôi,* el uso habitual entre desconocidos—. ¡Todo lo que usted ha dicho es mentira! No me creeré que mi padre está muerto hasta que se me demuestre.

—Phong… —La mujer intentó cogerle de nuevo la mano, pero Phong se apartó hacia atrás.

—Enséñeme una fotografía de mi padre. Una fotografía en la que salgan los dos juntos, él y usted.

—Lo siento, hijo, no nos hicimos ninguna foto.

—¡Ja! Ya me imaginaba que diría eso. ¿Alguna carta? Me ha dicho que su amigo le escribió una carta desde Kon Tum.

—Sí, me escribió, y Tim me escribió alguna vez cuando estaba vivo. Pero lo quemé todo cuando terminó la guerra. Fui tonta. Como muchos otros en aquella época, tenía miedo de que me castigaran por haber confraternizado con los americanos.

—¡Oh, qué oportuno! —exclamó Phong, aunque sabía que mucha gente había destruido sus documentos.

—Entiendo tus dudas, hijo, y es bueno que seas prudente. Pero te garantizo que solo tu madre podría saber lo de tus marcas de nacimiento. Y la cesta de juncia, el orfanato…

Phong fulminó a la mujer con la mirada. En cierto modo, no había esperado que su reacción al encontrar a su madre fuera de enfado.

—Dice usted que volvió a buscarme muchas veces: eso es mentira. La hermana Nhã la habría visto, y me dijo que nadie había ido a buscarme.

—Pero Phong… ella no sabía que yo era tu madre. Había hablado con ella dos veces antes de estar embarazada y había visitado el orfanato en nombre de otra persona. Por eso estaba segura de que te cuidaría bien.

—Si usted conocía a la hermana Nhã, ¿por qué no me entregó en persona? ¿Por qué me abandonó así? ¿Y si me cogía antes un animal?

—Como te he dicho antes, me quedé allí para vigilarte, hijo… Te cuidé desde lejos, hasta que la hermana Nhã se te llevó. En cuanto a las razones para no preguntar a la hermana Nhã… yo misma no puedo explicarlo. No pensaba con claridad. Tim había muerto y apenas podía soportar los días…

—¡No me importan sus razones, son estupideces!

—Phong. *Má xin lỗi con. ¡Má xin lỗi!*

—¿Dice que lo siente? Si así fuera, ¿por qué no me buscó? Ha pasado una vida entera desde que usted me abandonó. Me pegaron, maltrataron, rechazaron y encarcelaron.

—Hijo… créeme, te he echado de menos durante todos estos años. Pero estaba segura de que te habías ido a América. Pensaba que estarías mejor sin mí.

Phong negó con la cabeza.

—Intenté encontrarla porque la gente me decía que usted me había abandonado porque era feo, y quería demostrar que estaban equivocados. Intenté encontrarla porque mis amigos tenían madre y yo no tenía nada.

—Lo que decía esa gente es mentira, hijo. Eres guapo, y me destrozó el corazón tener que hacer lo que hice. —Volvió a intentar cogerle la mano, pero Phong se apartó de nuevo.

La mujer suspiró.

—Entiendo cómo te sientes, hijo. Espero que puedas creerme, pero si no me crees, puedes preguntárselo a una persona que sabe lo terribles que fueron mis circunstancias durante la guerra.

—¿Se refiere usted al señor Thiên?

Su madre tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, al americano, al señor Đan. Eres amigo suyo, me lo dijo Thiên.

—¿Cómo demonios lo conoce?

Su madre se tapó la cara con las manos. Mientras ella guardaba silencio, Phong oyó el rugido de las motos por la calle, un rugido tan fuerte como los gritos de alguien que acabara de perder a su padre.

Cuando su madre levantó la vista, los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Đan… era el novio de mi hermana en 1969. Mi hermana se llamaba Trang.

Amor y honor

Bạc Liêu, 2019

—Abuela… ¿en qué estás pensando? —Una voz dulce sacó a Quỳnh de su ensoñación. Había estado recordando una noche lluviosa de 1970 en la que caminó sola por las calles de Saigón, tras la muerte de su hermana. Se estremeció, buscó a Diễm y la abrazó. Le habría gustado cerrar la puerta de su pasado y tirar la llave. Al mismo tiempo, habría querido hablar consigo misma —con la joven de dieciocho años— y decirle que no perdiera la esperanza, porque, a pesar de que se sintiera como si hubiera muerto junto con su hermana mayor, sobreviviría, y nunca, nunca jamás permitiría que nadie la menospreciara.

—Abuela, ¿nos cantas una canción? —Tài se acurrucó a su lado y Quỳnh deseó haber encontrado a Phong antes; era maravilloso ser la abuela de sus dos preciosos hijos. Quỳnh estaba acostada en la cama de Tài y Diễm, en casa de estos, los tres protegidos por el nido que formaba la mosquitera blanca. Tài y Diễm eran ya adolescentes que no necesitaban nanas para dormir, pero aun así, cuando iba a verlos, todas las noches le pedían canciones o cuentos, como si ellos también quisieran recuperar el tiempo perdido. Como si la necesitaran tanto como ella a ellos.

Quỳnh rodeaba a cada uno de sus nietos con un brazo. La calidez de sus cuerpos calmó sus pensamientos inquietos. Hacía ya un año que se había reunido con Phong, pero la realidad parecía tan nueva como un campo de arroz recién sembrado.

—*À à ơi…* —Su voz se alzó en la oscuridad—. *Gió mùa thu mẹ ru mà con ngủ năm canh chày, là năm canh chày thức đủ vừa năm hỡi chàng chàng ơi, hỡi người người ơi em nhớ tới chàng em nhớ tới chàng…* —Cantó en voz alta, como si quisiera declarar que tenía una voz propia y nadie podría borrarla.

Aquel día en el café, cuando Quỳnh reveló su conexión con Dan, Phong se quedó atónito. Parpadeó, permaneció en silencio y luego negó con la cabeza.

—Es usted peor de lo que imaginaba —dijo Phong—. Ha arruinado dos vidas en lugar de una. ¿Qué clase de tía es usted, capaz de regalar a su sobrina justo después de que su madre acabara de morir?

Arrojó algo de dinero sobre la mesa para pagar el café y salió precipitadamente a la calle. Quỳnh estaba segura de que lo había perdido para siempre, pero unos segundos más tarde, Diễm corrió hacia ella.

—¡Abuela! ¡Abuela! —gritó.

Ahora, en la cama, besó la mejilla de Diễm, aspirando el aroma de la niña. Antes, había frotado aceite de coco en el pelo de su nieta para poder peinarla, asombrada ante el brillo saludable de la piel de Diễm, su belleza única. Durante muchos años, Quỳnh había gastado dinero en cremas blanqueadoras, como tantas vietnamitas que conocía, y en los días soleados nunca salía de casa sin cubrirse de la cabeza a los pies. Ahora veía que el cielo había bendecido a las personas con diferentes colores de piel y que, a pesar de sus diferencias, todas eran hermosas a su manera.

—Abuela, es una canción muy romántica. —Diễm soltó una risita —. ¿Piensas en el abuelo Tim cuando la cantas?

La palabra «Tim» se le clavó como un puñal. Tragó saliva.

—Sí… por supuesto. Le cantaba canciones de cuna y siempre se quedaba dormido con una sonrisa. —Como decía Trang a menudo, había tirado una lanza y ahora tenía que ir tras ella.

—Cuéntanos más sobre el abuelo Tim, abuela —pidió Tài.

La puerta de la habitación estaba abierta y Quỳnh veía el altar que Phong había puesto para recordar a su padre, desde el que tres puntos rojos la miraban como si fueran los ojos de un fantasma suspendido en el aire. Aunque Phong era católico, seguía las costumbres vietnamitas del culto a los antepasados. Había quemado incienso en memoria de su padre antes de salir con Bình esa noche a un espectáculo de *cải Lương*. Rezaba a su padre muy a menudo y murmuraba el nombre de Tim. Cada vez que Quỳnh veía a su hijo hacerlo, le entraban ganas de gritar.

—¿De verdad que el abuelo Tim no tenía ninguna familia, abuela? —preguntó Diễm, dándole con el codo.

—Era hijo único y sus padres murieron jóvenes. Estaba tan solo que se alistó en el Ejército para buscar compañía. —Acarició la espada de sus nietos—. Ahora, cerrad los ojos y soñad con algo bonito, queridos míos. Mañana tenéis que madrugar para ir al colegio. —Cuanto más los quería, más temía sus preguntas.

—No me gusta el colegio —dijo Diễm—. Y odio algunos de mis libros de texto. Dicen que los soldados americanos eran malos, que eran máquinas de matar. Cuando leemos esos fragmentos en clase, siento que mis amigos me miran fijamente.

—Oh… Lo siento mucho. —Quỳnh abrazó más fuerte a su nieta—.

No te preocupes, no deberías avergonzarte de tu abuelo, sino sentirse orgullosa. ¿No te acuerdas de que él no combatía? No estuvo en el frente, era administrativo y ayudó a muchos vietnamitas. Se ocupaba de los papeles, de los pagos que permitieron reconstruir casas, hospitales y escuelas en Kon Tum.

Quỳnh se preguntó si debería ir al colegio de Diễm y hablar con sus profesores. Durante la guerra se cometieron atrocidades, pero no solo lo hizo el bando estadounidense. De todos modos, ¿para qué servía enseñar a los niños a odiar y a glorificar la victoria si no se reconocía el coste humano pagado por ambos bandos?

—Seguro que el abuelo Tim querría que yo estudiara en los Estados Unidos, ¿no crees? —preguntó Diễm—. Seguro que las escuelas allí son mejores.

—Cállate la boca —dijo Tài—. No tiene sentido subir a una montaña para decir que la de enfrente es más hermosa. América también tiene sus problemas. Allí también hay racismo, ya lo sabes, ¿verdad?

—Tài, no se habla en ese tono, ¿recuerdas? —Quỳnh dio un golpecito a su nieto en el hombro—. Es cierto que cada país tiene sus propios problemas, y nos toca vivir la vida que nos corresponde lo mejor que podamos dondequiera que estemos… En cuanto a lo de estudiar en el extranjero, si te apetece, podemos organizarlo, pero cuando vayas a la universidad, y no antes.

Algunos de los amigos de Quỳnh habían enviado a sus hijos y nietos en edad escolar a internados en el Reino Unido y los Estados Unidos, y aunque Quỳnh podía permitírselo, quería tener cerca a Diễm y a Tài. Necesitaba verlos a menudo, ahora que los había encontrado.

—A papá le pasa algo —comentó Tài—, vuelve a estar inquieto. Está pensando en hacerse otra prueba de ADN y registrar los resultados en una empresa más grande para tener más oportunidades de encontrar a los parientes del abuelo Tim. Dijo que el abuelo Tim seguro que tenía tíos y tías con hijos. Ahora que te ha encontrado, siente que la suerte está de su lado, abuela.

Quỳnh sintió como si le hubieran dado en la boca del estómago un golpe tan fuerte que la inmovilizó sobre el colchón. Acababa de encontrar a Phong, Bình, Tài y Diễm, y ahora corría el riesgo de perderlos de nuevo. Después de la reunión con Dan y Linda, le costó casi dos años tomar la decisión de embarcarse en la búsqueda de su primer hijo. Fueron muchas las razones que la hicieron cambiar de opinión: la posición segura de Khôi en la universidad, un accidente de tráfico que casi la mata, su jubilación de las tareas que desempeñaba al frente de su negocio y las repetidas pesadillas. Nunca había podido

imaginar que Phong viviera tan cerca.

El día en que un camión chocó contra el taxi que la llevaba —el taxista quedó aplastado hasta resultar irreconocible—, perdió el conocimiento y se despertó más tarde en urgencias con el cuerpo escayolado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se le estaba ofreciendo una oportunidad de redención. Pensó que si pudiera volver atrás en el tiempo, tal vez tomaría la decisión de criar a Hoa y a Phong. Los rumores sobre los castigos de los comunistas no resultaron ser ciertos: no quemaban a las mujeres que se hacían la permanente ni cortaban los dedos con las uñas pintadas. No conocía a ninguna mujer que hubiera sido encarcelada por mantener relaciones sexuales con estadounidenses. Tiên, una conocida del bar, decidió criar a su hijo americoasiático y los dejaron en paz. Era cierto que interrogaron a algunas madres y las enviaron a las nuevas zonas económicas, y a otras se les pidió que se presentaran en la comisaría del barrio durante meses, pero no hubo ejecuciones masivas.

Después del accidente, se puso en contacto con Thiên, que se ocupó de hacerle una prueba de ADN. Encontrar a Phong fue un milagro; después viajó a Saigón y salió a cenar con Khôi. En su restaurante japonés favorito, le contó a su segundo hijo la misma historia que a Phong. Estaba hablando de la mujer y los hijos de Phong cuando Khôi tiró la servilleta sobre la mesa. Al levantarse, la silla chirrió al rozar el suelo.

—¿Cómo puedes decirme ahora que tu vida y la mía se han basado en mentiras? —exclamó, y se marchó dejándola con dos platos intactos llenos de *sashimi* y de *sushi*. No le dirigió la palabra durante muchas semanas. Incluso ahora, aunque de vez en cuando iba con su familia a visitarla, le había pedido que no mencionara a Phong. Se negó a conocer a su hermano y ni siquiera quiso verlo en Año Nuevo.

Unos meses atrás le envió un mensaje que decía: «Trabajé mucho para ayudarte con tus negocios. Estuve a tu lado durante todos estos años. Hice contigo muchos viajes al extranjero y traduje para ti, ¿recuerdas? En relación con tu herencia, ¡no olvides que él no tiene derecho a nada!».

Phong no sabía nada todavía del mensaje de su hermano sobre la herencia. Khôi creía que iba a heredar mucho dinero, pero Quỳnh había tomado ya la decisión de destinar una parte a Phong.

Phong, junto con su mujer y sus hijos, había ido a ver varias veces a Quỳnh a su casa. Ella los llevó a la tienda, les explicó el negocio y les presentó al personal. Les ofreció una cena a la que invitó a familiares, amigos y vecinos. La historia de Tim parecía haber asombrado a la gente, pero les interesó más la historia de Phong, sus experiencias en

el campo de reeducación, cómo era la vida de un vietnamita americoasiático.

—Tu historia debería ser una película o un libro —dijo alguien, y a Quỳnh le entraron ganas de reír.

Quỳnh agradecía que Phong pareciera haberla perdonado. Se echó a llorar cuando la llamó «madre» por primera vez, en su tercer encuentro, en la primera ocasión que Quỳnh visitó su casa. Llevó lienzos, pinturas y pinceles y pasó la tarde divirtiéndose con Tài y Diễm. Decidieron pintar a la perra Mun, y el resultado final se parecía tanto a un oso que Mun ladró ante el cuadro. Mientras sus nietos se morían de risa, Phong se inclinó hacia ella y dijo *«Cảm ơn Má»*. Le dio las gracias no solo con sus palabras, sino también con su sonrisa.

Phong le había dicho que le diera tiempo a Khôi y que no quería crear tensiones entre su madre y su hermano pequeño, pero a medida que pasaban los meses y Khôi seguía evitándolo, Phong debía de sentirse dolido y decepcionado. Sin embargo, casi nunca se lo decía, como si la vida lo hubiera puesto a prueba lo suficiente como para darle paciencia en los momentos de dificultad, pero ¿hasta cuándo tendría paciencia?

—¿En qué piensas, abuela? ¿No has oído mi pregunta sobre la prueba de ADN? —preguntó Diễm, dándole un golpecito con el codo.

Quỳnh parpadeó.

—Ah… Estaba recordando la última carta de Dan. ¿Cuándo dijo que él y Linda iban a volver?

Quỳnh no quería hablar de las pruebas de ADN, y menos todavía con sus nietos, que eran demasiado jóvenes para entender que los resultados de esas pruebas no solo podían revelar relaciones familiares.

—Volverán este septiembre, abuela —contestó Diễm.

—No me importaría que me leyeras la carta otra vez. La tradujiste muy bien, jovencito. —Quỳnh dio unas palmadas a Tài en el brazo.

Tài estaba asistiendo a un curso intensivo de inglés y practicaba con las cartas de Dan y Linda. Tài era trabajador y ambicioso, le faltaba un año para terminar el bachillerato y tenía intención de estudiar informática en una universidad internacional de ciudad Ho Chi Minh.

—Ah, me alegro de que me lo digas, abuela —contestó Tài alegremente—, porque he mejorado la traducción.

Salió de la mosquitera y Diễm encendió la luz.

Sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y flanqueada por sus nietos, pensó en los hitos de sus vidas que se había perdido: sus primeras palabras, sus primeros pasos, su primer día de

colegio. Deseaba haber estado allí para levantarlos cuando se caían, para secarles las lágrimas cuando lloraban y para reír con ellos. Le habría gustado colorear su infancia con recuerdos alegres, tal como había hecho con los hijos de Khôi. Tenía que hacer más para unir a las familias de Khôi y Phong. Iría a Saigón dentro de poco para volver a hablar con Khôi.

Aquella tarde, mientras trabajaba con Phong en el huerto, había visto que unas mariposas revoloteaban sobre las flores de calabaza. En las manzanas rosadas y en las guayabas verdes que la rodeaban, por la forma en que las flores y los frutos maduraban ante sus ojos, vio razones para creer que Khôi cambiaría. Cuando conociera a Phong, se sentiría orgulloso de su hermano, un superviviente, un hombre que había sabido superar todas las adversidades.

—Hoy le he dado a mi maestro esta nueva versión de mi traducción, abuela —dijo Tài, mostrando a Quỳnh su cuaderno—. Me ha dicho que la he traducido fielmente y que, al mismo tiempo, suena natural en vietnamita.

—Tus profesores son muy blandos contigo —criticó Diễm, arrebatando el cuaderno de las manos de Tài—. Deja que juzgue yo —dijo, y empezó a leer en voz alta.

> Queridos Quỳnh, Phong, Bình, Diễm y Tài:
>
> ¿Podéis creer que esta es la primera vez en mi vida que escribo con diacríticos vietnamitas? La verdad es que antes no los ponía para que los nombres parecieran y sonaran más fáciles. Perdonadme las veces que he escrito mal vuestros nombres. Mi profesor me ha hecho comprender la importancia de los signos tonales vietnamitas y me ha enseñado que, al escribir el nombre de Tài como «Tai», estaba diciendo «oreja» en lugar de «chico con talento».

Diễm se agarró la barriga y se rio a carcajadas. Se volvió hacia Tài.

—Te voy a llamar «Hermano Oreja» a partir de ahora.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Tài lanzándole una mirada furiosa.

Diễm soltó una risita y retomó la lectura de la carta.

> Linda y yo estamos haciendo un gran esfuerzo para aprender vietnamita porque vamos a volver este mes de septiembre. Mi hermana viajará desde Australia con su familia y se reunirá con nosotros en ciudad Ho Chi Minh. Estamos muy emocionados y tenemos muchas ganas de que la conozcáis. Todavía tenemos mucho que hacer antes del viaje. Hemos estado trabajando con nuestra psicóloga, la doctora Hoh, para crear una organización

benéfica que pueda proporcionar apoyo psicológico a las personas afectadas por la guerra y por el agente naranja. El señor Thiên nos dio la idea, ahora nos ayuda con el papeleo y él será el gerente de nuestras operaciones en Vietnam. ¿No es increíble? Nos alegra que nuestra familia y muchos de nuestros amigos participen en esto con nosotros.

¡Solo faltan tres meses para que nos volvamos a ver! Contamos los días con impaciencia y tenemos muchas ganas de ver vuestra casa. A Linda le apetece mucho ir a pescar con Tài y Diễm, probar el sabor de las deliciosas verduras del huerto de Phong, visitar el arrozal de Bình, oírla cantar y aprender a cocinar con Quỳnh. Por supuesto, pondremos a prueba nuestras habilidades con los instrumentos musicales de Phong, pero a lo mejor no seremos lo bastante valientes para aceptar su oferta de montar en un búfalo de agua.

Tài y Diễm: vuestro inglés está mejorando mucho; ojalá un día pueda escribiros cartas en vietnamita como vosotros nos escribís en inglés.

Bình: gracias de nuevo por enviarle a Linda el vestido *áo dài.* Sigue poniéndoselo en todas las fiestas. Sus amigas están muertas de envidia y también quieren un traje a medida.

Quỳnh y Phong: es realmente un milagro que os hayáis encontrado. Se me escapa una sonrisa cada vez que lo pienso. Vuestro encuentro hace que crea de nuevo en Dios. Espero que nuestra familia se amplíe aún más cuando demos con Hoa.

¡Hasta pronto!

Abrazos muy cariñosos desde Seattle,

Dan (y Linda).

Era la segunda vez que Quỳnh oía la carta, pero aun así se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio cuenta de lo positivo y entusiasta que sonaba Dan.

—¿De verdad el señor Dan ha puesto «nuestra familia» en la carta original? —preguntó Diễm a Tài—. ¿O te lo has inventado?

—¿Inventármelo? —contestó Tài con un resoplido—. He tenido que enseñarle al profesor tanto la versión inglesa como la vietnamita, tonta.

—Oye, nada de insultos, ¿te acuerdas? —regañó Quỳnh con severidad—. Claro que Dan y Linda forman parte de nuestra familia. Es así por las muchas cosas que ellos han hecho por nosotros y nosotros por ellos. Pero, más que eso, compartimos una historia común que nos une más que cualquier lazo de sangre. Y cuando respondas a la carta —añadió, dirigiéndose a Tài—, ¿podrías

preguntarle cómo se puede hacer una donación a su organización benéfica?

Ninguno de sus familiares lo sabía, pero a lo largo de los años, Quỳnh había donado dinero a hospitales, pagodas y orfanatos. Le había sonreído la fortuna en lo material y era su deber compartir su suerte con los demás. Y esperaba que los psicólogos del grupo de Dan hablaran con Phong, que le había contado lo de sus ataques de pánico.

—Por favor, abuela… ¿puede venir Mun con nosotros? —preguntó Diễm mientras se acomodaban en la cama de nuevo.

—Se supone que no debemos permitir que la perra suba a la cama, pero seguro que la abuela no se lo dirá a nadie —dijo Tài riendo.

—Ah… Eso podría meterme en un buen lío con tus padres, pero supongo que podemos arriesgarnos —dijo Quỳnh, riéndose también. Mimar a sus nietos no solo era para ella una gran alegría, sino también su tarea como abuela. Mun estaba medio dormida en su cesta cuando Quỳnh la recogió y se la dio a Diễm. La perra olía a rosas porque aquella tarde le habían dado un baño con burbujas.

Arropada por el calor de sus nietos, Quỳnh cantó una canción de cuna, luego otra y otra más, hasta que Tài y Diễm se relajaron en sus brazos y su respiración se hizo regular.

Quỳnh se levantó de la cama y salió al jardín. Las estrellas estaban vivas en el cielo. Parecían los ojos de Trang. Quỳnh juntó las manos frente al pecho y miró hacia arriba. En el titilar de las estrellas, recordaba que su hermana seguía viva: Trang vivía en la luz que había dado fuerza a Quỳnh en los momentos más oscuros.

—Gracias por ayudarme a encontrar a mi hijo, *chị Hai* —susurró—. Tú hiciste que Phong encontrara a Dan y que Dan me encontrara a mí. Tú nos has unido.

Se inclinó ante la luz de las estrellas. Se dice que las personas que mueren jóvenes tienen poderes sobrenaturales, y en aquel momento Quỳnh lo creyó. Creyó en las bendiciones de los muertos y en la interconexión de la vida. Y creyó que todas las historias relacionadas con la guerra estaban unidas, de una manera u otra, por la sangre.

Mirando hacia el cielo, Quỳnh vio la cara de Trang. Todavía tenía diecinueve años y seguía siendo joven y hermosa. Antes de enterrarla, Quỳnh se arrodilló junto a su hermana. Le limpió toda la sangre, le cubrió la cabeza con un pañuelo, le quitó la ropa desgarrada y la vistió con una camisa y unos pantalones nuevos. «Eres el más bello de todos los ángeles», susurró, intentando no llorar, porque había oído decir que las lágrimas que tocan al muerto le impiden abandonar la tierra pacíficamente.

—*Chị Hai,* sé que me cuidas, así que, por favor, haz algo más —

rogó Quỳnh a las estrellas—. Por favor, convence a Khôi para que acepte a Phong. Por favor, protege mi secreto. Por favor, ayúdanos a encontrar a Hoa.

Había rezado por Hoa con frecuencia y deseaba que estuviera en paz. Confiaba en que su familia adoptiva la quisiera, que hubiera compensado la ausencia de sus padres biológicos. Soñaba con encontrar a Hoa algún día para decirle lo mucho que la había querido su madre.

Quỳnh también había querido a Trang, a pesar de que nunca había sido capaz de decírselo en voz alta. Se dio cuenta de la profundidad de ese amor al caer en un abismo de dolor después de su muerte. Una pena que la llevó a la bebida, que la hizo indeseable para los hombres que frecuentaban el bar Paradise. Después de aquella noche lluviosa en que la jefa la echó del bar, vagó por ahí, queriendo quitarse la vida. Otra *madame* la sacó de la calle, la llevó a su burdel, Minh Anh, y la empujó a los brazos de los hombres.

Las estrellas se difuminaron cuando las lágrimas de Quỳnh empezaron a caer. Lloró en silencio: por sí misma, por Trang, por las innumerables mujeres jóvenes cuyas vidas no habían sido más que leña en el horno de las guerras.

Cuando se secaron las lágrimas, Quỳnh se levantó para volver a entrar en la casa. Aspiró la fragancia del incienso. Siempre le había gustado ese olor porque representaba el respeto, el honor y lo sagrado, pero ahora se estremeció porque le recordó sus mentiras.

Sí, le había mentido a Phong. Se había inventado una historia de amor con Tim para que Phong se sintiera orgulloso de su padre y de sí mismo. Y ahora se daba cuenta de que aquel relato imaginario también ayudaba a sus nietos.

Phong sabía que ella había trabajado en el bar Hollywood. Esa parte de la historia no podía tergiversarla porque implicaba a Dan, a Linda y a Thiên, pero le dijo que lo dejó después del fallecimiento de su hermana. Incapaz de encontrar un trabajo decente, había vendido té y refrescos por la calle.

La verdad era que en el burdel Minh Anh se había visto obligada a mantener relaciones sexuales con demasiados hombres como para recordar su rostro. Ninguno de ellos le dijo su nombre. Ninguno le mostró ternura. Para ellos fue solo un objeto.

¿Cómo iba a contarle la verdad a su hijo? ¿Cómo iba a decirle que no era fruto de una historia de amor, sino de la prostitución, y que no sabía quién era su padre? El padre de Phong podría haber sido uno de los hombres que la habían penetrado como quien pincha un pescado, uno de los que se habían burlado de la forma de sus ojos, que la

habían insultado.

En el interior de la casa, las tres puntas rojas de las humeantes varas de incienso seguían flotando en la oscuridad. Sin pensarlo, Quỳnh extendió las manos y cogió el incienso. Las brasas le chisporrotearon en la palma de la mano. Olió a carne quemada, pero las apretó más fuerte, con el corazón martilleando en la jaula de su pecho.

Salió al jardín y dejó caer el incienso. Lo pisoteó hasta que se convirtió en polvo. Acompañando cada pisotón, juró que la oscuridad de su pasado nunca tocaría a Phong. Nunca dejaría que su hijo supiera que las semillas de su vida habían surgido de las profundidades de su humillación. Amaba a Phong, y como producto de ese amor, sembró la historia de Tim y la cultivó hasta que su fruto tuvo un sabor dulce en la boca de su hijo. Había oído a Phong hablar de su padre con orgullo y sabía que la dulzura de aquel fruto del engaño no era solo real, sino también necesaria.

Tim era su secreto y su fantasía, el nombre que había escogido procedente de un libro de literatura traducida. Eligió ese nombre porque en vietnamita significaba «el corazón».

Intentó matar a Phong antes de que naciera. Se golpeó la barriga cuando descubrió que estaba embarazada. Se tragó tazón tras tazón de amargas hierbas medicinales.

Ahora se alegraba de que Phong hubiera resistido.

En su decisión de seguir mintiendo a su hijo, a veces la asaltaba el arrepentimiento. ¿Estaba negando a Phong la oportunidad de conocer a su padre de verdad? ¿Y a Tài y a Diễm la de conocer a su abuelo y su familia? No, se decía a sí misma con firmeza. No merecía la pena el riesgo de exponer a Phong a aquel dolor. Ella podía ofrecer todo lo que Phong y su familia necesitaran de un padre. Podía cuidarlos y amarlos más que cualquier americano. Y, en cierto modo, Phong ya había encontrado a sus padres americanos en Dan y Linda, que se habían convertido en abuelos de Tài y Diễm.

Phong había sufrido ya el desprecio de todos los que lo había llamado *bụi đời,* «niño de la calle». Debía seguir insistiendo tanto como fuera posible en que era el hijo del amor. Pero respetaba la decisión de Phong de buscar a los parientes de su padre, y en caso de que los encontrara, o localizara a su padre, ya se haría cargo de las consecuencias. Pero, mientras pudiera, lo protegería.

Había intentado llevar una vida honesta, pero la guerra no le había permitido elegir y después se había visto obligada a inventar una versión de sí misma que fuera aceptable para los demás. En cierto modo, inventar historias había sido la base de su supervivencia y de su

éxito. Sus mentiras habían permitido a sus padres seguir viviendo, y ahora sus mentiras protegerían a sus hijos, sus familias, su negocio y a sí misma.

En una visita reciente a la casa de sus padres, desenterró una caja secreta oculta en el jardín. Esta contenía las muchas cartas que ella y Trang habían enviado a lo largo de los años; apenas contenían una sola verdad, pero eran hermosas de leer. Y al releerlas se dio cuenta de que le habían permitido, no solo a ella, sino también a sus seres queridos, escapar del horror y experimentar el sabor de una vida diferente.

Estuvo tentada de quemar las cartas y destruir todas las pruebas de su pasado, pero decidió llevárselas consigo. Ahora estaban a salvo, enterradas bajo los bananos, bajo las flores que colgaban como los farolillos rojos que una vez llenaron el pueblo de su infancia durante el Festival del Medio Otoño. Las flores bajo las que ella y su hermana habían aguardado, llenas de anhelo y esperanza, a que su padre regresara de la guerra.

Fue a la cocina, diluyó una pizca de sal en un cuenco de agua tibia y desinfectó las quemaduras. Barrió el patio con una escoba hasta que no quedó nada que revelara su juramento. Comprobó que sus nietos dormían plácidamente y los arropó. Mun se acercó a Quỳnh, meneando el rabo, y le enterró el hocico húmedo en el brazo. Cogió a la perra y se reconfortó con su calor. Remetió firmemente la mosquitera alrededor de los niños. Con lágrimas en los ojos, observó las sombras inmóviles de Tài y de Diễm. Tenía la esperanza de que los sueños de sus nietos los llevaran a un mundo pacífico donde los seres humanos fueran buenos con otros seres humanos y nadie viviera con pesar y tristeza.

En el patio, con Mun en brazos, esperó sentada a Phong. Las estrellas y la luna brillaban en lo alto. Algunas noches, las nubes y las tormentas ocultaban el brillo de las estrellas, pero ella sabía que una luz, brillante e inextinguible, estaba siempre allí.

Nota de la autora

Crecí en el sur de Vietnam, donde a finales de los años setenta y en los ochenta pude vislumbrar la discriminación a la que se enfrentaban los hijos nacidos de la unión, en tiempos de la guerra, entre los estadounidenses y las vietnamitas. A lo largo de los años, no dejé de pensar en esos americoasiáticos con la esperanza de que la vida los hubiera tratado con más amabilidad. En abril de 2014, leí una historia que me conmovió profundamente. Jerry Quinn, un veterano estadounidense, regresó a la ciudad Ho Chi Minh con un álbum de fotos antiguas, buscando a su novia y a su hijo[3]. Se habían separado en 1973, cuarenta y un años antes. La historia de Jerry Quinn hizo que me diera cuenta de que algunos veteranos estadounidenses, ahora ya con sesenta o setenta años cumplidos, sentían verdadera urgencia por encontrar a sus hijos perdidos.

A través de una organización que ayudaba a unir a los americoasiáticos con sus padres, me puse en contacto con algunos veteranos que habían estado buscando a sus hijos americoasiáticos. Los entrevisté y escribí sobre ellos para un periódico vietnamita de tirada nacional. Me involucré en la búsqueda de familiares ilocalizables y, aunque pude ayudar a varias personas a reunirse con aquellos a los que buscaban desde hacía más de cuarenta años, me di cuenta de la complejidad y el trauma que conllevaba la tarea. También me enteré de las tremendas dificultades a las que los americoasiáticos y sus familiares han tenido que enfrentarse.

He tardado siete años en escribir esta novela, que es el resultado de mi investigación para la tesis doctoral presentada en la Universidad de Lancaster. He novelado las entrevistas, las experiencias periodísticas, las lecturas e investigaciones académicas y el voluntariado con las personas afectadas por las guerras. Si bien los personajes son imaginarios, sus historias están inspiradas en hechos reales tales como la aplicación de la ley de regreso a casa de los americoasiáticos (Amerasian Homecoming Act), así como todo el trapicheo relacionado con el asunto.

Niños de la calle pretende también mostrar los efectos de las guerras y los conflictos armados más allá de las muertes y las lesiones que

provocan: aproximadamente 2.700.000 estadounidenses sirvieron en Vietnam durante la guerra junto a (o contra) millones de soldados del Ejército de Vietnam del Sur o soldados comunistas, la mayoría de ellos jóvenes, muchos de los cuales siguen traumatizados hoy en día. La industria del sexo, impulsada por la presencia militar estadounidense, contó con cientos de miles de trabajadoras sexuales, en su mayoría jóvenes vietnamitas que sufrieron a su vez traumas y ostracismo social. También había un gran número de chicas de bar, no todas ellas trabajadoras del sexo, que a menudo aceptaban ese trabajo por razones diversas tales como las dificultades económicas o el desplazamiento.

**

Mi página web (**www.nguyenphanquemai.com**) contiene una lista de libros, películas y recursos para los interesados en saber más sobre los americoasiáticos y sus familiares. Entre esos libros cabe citar *The Unwanted,* de Kien Nguyen; *The Rebirth of Hope: My Journey from Vietnam War Child to American Citizen,* de Sau Le Hudecek; *Vietnamerica: The War Comes Home,* de Thomas A. Bass; *Surviving Twice: Amerasian Children of the Vietnam War,* de Trin Yarborough; *Children of the Enemy: Oral Histories of Vietnamese Amerasians and Their Mothers,* de Steven DeBonis; *The Dust of Life: America's Children Abandoned in Vietnam,* de Robert McKelvey; *We Should Never Meet,* de Aimee Phan; *Mèo đêm (Gatos nocturnos), Ngọn pháo bông (La cúspide de los fuegos artificiales)* y *Lao vào lửa (Lanzarse a las llamas),* de Nguyễn Thị Thụy Vũ; *When Heaven and Earth Changed Places,* de Le Ly Hayslip; *Thuần's Cơ bản là buồn (Sobre todo tristeza),* de Nguyễn Ngọc; *Ma lực của cội nguồn (La misteriosa fuerza de la patria),* de Nguyễn Trí, y *Prisoners* y *Marble Mountain,* de Wayne Karlin[4].

Escribí este libro para ofrecer mis oraciones por un mundo en el que haya más compasión, paz, perdón y sanación. Ojalá nuestro planeta nunca vuelva a ver un conflicto armado.

---

[3] Sue Lloyd Roberts, «A US soldier searches for his Vietnamese son» («Un soldado estadounidense busca a su hijo vietnamita»), *BBC News,* 26 de abril de 2014.

[4] En el momento en que se traduce esta novela, ninguna de las obras mencionadas está traducida al español *(N. de la T.)*.

Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento a los americoasiáticos, madres y padres de americoasiáticos y a todos los demás participantes en mi proyecto de investigación doctoral que compartieron conmigo sus experiencias vitales y me autorizaron a novelar sus historias en esta obra. No aparecen mencionados porque deseo proteger su intimidad y su identidad, pero me inclino ante ellos con mi más profunda gratitud y espero sinceramente que sus historias sigan inspirando a los seres humanos a amarse los unos a los otros para que este mundo sea un lugar mejor.

Agradezco a la Universidad de Lancaster que me haya concedido una beca de doctorado y, lo que es más importante, un mundo libre para desarrollar mi sueño de escribir. He tenido la suerte de contar con la tutoría de escritores como Zoe Lambert, Sara Maitland y Graham Mort, ganadores de diversos galardones. En Lancaster, Jenn Ashworth, George Green, Eoghan Walls, Anne O'Brien, Inés Gregori Labarta, Margot Douaihy y Tessa McWatt leyeron las primeras versiones de este manuscrito y me dieron el aliento que tanto necesitaba. Deseo expresar, asimismo, mi más sincero agradecimiento al escritor Wayne Karlin, que me ayudó a afinar el planteamiento de mi proyecto de doctorado, así como de esta novela.

Mi viaje como novelista en inglés no habría sido posible sin dos mujeres que han creído fervientemente en mí desde el principio y han dedicado a este libro incontables horas de su vida: mi agente Julie Stevenson, de Massie & McQuilkin Literary Agents, y mi editora Betsy Gleick, de Algonquin Books. Quiero dar las gracias a Julie, Betsy y al equipo de Algonquin Books por creer en mí desde el principio y por hacer posible este viaje, así como a la responsable de mis derechos como autora, Kendra Poster, que ha encontrado un hogar para mis novelas en diversos idiomas en todo el mundo.

En esta edición en español, me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a los lectores, libreros y críticos españoles que me han mostrado un cariño y un apoyo increíbles. Mi sueño era llevar a los lectores a un viaje literario por Vietnam a través de mis escritos, y este sueño no habría sido posible sin mi magnífica editorial en España,

AdN. Gracias a Fernando Paz, director de AdN, al equipo editorial, Ana Sánchez Asenjo y Marina Mena, a la gestora de derechos, Laura Malefakis y a tantas personas de AdN que han trabajado intensamente para publicar este libro.

Tras dedicar muchos años a la traducción de obras literarias del vietnamita al inglés y viceversa, sé lo difícil y poco reconocido que es este trabajo. En este libro, me gustaría aplaudir el talento y la dedicación de mi traductora al español, Carmen Francí, que hace que mis escritos cobren vida en la lengua española gracias a las incontables horas pasadas entre bastidores. Gracias, Carmen, por la creatividad y la pasión que has volcado en estas páginas.

A los redactores, editores y traductores que han trabajado incansablemente para que mi obra esté disponible en muchas lenguas: gracias por dar a mis escritos una vida tan rica.

A los escritores, investigadores y cineastas que han documentado las experiencias de los americoasiáticos, así como el impacto del trastorno de estrés postraumático y el trauma: gracias por aportar vuestro trabajo a mi investigación.

Este libro es el resultado del generoso apoyo de la Fundación Lannan, que me concedió la Beca Lannan de Ficción por mi primera novela, *El canto de las montañas*. Anteriormente, BOA Editions había publicado mi poemario *The Secret of Hoa Sen* como parte de la selección de traducciones Lannan. El equipo de Lannan pocas veces pregona la importante labor que lleva a cabo para apoyar a escritores minoritarios como yo, y me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a la familia Lannan, así como a todos los miembros y voluntarios de la fundación. Deseo dejar constancia de mi especial agradecimiento a Patrick Lannan, Lawrence P. Lannan, Martha Jessup y Penn Szittya.

A lo largo de mi trayectoria como escritora, me he sentido alentada por organizaciones que tienen una importancia vital en la promoción de la diversidad en la literatura, dos de las cuales son la Diasporic Vietnamese Artists Network (DVAN) y el Premio Literario de Dayton por la Paz.

Mi más sincero agradecimiento a Viet Thanh Nguyen, Isabelle Thuy Pelaud, Sharon Rab y Nick Raines.

Tengo la suerte de estar rodeada de una maravillosa comunidad literaria y estoy en deuda con varios escritores y amigos que leyeron versiones anteriores de este manuscrito y me ofrecieron sus perspicaces sugerencias: Đinh Từ Bích Thúy, Paul Christiansen, Karl Marlantes, Thiếu Khanh, Natalie Jenner, Robert Mason, Sofia Akel, Quyên Ngô, Steven DeBonis, Jimmy Miller, Trần Thị NgH y Elizabeth

Griffiths. Mi más sincero agradecimiento a los escritores que han leído y han comentado amablemente esta novela.

Estoy encantada de haber podido citar en *Niños de la calle* una de las obras de la literatura vietnamita que más quiero: *Truyện Kiều (The Tale of Kiều)*[5], de Nguyễn Du. Hay muchas traducciones al inglés de *The Tale of Kiều,* pero he optado por citar la hermosa y delicada versión del erudito y traductor Huỳnh Sanh Thông *(The Tale of Kiều,* Yale University Press, 1983). Agradezco a Yale University Press que me autorizara a hacerlo.

La semilla de mi sueño de convertirme en escritora se sembró en la casa de mi infancia en Ninh Bình, en el norte de Vietnam, donde mi madre me crio con sus nanas y sus cuentos. Creció en Bạc Liêu, en el sur de Vietnam, donde mi padre trajo a casa muchos libros y construyó una estantería para mí con sus propias manos. Mis padres nunca tuvieron la oportunidad de ir a la universidad y trabajaron noche y día para que mis dos hermanos y yo pudiéramos seguir estudiando. A mis padres: *Con cám ơn bố mẹ. Con yêu bố mẹvà biết ơn bố mẹ rất nhiều.*

Durante los siete años (2015-2022) que he dedicado a este libro, mi familia ha sido mi pilar. A mi marido, Hans, a mis hijos, Mai y Johann, a mis hermanos y a todos mis familiares: gracias por ser el frondoso jardín que me rodea, me protege, me enriquece y me ha convertido en la persona que ahora soy.

A los lectores, libreros, reseñistas, profesores, bibliotecarios, directores de clubes de lectura y difusores de mi obra: gracias por ser las alas que transportan mis historias más lejos de lo que me habría atrevido a soñar. ¡No estaría aquí sin vosotros!

---

[5] *La historia de Kiều,* edición bilingüe en poesía. Hiperión, 2013, Madrid. Traducida por Rafael Lobarte Fontecha *(N. de la T.).*

Título original: *Dust Child*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Algonquin Books, un sello de Workman Publishing Co., Inc., una división de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, Nueva York, EE. UU. Todos los derechos reservados.

Edición digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-21-6

Índice


Créditos